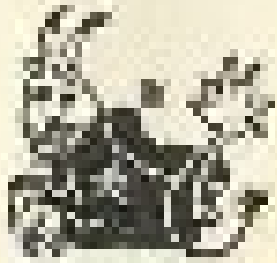
ZANDRA RHODES

MURIÓ COMO UNA DAMA



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

VOLUMEN EXTRA

Annotation

El anciano Doctor Luke Croxley relata una historia que recoge un antiguo suceso que tuvo lugar en el pueblo inglés de Lynmouth. Rita Wainwright era una bella mujer de 38 años con una debilidad por los hombres jóvenes. Su marido Alec, veinte años mayor que ella, parecía estar más interesado en las emisiones de la radio sobre noticias de la Segunda Guerra Mundial que en la evidente relación sentimental de su mujer con un joven y atractivo actor norteamericano, Barry Sullivan. Rita y Barry deciden huir juntos pero una transmisión en la radio de Romeo y Julieta aparentemente les convence para llevar a cabo un romántico doble suicidio. Después de la emisión, sus huellas conducen hasta el borde un acantilado con vistas al océano, y no hay ninguna huella de vuelta. Sin embargo, cuando sus cuerpos aparecieron, se encontraron que ambos habían recibido un disparo en el corazón a muy corta distancia.

¿Qué tiene que ver con el drama Belle Sullivan, llegada de Londres esa misma noche en pos de su marido y a la que hallan medio trastornada por el terror en un abandonado pabellón de los alrededores, escenario de los amores de Rita?

El doctor Luke cree en un asesinato realizado por un misterioso tercero, y el policía Craft mantiene su creencia en el suicidio -después de que uno de los amantes dio muerte al otro-, mientras que sir H. M., que está allí de vacaciones, sigue otra pista, entablándose un renovado torneo de hipótesis y deducciones alrededor del crimen que tiene aires de ser el perfecto, hasta que al fin surge la insólita solución del enigma.

Carter Dickson
MURIÓ COMO UNA DAMA

COLECCIÓN AUSTRAL
N.º 757

SEGUNDA EDICIÓN
ESPASA-CALPE, S. A. MADRID
Ediciones para la COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición: 29-VIII-1947 Segunda edición: 23-XII -1967
Traducción del inglés por Eva Iribarne
© Espasa-Calpe, S. A., Madrid. 1947
Depósito legal: M. 18.954-1967
Printed in Spain
Acabado de imprimir el día 23 de diciembre de 1967

I

Rita Wainright era una mujer atrayente, y sólo tenía treinta y ocho años. Alec, su marido, debía llevarle veinte años. En ese peligroso momento de su vida mental y afectiva, Rita conoció a Barry Sullivan.

En cuanto a mí se refiere, lamento decir que fui el último en advertir lo que ocurría.

El médico de la casa se halla en una situación a la par privilegiada y difícil. Está enterado casi de todo. Puede sermonear a la gente sobre cualquier suerte de asuntos, mas sólo si acuden a él en busca de consejo. Y le está vedado discutir el tema con cualquier otra persona. Un médico chismoso es una abominación con la que ni siquiera esta época ha querido castigamos.

Claro está que en la actualidad mi actividad es restringida. Mi hijo Tom —él es el doctor Tom en tanto que yo soy el doctor Luke— se ha hecho cargo de la mayor parte de la clientela. Yo ya no estoy en condiciones de levantarme a media noche y recorrer con el coche una veintena de kilómetros por los malos caminos del norte de Devon, cosa que llena de orgullo y satisfacción a Tom, que es un médico rural nato y que ama su profesión como yo la amé. Cuando Tom examina un paciente se entusiasma con el caso, describiendo al enfermo cuál es su mal con una impresionante terminología médica. Esto impone respeto y complace al paciente; para empezar, inspira confianza.

«Mucho me temo —dirá Tom con ese tono grave que le caracteriza— que sea éste un caso de...» Y empiezan a correr los latines por metros.

Es verdad que algunos insisten en no abandonarme, lo que se debe a la sencilla razón de que todavía hay mucha gente que prefiere un médico de edad, indiferente, a uno bueno pero joven. En mi mocedad nadie hubiera confiado en un médico sin barba, y en poblaciones reducidas como la nuestra todavía subsiste algo de ese concepto.

Lyncombe es una aldea situada sobre la costa norte de Devon, que de entonces acá ha adquirido una desagradable notoriedad. Todavía me conmueve y me agita escribir sobre aquel suceso, pero es menester hacerlo. Lynmouth (que es probable conozcan) es lugar de veraneo junto al mar. De ahí se asciende la empinada barranca o se toma el funicular que lleva hasta Lynton, en el acantilado. A mayor altura aún sobre la falda se encuentra Lynbridge, y donde el camino se endereza antes de atravesar los páramos de Exmoor, Lyncombe.

Alec y Rita Wainright vivían en una amplia casa alejada de la población. Estaban aislados, a más de seis kilómetros de todo y de todos, pero Rita tenía su automóvil y no parecía importarle. Era un hermoso lugar, aunque algo húmedo y ventoso; el jardín posterior de *Mon Repos* se extendía hasta el borde mismo de los acantilados. Allí había un romántico promontorio llamado

El salto de los amantes. Veinte metros abajo el mar cubría de espuma las rocas, las corrientes eran fuertes y profundas, las mareas traicioneras.

Rita Wainright me era simpática y sigue siéndomelo. Aquellas *poses* artísticas suyas encubrían una bondad auténtica. Los sirvientes la adoraban. Podrá haber sido inconstante y voluble, pero por donde pasaba uno sentía su vitalidad. Y nadie podía negar que era una hermosa mujer, con los relucientes cabellos negros, el cutis tostado, los ojos de mirada atrevida y un modo de ser impetuoso y vehemente. Escribía poesías y le hubiera convenido tener un marido más joven.

Alec Wainright me intrigaba más, aunque le conociera bien y soliese ir a su casa los sábados por la noche a jugar a las cartas.

A los sesenta años Alec era un hombre inteligente, cuyo espíritu estaba perdiendo agilidad, como sus hábitos y costumbres. Tenía una posición acomodada dentro de ciertos límites; había sido profesor de matemáticas y, ocho años antes, se casó con Rita, en Canadá, cuando se hallaba dictando clases en la Universidad de McGill. De corta estatura y fornido, con una voz suave y un modo abstraído, producía a la gente más joven la impresión de ser una elección rara por parte de Rita. Pero poseía —por lo menos antes de que la situación se hiciera desesperada— una vena de verdadero humor. Sabía conversar animadamente cuando quería; sentía un gran cariño por Rita y la debilidad de llenarla de brillantes.

Lo malo del caso fue que, aun antes de todo esto, Alec había estado bebiendo con exceso. No quiero decir que su embriaguez fuera ruidosa u objetable en algún sentido. Por el contrario, uno apenas la notaba. Todas las noches se bebía calladamente una media botella de whisky y luego se marchaba tranquilo a la cama. Se encerró aún más dentro de sí mismo, replegándose como un erizo. Entonces sobrevino el choque de la guerra.

¿Recuerdan aquella tibia mañana de domingo, con el sol de septiembre que cubría todo, cuando nos llegó el anuncio por radiotelefonía? Yo estaba solo, en ropa de casa. Aquella voz que decía: «Estamos en guerra», pareció invadir hasta el último resquicio de la casa. Mi primer pensamiento fue: «Bien, aquí la tenemos otra vez», en una especie de vacío mental; y luego: «¿Tendrá que ir Tom?»

Me quedé sentado un rato, con la vista clavada en mis zapatos. Laura, la madre de Tom, murió mientras yo estaba en la guerra anterior. Por aquel entonces se tocaba *Si tú jueras la única muchacha del mundo*, y a veces me arden los ojos cuando oigo esa melodía.

Poniéndome en pie, me puse la chaqueta y salí a High Street, la calle principal. En el jardín de enfrente lucían margaritas en flor y los crisantemos estaban en botón. Del otro lado de la calle, Harry Pierce abría en ese momento su taberna, *La carroza y los caballos*; se oía el sordo arrastrar y batir de la puerta. Se oía también el zumbido de un automóvil que se acercaba despacio por la calle.

Rita Wainright conducía su S. S. Jaguar, que brillaba con reflejos luminosos

bajo el sol. Rita llevaba un vestido ceñido y floreado que destacaba sus líneas. Se estiró perezosamente como un gato al apretar el embrague y el freno para detener el coche. Alec iba sentado a su lado, figura desdibujada y deslucida, con su traje viejo y un sombrero de Panamá. Quedé algo sobresaltado al verle: tan viejo y acabado parecía ya entonces, aun cuando subsistiera su expresión benévola.

—Bien —dijo Alec con voz opaca—, sucedió.

Admití que así era, en efecto.

—¿Oyeron el discurso?

—No —respondió Rita, que parecía estar conteniendo una excitación especial—. La señora Parker salió corriendo a nuestro encuentro al camino para informarnos —los ojos castaños, de blancos muy luminosos, estaban desconcertados—. Parece *imposible*, ¿no es cierto?

—Estoy harto —dijo Alec con suavidad— de la estupidez de la humanidad.

—Pero no es *nuestra* estupidez, querido.

—¿Cómo sabes que no lo es? —preguntó Alec.

Unos metros más adelante crujió un portón y Molly Grange salió en compañía de un joven, al que nunca había visto antes.

Molly es una de mis favoritas. En esa época era una linda muchacha de unos veinticinco años, recta y sensata. Juntaba la cabellera rubia y los ojos azules de su madre con el sentido práctico de su padre. Pero casi todos nosotros, y con seguridad Rita, por lo menos, miramos primero al forastero.

Debo confesar que era un joven apuesto. Tuve la impresión de que su apariencia me era vagamente conocida hasta que di con la razón: tenía el aspecto de un actor cinematográfico, aunque no de un modo provocativo. Era alto, bien proporcionado y una sonrisa agradable. Su espesa cabellera, peinada con raya al lado, era tan negra y brillante como la de Rita. Sus facciones eran regulares y sus ojos claros y burlones. Era más o menos de la edad de Molly. En contraste con nuestras indumentarias gastadas, vestía un traje de color blanco crema que le caía holgado y una corbata un tanto sorprendente.

Debió de ser entonces cuando la chispa alcanzó el polvorín.

Rita dijo en voz alta:

—Hola, Molly, ¿ha oído la noticia?

Molly vaciló, y era fácil adivinar el porqué. Hacía poco que Rita había tenido una violenta disputa con el padre de Molly, abogado de los Wainright. Pero ambas pasaron por alto esa circunstancia.

—Sí —respondió Molly arrugando el entrecejo—. Terrible, ¿no es cierto? Me permiten que les presente..., la señora Wainright, el profesor Wainright. El señor Sullivan.

—Barry Sullivan —aclaró el recién llegado—. Encantado de conocerles.

—El señor Sullivan —dijo Molly, aunque era innecesario— es norteamericano.

—¿De veras? —exclamó Rita—. Yo soy del Canadá.

—¿Sí? ¿De qué parte del Canadá?

—De Montreal.

—Lo conozco bien —declaró Sullivan, apoyándose sobre la portezuela del coche. Pero su mano resbaló, y dio un paso atrás nuevamente.

Tanto él como Rita quedaron súbitamente confusos. La madura belleza de Rita —a los treinta y ocho años, la mejor de las edades— resplandeció como una llamarada. Ese jovenzuelo de veinticinco años me inquietó.

Quizá todos hubiéramos prestado más atención de no haber estado tan preocupados. En cuanto a mí se refiere, olvidé por completo al joven Sullivan. Por cierto que transcurrieron meses hasta que le vi de nuevo, aunque pasó buena parte de su tiempo en compañía de los Wainright durante la quincena que permaneció allí.

Al parecer era un actor con cierto porvenir. Vivía en Londres y se hallaba en Lyncombe de vacaciones. Mientras estuvo allí salió con Rita a nadar —ambos eran excelentes nadadores—, jugó al tenis con Rita, sacó fotografías de Rita y de él, caminó con Rita hasta el Valle de las Rocas. Alec simpatizaba con él o, por lo menos, en presencia del joven salía de su torpor. Supongo que debió de haber comentarios, en especial cuando vino una o dos veces durante el invierno a visitarles. Pero yo nunca oí ninguna murmuración.

Para mal de nuestros pecados todos estábamos bastante alegres aquel invierno del 39 al 40. Cuando el mal tiempo puso punto final a mis visitas a los Wainright, dejé de estar en contacto con ellos. Tom andaba con su Ford a saltos por los caminos, realizando el trabajo de cinco hombres. Yo me quedaba sentado junto al fuego, atendía a un que otro paciente, y trataba de cumplir seriamente con mi descanso. Si el corazón no marcha bien, no es posible andarse con jugarretas a los sesenta y cinco años. Pero supe de oídas que Alec Wainright estaba muy afectado por la guerra.

—Se ha convertido en un fanático de los noticiarios —me dijo alguien—. Y su cuenta de bebidas en Spence y en Minstead...

—¿Qué quiere decir con eso de fanático de noticiarios?

—Escucha el boletín radiotelefónico de noticias de las ocho de la mañana. Vuelve a escuchar el mismo boletín a las trece, a las dieciocho y a las veintiuna, y por nada del mundo pierde el de medianoche. Está sentado, acurrucado junto al aparato de radio, como un paralítico. ¿Qué diablos le pasa? ¿Qué es lo que le preocupa?

El 10 de mayo de 1940 lo supimos.

Eran aquellos días desconcertantes. Los tanques nazis corrían como cucarachas sobre el mapa. Casi podía olerse la humareda de la destrucción que llegaba desde la otra orilla. Azorados, nos esforzábamos por discernir dónde estaba el error; aturdidos, vimos caer París y derrumbarse todo el orden de cosas existentes. Era como si hubiésemos descubierto que hasta los textos escolares de la juventud nos hubieran mentido. Fue el 22 de mayo, cuando ya estaban amenazados los puertos franceses del Canal, cuando Rita me llamó por teléfono.

—Doctor Luke —dijo la agradable voz de contralto—. Necesito verle. Es

importante.

—Cómo no. ¿Una partida de cartas una de estas noches?

—Es que..., necesito consultarle profesionalmente.

—Pero, querida, es usted cliente de Tom.

—No importa. Deseo verle a *usted*.

(Tom, como ya sabía yo, nunca simpatizó mucho con Rita. Es cierto que ella tenía tendencia a dramatizarlo todo, lo que es una maldición para el médico que se esfuerza por averiguar dónde está el mal. Tom nunca toleraba esa costumbre, y afirmaba que esa condenada mujer le sacaba de quicio.)

—¿*Puedo* ir a verle? ¿Ahora?

—Muy bien, si usted insiste. Venga por la puerta lateral, la del consultorio.

No tenía la menor idea de lo que ocurría. Rita entró, cerrando la puerta con una firmeza que hizo retemblar los vidrios, con un aire de desafío que disimulaba un estado de sobreexcitación nerviosa. Sin embargo, en cierto modo, estaba más hermosa que nunca. Había en ella una lozanía y una plenitud, un brillo en los ojos y unos colores naturales que hacían que pareciera tener veintiocho años y no treinta y ocho. Vestía de blanco y llevaba las uñas pintadas de rojo escarlata. Se sentó en un viejo sillón, cruzó las piernas y, sin preámbulos, dijo:

—He tenido una disputa con mi abogado. Por supuesto, ningún clérigo lo haría. Y yo no conozco ningún juez de paz. Tendrá usted que...

Luego calló. Sus ojos se desviaron y cambiaron de expresión, como si no pudiese resolverse a hablar. Apretó los labios, dejando traslucir una indecisión mental como si fuera un dolor físico.

—¿Tendré qué, querida?

—Tendrá usted que darme algo para dormir —había cambiado de idea; era indudable. No era eso lo que había tenido intención de pedirme. Pero elevando la voz dijo—: Realmente, doctor Luke, perderé el juicio si no lo hace.

—¿Cuál es el mal?

—No puedo dormir.

—Bien, pero ¿por qué no habló con Tom?

—Tom es muy lerdo. Y sólo me sermoneará.

—¿Y yo no?

Rita sonrió ligeramente. Fue una sonrisa que me hubiera hecho perder la cabeza treinta años antes. Pero era más que una simple sonrisa. Borraba las finas líneas que partían de sus ojos castaños y evidenciaba el encanto y la bondad alocada ocultos bajo todas esas emociones. Luego la sonrisa se desvaneció.

—Doctor Luke —dijo—, estoy enamorada de una manera terrible, horrible, de Barry Sullivan. He..., me he acostado con él.

—No es ninguna novedad, querida, dado su aspecto.

Esto la desconcertó.

—¿Quiere decir que usted lo ve?

—En cierto modo. Pero dejemos eso a un lado. Continúe.

—Supongo que lo encuentra usted censurable.

—No precisamente censurable, Rita, pero sí me inquieta mucho. ¿Desde cuándo data este asunto? Es decir, lo que los abogados llaman relaciones íntimas.

—La última vez fue anoche. Barry está parando en nuestra casa. Él vino a mi habitación.

No cabía duda. Afirmar que me inquietaba era poco decir. Como si sintiera esa punzada cardiaca, que es una grave señal de peligro, cerré los ojos y aguardé unos instantes.

—¿Y Alec?

—No lo sabe —respondió con rapidez Rita. Sus ojos desviaron de nuevo la mirada—. No parece prestar atención a nada ahora. Y, de todos modos, dudo que le importara, aunque lo supiese.

(Más señales de peligro.)

—La gente advierte mucho más de lo que usted cree, Rita. En cuanto a ser justa con Alec...

—¿Cree acaso que no lo sé? —exclamó. Había dado en el punto sensible—. Quiero a Alec. Esto no es ni una mentira ni una simulación: quiero realmente a Alec y por nada del mundo desearía herirle. Si a él le afectara, no podría soportarlo. Pero usted no comprende. No se trata de un enamoramiento pasajero o de... de algo carnal.

(Eso, querida, es cabalmente lo contrario de la verdad. Pero es probable que usted crea estar diciendo la verdad, de modo que lo dejaremos pasar.)

—Es el verdadero amor. Mi ser y mi vida, íntegros, dependen de ese amor. Sé lo que usted va a decir. Dirá que Barry es algo más joven que yo. Es cierto, pero a él no le importa.

—Sí. ¿Y qué dice el señor Sullivan de todo esto?

—Por favor, no hable así de él.

—¿Así?

—«El señor Sullivan» —remedó Rita—. Como un juez. Él quiere hablar con Alec y confesárselo.

—¿Con qué fin? ¿El divorcio?

Rita contuvo el aliento. Se agitó impaciente, mirando con fijeza en torno al pequeño consultorio, como si éste fuera una prisión. Creo que en verdad lo sentía como una prisión. No estaba representando o exagerando. Esa mujer, aplomada y razonablemente inteligente, había comenzado a hablar y hasta a pensar como una muchacha de dieciocho años. Mientras sus ojos erraban, los dedos de Rita se retorcían sobre el bolso blanco.

—Alec es católico —dijo—. ¿No lo sabía?

—A decir verdad, no.

Los ojos fatigados fijaron sobre mí su mirada.

—No me concedería el divorcio aunque yo lo deseara. Pero compréndame, no se trata de eso. Es el pensamiento de herir a Alec. Es el pensar cuál sería

quizá su expresión si se lo dijera. Ha sido tan bondadoso conmigo. Es viejo y no tiene a nadie.

—Sí. Así es.

—De modo que yo no puedo marcharme y abandonarle, con divorcio o sin él. Pero tampoco puedo renunciar a Barry. ¡No puedo! Usted no sabe qué es eso, doctor Luke. Barry odia estos amores clandestinos tanto como yo. No aguardará eternamente, y si yo le sigo reteniendo más tiempo, Dios sabe lo que ocurrirá. Todo es tan confuso —miró a una esquina del cielo raso—. Si siquiera Alec muriese, o algo por el estilo...

Un cierto pensamiento, que se hizo presente contra mi voluntad, me dejó frío.

—¿Qué pretende usted hacer? —pregunté.

—De eso se trata, justamente. ¡No sé!

—Rita, ¿cuánto tiempo hace que se casó?

—Ocho años.

—¿Ha sucedido alguna otra vez algo semejante?

Los ojos giraron, mirándome llenos de inocencia e implorantes en la intensidad de su expresión.

—¡Nunca, doctor Luke! ¡Juro que no! Por eso estoy segura de que es éste el verdadero... bien, el gran amor. He leído y hasta he escrito sobre él, pero nunca supe cómo era, en verdad.

—Suponiendo que se marchara usted con ese joven...

—No lo haré, se lo aseguro.

—No importa. Supongamos que lo hiciera. ¿De qué vivirían? ¿Tiene él dinero?

—No mucho, pero... —nuevamente vaciló Rita a punto de decirme algo; y de nuevo le faltó el valor y decidió callar. Sus dientes se hundieron en el labio inferior—. No niego que sea esa una consideración de sentido práctico, pero ¿por qué preocuparse de eso en un momento como el presente? Es Alec el que me inquieta. Siempre Alec, Alec. ¡Alec!

Luego empezó a declamar. Lo peligroso de esa palabrería grandilocuente era que ella creía con sinceridad en cuanto decía.

—Su rostro es como un fantasma que sin cesar se interpone entre Barry y yo. Deseo que él sea feliz y, sin embargo, ninguno de nosotros puede ser feliz.

—Dígame, Rita, ¿estuvo usted enamorada alguna vez de Alec?

—Sí, lo estuve. En cierto modo. Cuando le conocí fue encantador. Me solía llamar Dolores. Por la Dolores de Swinburne.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? No me pega ni nada por el estilo, pero...

—¿Cuánto tiempo hace que no tiene usted relaciones físicas con Alec?

Su rostro adquirió una expresión trágica.

—Le repito, doctor Luke, ¡no se trata de eso! Este asunto con Barry es algo enteramente diferente. Es una especie de renacimiento espiritual. Y ahora, hágame el favor, no se refriegue la frente con la mano, allí sentado,

mirándome por encima de los anteojos.

—Yo sólo...

—Es algo indescriptible. Yo puedo ayudar a Barry en su arte y él a mí en el mío. Un día será un gran actor. Él se ríe cuando le digo esto, pero es la verdad, y yo lo puedo ayudar. Con todo, eso no resuelve mi problema particular. Estoy enloqueciendo por esa causa. Deseo que usted me aconseje, aunque, claro está, sé de antemano cuál será su consejo. Pero lo que sobre todo quiero es algo que me haga dormir durante una noche. *Por favor,* ¿no puede usted darme algo que me haga *dormir*?

Quince minutos más tarde se marchó Rita. En pie, la observé cuando salía por el sendero lateral, entre los setos de laurel. Una vez, antes de llegar al portón, miró dentro de su bolso, como para asegurarse de que algo estaba allí. Había estado al borde de un ataque de nervios mientras hacía su relato. Pero los nervios se habían aquietado ya. Por el modo con que se tocó y alisó los cabellos, por la misma forma de llevar los hombros, se advertía su alejamiento de la realidad, y al mismo tiempo, una actitud de desafío. Estaba ansiosa por regresar a *Mon Repos* y reunirse con Barry Sullivan.

II

La noche del sábado 13 de junio fui a la casa de los Wainright a jugar a las cartas.

El tiempo era pesado y tormentoso. Las cosas marchaban hacia su punto culminante en más de un aspecto. Francia había capitulado; el Führer estaba en París; un ejército británico desorganizado y desarmado se había retirado a duras penas, exhausto, a curar sus heridas en las playas donde, tal vez, debería luchar. Pero todavía seguíamos bastante animados y yo no estaba menos complacido que los demás. «Estamos todos juntos ahora —nos decíamos—; todo irá mejor», sabe Dios por qué.

Hasta en nuestro pequeño mundo de Lyncombe se cernía una tragedia que se anunciaba con tanta claridad como un aldabonazo en la puerta. Al día siguiente de visitarme Rita, conversando con Tom, me enteré de otros pormenores del asunto Wainright-Sullivan.

—¿Podrá ocasionar un escándalo? —repitió como un eco Tom, que estaba cerrando en ese momento su maletín para la ronda matutina de visitas—. ¿*Podrá* causar un escándalo? Es ya un escándalo sonado.

—¿Quieres decir que en el pueblo se habla de este asunto?

—Es el tema de conversación en todo el norte de Devon. Si no fuera por la guerra no se oiría hablar de otra cosa.

—¿Cómo, entonces, nadie me ha dicho nada a *mí*?

—Mi buen señor —dijo Tom, con esa irritante amabilidad que suele emplear—, tú no eres capaz de ver más allá de tus narices. Ni tampoco nunca nadie te cuenta un chisme. De todos modos no le prestarías atención. Permíteme que te ayude a sentarte.

—¡Hazme el favor! No estoy tan achacoso.

—No, pero debes tener cuidado con ese corazón —dijo mi hijo, siempre tan serio—. Con todo —añadió, cerrando de golpe su maletín—, me sorprende cómo la gente puede andar de esa manera y creer que nadie lo advierte. Esa mujer ha perdido la cabeza por completo.

—¿Qué es... lo que se dice?

—Oh, que la señora Wainright es una mujer perversa que ha seducido a un muchacho —Tom meneó la cabeza y enderezándose se preparó para endilgarme una conferencia—. Dicho sea de paso, desde el punto de vista médico y biológico, es una insensatez. Verás...

—Estoy bastante al tanto de los hechos de la vida, joven. Tu presencia en el mundo así lo atestigua. ¿De modo que es *él* quien se gana todas las simpatías, entonces?

—Si llamas a eso simpatía, sí.

—¿Qué tal es Barry Sullivan? ¿Sabes algo?

—No le conozco personalmente, pero dicen que es una persona decente. Liberal en sus gastos; típicamente yanqui; de ese tipo. Con todo, no me sorprendería que se confabulara con ella para asesinar al viejo.

Tom lanzó este anuncio con un aire solemne y ominoso. Él mismo no lo creía. Era, sencillamente, su modo de alardear de conocimientos, o de presuntos conocimientos, pero coincidió en tal forma y tan desagradablemente con mis propios pensamientos, que reaccioné de un típico modo paternal.

—¡Qué disparate! —exclamé.

Tom se balanceó hacia atrás sobre los tacones.

—¿Te parece? —dijo, grandilocuente—. Fíjate en el caso de Thompson y Bywaters. Fíjate en el caso de Rattenbury y Stoner. Fíjate en..., bien, debe de haber cantidades de casos. Una mujer casada, madura ya, que, se enamora de un jovenzuelo.

—¿Quién eres tú para hablar de jovenzuelos? Tú mismo no tienes más que treinta y cinco años.

—¿Y qué hacen? —inquirió Tom—. No hacen algo sensato como, por ejemplo, conseguir el divorcio. No. Pierden el juicio y matan al marido. Sucede en nueve casos de cada diez; pero no me preguntes *por qué* sucede.

(Habla con alguno de ellos, muchacho; observa cómo se debilita la voluntad y se nubla la inteligencia y se desvanece el autodominio; entonces, quizá, comprenderás.)

—Pero no puedo quedarme aquí charlando —prosiguió Tom, golpeando el suelo con los pies y recogiendo el maletín. Tom es grande y robusto, con cabellos de un rubio claro, como era yo a su edad—. Tengo un caso interesante sobre el camino a Exmoor.

—Debe de ser algo especial, si tú lo llamas interesante.

Tom sonrió irónicamente.

—No es el caso. Es la persona. Un viejo llamado Merrivale, sir Henry Merrivale. Está pasando unos días con Paul Ferrars en Ridd Farm.

—¿Qué le sucede?

—Se fracturó el dedo mayor del pie. Andaba en alguna correría, no acierto a imaginar cuál, y se fracturó el dedo del pie. Vale la pena ir allá sólo para oírlo despotricar. Pienso recluirlo en un sillón de ruedas durante seis semanas. Pero si estás interesado en la última aventura de la señora Wainright...

—Estoy interesado.

—Bien; veré si puedo sonsacar algo a Paul Ferrars. Con discreción, por supuesto. Él debe de conocerla bastante bien; hace un año, más o menos, pintó su retrato.

Pero yo prohibí aquello como contrario a la ética, echándole un verdadero sermón a Tom al respecto. Así, pues, aguardé más de un mes, mientras el mundo continuaba resonando a nuestro alrededor y la gente no hablaba casi de otra cosa que de Adolfo Hitler. Supe que Barry Sullivan había regresado a Londres. Una vez fui a visitar a Rita y a Alec a su casa, pero la doncella me informó que se hallaban en Minehead. Hasta que llegó la sombría mañana del

sábado en que encontré a Alec.

Cualquiera hubiera quedado confundido ante el cambio que se había operado en él. Le encontré en el camino del acantilado, entre Lyncombe y *Mon Repos*. Caminaba despacio, renqueando, sin rumbo fijo, las manos entrelazadas a la espalda: desde lejos se veía cómo meneaba la cabeza de un lado a otro. No llevaba sombrero; el viento alborotaba sus escasos cabellos canosos y echaba hacia atrás los faldones de su viejo abrigo de alpaca.

Aunque de corta estatura, Alec Wainright había sido antes un hombre fornido, ancho de hombros. Ahora parecía haberse encogido. La cara cuadrada, de facciones gruesas, con expresión benévola y ojos grises bajo las cejas espesas, se había hecho borrosa. No es que la cara hubiese cambiado, ni siquiera se hubiese alterado de modo definible: sencillamente, había perdido su expresión, lo que era acentuado por un ligero temblor del párpado.

Alec estaba borracho y, además, sumido en una profunda abstracción. Tuve que llamarle.

—¡Doctor Croxley! —exclamó, carraspeando. Sus ojos se iluminaron un tanto. Para Alec yo no era ni el doctor Luke ni Luke a secas, sino que conservaba mi título formal—. Me alegro de verle —prosiguió, y continuó carraspeando—. He estado deseando verle. Tenía intención de verle. Pero...

Hizo un ademán vago como si en el momento no atinara a recordar la razón.

—Acérquese —me invitó—. Venga a este banco. Siéntese.

Soplaba una fuerte brisa, y yo manifesté mi deseo de que Alec tuviera puesto un sombrero. Vagamente agitado, sacó a relucir una vieja gorra de tela del bolsillo y se la encasquetó. Luego se sentó junto a mí en el banco. Todavía seguía meneando la cabeza de un lado al otro con aire deprimido.

—No comprenden —dijo con su voz suave—. ¡No *comprenden*!

Esto me hizo darle vueltas, hasta que entendí a qué se refería.

—Viene. Estará aquí cualquier día de estos —dijo Alec—. Tiene aviones, tiene tropas, tiene todo. Pero cuando se los anuncio en la taberna me dicen: «¡Oh, cállese, por Dios! ¿No tenemos ya bastantes preocupaciones?»

Alec se echó hacia atrás, cruzando sus rollizos brazos.

—Y, en cierto modo, tienen razón. Pero no *comprendo*. Fíjese —esta vez sacó un arrugado periódico del bolsillo—. ¿Vio esta noticia?

—¿Qué noticia?

—No importa. El navío *Washington* se halla en viaje a Galway a fin de recoger a los norteamericanos que desean regresar a los Estados Unidos. La embajada norteamericana dice que es la última ocasión. ¿Qué significa esto? La invasión. ¿Cómo es que no lo entienden?

Su voz malhumorada calló. Pero al oír sus palabras ningún amigo de Alec podía dejar de concebir una esperanza.

—A propósito de norteamericanos... —comencé a decir.

—Sí. Sabía que quería decirle algo —Alec se restregó la frente—. Se trata de ese joven Sullivan. Barry Sullivan, buen muchacho. No sé si usted le conoció.

—¿Regresa *él* con el *Washington*?

Alec me miró pestañeando e hizo unos ademanes de impaciencia.

—No, no, no. Nunca dije eso. Barry no regresa a los Estados Unidos. Por el contrario, nos ha venido a visitar de nuevo. Llegó anoche.

Creo que fue entonces cuando tuve conciencia más clara de mi convicción de que se avecinaba un desastre.

—He aquí lo que deseaba proponerle —prosiguió Alec con un débil intento de cordialidad en su voz—. ¿Por qué no viene a casa esta noche para jugar un rato a las cartas? Como en los tiempos de antes. ¿Eh?

—Con el mayor placer. Pero...

—Había pensado invitar a Molly Grange —dijo Alec—. Usted la conoce, la hija del abogado. Barry parece simpatizar con ella, y ya la he invitado varias veces a casa por él —Alec sonrió con una sonrisa forzada; haciendo un verdadero esfuerzo por ser amable—. Hasta pensé invitar a Paul Ferrars, el pintor de Ridd Farm y a su huésped, y quizá a Inés Doyle. Así hubiéramos podido organizar dos mesas.

—Como usted guste.

—Pero parece que Molly no regresa este fin de semana de Barnstaple a casa. Y, en todo caso, Rita opina que será más íntimo y agradable si sólo somos nosotros cuatro. Es la noche de salida de la doncella y un grupo grande es más difícil de atender.

—Por supuesto.

Alec, con una arruga en el entrecejo, contempló el mar a lo lejos. Su esfuerzo por ser agradable, la evidente atención que le prestaba, no obstante los otros asuntos que atormentaban su espíritu, impresionaba como una patética obstinación.

—Deberíamos recibir más a nuestros amigos, en realidad. Sí, deberíamos hacer una vida social más intensa. Rodeamos de gente joven. Comprendo que para Rita es aburrido. Y ella dice que es malo para mí. Cree que estoy adquiriendo un modo de ser morboso.

—Es verdad. Y, francamente, si no cesa de beber...

—¡Mi querido doctor! —exclamó Alec con un tono de profundo e indignado asombro—. ¿Está usted insinuando que estoy borracho?

—No. Ahora no. Pero se liquida usted medio litro de whisky todas las noches antes de acostarse, y si no pone fin a eso...

Alec dirigió otra vez la mirada al mar. Entrelazando las manos estiró la piel floja del dorso, carraspeando sin cesar. Pero el tono de voz cambió; se hizo menos vago y confuso.

—No ha sido fácil, ¿sabe usted? —dijo—. No ha sido fácil.

—¿Qué es lo que no ha sido fácil?

—Las cosas —respondió Alec. Luchó consigo mismo—. Los asuntos financieros, entre otras cosas. Tenía una cantidad de valores franceses. No importa. No podemos retrasar el reloj... —al llegar aquí, Alec se enderezó, bruscamente—. Casi me olvido. El reloj; he dejado mi reloj en casa. ¿Sabe

usted, por acaso, qué hora es?

—No puede ser mucho más de mediodía.

—¡Las doce! Santo Dios, tengo que regresar. Por el noticiario, ¿sabe? El noticiario de las trece. No debo perder el noticiario.

Su aflicción era tan contagiosa que cuando saqué el reloj del bolsillo me temblaban los dedos.

—Pero, hombre, son apenas las doce y cinco. Tiene usted tiempo de sobra.

Alec meneó la cabeza.

—No puedo correr el riesgo de perder el noticiario —insistió—. Tengo el coche, claro. Lo dejé ahí en el camino cuando bajé a dar un paseo. Pero tengo que caminar a paso de tortuga hasta llegar al automóvil. Las coyunturas están duras. Entonces, ¿no se olvidará de la invitación para la noche? —levantándose del banco me apretó la mano y me miró ansioso, con sus ojos un tiempo vivaces—. Temo no ser una compañía muy amena. Pero haré un esfuerzo. Tal vez pasaremos un rato con algunos acertijos. Tanto Rita como Barry son aficionados a los acertijos. Esta noche, a las ocho. No lo olvide.

Traté de retenerle.

—¡Un momento! ¿Está enterada Rita de sus dificultades económicas?

—¡No, no no! —Alec estaba ofendido—. No se me ocurriría inquietar a una mujer por algo semejante. No debe usted mencionárselo a ella. No he dicho ninguna palabra a nadie, fuera de usted. A decir verdad, doctor Croxley, es usted el único amigo que tengo.

Y se fue renqueando.

Caminé de regreso al pueblo, sintiendo una carga ligeramente más pesada sobre mis hombros. Deseaba que cayera una lluvia que limpiara la atmósfera. El cielo era de un color plomizo y el agua de un azul oscuro, y los promontorios, en los pedazos desprovistos de vegetación, recordaban los colores de las arcillas de modelado de un niño que se hubieran entremezclado.

En la calle principal divisé a Molly Grange. Alec había dicho que Molly no regresaría ese fin de semana de Barnstaple —Molly posee allí una oficina de mecanografía que dirige ella misma—, pero era de suponer que Alec se hubiese equivocado. Molly me sonrió por encima del hombro en el momento que daba vuelta frente al portón de la casa de su padre.

No fue un día agradable. Tom vino de prisa para un té tardío, justo después de las dieciocho. Estaba ocupado en una autopsia para la policía de Lynton, en un caso de suicidio un tanto confuso; me dio todos los detalles al tiempo que devoraba el pan con manteca y mermelada, y apenas escuchó lo que yo le conté. Eran ya más de las veinte y el cielo estaba oscureciéndose, cuando salí con el coche para recorrer los seis kilómetros hasta *Mon Repos*.

Sólo después de las veintiuna entraba en vigor el oscurecimiento; sin embargo, no se veía ninguna luz en la casa. Eso bastó para inspirarme una sensación de intranquilidad.

Mon Repos había sido, al principio, una hermosa casa, amplia y chata, con un techo de tejas inclinado, ventanas de vidrios cuadrados y emplomados que

se destacaban sobre el suave tono rojo de los ladrillos. En general los árboles no prosperan al aire marino, y el césped del parque era ralo; pero un alto seto de tejos ocultaba la casa desde el camino. Había dos caminos de entrada enarenados: uno que conducía a la puerta principal y otro al garaje, situado a la izquierda. Además del garaje había una cancha de tenis. En el parque, a la derecha, se levantaba un cenador cubierto de enredaderas.

A la sazón, el lugar había decaído ligeramente. Nada muy patente, nada que llamara la atención. El seto empezaba a necesitar una poda; alguien había dejado bajo la lluvia las sillas de playa de colores vivos; uno de los postigos tenía una bisagra suelta que nadie se había preocupado reparar. No era tanto en los detalles tangibles donde se advertía, sino en la atmósfera de sutil decadencia.

Uno notaba el aislamiento del lugar, su abandonada soledad, después del oscurecer. Podía ocurrir allí cualquier cosa y, ¿quién se enteraría?

La luz era tan escasa que me vi obligado a encender los faros cuando entré. Los neumáticos crujieron sobre la arena. Nada se movió. Apenas una brisa del mar turbaba el calor sofocante. Detrás de la casa, más allá de una franja de tierra roja y húmeda, se distinguía vagamente la línea del acantilado que caía veinte metros abajo, hasta las rocas y el agua.

La luz encubierta de los faros iluminó escasamente hasta la puerta abierta del garaje. Éste era un garaje de capacidad doble, y dentro se hallaba el S. S. de Rita. Cuando disminuí la marcha, del otro lado de la casa emergió una figura que se encaminó hacia mí.

—¿Es usted, doctor? —preguntó en voz alta Alec.

—Sí. Será conveniente que lleve el coche al garaje por si acaso llueve. Estaré con usted en un instante.

Pero Alec no esperó. Avanzó torpemente hasta el haz luminoso de los faros, obligándome a detenerme por completo. Apoyando la mano sobre la portezuela del coche escudriñó hacia ambos lados por el camino.

—Escuche —dijo—. ¿Quién cortó los cables del teléfono?

III

El motor del coche se había parado; le puse en marcha de nuevo. Alec no estaba ni siquiera enfadado; sencillamente parecía perplejo e inquieto. Aunque era perceptible el olor del whisky, estaba lúcido.

—¿Cortaron los cables del teléfono?

—Presumo que fue ese maldito Johnson —declaró Alec sin rencor—. Es el jardinero. No estaba cumpliendo con su obligación. Por lo menos, así dijo Rita. De modo que tuve que despedirle. Es decir, Rita le despidió. Yo detesto las complicaciones con la gente.

—Pero...

—Lo hizo a fin de molestarme. Él *sabe* que siempre telefoneo por la noche a Anderson a la oficina de la *Gazette* para averiguar si tienen alguna noticia que no difunda la B. B. C. El teléfono no funcionaba. Luego, cuando lo levanté un poco más alto, los cables salieron de la caja, sueltos. Habían sido cortados y puestos dentro nuevamente.

Durante un segundo pensé que Alec se echaría a llorar.

—Fue una mala jugada, una jugarreta de mala fe —añadió—. ¿Por qué se empeñará la gente en no dejarle a uno en paz?

—¿Dónde están Rita y Sullivan?

Alec pestañeó.

—Ahora que pienso, no lo sé. Deben de estar por aquí —estiró el cuello, mirando en derredor—. No están en la casa. Por lo menos, no creo.

—¿No será mejor que vaya a buscarles, si es que vamos a jugar a las cartas?

—Sí. Búsquelos. Yo iré a preparar algo para beber. Pero, si no se opone, no jugaremos a los naipes en seguida. A las veinte y treinta transmiten por radio un excelente programa.

—¿De qué se trata?

—No estoy seguro. Creo que es *Romeo y Julieta*. Rita tiene un particular deseo de escucharle. Perdóneme.

Caminó sobre el césped ralo a la media luz y tropezó contra algo. Como si de súbito pensara que yo podría suponer que no estaba ebrio, miró en torno suyo, trató de adoptar una actitud digna y prosiguió su marcha.

Llevé el coche al garaje. Cuando descendí de él sentí el temblor de un nervio en la pantorrilla. No era que estuviese tan ansioso por encontrar a Rita y a Sullivan, sino que deseaba una oportunidad para reflexionar.

Caminé primero dando la vuelta por la parte posterior de la casa. La brisa era allí más fresca y alisaba el césped grueso del borde del acantilado; la franja de tierra roja estaba desierta. Casi sin ver, ciego y sordo por la preocupación que me causaban los cables telefónicos cortados, di la vuelta en torno a la casa y pasé al cenador.

Debieron de oírme, sin duda. Desde el interior del cenador partió una exclamación ahogada de sobresalto. Volviendo la cabeza miré —la luz era suficiente como para distinguir en el interior— y luego seguí caminando de prisa.

Rita Wainright estaba medio sentada, medio acostada sobre una estera extendida en el descuidado piso de madera del cenador. Con la cabeza echada hacia atrás, rodeaba con sus brazos los hombros de Sullivan, justo antes de que éste se separara de ella de un salto. Ambos volvieron los rostros hacia mí. Las bocas abiertas, el peculiar brillo culpable de los ojos, la asustada reacción espasmódica de los sentidos exacerbados: todo eso advertí en un segundo, en una mirada fugaz, antes de proseguir apresurado mi marcha.

Pero les había visto.

Quizá se crea que un viejo decrépito como yo no debía sentirse incómodo. Pero la verdad es que me sentí sumamente incómodo, probablemente más que ellos. No era el hecho en sí, que después de todo se reducía a una hermosa mujer que recibía un beso. Era la crudeza de la escena, el piso sucio del cenador, la sensación de fuerzas desencadenadas que escapaban ya a cualquier control.

Atención: peligro, repetía una voz interior. *Atención: peligro. Atención: peligro...*

Oí a mi espalda una voz ronca.

—¡Doctor Luke!

Si Rita no me hubiera llamado no me habría detenido. Yo había simulado no haberles visto y ellos debieron haber obrado de acuerdo con mi actitud. Pero sus conciencias se lo impedían.

Me di la vuelta. Me sentía mareado y mi voz, en parte por el azoramiento, en parte por la indignación, estaba ronca. No tanto como la voz de Rita o la de Sullivan, pero era perceptible.

—Hola —me oí decir, con tal tono de hipócrita sorpresa que me hubiera dado de palos—. ¿Hay alguien ahí dentro?

Salió Rita del cenador. Su tez morena tenía un color, en particular debajo de los ojos, que evidenciaba el ritmo a que debía de haber estado latiendo su corazón. Respiró agitada. Su traje sastre, de una mezclilla liviana, y la blusa blanca estaban arrugados; disimuladamente, limpió la falda. Detrás de ella apareció Sullivan, carraspeando.

—Estábamos... estábamos en el cenador —dijo con voz demasiado fuerte Rita.

—Estábamos conversando —dijo su compañero.

—Teníamos la intención de ir a la casa directamente.

—Pero nos entretuvimos con la charla. Ya sabe usted cómo es.

Barry Sullivan tosió de pronto al enronquecérsele la voz. Yo no recordaba que pareciera tan inexperto ni tan joven. Era, sin duda alguna, un buen mozo, que impresionaba como una persona sincera, aunque algo débil de carácter. Pero el aplomo del año anterior había desaparecido: a menos de equivocarme

mucho en la interpretación de los síntomas, ese muchacho estaba tan enamorado de Rita como ésta de él, y pronto para cualquier cosa.

Una brisa agitó las enredaderas del cenador. La temperatura pasional de aquellos dos seres era tan intensa que los circundaba como una niebla; no lograban librarse de ella. Cayó una gota de lluvia, y luego otra.

—No sé... no sé si conoce usted a Barry —continuó Rita, con una voz como si llamara a alguien por encima de una cerca—. Pero creo que usted estaba presente cuando nosotros nos conocimos, ¿*no* es verdad, doctor Luke?

—Mucho gusto, señor —dijo entre dientes Sullivan, removiendo los pies.

—Recuerdo muy bien al señor Sullivan. Según creo —me fue imposible evitar aquí una cierta actitud— es uno de nuestros actores del West End con más porvenir.

Sullivan arrugó su hermosa frente.

—¿*Yo*? —exclamó, golpeándose el pecho.

—Sí, lo eres —exclamó Rita—. O lo serás.

El muchacho pareció quedar más embarazado aún.

—No me gusta presentarme bajo falsas apariencias, señor —dijo.

—No me cabe la menor duda, señor Sullivan. No me cabe la menor duda.

—Él quiere decir... —dijo Rita en voz alta.

—¿Él quiere decir qué, querida?

—Esto. Nunca he trabajado en el West End —dijo Sullivan—. Sólo he tenido un par de contratos para actuar en provincias, y tampoco ésos eran gran cosa. Durante los dos últimos años he sido vendedor de automóviles de Lowter amp; Son —Sus ojos oscuros, con profundas ojeras, se desviaron hacia Rita—. No soy *digno*...

—Lo eres —dijo Rita—. No hables así.

Su estado mental era tal que quizá habría revelado la historia íntegra (o así pensé entonces) si Barry Sullivan no hubiera reparado de pronto en que empezaba a llover. Alzó la vista al cielo. Miró su inmaculado abrigo de deportes y sus pantalones de franela, y el pañuelo de seda que llevaba anudado y metido por la abertura de la camisa. Toda su confusa frustración buscó salida en alguna actividad física.

—Tengo que guardar las sillas de playa —gritó—. Ya les ha llovido encima tres veces. Dispénsenme.

—Querido, te vas a *mojar* —exclamó Rita con una ingenuidad apasionada que hubiera resultado divertida de no haber alcanzado la situación un punto en que debía resolverse en uno u otro sentido.

Caminé con Rita hasta la puerta principal de la casa. Uniendo las manos, se retorció los dedos. Había estado bebiendo también: se notaba al aproximarse a ella.

—No puedo soportar esta situación —dijo con voz opaca—. Preferiría estar muerta.

—No diga disparates.

—¿Está usted seguro de que es un disparate, doctor Luke? No creo que lo

esté.

—Querida, dejemos eso por ahora. Pero dígame: ¿en qué juegos andan ustedes?

—Entonces usted nos vio, allá en el cenador. Me parecía. Bien, no me importa.

—No me refería al cenador. Deseo saber quién cortó los cables del teléfono.

Rita se paró bruscamente, frunciendo sus finas cejas. Su expresión era de un azoramiento tal que me impresionó como sincera.

—¿De qué está usted hablando? Yo no corté ningún cable de teléfono. No sé nada al respecto—. Una curiosa expresión atravesó fugazmente por sus ojos—. ¿Están cortados? ¿En casa? ¿Qué cree usted que signifique eso?

Sin darme tiempo de responder abrió la puerta principal y entró apresuradamente.

El gran salón de la casa estaba iluminado, así como el comedor, situado detrás de él. El salón, decorado en raso azul y blanco, con la suave iluminación de las lámparas de pantallas amarillas, no revelaba señales de decadencia o descuido. Sobre la chimenea colgaba el retrato de Rita, pintado por Paul Ferrars. Los morillos de latón brillaban, las alfombras eran espesas, y sobre una mesa lateral se veía una botella y un sifón.

Alec Wainright estaba sentado junto al aparato de radio, con un vaso de whisky y soda en la mano.

—Hola, querida —murmuró Alec. Alzó el vaso y bebió, lo que pareció reanimarle—. Te estuvimos buscando.

—Barry y yo estábamos en la cancha de tenis —respondió Rita con voz apagada.

—Ah. ¿Te divertiste?

—Sí, estuvo muy bien. ¿Cuidaste del oscurecimiento? Hoy es la noche de salida de Martha, no lo olvides.

—Está todo hecho, querida —replicó Alec, vaciando el vaso—. Está todo hecho por tu maridito. Pasaremos un rato muy entretenido esta noche.

Rita parecía una reina de tragedia. Casi podía oírse cómo le rechinaban los dientes. Parecía vacilar entre una auténtica ternura por Alec, quien estaba haciendo un esfuerzo evidente por salir de su embotamiento, y un deseo no menos auténtico de arrojarle algo a la cabeza. Venció el primer sentimiento. Rita habló, tratando de mostrarse alegre y hasta cariñosa.

—¿Qué es eso que me dice el doctor Luke de que cortaron los cables del teléfono?

El rostro de Alec se ensombreció.

—Fue ese maldito Johnson —dijo—. Se escurrió dentro y los cortó. Lo hizo por el puro afán de molestarme. No es nada grave. Pero si tuviéramos que telefonear a los bomberos, a la policía, o algo por el estilo...

—Quiero algo de beber —dijo Rita—. ¿Por qué, en nombre de Dios, no me da nadie algo de beber?

—Está todo sobre la mesa, linda. Sírvete tú misma. No permitiremos que el

doctor nos atemorice esta noche. Ésta es una noche especial.

—Quiero una bebida con hielo dentro —casi le gritó Rita.

Su voz se elevó destemplada antes de que recobrara el dominio sobre sí misma. Aunque trató de sonreírme en señal de que no ocurría nada, sus manos temblaban. Los pequeños tacones de madera de sus sandalias resonaron sobre el suelo de madera. Frente a la puerta de la cocina, se detuvo, volviéndose hacía nosotros.

—Preferiría estar muerta —exclamó, no en voz alta, pero con una intensidad extraordinaria que hizo que sus palabras nos llegaran a través de las dos habitaciones. Luego abrió de un golpe seco la puerta batiente y desapareció en la cocina.

Alec apenas se sorprendió ligeramente. Visto de costado, a la luz de la lámpara, su ancho rostro de facciones toscas ofrecía un aspecto menos demacrado y cadavérico. La boca ancha temblaba de vez en cuando, pero no muy a menudo. Se había lavado la cara, asentando con cuidado los ralos cabellos canosos.

—Algo excitada, supongo —dijo—. Demasiado ejercicio con este calor. Es lo que siempre le digo... Ah, es usted. Entre. Siéntese. Sírvase algo de beber.

Se oía la lluvia que batía sobre el techo de la casa. Barry Sullivan entró desde el vestíbulo, limpiándose las manos con un pañuelo. Su súbita actitud a la defensiva, el modo con que parecía esquivarse mentalmente, debía de resultar tan patente para Alec como una confesión escrita. Ese mozo sufría de una conciencia culpable mucho más aún que Rita.

—Gracias, señor —dijo Barry, alzando la botella de la mesa—. Con placer bebería algo. Por lo común no suelo beber, pero esta noche...

—Esta noche es una ocasión especial, ¿no es verdad?

El vaso se deslizó de los dedos de Barry, golpeó contra la mesa y rodó al suelo. Pero, cayendo sobre la alfombra, no se quebró. El joven estuvo junto al vaso en un instante, dejándose caer sobre las rodillas como un caballo de trapo que se viene abajo. No miró a Alec cuando se levantó.

—Soy de una torpeza inigualable —declaró, haciendo un ademán tan violento que casi quebró el vaso contra la botella—. No acierto a comprender cómo aconteció. Se deslizó. Fíjese. Se deslizó así.

Alec rió por lo bajo. El párpado se agitó con un ligero temblor.

—¡Pero muchacho! No vale la pena hablar del asunto. Con tal que no haya roto la botella —Alec se sintió tan satisfecho con esta salida, que su risa se transformó en un relincho jubiloso—. Siéntese. A las veinte y treinta escucharemos la trasmisión radiotelefónica.

—¿La trasmisión?

—La trasmisión de una obra teatral que Rita desea oír —dijo, y mirándome, añadió—: Es *Romeo y Julieta.* Me fijé en el *Radio Times*. Luego estaremos justo a tiempo de escuchar el noticiario de las veintiuna. ¡Caramba, lamento no haber invitado a Paul Ferrars y a su huésped!

La puerta batiente de la cocina crujió al abrirse. Rita, llevando un vaso con

una mezcla de limón y gin con pedazos de hielo que tintineaban al chocar contra las paredes del vaso, atravesó el comedor taconeando.

—¿Qué pasa con Paul Ferrars? —preguntó con cierta acritud. E, instintivamente, al llevar el vaso a los labios, sus ojos se dirigieron a su propio retrato, encima de la chimenea.

Si Paul Ferrars sabe o no pintar, podrá ser objeto de discusión entre los críticos. Todo cuanto puedo decir es que ese retrato era a mi juicio extraordinariamente bueno. Era de medio cuerpo. Ferrars había pintado a Rita en traje de noche con un collar de brillantes al cuello y brazaletes de brillantes en las muñecas. Este último detalle había sido considerado de mal gusto por Rita, pero era idea de Alec, quien se hallaba muy complacido con ella.

Pero había en aquel retrato un tinte caricaturesco. Aunque era sin duda alguna Rita, y aunque su belleza estaba realzada, ciertos matices de su sonrisa, a medias esbozada, no hubieran complacido a Alec de haber sido capaz de entenderlos. Rita observó el retrato con disgusto, y luego, por alguna razón, desvió rápidamente la mirada.

—¿Qué pasa con Paul Ferrars? —repitió.

—Tiene un invitado, querida. ¿No es cliente suyo, doctor?

—No. Es cliente de Tom —respondí—. Tom le ha confinado a un sillón de ruedas y ahora se ha provisto de un sillón de ruedas a motor, lo más nuevo en su tipo, que le enviaron desde Londres.

—Se llama Merrivale —explicó Alec—. Es un detective.

Barry Sullivan se sirvió una generosa dosis de whisky, a la que añadió muy poca soda, bebiéndosela íntegra.

—No es cierto —exclamó Rita—. Es del Ministerio de la Guerra. Me lo dijo la señora Parker.

—No es un detective oficial, no. Pero ha intervenido en toda clase de asesinatos. Con seguridad —Alec hizo rápidos movimientos afirmativos con la cabeza—. Pensé que tal vez podríamos hacerle hablar de sus experiencias. Algo por el estilo. Debe de ser interesante. Yo mismo me he interesado siempre por los crímenes.

Rita y Sullivan cambiaron una mirada por encima de la cabeza de Alec. La mirada del joven dijo, tan claramente como si hubiese hablado: «¿Esta noche?», y la de Rita, empujándole y animándole con toda la fuerza de su naturaleza, respondió: «Sí». Confieso que por un momento me invadió el pánico. Barry se sirvió otro whisky, añadió menos soda aún, y se lo bebió de un trago; sus ojos revelaban temor y a la par resolución. Rita se inclinó para acariciar los escasos cabellos de su marido.

Y Alec conectó el aparato de radio.

IV

«Han escuchado Romeo y Julieta *de Shakespeare, en una adaptación para la radiodifusión hecha por Kenneth MacVane. El reparto fue el siguiente.»*

La lluvia había cesado por el momento. No se oía nada en el salón, sino la voz pausada que repetía una lista de nombres. La tensión nerviosa había alcanzado un punto tal, que por poco salté del asiento al oír las lentas y vibrantes campanadas del Big Ben, que resonaron con una vibración metálica por el altavoz y despaciosamente dieron las veintiuna.

«Habla el Servicio Informativo de la B. B. C. A continuación daremos las noticias del día, leídas por Bruce Belfrage.»

Alec, que había estado sentado, adormilado, la barbilla hundida en el pecho, se despertó. Aproximando al aparato de radio el sillón, con un agudo chirrido de las ruedecillas de éste, inclinó la cabeza hacia adelante, aprestándose a escuchar realmente.

«Esta tarde hubo escasa actividad aérea enemiga; un único aeroplano enemigo de reconocimiento voló sobre el...»

En una silla lateral, no lejos de mí, estaba sentada Rita, tan erguida, que la espalda parecía curvarse hacia atrás. Un vaso vacío colgaba de los dedos de una de sus manos. No veía nada. Sus ojos estaban arrasados en lágrimas, que de pronto desbordaron corriendo a lo largo de las mejillas; pero no parpadeó ni hizo movimiento alguno por secarlas.

A causa del oscurecimiento, la habitación estaba excesivamente caliente, y Sullivan había fumado sin cesar. El humo formaba oleadas que permanecían inmóviles alrededor de las lámparas doradas, penetrando en la garganta y en los ojos. Rita se movió ligeramente. Un temblor irrefrenable que comenzó por la espalda, empezó a sacudir todo su cuerpo. Trató de dominarse. El vaso escapó de entre sus dedos y cayó con suavidad sobre el tapiz; le recogió buscando a tientas, como ciega. Luego, bruscamente, se puso en pie.

—¡Rita! —exclamó Barry Sullivan—. ¡No!

—Sí —dijo Rita—. Quedamos de acuerdo.

Alec se apartó del aparato de radio, volviendo la cabeza con vivacidad, casi gruñendo.

—¡Chis! —siseó, y al instante recayó, somnoliento, en su posición anterior, con la oreja contra el altavoz.

«...aseguró que si Francia había de recobrar alguna vez el lugar que le corresponde y su prestigio en el continente...»

En pie, rígida, Rita volvió la cabeza y enjugó con el dorso de la mano sus ojos arrasados en lágrimas. Al hacerlo alzó el párpado, dando un toque grotesco a su rostro cuando movió la cabeza de un lado al otro. Percatándose del vaso que sostenía en la mano, le miró pestañeando y dijo con voz ronca:

—Buscaré hielo. —Dándose vuelta penetró en el comedor. Tenía el aire de encaminarse al patíbulo, aunque, claro está, era un disparate ocurrírsele a uno pensar en cosas semejantes. El ruido de sus tacones repiqueteó acompañando la voz imperturbable y juiciosa del altavoz. Chirrió la puerta de la cocina y Rita desapareció.

«El coronel Lindbergh agregó que a su juicio los Estados Unidos carecían de interés en cualquier contienda de Ultramar que...»

—Será mejor que vaya a ayudarle —dijo Barry Sullivan.

Por tercera vez Alec volvió la cabeza impaciente, alzando la mirada e implorando silencio.

Al parecer, el joven no le oyó. Colocando con cuidado el vaso sobre la mesa, Sullivan evitó mirarme al encaminarse en pos de Rita. Pero como consideración a Alec, caminó con suma suavidad. Hasta la puerta de la cocina apenas crujió al salir del comedor. Por debajo de la puerta se filtraba una luz.

No estoy seguro de poder decir qué es lo que esperaba que sucediera cuando ambos reaparecieran. Tan fuerte es el poder de la sugestión, tanto pueden alterarse nuestros nervios, que no me hubiera sorprendido oír a Rita invitar a Alec a esa hogareña cocina y que Sullivan estuviese allí al acecho con algún objeto contundente en la mano. ¿Pero atacarían a Alec con un testigo en la casa? ¿Por qué no? Bywaters lo hizo. Stoner lo hizo. Tanto Rita como Sullivan estaban medio ebrios. ¿Qué aspecto tiene un asesino cuando se acerca silencioso a sorprender a su víctima?

Cuando los dos regresaran...

Pero no regresaron.

La voz del altavoz parecía estar hablando desde hacía una eternidad. Yo había escuchado las noticias a las dieciocho, y cada vez que reconocía una de ellas temía su duración. Alec, en un estado comatoso, excepto cuando asentía con un movimiento de cabeza en determinadas ocasiones, no se movió ni una vez. La puerta de la cocina seguía sin chirriar; no se oía todavía sonido alguno.

«Éste es el fin del noticiario. Son las veintiuna y dieciocho minutos. A las veintiuna y veinte escucharán...»

Alec interrumpió la transmisión. Enderezándose, levantó la cabeza y me observó. Debió de advertir mi expresión. Una disimulada y singular sonrisa asomó a sus labios.

—Mi querido doctor —dijo con suavidad—, ¿creía usted que yo ignoraba?

—¿Qué ignoraba qué?

Alec señaló con la cabeza en dirección a la cocina.

—Los amores de estos dos a mis espaldas —dijo.

Lo más horrible de esto era que fue el Alec Wainright de antes quien habló. La fornida figura había perdido su actitud de tensión. La expresión del rostro no era tan borrosa. El humor y la tolerancia reaparecieron en sus ojos cuando el párpado dejó de temblar, y hasta el tono de la voz y la elección de los términos empleados sufrieron una sutil alteración. Repantigándose en el sillón

cruzó las manos sobre el vientre.

—Sí —asintió, siguiendo mi mirada hacia la botella sobre la mesa—. Me he emborrachado hasta lograr una paz espiritual. Hasta estoy empezando a olvidar esto —dijo, tocando el receptor de radio.

—¿Y yo he de permanecer contemplando cómo se embriaga usted a fin de alcanzar esa paz espiritual?

—Eso —respondió con jovialidad— resume cabalmente la situación.

Era el antiguo Alec Wainright, salvo una pronunciada rubicundez y una vena protuberante en la sien.

—Hablando de Rita —prosiguió.

—¿Desde cuándo está usted enterado de ese asunto entre ella y Sullivan?

—Oh, desde el comienzo.

—¿Y qué piensa hacer?

—Bueno —dijo Alec, apoyando sus hombros en el sillón en busca de una posición más cómoda—, ¿qué haría usted? ¿Provocar una disputa y ponerme en ridículo? El marido engañado ha sido siempre un personaje cómico. ¿Ignora usted eso?

—¿No le importa, entonces?

Alec cerró los ojos.

—No —respondió, reflexivamente—, no puedo decir que me importe. ¿Por qué debería importarme? Yo estoy ya fuera de esas cosas. Quiero mucho a Rita, pero no de ese modo. Y detesto las complicaciones. Por otra parte, no es ésta la primera vez que sucede.

—Ella me juró en el consultorio...

—¡Ajá! —dijo Alec, abriendo los ojos—; de modo que ella habló con usted. —Se rió—. Pero, claro está, es comprensible por qué no se lo quiso decir. A decir verdad, estoy bastante orgulloso de sus proezas en ese sentido. No. Barry Sullivan es un buen muchacho. Podría habérsele ocurrido algo mucho peor. No. He encontrado más conveniente simular que no advierto nada de lo que sucede.

—¿Cree usted que eso es más conveniente?

—Es lo menos que puedo hacer por ella.

—¿Tiene idea de cómo encaran la situación ellos?

—Oh, arderán durante algún tiempo.

—¿Arderán durante algún tiempo? Entonces usted no se ha percatado de que yo he estado aquí sentado durante estas horas como sobre alfileres, preguntándome si acaso no tramaban asesinarle.

No obstante la dosis aisladora de whisky, Alec se sobresaltó sinceramente. Su rostro se contrajo. No le gustó esa intrusión en su mundo de ensueños y comenzó a mofarse de ella. Pero luego recobró la seriedad.

—Mi querido doctor, ¡no diga disparates! ¡Asesinarme! Ya veo que no conoce usted a mi mujer. No; pero consideremos el asunto. No están tramando asesinarme. Pero puedo decirle qué es lo que están proyectando. Ellos... —Se interrumpió—. ¿De dónde diablos viene esa corriente de aire?

Se sentía en verdad una perceptible corriente de aire que venía del comedor y llegaba hasta nuestros tobillos. La puerta batiente de la cocina crujió con violencia, pero no entró nadie.

—Espero que no habrán salido dejando la puerta de atrás abierta y la luz de la cocina encendida —dijo Alec inquieto—. Cualquier luz en este acantilado es visible a kilómetros de distancia desde el mar. Los de la vigilancia antiaérea sufrirán un ataque.

Yo no pensé en ellos. No obstante el trabajo que me cuesta moverme, debí emplear sólo unos cinco o seis segundos hasta llegar a la puerta que crujía.

La espaciosa cocina, recubierta de azulejos blancos, estaba vacía. Sobre la mesa esmaltada de blanco, sostenido por el vaso vacío de Rita, había un pedacito de papel arrancado de prisa del anotador de la cocina. Directamente sobre la cara me llegó una brisa húmeda que entraba por la puerta trasera, abierta de par en par, dejando pasar una mancha luminosa al exterior.

El cerrar herméticamente las habitaciones, clausurando puertas y corriendo cortinas, llega a ser un instinto nervioso siempre presente como una fobia. Las luces son más que un delito: son un crimen escandaloso. Pero aunque me llegué a esa puerta con prisa considerable, no la cerré inmediatamente.

A pesar de ser ya hora de oscurecimiento, afuera no reinaba una oscuridad completa. Los contornos eran distinguibles en la semioscuridad. Nada crecía o era cultivable en la proximidad del acantilado, pero la franja de tierra húmeda y rojiza no estaba enteramente desnuda. Con guijas pintadas de blanco habían sido trazados en ella varios dibujos geométricos, pruebas del alma matemática de Alec, y, en el centro, las guijas señalaban un sendero de un metro de ancho. Ese sendero conducía derecho, en la oscuridad, al reborde del acantilado conocido como el Salto de los Amantes.

Sobre el refrigerador había una linterna eléctrica con una caperuza de papel de seda. Mi corazón enfermo amenazaba con algo desagradable cuando, alzando la linterna, cerré tras de mí la puerta y, tropezando, bajé los dos peldaños de madera.

Bajo el cielo húmedo y gris había luz suficiente como para distinguir las dos líneas de pisadas, aun sin ayuda de la linterna.

Esas pisadas empezaban donde terminaba el césped ralo. Siempre húmedo, el suelo estaba aún más blando por la lluvia. Las fantasmales líneas de guijas se extendían hacia afuera, y hacia afuera se extendían también las pisadas: unas, firmes y decididas; las otras, rezagadas y con pasos más lentos. Empecé a caminar sobre ellas. Pero ni en ese estado olvida uno veinte años de actuación accidental como médico de la policía. El instinto le impulsa a uno, como me impulsó a mí en ese momento, compeliéndome a hacerme a un lado para evitar destruir las pisadas.

Caminé junto al sendero hasta el borde del acantilado, llevando ante mí el rostro de Rita.

No soporto las alturas. Me producen vértigo y me siento impelido a saltar, de modo que no tuve el valor de acercarme hasta el borde y mirar hacia abajo,

como hace la mayoría de la gente del lugar con indiferencia. Pese a la suciedad y al barro, me arrastré a gatas hasta el pedazo de pasto duro junto al lugar donde terminaban las pisadas, y asomé la cabeza.

La marea empieza a bajar en esa zona alrededor de las dieciséis, de modo que para entonces estaba subiendo de nuevo, y apenas cubría las puntiagudas rocas, veinte metros abajo. Casi no distinguía nada fuera de unas vagas y movedizas manchas blancas. La humedad y el aire marino que batieron contra mí, azotándome la cara, me obligaron a cerrar los ojos.

Me quedé allí tendido sobre la tierra, viejo y torpe, sintiéndome inútil y enfermo. Aun así, a salvo sobre el suelo, me atemorizaba mirar hacia abajo. Mis dedos se abrieron y dejé caer la linterna. La vi dar vueltas como la luz fugaz de una luciérnaga que centellea y se consume, hasta que desapareció, sin producir sonido alguno y sin dejar rastro, en el lugar donde habían desaparecido dos seres humanos.

De ahí a poco me arrastré hacia atrás como un cangrejo. Era más fácil cuando no se sentía ese mareo al contemplar el precipicio, cuando no se experimentaba la sensación de estar suspendido por una telaraña sobre el vacío. El acantilado era una superficie lisa de piedras listadas, tan desnuda como la palma de la mano. Sus cuerpos no habrían chocado contra nada hasta llegar abajo. Y cuando llegaron abajo...

Me puse en pie y caminé de regreso a la casa.

Alec estaba todavía en el salón, en pie junto a la mesa, sirviéndose otro whisky. Parecía absorto y vagamente satisfecho.

—¿Dejaron la puerta abierta? —preguntó. Y luego añadió—: ¿Pero qué le pasó a usted? ¿Cómo se ensució de esa manera?

—Convendrá que se lo diga sin rodeos —le dije—. Perdieron la cabeza y se han arrojado por el acantilado.

Se produjo un silencio.

Alec tardó cierto tiempo hasta comprender el significado de mis palabras. Recordé las ocasiones en que me llevaban niños al consultorio, y les solía decir: «Bueno, tontuelo, pórtate bien. Ya sabes que el doctor Luke no te hará daño». Y como los niños confiaban en mí, no dudaban de que el doctor Luke no les haría daño. A veces, por mucho que uno se esforzara, era inevitable hacerles daño y, entonces, la criatura abría la boca y, antes de echarse a llorar, le miraba a uno, azorado, con un mudo reproche. Alec Wainright, envejecido y borracho, me miró precisamente del mismo modo.

—No —dijo, cuando por fin llegó a comprender el sentido de las palabras —. ¡No, no, no!

—Lo siento. Pero así es.

—No lo creo —gritó casi Alec. Depositó el vaso que giró sobre sí mismo en la superficie lustrosa de la mesa—. ¿Cómo lo sabe?

—Vaya afuera y observe las pisadas. Las pisadas de él y las de ella. Van hasta el borde del Salto de los Amantes, y no vuelven. Sobre la mesa de la cocina hay una nota, pero no la leí.

—No es verdad —dijo Alec—. Es una... ¡aguarde un instante!

Alec se dio la vuelta, tambaleándose sobre sus coyunturas endurecidas. Apoyándose en la mesa se encaminó luego hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Le oí subir las escaleras lo más aprisa posible. Le oí moverse en las habitaciones del piso superior abriendo y cerrado puertas y cajones.

Entre tanto me dirigí a la cocina, donde dejé correr el agua caliente para lavarme las manos. Junto al fogón colgaba de un gancho un cepillo; en realidad era un cepillo para el calzado, aunque en ese momento no me percaté de ello y traté de limpiarme la ropa con él. Me encontraba aún en esa tarea, cepillándome pacientemente, cuando regresó Alec.

—Las ropas de Rita están todavía aquí —dijo, a través de los labios entrecerrados—. Pero...

Me mostró una llave, haciendo unos ademanes vagos que nada significaban. Era una llave de forma singular, del tipo de las Yales, pero de tamaño mucho menor; sobre la cabeza cromada se veía, grabada, diminuta, la palabra *Margarita* con un lazo del amor perfecto.

—¡No camine usted por ahí! —exclamé, cuando Alec se dirigió vacilante hacia la puerta trasera.

—¿Por qué no?

—No debe confundir las huellas. Alec, tendremos que avisar a la policía.

—Policía —repitió Alec, sin entender. Se dejó caer con suavidad en una silla blanca junto a la mesa de la cocina—. Policía. —Paladeó la palabra de nuevo, y luego, como ocurre en esos casos, se puso frenético—. ¡Pero tenemos que hacer algo! ¿No podemos..., ya sabe..., ir abajo?

—¿Cómo? Nadie es capaz de descender por ese acantilado. Además, la marea está subiendo. Será menester aguardar hasta mañana por la mañana.

—Aguardar —murmuró Alec—. Aguardar. ¡Pero es imposible quedarse aquí sentado! —Hizo un esfuerzo por reflexionar—. Tiene razón. La policía sabrá lo que conviene hacer. O lo haré yo.

—¿Cómo avisar a la policía? Alguien cortó los cables del teléfono.

Detenido por el recuerdo de esa circunstancia, se llevó una mano a la frente. Entre el whisky y la emoción, su piel había adquirido unas manchas de un aspecto muy desagradable para cualquiera, y en particular para un médico.

—Pero tenemos coche —hizo notar—. Tenemos dos coches. Podríamos ir en ellos y...

—Eso es justamente lo que haremos, si se siente usted con fuerza suficiente.

De pronto se oyó en la sosegada cocina el zumbido del refrigerador eléctrico, causándonos sobresalto. Al darse vuelta con rapidez para investigar la causa del ruido, Alec reparó por primera vez en el trozo de papel arrancado del anotador de la cocina, garrapateado con un lápiz y dejado sobre la mesa, bajo el vaso. Retirando éste, recogió el papel.

—Me siento bien —dijo—. Todavía no lo puedo creer. Es todo... —pero eso no obstante, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Tuve que buscarle el sombrero, pues es tan irresponsable como una criatura

en esos asuntos, y un impermeable por si acaso volvía a llover. Insistió en ir a ver las pisadas con ayuda de otra linterna eléctrica, pero no había nada que ver, excepto las huellas de las pisadas, y los recuerdos de Rita se agolpaban en nuestras memorias.

Alec parecía resistir bien el golpe, no obstante su estado físico. Sólo cuando estuvimos en el vestíbulo, camino del coche, cayó desmayado junto al perchero, como muerto. La llavecita que llevaba grabado el nombre de *Margarita* y el lazo del amor perfecto saltó de su mano, rodando por el suelo de madera. Nunca había supuesto yo cuánto amaba Alec a Rita, mas entonces lo supe. Recogiendo la llavecita la guardé en el bolsillo de mi chaleco. Luego emprendí la tarea de trasladar a Alec al piso superior.

Dos días más tarde fueron recobrados los cadáveres de Rita Wainright y Barry Sullivan. La marea los arrojó sobre una playa pedregosa distante algunos kilómetros, en la costa, y unos chiquillos corrieron a buscar a la policía. Pero sólo al realizar la autopsia nos enteramos de cuál había sido la verdadera causa de su muerte.

V

Eso ocurrió el día en que conocí a sir Henry Merrivale en circunstancias que serán recordadas durante largo tiempo en Lyncombe.

Pese a la guerra, en la aldea no se hablaba de otra cosa que del doble suicidio de Rita Wainright y Barry Sullivan. Yo estaba indignado. Era muy poca la simpatía que manifestaban por la pareja, y en particular por Rita. El tono general de los comentarios se expresaba por: «¿No era acaso de esperar que tal mujer hiciera alguna tontería espectacular como ésa?»

Por otra parte, tampoco Alec despertaba las simpatías de la población.

—Debía haberle dado de palos a su mujer— opinaba Harry Pierce en *La carroza y los caballos*—; entonces, no habría hecho eso.

No acertaba a comprender la lógica de ese razonamiento. Además, quienes jamás se atreverían a alzar la voz a sus propias esposas, hablaban con facilidad de zurrar a las mujeres, como por ejemplo es el caso del matrimonio Pierce. Aquello era tanto más exasperante cuanto que el colapso de Alec era más grave aún de lo que yo había supuesto. Una enfermera profesional lo atendía día y noche, y Tom le hacía dos visitas diarias.

El lunes por la mañana, antes del almuerzo, como por órdenes estrictas de Tom no debía salir de casa, estaba tomando el sol en el jardín del fondo, cuando vino a verme Molly Grange. Se acercó por el sendero bordeado por las altas espuelas de caballero azules hasta el espacio abierto, a la sombra de un árbol, donde están las sillas de mimbre.

—¿Cómo se siente, doctor Luke?

—Estoy muy bien, gracias. ¿Qué le ha dicho ese tonto de mi hijo?

—Que cometió usted algunos excesos.

—¡Tonterías!

Molly se sentó en un sillón de mimbre frente a mí.

—Doctor Luke, es algo terrible, ¿verdad?

—Ya lo creo —dije—. Usted conocía a Barry Sullivan, ¿no es así? En realidad fue usted quien se lo presentó a...

Me mordí la lengua y confié que no hubiera recuerdos ingratos. Pero Molly no pareció sentirse afectada. Rara vez apreciaba la gente a primera vista la belleza de Molly. Al igual que muchas jóvenes de cabellos rubios y ojos azules que no se pintarrajean de manera que se les reconoce como a los navíos, por sus colores, Molly parecía insulsa.

—No le conocía mucho. Sólo superficialmente —dijo. Alzando una mano delgada, clavó la vista sobre los dedos—. Pero eso no quita para que sea un asunto terrible. Doctor Luke..., ¿le molesta hablar de ello?

—No, de ninguna manera.

—Bien —dijo Molly, irguiéndose—, ¿qué sucedió?

—¿No le contó Tom?

—Tom no se destaca como narrador. Y luego se limita a decir: «Demonios, mujer, ¿no entiende usted inglés?» —Molly sonrió, pero su rostro recobró luego la seriedad—. Por lo que sé, usted y el señor Wainright se hallaban camino del automóvil, a fin de avisar a la policía, cuando él se desmayó.

—Así es.

—Usted le llevó a rastras al primer piso y le puso en cama...

—Nada extraordinario.

—Pero, según Tom, pudo perjudicarle. En todo caso, lo que no llego a comprender es lo siguiente. Tom dice que usted caminó desde *Mon Repos* hasta aquí. Usted caminó más de seis kilómetros en la oscuridad...

—No era completamente oscuro. Cuando cesó de llover aparecieron las estrellas.

Molly dejó a un lado este detalle con un ademán.

—Y vino hasta aquí —dijo— para telefonear a la policía de Lynton. Eran ya las veintitrés y treinta pasadas, cerca de las veinticuatro, cuando regresó. Pero debía de haber, por lo menos, dos automóviles allá. ¿Por qué no vino en coche?

—Porque no había gasolina en los coches.

Molly quedó perpleja. El recuerdo de la ida hasta el garaje y el descubrimiento de lo que me esperaba, no ejerció un efecto sedante sobre mi humor.

—Mi querida Molly, alguien había abierto los depósitos de gasolina, vaciándolos por completo, tanto el del coche de Alec como el del mío. Fuera de la cuestión de lo escasa que es en la actualidad, no acierto a comprender la gracia de una broma semejante. ¡No me pregunte ni por qué ni quién lo hizo! O por qué cortaron los cables del teléfono. Pero así fue. Y yo me vi desamparado. Por añadidura, abandoné la casa llevándome una llavecita de recuerdo, a la que Alec da un gran valor por una razón que desconozco, y tuve que entregársela a Tom para que se la devolviera. Le dejé muy enfermo, pero tenía que buscar ayuda de algún modo. Fuera de la radio o de las palomas mensajeras...

—Fue una broma tonta, realmente —admitió Molly—. Y en un momento como ése. ¿No tiene idea de quién fue el autor?

—Ese endemoniado de Johnson pudo haberlo hecho. Cualquiera pudo hacerlo.

—¿Johnson?

—Un jardinero que despidió Alec. Pero ¿qué sentido tiene?

—¿No han encontrado..., no han encontrado a Rita y a Sullivan?

—No. Todo está fuera de quicio. Incluso usted, ahora que pienso. ¿Por qué no está usted en Barnstaple esta mañana? ¿Cómo marcha esa oficina de mecanografía?

Molly apretó los labios y se tocó la sien ligeramente con la yema de los dedos, adquiriendo por primera vez un aire de incertidumbre. Tenía colocados

los tobillos uno junto al otro, con no menor precisión de la que reinaba en el libro mayor de su oficina.

—La oficina de mecanografía no tendrá otro remedio que arreglarse sola durante un día o dos —me informó—. Yo misma me siento algo deprimida. No enferma. Es sólo... —bajó la mano—. Doctor Luke, estoy preocupada. Como usted sabe, a mí no me gustaba realmente Rita Wainright.

—¿También a usted?

—Por favor, un momento. Estoy tratando sinceramente de ser justa. Y prefiero someter algo a su juicio antes que discutir el caso —Molly vaciló—. ¿Cree usted que podría ir hasta mi casa durante unos minutos? Ahora. Tengo allí algo que debería usted ver.

Miré hacia atrás, a mi casa. Tom había terminado la consulta a las once, y se hallaba realizando su visita matutina. Parecía probable que podría escurrirme afuera y regresar calladamente, sin ser sorprendido. Cuando Molly y yo llegamos al jardín de enfrente, High Street estaba tranquila. High Street, a la que por cortesía llamamos la calle principal, en realidad es una parte de la carretera, una superficie asfaltada que corre durante un trecho en una suave pendiente hasta desaparecer al dar la vuelta en lo que solía ser la herrería de Miller. Bordeada de casitas y comercios, dormitaba al sol al murmullo apagado de las voces que salían por las puertas abiertas de *La carroza y los caballos*, del otro lado del camino. El señor Frost, el cartero, estaba haciendo su recorrida. La señora Pinafore, poseedora de licencia para la venta de tabacos y dulces, barría el umbral de su casa.

Pero la paz no duró mucho. Molly se volvió para mirar con los ojos muy abiertos.

—¡Dios! —exclamó.

Calle arriba, lejos, en el extremo de la herrería de Miller, resonaba el po-po-po constante del motor de un vehículo en movimiento. Por el centro mismo del camino, avanzando con firmeza e impulso, se acercaba un sillón de ruedas.

Majestuosamente sentado en el sillón de ruedas, las manos aferradas al manubrio del árbol que comunicaba con una ruedecilla delante que servía de dirección, iba un hombre corpulento y de gran estatura, vestido con traje de hilo blanco. Su calva relucía bajo la luz del sol. Los anteojos cabalgaban sobre la punta de su ancha nariz. Una chalina le cubría los hombros, al estilo que usan los inválidos. Aun a cierta distancia se distinguía sobre su cara una expresión de malignidad casi inhumana. Ansioso, se inclinó hacia adelante, con concentrada atención, mientras el motor aceleró su po-po-po.

Por la vuelta de la herrería de Miller, corriendo a más no poder y falto de aliento, surgió Paul Ferrars, el pintor.

Detrás de él galopaba mi hijo Tom.

Y detrás de los dos apareció un policía.

—¡Frene! —gritaba a voz en cuello Ferrars, con una voz ahogada que hizo surgir cabezas en las ventanas—. Es una cuesta más empinada de lo que parece. ¡Frene, por Dios!...

La cara del hombre del sillón de ruedas denotaba a la sazón un desprecio soberano. Como orgulloso de su proeza, desvió el sillón hacia la derecha y hacia la izquierda, en ágiles vueltas, como un maestro en el arte de patinar. Incluso así, según afirma Tom, las cosas hubieran marchado bien de no haber mediado los perros.

Los perros de Lyncombe son, por lo general, de buen genio. Entienden a los automóviles. Entienden a las bicicletas y a los camiones. Pero el espectáculo de un inválido en una excursión de placer sobre un sillón al parecer equipado con un motor guerrero, excedía sus entendederas, resultando por lo tanto enloquecedor para el alma canina. Como a un conjuro mágico acudieron al ataque a montones, saltando por encima de los setos.

El clamor de sus ladridos se elevó ensordecedor por sobre el po-po-po del sillón. *Willie*, el perro cazador escocés de los Anderson, estaba tan excitado que dio una voltereta en el aire, aterrizando sobre el lomo. El ratonero grande de los Lane hizo una atrevida irrupción entre las ruedas. Molestado en su científica concentración, el hombre del sillón intentó tomar represalias. Inclinándose hacia afuera les puso cara hosca que, en verdad, era tan horrorosa que los más timoratos retrocedieron ladrando desesperadamente, pero un llamado *Manchester*, cazador, saltó al frente del sillón e intentó clavar los dientes en el aparato de la dirección.

El inválido replicó con ánimo esforzado, recogiendo la muleta e intentando asestar un golpe con ella. Como terrorismo fue una buena medida, pero mala como táctica. La dirección del sillón estaba ya en discusión. Avanzando con velocidad verdaderamente alarmante, se lanzó con bríos por el camino de entrada de Hick hacia la acera; pasó por ésta velozmente en el momento en que la señora McGonigle, nuestra estimada lavandera, salía de espaldas por la puerta de su casa con la ropa lavada de la semana, y regresó a la calzada por el camino de entrada de la casa de los Pinafore.

—¡Pare el motor! —gritaba Ferrars desde atrás—. ¡Por amor de Dios, pare el motor!

Era un buen consejo, que el inválido no pudo o no quiso seguir. Rodeado por los perros, el sillón de ruedas pasó rápidamente frente a Molly y a mí, que estábamos en pie junto al portón. Ni por un momento se alteró la expresión maligna del inválido mientras su sillón tambaleó sobre una herradura en la carretera, describió una amplia curva frente a *La carroza y los caballos* y desapareció majestuosamente por las puertas abiertas de la taberna.

Allá le siguieron los perros, allá fue Ferrars en su persecución, allá Tom y el policía, que sacaba ya su libreta.

—¡Dios! —exclamó nuevamente Molly.

—El caballero parece tener prisa por beber —comentó el cartero.

Por cierto que desde la taberna partían sonidos que hacían pensar que tal dipsomaniaco trepaba ya sobre el mostrador en su afán por alcanzar las botellas de los estantes. El ruido de la cristalería rota, el golpe sordo de las sillas, los ladridos de los perros se confundían con las protestas enérgicas de

los hombres a quienes habían volcado la cerveza en el momento de llevarse el vaso a la boca.

Los quince minutos siguientes fueron tal vez los más animados que se conozcan en la taberna de Harry Pierce. Uno por uno fueron echados afuera los perros. Aunque la paz se restableció mediante una generosa compensación, una fuerte voz, la del hombre del sillón de ruedas, tronaba por encima de todo. Cuando reapareció, con un aire de salvaje martirio, Ferrars empujaba su sillón.

—Ahora escuche, piloto de pruebas —decía Ferrars—. Esto es un sillón de ruedas.

—¡Está bien, está bien!

—Sirve para que la gente inválida se traslade de un lugar a otro. No es el caso de que se le trate como a un nuevo Spitfire. ¿Se da usted cuenta acaso que hubiera sido imposible evitar esa acusación por manejo de un vehículo de motor con peligro público de no haber sido usted amigo del superintendente Craft?

El rostro del perverso caballero asumió una expresión como si fuera víctima de la más completa y cruel incomprensión.

—Pero escuche —protestó—, sólo deseaba averiguar cómo marchaba en un camino despejado. ¿Y qué sucedió?

—Casi destrozó la aldea, eso es lo que sucedió.

—Pero ¿no comprende que pude matarme? —aulló su compañero—. Vengo tranquilamente, sin molestar a nadie, y de pronto cae sobre mí una cincuentena de perros salvajes que me clavan los dientes...

—¿Dónde le mordieron?

—No se preocupe por saber dónde me mordieron —respondió en tono lúgubre—. Si me pongo hidrófobo no tardará en enterarse. Estoy condenado a una vida de soledad, imposibilitado por una grave lesión en el pie. Linda cosa no poder siquiera tomar un poco de aire fresco en mi sillón de ruedas, tranquilo y en paz, sin que todos esos perros del diablo de la vecindad vengan a despedazarme.

Aquél no podía ser otro que el grande y muy digno H. M., de quien habíamos oído hablar tanto. Molly y yo atrajimos su atención casi en seguida. Pero la atrajimos de una manera desdichada.

Durante su triunfal recorrida por el pueblo habíamos estado demasiado azorados como para hacer otra cosa que mantenernos serios. Mas después, a Molly le fue imposible conservar la gravedad. De pronto su linda nariz dejó escapar un ruido ahogado, y alejándose, Molly se apoyó en las rejas del portón.

Sentado en su sillón de ruedas frente a la taberna, sir Henry Merrivale arrojó una mirada sobre nosotros a través de los anteojos. Alzando un dedo malevolente, nos señaló.

—A eso es a lo que me refiero —dijo.

—¡Chis!... —le instó Ferrars por lo bajo.

—¿Por qué yo no despierto nunca simpatías? —inquirió H. M., dirigiéndose al vacío—. ¿Qué es lo que hace de mí un paria? Si esto sucede a cualquier otro es una tragedia. Todo son mimos y demostraciones de simpatía. Pero si le sucede al viejo, es una diversión. Cuando me entierren, hijo mío, espero que el cura no será capaz de hablar por la risa, y que antes de pronunciar diez palabras tendrá a toda la concurrencia del funeral desternillándose.

—Son amigos míos —dijo Ferrars—. Cruce, que se los presentaré.

—¿He de poner en marcha el motor? —insinuó H. M., esperanzado.

—No. Yo le empujaré. Quédese quieto, sentado.

High Street estaba recobrando la calma, salvo unos cuantos perros que todavía acechaban, encolerizados, contemplando el detenido sillón de ruedas con el mayor recelo. Tom, que había dejado su coche más allá de la herrería de Miller para unirse a la cacería, se despidió para hacer otra visita antes del almuerzo, y el gran hombre, tratando de asumir una postura graciosa y natural, con una mano sobre la palanca de la dirección, fue empujado a través de la calzada para reunirse con nosotros.

El primer movimiento del sillón fue recibido con un violento coro de ladridos. Varios de los enemigos surgieron de sus escondites y hubieron de ser alejados.

—Ya habrá adivinado quién es —dijo Ferrars, cuando H. M. cesó de hacer pases con su muleta—. El doctor Luke Croxley, padre de Tom. Y la joven que rió es la señorita Grange.

Debo confesar que ese día Paul Ferrars se mostró con un aspecto mucho más humano que el habitual. Es —o era— un individuo cínico, de unos treinta años, delgado, con una nariz larga y unos modales pedantes. Usa pantalones de franela manchados de pintura y suéteres viejos, y chilla cuando la gente habla de claroscuro.

—Lo lamento mucho, sir Henry —dijo Molly, con un genuino tono de disculpa—. No tenía intención de burlarme de usted, y fue realmente una descortesía por mi parte. ¿Cómo está su dedo?

—Muy mal —dijo el gran hombre, señalando el pie derecho, todavía vendado. Su expresión agria se suavizó un tanto—. Me alegra que alguien tenga la bondad de hacerme esa pregunta.

—Todos lo lamentamos mucho cuando lo supimos ¿Cómo le sucedió eso?

H. M. hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—Nos estaba demostrando —explicó inmediatamente Ferrars— cómo jugó al rugby por Cambridge en el 91.

—Y todavía sigo creyendo que hubo juego sucio. Si llego a demostrar que ese individuo detrás de mí... —H. M. calló, dando un profundo resoplido, y luego se dirigió a Molly con esa desconcertante franqueza que habría de conocer en el futuro—: ¿Tiene usted algún pretendiente? —le preguntó.

La cara de Molly se endureció.

—Verdaderamente... —comenzó a decir.

—Es usted demasiado bonita para no tener pretendientes —dijo H. M., que

no hacía sino cumplimentarla como agradecimiento por la consideración de haberse interesado por el estado de su pie—. Tiene usted que tener montones de pretendientes. Quiero decir, una muchacha simpática como usted debe estar rodeada de admiradores.

Y entonces, como tonto que soy al tratar con los jóvenes, tuve que meter mi cuchara.

—Steve Grange opina que Molly es demasiado joven para pensar en el matrimonio por ahora —dije—, aunque nosotros siempre tuvimos esperanzas de que ella y Tom...

Molly se quedó sin aliento y adoptó una actitud de gran dignidad.

—Deje entonces que sea Tom el que hable —dijo con cierta sequedad—. Verdaderamente no acierto a comprender cómo hemos venido a discutir de pronto mis asuntos personales.

—Está usted malgastando su tiempo, Molly, —observó Ferrars con un asomo de su solapada ironía—. Tom es solterón por naturaleza. Para él cuanto tiene faldas sólo merece ser llevado a la mesa de disección. ¿No podría tal vez interesarse por algún otro?

Molly le miró de un modo curioso.

—Eso dependería de su experiencia —respondió.

—¿Experiencia? —repitió burlón Ferrars—. ¿Suya?

Una ligera sonrisa se extendió bajo la pronunciada nariz. Estaba en pie, descansando el peso del cuerpo sobre una cadera, las manos metidas en los bolsillos de los pantalones manchados de pintura, los codos salientes como alas.

—Pero tal vez tenga usted razón —añadió, y su rostro se ensombreció—. No es éste precisamente el momento de hablar sobre amores, presentes o futuros. Una historia amorosa tuvo un fin por demás melodramático para mi gusto el sábado. A propósito, ¿no se ha sabido algo más sobre el asunto?

Quizá la pregunta de Ferrars era menos casual de lo que parecía, pues debió haber visto —como vimos todos— el coche de la policía que se acercaba por la calle principal, viniendo de Lynton. El automóvil disminuyó la marcha y, avanzando despacio, se detuvo al fin cerca de mi portón. El superintendente Craft, que era quien lo manejaba, descendió del coche. Craft, a quien conozco desde hace muchos años, es un individuo alto, de cara larga, con un ojo de vidrio, una voz de bajo y un hablar pausado.

La fijeza de ese ojo de vidrio le presta un aire siniestro, que desmiente su carácter. Craft es regularmente sociable y gusta de una pinta de cerveza como cualquiera. Tiene su oficina en Barnstaple, donde vive, y ha estudiado cuanto manual del policía existe sobre la Tierra.

Craft caminó en derechura a H. M.

—¿Podría conversar a solas con usted, señor? —rogó con su voz retumbante. Luego calló, vacilando, y dirigiendo su ojo muerto sobre el resto de los presentes, añadió deliberadamente—: Hemos recuperado los cadáveres.

VI

Todos permanecimos silenciosos en la calle calurosa. Apoyando la muleta contra el costado del sillón, H. M. alzó la mirada escrutadoramente, sin entusiasmo.

—¿Se refiere usted a esos dos que se arrojaron del acantilado el sábado por la noche? —gruñó.

—Precisamente.

—Entonces ¿para qué quiere consultarme? Están muertos, ¿no es así?

—Sí, señor, y bien muertos. Pero existen, con todo, algunas dudas sobre las pruebas —el superintendente Craft me miró—. Me gustaría conversar con usted también, doctor, si es posible —su ojo sano indicó significativamente a los demás—. ¿No habría por aquí un lugar donde pudiésemos conversar?

—¿Por qué no pasan a mi casa, o mejor aún, al jardín del fondo?

—Por mi parte, acepto, doctor, si le conviene a sir Henry.

EL M. se limitó a gruñir. Ferrars, que había sacado una tabaquera impermeable y una pipa, que estaba cargando, les observaba con franca curiosidad.

—Cualquier otra compañía queda excluida, ¿verdad? —dijo Ferrars.

—Lo siento, señor... —Craft ignoraba el apellido de Ferrars y posiblemente tampoco deseaba conocerle—. Lo lamento, señor. Se trata de un asunto oficial.

Ferrars no se turbó.

—Entonces, si usted lo permite, empujaré al personaje hasta el jardín del fondo y volveré por él de aquí a una media hora. Si insiste en poner en marcha ese motor infernal, no podré impedírselo. Pero regresaré a pie con él a Ridd Farm por si acaso trata nuevamente de quebrarse el cuello. ¿Dónde encontraron los cadáveres, si no es un secreto?

El superintendente vaciló antes de responder.

—La marea los arrojó a la playa de Happy Hollow esta mañana temprano. A su disposición, señor.

Molly Grange se volvió y se alejó sin decir una palabra. Me pareció recordar que deseaba mostrarme algo, pero, evidentemente, aquello podría aguardar.

No sin fieras protestas por su parte, sir Henry Merrivale fue llevado por el tortuoso sendero hasta el jardín del fondo. El sol era un tanto excesivo para su chalina de inválido, por lo que la metió, apretujada, detrás de la espalda. Luego él, el superintendente Craft y yo nos sentamos bajo el manzano, mientras el segundo de los nombrados sacaba su libreta.

—Escuche —refunfuñó H. M. con sorprendente mansedumbre—, he de confesarle algo.

—Sí, señor.

—El viejo está aburrido —dijo H. M.—. Estoy sentado sobre mi trasero desde lo que me parece una eternidad. En Londres no me quieren —frunció las comisuras de la boca—, al parecer no me necesitan por ninguna parte, y me siendo perdido y sin saber qué hacer.

(Me pregunté por qué, ya que alguien había dicho que desempeñaba un puesto importante en el Ministerio de la Guerra).

—¿De modo que tiene usted algo estimulante que consultarme? Estaré encantado. Pero hay una pregunta que me gustaría hacerle antes. Y tenga mucho cuidado con la respuesta.

—Sí, señor —dijo Craft solícito.

Abriendo el bolsillo de su traje de hilo y exhibiendo al hacerlo un voluminoso abdomen adornado por una ancha cadena de reloj de oro, H. M. extrajo un estuche lleno de lo que resultaron ser unos pésimos cigarros negros. Encendió uno y aspiró una gran bocanada con un gesto como si encontrara el humo desagradable, lo que, a decir verdad, era sin duda alguna. Sus ojillos vivaces fijaron la mirada en Craft.

—¿Hubo alguna tramoya con esas pisadas? —preguntó.

—No comprendo. ¿Qué tramoya?

H. M. le miró lúgubremente.

—Oh hijo mío. Poseo un espíritu desagradablemente desconfiado.

—¿Sí?

—Dos líneas de pisadas; unas anchas, pertenecientes a los zapatos de un hombre, y otras pequeñas, pertenecientes a unos zapatos de mujer, que después de cruzar el suelo húmedo se interrumpen bruscamente. Ninguna otra huella. Ahora bien, para un espíritu de inocencia radiante eso significa que un hombre y una mujer marcharon a dar el gran salto. ¿Eh? Pero para este sumidero de malas artes —H. M. dio unos golpecitos en su frente— significa que tal vez todo el asunto es una farsa.

El superintendente Craft frunció el ceño y abrió la libreta sobre las rodillas.

—Una farsa, ¿cómo?

—Bien; supongamos que, por una razón u otra, la pareja sólo deseara que se les creyera muertos. Muy bien. La mujer parte de los peldaños exteriores de la puerta trasera. Camina, sola, por el suelo blando hasta el pedacito de césped corto al borde del acantilado. En las manos lleva un par de zapatos de hombre. ¿Entiende?

—Sí, señor.

—Se quita allí sus zapatos y calza los de hombre. Con éstos puestos, camina hacia atrás, junto a la primera línea de pisadas, hasta llegar nuevamente a los peldaños —H. M. hizo un pase mesmeriano con el cigarro—.

Y ahí tiene usted dos series de pisadas que llenan las condiciones necesarias. Es una treta por demás sencilla.

Se interrumpió súbitamente, empezando a sulfurarse y a echar chispas ante las carcajadas del superintendente Craft.

Era un sonido suave, profundo y apenas audible, una risa de verdadero goce. Iluminaba el rostro sombrío de Craft, contrastando con la fijeza de su ojo de vidrio y haciendo que su sotabarba formara un repliegue sobre el cuello.

—¿Halla usted algo divertido en eso? —inquirió H. M.

—No, señor. Está bastante bien. Y estaría muy bien en una novela. Pero puedo asegurarle que no ocurrió así.

Craft adoptó entonces un aire muy grave.

—Los hechos son los siguientes. No quiero hacer alardes, pero las huellas de pisadas forman una rama de la criminología muy bien estudiada. Gross trae un capítulo íntegro sobre el particular. Al contrario de lo que la gente cree, falsificar pisadas es casi más difícil que cualquier otra cosa. En realidad, es casi siempre imposible falsificarlas, y con seguridad es imposible del modo que usted indicó. Ese asunto de *caminar para atrás* ha sido puesto en práctica antes. Pero se advierte siempre la simulación, aun a leguas de distancia.

La persona que camina hacia atrás deja, inevitablemente, rastros delatores. Los pasos son más cortos, el tacón se hunde hacia adentro, el peso se distribuye de manera totalmente diferente, en un plano inclinado que va desde los dedos hasta el tacón. Además, existe el detalle de la diferencia de peso de dos personas.

Me gustaría que observase algunos de los moldes de yeso de esas pisadas tomados el sábado por la noche. Son pisadas auténticas. No hay nada de falso en ellas. El hombre tenía una estatura de un metro setenta y ocho centímetros, pesaba setenta y cuatro quilos y calzaba zapatos del cuarenta y dos. La mujer tenía una talla de un metro y sesenta y cinco centímetros, pesaba sesenta quilos y calzaba zapatos del número treinta y siete. Si de algo podemos estar seguros en este asunto es de lo siguiente: *la señora Wainright y el señor Sullivan caminaron hasta el borde de ese acantilado y no regresaron*.

Craft calló, carraspeando.

Y, según mis conocimientos actuales, lo que dijo era la pura verdad.

—Oh, oh —gruñó H. M. mirándolo con fijeza a través de la espesa humareda del cigarro—. Toman ustedes muy en serio la criminología científica por estas partes, ¿verdad?

—Yo, sí —le aseguró el superintendente—. Aunque no tengo muchas oportunidades de aplicarla.

—Lo que quiere decir que cree poder aplicarla en este caso.

—Permítame que le relate lo sucedido, señor —Craft echó una mirada en torno; examinó el jardín con su ojo siniestro y bajó la voz—. Como le dije, los cuerpos fueron arrojados a Happy Hollow en las primeras horas de esta mañana. Estaban muertos y en el agua desde el sábado por la noche; prescindiré de los detalles macabros; lo natural era suponer que hubiesen muerto por fracturas o ahogados. Pero no murieron ni por fracturas ni ahogados.

En los ojos de H. M. apareció una mirada singular.

—¿No murieron...?

—No, señor. Ambos tenían el corazón atravesado por una bala disparada a quemarropa con un arma de calibre pequeño.

El silencio en el jardín era tal que se oía hablar a alguien por la cerca del fondo, dos casas más allá.

—¿Bien? —dijo H. M., que parecía fastidiado por alguna sospecha íntima que le hacía chupar con violencia del cigarro—. Ya que usted está empeñado en ser tan científico y técnico, *yo* le puedo informar que no hay nada de extraordinario ni de sorprendente en eso. Muchos suicidas, en particular cuando son dos, hacen justamente eso. Se aseguran por partida doble su viaje al cielo. En pie junto a la orilla de un río, el hombre dispara sobre la joven, allá va ella; dispara sobre sí mismo, y allá va él. Fin.

Craft asintió solemne, con un movimiento de cabeza.

—Eso es verdad —convino—. Lo que es más, las heridas eran características de las que se hallan en suicidas. Naturalmente, no pude verificar nada hasta no tener el resultado de la autopsia. Pero el *coroner*[1] telefoneó al doctor Hankins y éste realizó la autopsia esta mañana.

Las dos víctimas fueron muertas por balas de calibre treinta y dos. Disparadas, como ya dije, a quemarropa. Las ropas estaban quemadas por la pólvora. Las heridas presentaban quemaduras, ennegrecimiento y tatuaje. Esto es —Craft alzó el lápiz de punta aguzada y clavó la vista en él—, partículas sin quemar del propulsor quedaron incrustadas en la piel. Prueba inequívoca de que los disparos fueron hechos a muy corta distancia. Un caso de doble suicidio.

—Bien —dijo H. M.—, ¿qué es lo que le preocupa entonces? ¿Por qué esa expresión estrafalaria? Ahí tiene sus pruebas.

Nuevamente asintió Craft con un solemne movimiento de la cabeza.

—Sí, señor, ahí tengo mis pruebas —hizo una pausa—. Pero, verá usted, no fue un suicidio doble; fue un doble asesinato.

Los lectores de esta narración han estado esperando esto. Aguardaron a la expectativa la palabra *asesinato,* preguntándose tal vez cuándo aparecería por fin. Para ellos no es sino la iniciación de una lucha de ingenios. Pero a mí —que inesperadamente sentí caerme encima tal declaración— cada una de las palabras dichas por Craft me hizo correr un escalofrío, produciéndome una sensación indescriptible.

La conversación sobre heridas de bala con «partículas sin quemar del propulsor incrustadas en la piel» resultaba harto desagradable cuando se refería a Rita Wainright. Mientras estábamos allí sentados en el jardín bajo el manzano, Rita se había convertido en un mero montón de carne sobre una mesa de mármol en el depósito de cadáveres. Pero que se hablara de asesinatos, de la existencia de alguien inspirado de un odio tan violento como para matar a los dos, a Rita y a Barry Sullivan, era completamente inverosímil.

H. M., boquiabierto, miró a Craft con cierto aire de respeto. Pero no hizo ningún comentario.

—Consideremos ahora el arma —prosiguió el superintendente—. Para ser preciso, una pistola Browning automática, de calibre treinta y dos. Si el señor Sullivan hizo fuego contra la señora y luego sobre él, o a la inversa, si se prefiere, entonces es de esperar que el arma cayera al mar junto con ellos. ¿No es así?

H. M. le miró fijamente.

—Yo no espero nada, hijo. Es usted el que cuenta. Siga adelante.

—O si no —argumentó Craft—, uno esperaría encontrarle sobre el acantilado, en las cercanías del lugar desde donde se arrojaron. Pero no esperaría... —al llegar aquí alzó el lápiz y levantó sus cejas enmarañadas para recalcar las palabras— no esperaría encontrarla en la carretera, a una buena distancia del mar, a ochocientos metros de la casa de los Wainright.

—¿Cómo fue eso? —preguntó H. M.

—Será conveniente que se lo explique. ¿Conoce alguno de ustedes al señor Steve Grange? Es un abogado de Barnstaple, pero reside aquí, en Lyncombe.

—Ya lo creo —respondí, en tanto que H. M. meneaba negativamente la cabeza—. La joven que estaba con nosotros en la calle hace un rato es su hija.

Craft tomó nota mentalmente del dato.

—El sábado por la noche —continuó —o, mejor dicho, alrededor de la una y media de la madrugada del domingo, el señor Grange regresaba a su casa en automóvil de una visita en Minehead. Pasó frente a la casa de los Wainright. Nosotros, es decir la policía, nos hallábamos allí en esos momentos, pero por supuesto, el señor Grange ignoraba que ocurriera algo anormal.

Avanzaba muy lentamente y con cuidado, como deberían hacer todos en estos tiempos. Más o menos a unos ochocientos metros más adelante, en dirección a Lyncombe, los faros iluminaron un objeto brillante y reluciente, tirado al borde del camino. El señor Grange es un caballero cuidadoso y metódico, de modo que descendió del coche para averiguar de qué se trataba.

(Muy propio de Steve Grange.)

Era una Browning automática de calibre treinta y dos, de acero muy bien pulido, salvo el mango de ebonita. No olvide que el señor Grange carecía de razones para suponer que ocurriera algo fuera de lo normal. Era un arma, sencillamente. Pero como ya dije, es una persona cuidadosa y metódica que nos ha prestado una ayuda valiosa. Recogió el arma con la punta de los dedos —Craft hizo una demostración de la forma empleada— y por el olor del caño comprobó que había sido disparada algunas horas antes.

La llevó consigo a su casa esa noche. Al día siguiente la entregó al destacamento policial de Lynton. Y de ahí me la enviaron a mí a Barnstaple. A decir verdad, llegó esta mañana a primera hora, justo cuando acabábamos de recibir noticias de dos cadáveres de ahogados, que no eran realmente ahogados, sino que presentaban orificios de bala. Con esa pistola se habían hecho dos disparos y, además, se había borrado toda huella de impresiones digitales. Entregué todo al comandante Seldon, el perito en balística. Acabo de verle. Tanto la bala que causó la muerte de la señora Wainright como la

bala que causó la muerte del señor Sullivan fueron disparadas por esa Browning automática.

El superintendente Craft calló; H. M. abrió un ojo.

—Ajá— murmuró dormitando—. A decir verdad, esperaba algo semejante.

—Pero no es eso todo lo que el comandante estaba en condiciones de informarme. De no haberse hallado la pistola hubiéramos dado por seguro que se trataba de un caso de suicidio. El crimen perfecto, podría llamársele. Pero esta particular pistola produce una explosión perceptible en la parte de atrás, o explosión prematura, como suele suceder en algunas de esas armas. Esto es, para no utilizar términos técnicos: que es imposible hacer un disparo sin que se produzca una explosión que hace que los granos de pólvora sin quemar se incrusten en la mano...

H. M. no dormitaba ya. Se había enderezado en el sillón.

—...como una marca de fábrica. Ni la mano de la señora Wainright ni la de Sullivan presentan esa marca. De modo, pues, que no se trata de suicidios, señor. Fue un doble asesinato.

—¿No hay ninguna duda acerca de eso?

—Hable usted mismo con el comandante Seldon. Él le convencerá.

—¡Oh, Dios! —murmuró H. M.—. ¡Santa Bárbara bendita!

Craft se dirigió hacia mí. Su aire pedía disculpas, pero indicaba resolución. Su ojo sano sonreía mientras el otro permanecía inexpresivo.

—Veamos ahora, doctor; tenemos ya su declaración.

—Efectivamente. Pero ésta es la más fantástica...

—Sí —convino Craft—, eso es cabalmente lo malo. Veamos.

Dio vuelta a las hojas de su libreta hacia atrás.

—La señora Wainright salió de la casa el sábado por la noche a las veintiuna, siendo fijada la hora por el noticiario de la trasmisión radiofónica. El señor Sullivan la siguió. La señora Wainright, o alguna otra persona, dejó una nota sobre la mesa de la cocina dando cuenta de su intención de suicidarse. ¿Es esto correcto?

—Sí, es correcto.

Sabía que Craft se dirigiría más a H. M. que a mí.

—Dos líneas de pisadas, una correspondiente a la señora de Wainright y otra al señor Sullivan, conducían al borde del acantilado. Estas pisadas son auténticas, como hemos comprobado, y no hay en ellas ninguna trampa.

—Pero —dijo Craft—, entre las veintiuna y las veintiuna treinta, alguien disparó un arma de fuego contra ambas víctimas. Los disparos fueron hechos a quemarropa. El asesino debió hallarse en pie frente a ellos, lo bastante cerca como para tocarles. Y, sin embargo, no hay ninguna otra huella de pisadas en las cercanías, excepto las del doctor Croxley.

A las veintiuna treinta, el doctor Croxley, alarmado, salió a averiguar qué había sucedido con ellos. Vio las huellas que llevaban hasta el borde del acantilado. Fue hasta allá, miró hacia abajo y regresó a la casa.

Al llegar aquí, Craft hizo gala de un pesado humorismo:

—Supongo que no disparó usted sobre la pareja, ¿verdad, doctor?

—¡Cristo santo, no!

Craft sonrió con ese aire fúnebre que le caracteriza.

—No se inquiete —me aconsejó—. Hace ya largos años que vivo en este distrito. No acierto a imaginar que exista nadie menos sospechoso de un asesinato que Luke Croxley.

—Gracias.

—Pero además hay pruebas inequívocas que demuestran su inocencia —prosiguió Craft—, para el caso de que fuéramos lo bastante tontos como para sospechar de usted —y dirigiéndose a H. M., añadió—: No en vano el doctor Croxley ha sido médico de la policía. Tuvo el cuidado de mantenerse alejado de las huellas y de no estropearlas.

—Justamente estaba pensando en eso.

—A decir verdad, se mantuvo a cerca de dos metros de distancia. Todas las huellas corren en rectas paralelas. Al doctor le hubiera sido imposible conservarse a dos metros de distancia de la víctima más próxima, yendo en la misma dirección que ésta, sin desviarse siquiera en ningún momento al hacer fuego sobre ambos a quemarropa. No, su declaración es inobjetable. La aceptaremos.

Esta vez puse un poco más de acritud en mi agradecimiento. Craft pasó por alto esa circunstancia.

—Pero ya podrá usted advertir en qué situación nos coloca esto, sir Henry. No le pediré que venga a ver los cadáveres, pues se hallan bastante desfigurados por la caída y por los golpes contra las rocas de la costa durante el tiempo que permanecieron en el agua...

—¿No eran irreconocibles? —pregunté.

Craft sonrió con una mueca desagradable, como hasta él mismo pareció comprender.

—Oh, no. Nada dudoso en *ese* sentido. Son los cadáveres de la señora Wainright y del señor Sullivan, sin la menor duda. Con todo, debe alegrarse que no le tocara hacer la autopsia.

(Rita, Rita, ¡Rita!)

—Pero, como estaba diciéndole a sir Henry, este caso me dará bastantes quebraderos de cabeza. Deseo probar mi suerte con él. Y si puede usted darme algún consejo, le quedaré muy agradecido.

Ya puede usted apreciar cuál es la situación. Dos personas fueron muertas de un balazo mientras estaban en pie al borde mismo del acantilado. El asesino no pudo ni ascender ni descender por el acantilado. Es de presumir que no podría volar. Sin embargo, se aproximó a ellos y se alejó sin dejar ni una huella de sus pisadas en toda esa extensión de tierra. De no haberse hallado el arma hubiese sido un crimen perfecto que habría pasado por un doble suicidio. Aun ahora puede ser un crimen perfecto. Me interesaría conocer su opinión al respecto.

VII

El cigarro de H. M. se había apagado. Le miró parpadeando con aire de fastidio y haciendo girar entre sus dedos la colilla.

—Verá —dijo—, una vez le dije a Masters...

—¿El inspector jefe Masters?

—Precisamente. Una vez le dije a Masters que tenía la costumbre de embarcarse en los casos más endemoniados que yo hubiera conocido. Me parece que la policía del condado de Devon casi puede rivalizar con él y, sin embargo, no sé. Hay lógica en este caso. Una lógica fría —quedó pensativo—. Lo que necesito son hechos: *todos* los hechos. Hasta ahora lo único que tengo es un relato somero que me hizo Paul Ferrars cuando pensábamos que se trataba de suicidios. ¿Cuál es el resto de la historia?

—¿No quiere contarla usted, doctor Croxley? Usted siguió este asunto desde el comienzo.

Así lo hice con gran satisfacción.

Si Rita había sido asesinada, sentía por su asesino un odio profundo —un sentimiento de venganza personal— fuera de los límites de lo permisible por la caridad cristiana. Recordaba también a Alec, exhausto, desmayándose en el vestíbulo. De modo que empecé desde el principio, relatando la historia más o menos como lo he hecho en esta narración.

Aunque era un relato prolongado, no parecían encontrarle tedioso. Sólo fuimos interrumpidos dos veces. La primera cuando llegó Paul Ferrars a reclamar su invitado, pero fue alejado del lugar por H. M. con un lenguaje más vigoroso de lo que habitualmente utiliza un hombre con su huésped. Mas Ferrars no hizo sino sonreírse irónicamente, y se retiró. En la segunda ocasión apareció por el sendero la señora Harping, mi ama de llaves, agitando una campanilla anunciadora de que el almuerzo estaba listo.

La señora Harping es indispensable. Nos domina y nos receta —es un espectáculo singular el de dos médicos tragando dócilmente remedios caseros—, nos lava las camisas y cocina para nosotros. Exigió una cierta firmeza decirle que deseaba dos cubiertos más para el almuerzo y que la comida fuera servida allí, bajo el manzano, en una época en que justamente los alimentos estaban empezando a escasear. Pero logré imponerme y terminé mi relato luego que fue retirado el mantel.

—Y bien, señor —inquirió Craft—. ¿Hay algo que le llame la atención?

—¡Oh! Infinidad de cosas. Lo primero..., pero lo dejaremos por el momento. Hay otros detalles casi igualmente interesantes.

Quedó silencioso unos instantes, acariciándose con la mano la enorme calva.

—*In primis*, señores, ¿por qué derramó alguien la gasolina de los coches y

cortó los cables del teléfono?

—¿Suponiendo que el autor fuese el asesino? —pregunté.

—Suponiendo que fuese quienquiera que usted guste. ¿Cuál era el fin perseguido? ¿Trataba de impedir el descubrimiento de un crimen que se suponía que nadie debía considerar como tal? ¿Pero cómo? No estaban ustedes en el Polo Norte. Estaban a seis kilómetros de un destacamento de policía. El descubrimiento era inevitable. ¿Por qué llamar la atención sobre una posible farsa en un suicidio doble perfectamente verosímil?

—Pudo ser obra de Johnson.

—Claro. Pero apuesto ciento contra uno a que no fue él.

—¿Y el detalle siguiente?

—Forma parte de la misma locura. Como dice nuestro amigo Craft, este asesino ha cometido un crimen prácticamente perfecto. Luego ese irresponsable va y arroja el arma en un camino público donde lo más probable es que se la descubra. A menos...

—A menos ¿qué?

H. M. reflexionó.

—Me gustaría conocer una serie de detalles sobre esa pistola. Por ejemplo —me lanzó una mirada—: cuando descubrió que había sido derramada la gasolina de los coches, usted se puso en marcha y caminó como mejor pudo hasta Lyncombe, en busca de un teléfono. Debe usted haber recorrido esa misma carretera donde el señor Grange encontró más tarde la automática. ¿No la vio usted?

—No, pero no es de extrañar. Yo había perdido, dejándola caer, la linterna eléctrica de los Wainright. La carretera estaba bastante oscura.

H. M. llevó el ataque contra Craft.

—Bien, entonces usted fue allá con una patrulla de policías en un automóvil —insistió—. Debían tener luces. Llegaron allá, según me dijo, más o menos a la una menos cuarto. Todavía un rato antes de que se encontrara el arma. ¿Vio *usted* esa bendita pistola?

—No. Pero no hay nada de raro en eso, señor. Nosotros marchábamos en sentido opuesto, por el otro lado del camino.

—Puf —exclamó H. M., desinflando sus carrillos con un aire realmente siniestro y repantigándose para contemplarnos dubitativamente. Cruzó las manos sobre el vientre e hizo girar los pulgares—. No es que diga que hay algo turbio en ese detalle, entiéndanme. Lo que deseo son datos. Ahora veamos esa supuesta carta de despedida. ¿La tiene usted ahí?

De entre las hojas de su libreta, Craft sacó el papel. No era nada más, como ya dije, que un pedacito de papel arrancado del anotador de la cocina, con unas palabras garrapateadas con el lápiz del mismo anotador. Decía así:

Julieta murió como una dama. Sin alharacas. Sin recriminaciones. Sin evasivas. Quiero a todos. Adiós.

H. M. leyó las palabras en voz alta y tuve que cubrirme los ojos con la mano. Me miró, sombrío.

—Doctor Croxley, ¿vio usted esto?

—Sí.

—¿Es la escritura de la señora Wainright?

—Es y no es. Por mi parte opino que sí: que es su escritura en un momento de fuerte emoción.

—Escuche, doctor —H. M. estaba sumamente embarazado—. Ya veo que usted quería a esa muchacha. No hago estas preguntas por simple curiosidad. ¿Cree usted que la señora Wainright tenía la intención de suicidarse?

—Sí.

—Si usted me permite, señor —intervino el superintendente Craft, golpeando el puño contra la rodilla—, ésa es cabalmente la cuestión. Ahí está el problema. Eso es lo que no entiendo: si ellos pensaban efectivamente suicidarse, ¿para qué asesinarlos?

Era el punto que yo mismo había estado tratando de dilucidar. Pero H. M. meneó la cabeza negativamente.

—Eso no significa nada. Esto es, no es forzoso que signifique algo. Pudieron haber tenido la intención de suicidarse y perder el valor. Ha ocurrido ya muchas veces. Interviene entonces una determinada persona, resuelta a verlos muertos a ambos, que hace los disparos. Sólo que...

Continuó gruñendo y dando golpecitos en la nota con el pulgar y el índice, como si algún pensamiento le molestara como un dolor de estómago.

—Analicemos el problema —dijo—. Se trata de lo que humorísticamente se conoce en la prensa como un crimen pasional. No hay necesidad de consultar las estrellas para conocer los motivos. O a) alguien odiaba tanto a la señora Wainright a causa de sus amores con Sullivan, o b) alguien odiaba tanto a Sullivan a causa de sus amores con la señora Wairinght, que era necesario eliminar a ambos.

—Así parece, señor —convino Craft.

—Por lo tanto, tenemos que recurrir a la chismografía, nos guste o no. Por lo que a mí se refiere —dijo H. M. sin rubor—, poseo un espíritu innoble y un gusto particular por los chismes. Según lo que el doctor nos cuenta, Alec Wainright creía que su mujer había tenido relaciones con alguien mucho antes de conocer al fallecido y lamentado Sullivan.

—Ella me juró... —empecé a decir.

H. M. adoptó un aire de disculpa.

—Claro, claro. Ya sé. Pero con todo, me gustarían algunas informaciones de un testigo más imparcial y menos tolerante que ella. ¿Cuándo podría hablar con el marido?

—Deberá preguntarle a Tom sobre el particular. Por lo que sé, no será posible en seguida y, probablemente, tampoco durante un tiempo.

—Entre tanto, ¿oyó usted algún comentario sobre otra aventura amorosa?

—Nunca.

—¿Y usted? —preguntó H. M., lanzando una mirada a Craft.

—La verdad, no es ése mi fuerte —el superintendente vaciló antes de

agregar—: Pero debo confesar que nunca oí nada contra esa señora. Y en pueblos pequeños como éste, todo se sabe.

—Lo que necesitamos —dijo H. M., devolviendo la nota a Craft— es el toque femenino, y una serena y magnífica inconsciencia de mujer de las leyes de difamación. Me interesaría sobremanera cambiar algunas palabras con aquella muchacha —movió la cabeza en dirección a la casa de Molly Grange—. Tengo la impresión de que es una excelente fuente de informaciones, con los ojos bien abiertos. Y por añadidura, una pequeña charla con su padre...

—Podríamos ir allá ahora mismo —sugirió Craft. Consultó el reloj—. Es ya bastante tarde, y el señor Grange no debe tardar en regresar a su casa.

H. M. tentó al costado de su sillón de ruedas. El ruido del motor en marcha se elevó en la quietud, aumentando hasta alcanzar su po-po-po constante, que llegaba hasta High Street. Obtuvo una respuesta instantánea. Las orejas se levantaron, las colas se agitaron, los cuerpos se pusieron tensos; un distante clamor de ladridos resonó en desafío. H. M. miró bizqueando a su alrededor, con malevolencia.

—Grrrr, ¡animales del demonio! —exclamó. Luego, dando rienda suelta a su resentimiento, dijo—: Escácheme, tengo que formular una protesta. ¿No podría usted tomar medidas contra esos perros impertinentes?

Era evidente que el superintendente Craft encontraba que a veces el gran hombre era algo difícil de tratar.

—Todo irá bien, señor, si no se apresura. Ya se lo dije ayer, cuando estaba usted ensayando vueltas cerradas en el parque del señor Ferrars.

—Soy un individuo tranquilo —dijo H. M.—, conocido en todas partes por mi carácter apacible y mis modales corteses. Amo a los animales como San Francisco, malditos sean. Pero lo justo es justo. Esos fieles amigos del hombre de la vecindad casi me hicieron quebrar el cuello esta mañana. Si tengo que avanzar en este aparato como un gran duque ruso en un trineo perseguido por lobos, afirmo que se trata de una verdadera persecución.

—Yo marcharé delante y haré que se alejen.

—Hay también otra cuestión —añadió H. M. muy sosegadamente—. Cuando veamos a esa muchacha —señaló de nuevo hacia la casa de Molly—, ¿qué le diremos? La gente cree todavía que se suicidaron. ¿Aclaramos que se trata de asesinato o nos guardamos esa información?

Craft se restregó la barbilla.

—No veo la posibilidad de ocultarlo —dijo al fin—. De todos modos, el miércoles se realizará la encuesta. Y si deseamos enterarnos de algo antes...

—¿Diremos la verdad, entonces?

—A mi juicio es lo más conveniente.

H. M. enderezó con ímpetu por el sendero del jardín, sorteando los obstáculos con felicidad. Los Grange —padre, madre e hija— viven en una casa modesta, muy cuidada y bien atendida. Las amplias ventanas del salón estaban abiertas; en el interior alguien tocaba el piano.

Luego que ayudamos a H. M. a subir al umbral de la entrada, una acicalada

doncella nos hizo pasar al vestíbulo y después al salón. El moblaje de la habitación en blanco denotaba medios de fortuna y gusto. En la casa de Steve Grange nada estaba jamás fuera de su lugar o desarreglado. Molly, sentada al piano de cola situado junto a las ventanas, se levantó, sorprendida, al vernos.

Creo que los tres nos sentíamos indecisos y sufríamos de una tendencia a carraspear. Al fin, fui yo quien hizo las veces de chivo emisario, tomando la palabra.

—Molly —dije—. Esta mañana me manifestó usted que se había forjado algunas ideas sobre este desdichado asunto. Es decir, sobre Rita Wainright y Barry Sullivan. Usted deseaba mostrarme algo.

—¡Oh, eso! —exclamó Molly, sin interés. Extendiendo el brazo, apretó una tecla que produjo un sonido agudo—. Estaba equivocada, doctor Luke... Me alegro de haberme equivocado. Era muy desagradable.

—Pero ¿qué es lo que deseaba mostrarme?

—Nada —replicó Molly—. Únicamente un viejo libro de acertijos.

—¡Ajá! —exclamó H. M. con tan intenso interés que todos nos volvimos hacia él. Molly le arrojó una rápida mirada y luego recomenzó a jugar con las teclas del piano—. Me pregunto si los dos pensamos en el mismo truco. Pero no sirve, muchacha. Es demasiado fácil. ¡Ojalá fuera tan fácil! —H. M. gruñó, sacudiendo el puño—. Con todo, ¿pensaríamos los dos en el mismo truco?

En mi memoria, vagamente, borroso y obsesionante, se agitaba el recuerdo de que alguien más había mencionado una vez en esta historia, por alguna razón, los acertijos. Pero no pude identificarle.

—También yo me lo pregunto —dijo Molly sonriendo—. Pero, por favor, tomen asiento. Iré a llamar a mamá. Está aquí, en el jardín.

—Preferiríamos que no lo hiciera, señorita— dijo el superintendente Craft con voz sepulcral—. Nos interesa hablar con usted a solas.

Molly rió ligeramente.

—Bien —dijo con voz un tanto ahogada, y se dejó caer sobre la banqueta del piano—. Pero siéntense, de todos modos. ¿Qué deseaban?

—¿Tiene inconveniente en que cierre las puertas, señorita?

—No, de ninguna manera. Pero ¿qué...?

Craft cumplió con el ritual. Una vez que hubo tomado asiento, balanceando su largo cuerpo sobre el borde de la silla, tomó la palabra con la misma gravedad sepulcral.

—Señorita, prepárese usted para oír una noticia que le impresionará.

—¿Sí?

—La señora Wainright y el señor Sullivan no se suicidaron. Ni siquiera se ahogaron. Ambos fueron asesinados.

Silencio. Se oyó el débil tic-tac de un reloj sobre la repisa de la chimenea.

La impresión producida en la joven era grande: eso era visible. Sus labios se entreabrieron; las manos cayeron, sin producir sonidos, sobre las teclas. Los ojos azules desviaron su mirada hacia mí, buscando confirmación, y yo asentí con un movimiento de cabeza. Cuando Molly habló, lo hizo con una voz baja

y ronca.

—¿Dónde? —preguntó.

—Al borde del acantilado.

—¿Fueron *asesinados* al borde del *acantilado*? —repitió con incredulidad Molly.

Al decir la palabra *asesinados*, Molly estiró el cuello volviendo la cabeza para arrojar una mirada a las ventanas con cortinas de malla, como temerosa de ser oída desde la calle.

—Así es, señorita.

—¡Pero eso es imposible! Estaban solos. No había otras pisadas sino las de ellos. O, por lo menos, así me dijeron.

Craft no se impacientó.

—Demasiado bien lo sabemos, señorita. Pero es la verdad. Fueron asesinados por alguien que al parecer es capaz de flotar en el aire. Le ruego que por el momento considere esta información como estrictamente personal y confidencial. Tal es la situación. Y pensamos que quizá usted pudiera ayudamos.

—¿Cómo fueron... muertos?

—De un balazo. ¿No se enteró usted de la pistola automática de calibre treinta y dos que...?

H. M. intervino al llegar a este punto con un carraspeo de desagradable violencia y una embestida con la cabeza dignos de un dragón en una película de Disney, y que asustaron a Molly haciéndole arrancar unos discordantes sonidos del piano.

Como dice el superintendente —comentó H. M. más apaciguado—, es ésta una situación absurda, sumamente interesante. Tengo en Londres un amigo llamado Masters. Si estuviera aquí sufriría un ataque. Me alegra que la genio de la localidad tome el asunto con más sensatez.

Pero ¿cómo *saben* que fueron asesinados? —insistió Molly—. ¿No es en sí una suposición inverosímil?

—Es una historia muy larga, jovencita, y puede esperar. Como no avanzábamos en la investigación del procedimiento usado, juzgamos oportuno estudiar el asunto desde otro punto de vista. Dígame: ¿conocía usted a la señora Wainright bastante bien?

—Sí. Bastante.

—¿Le gustaba?

Molly me sonrió con una mueca.

—No. No mucho. Por favor, no interprete mal mis palabras. No me era antipática. Alguna de sus actitudes me parecían un poco tontas. A mi juicio, coqueteaba demasiado con los hombres...

—¿Y usted hallaba eso censurable?

—Conozco mejores modos de emplear mi tiempo —respondió Molly remilgadamente.

—¿De veras?

Molly se apresuró a decir:

—Por favor, no interpreten tampoco esto equivocadamente. De ninguna manera censuraba a Rita. Pero me parecía una tontería estar pensando en eso todo el tiempo.

—¿Pensando en qué todo el tiempo?

El rostro de Molly enrojeció.

—En amores, claro está. ¿A qué otra cosa podría referirme?

—Oh, no sé. La gente usa palabras diferentes para los diferentes matices de lo que quiere decir. Pero lo que me interesaba saber es lo siguiente: ¿Tuvo ella algún otro amorío extraconyugal serio antes de Sullivan? No le preguntamos por simple curiosidad.

Molly reflexionó largo rato, acariciando con el dorso de la mano el teclado del piano.

—Supongo que desean una respuesta franca— dijo con voz turbada. Luego alzó la mirada—. La respuesta sincera es: no sé. Al decir que coqueteaba con los hombres, no quise decir que corriera tras ellos. No lo hacía. Y hay una diferencia. Siempre pensé que era enteramente fiel a su esposo. ¿Qué es lo que, con precisión, buscan ustedes?

Fue Craft quien intervino.

—Buscamos un motivo, señorita. Deseamos averiguar si existió alguien que amara a la señora Wainright lo suficiente como para perder el juicio y matar a ambos cuando ella se enamoró de otro.

Molly me miró con los ojos muy abiertos.

—Pero supongo —exclamó—, ¡supongo que no estarán pensando en el pobre señor Wainright!

Hasta ese momento puedo afirmar con sinceridad que ni por un instante se me había cruzado por la mente la idea de que Alec se hallara vinculado de algún modo con ese asunto. Es tan grande nuestra ceguera cuando se está muy próximo a alguien, que no se le ve. Por lógico que sea, ese conocimiento permanece oculto detrás de la pantalla que forman las ideas preconcebidas. Pero después de arrojar una mirada al superintendente y a H. M., se me hizo evidente que ellos no habían padecido de este tipo de ceguera.

El superintendente Craft sonrió como el padre del fantasma de Hamlet.

—Bien, no —respondió—. No pensamos en él, señorita. Porque es imposible. Eso es lo malo.

—No entiendo.

—Cuando una mujer es asesinada, en especial en un asunto como el presente —continuó Craft—, claro está que la primera persona de quien se recela es del marido.

—¿Ese hombrecillo tan bueno? —exclamó Molly.

—Cualquier marido —dijo Craft, abarcando a toda la tribu con un ademán del brazo—. Pero según el doctor Croxley, que nos merece fe, el señor Wainright estuvo en su presencia todo el tiempo entre las veintiuna y las veintiuna treinta de la noche del sábado.

—Y aun suponiendo —añadió Craft, dirigiéndome su sonrisa de ultratumba— que hubiese habido algún juego turbio después de las veintiuna treinta, ocultación de pruebas, eliminación de huellas o algo semejante, el doctor Croxley estuvo en su compañía hasta que se desmayó. Después de esto, siempre que el doctor nos haya informado correctamente del estado del señor Wainright, mal pudo abandonar el lecho para nada.

—Con seguridad que no hubiera podido abandonar su lecho —convine—. Puedo jurarlo sobre la Biblia.

—Por lo que ya comprende usted que hemos de investigar en otra dirección —explicó Craft—. No es éste un crimen por dinero o algo análogo. Tenemos que dar con alguien que odiara tanto a ambos como para asesinarlos *juntos*. Se trata de un asunto privado, de algo personal. Y tal como los hechos se presentan, pensamos que la respuesta debe hallarse en alguna de las aventuras amorosas de la señora Wainright.

Usted dijo hace unos instantes que siempre *pensó* que la señora Wainright tuvo fidelidad a su marido, pero como si no se sintiera usted muy segura de ello. Si hay algo que pueda usted decirnos, señorita, he de hacerle recordar que es su deber no callar nada en informarnos de lo que sepa. ¿Puede usted decirnos algo?

Molly hizo un gesto de desagrado. Mirando hacia abajo a un punto frente a ella, tocó algunos acordes en el piano, pero con gran suavidad, a medias temerosa de tocarlos. Su expresión denotaba vacilación, embarazo y duda.

Luego tomó aliento y alzó la mirada.

—Sí —respondió—. Temo que sí.

VIII

—Me molesta contarlo —se lamentó Molly, levantando un hombro más alto que otro— porque produce la desagradable impresión de que hubiera estado espiando. Pero no fue así. No pude evitarlo. Y puede usted repetir mis palabras si así lo desea.

—Sí, señorita.

—Sucedió en la primavera. Aproximadamente en el mes de abril; no estoy segura. Era un domingo y yo había salido a pasear. ¿Conoce usted ese estrecho camino que lleva de la carretera al puente de Baker, a unos cinco kilómetros de acá?

El superintendente Craft abrió la boca para hacer una observación y luego la cerró, limitándose a asentir con un movimiento de cabeza.

—Había entrado por ese camino con intención de seguir hasta el puente y regresar a Lyncombe por el camino de atrás. Caminaba a buen paso porque se acercaba el crepúsculo. Era un día húmedo y los árboles empezaban a brotar. Sobre el camino, a unos doscientos metros más adelante, hay una casita de piedra: una especie de estudio. Años atrás fue ocupado por un artista, pero hace largo tiempo que está deshabitado. ¿Sabe usted a cuál me refiero?

—Sí, señorita.

—Cuando me hallaba, tal vez a unos treinta metros de la casa, reparé en un automóvil estacionado junto al estudio. Un *S. S. Jaguar*: el automóvil de Rita, aunque en ese momento no le identifiqué. La casa estaba convertida en una completa ruina; lo que en un tiempo fue el techado de vidrio del estudio, estaba destrozado y sucio. En el vano de la puerta había dos personas en pie, a medias dentro, a medias fuera. Una era una mujer con un suéter de un rojo vivo...; fue esa la única causa de que reparara en ella, por el contraste con la media luz reinante. La otra era un hombre. No les puedo decir quién era, y ni siquiera cuál era su apariencia: estaba en la puerta, pero hacia dentro.

La mujer tenía echados los brazos alrededor del cuello de él. Lo lamento, pero eso es lo que vi. —Molly tenía un aire de desafío y fastidio—. La mujer se separó con violencia del hombre. Tampoco entonces distinguí quién era ella. Apresuradamente caminó por el barro hasta el automóvil y subió a éste. El coche se puso en marcha con un remolino de hojas secas y, dando vuelta, se aproximó hacia donde yo me hallaba. Fue entonces cuando reconocí a Rita al volante.

Ella no me vio. Dudo que reparara en algo. Tenía un aspecto... bien, como si se sintiera destrozada y desesperada, con una expresión de mártir, como si distara de haber pasado un rato agradable. El coche pasó velozmente a mi lado sin darme tiempo a llamaría. Aunque tampoco la hubiera llamado, de todos modos. Quedé indecisa acerca de si continuaría mi camino o regresaría por

donde había venido, pero juzgué que despertaría la atención si no seguía adelante. Al hombre no lo vi más.

Y eso es todo lo que puedo decirles. No es mucho. Dudo que sea importante. Pero ustedes me preguntaron si no hubo algún hombre en su vida de quien no supiéramos nada. Lo hay... o lo hubo.

Craft sacó su libreta, lo que pareció inquietar a Molly, y escribió una media docena de palabras en ella.

—Comprendo, señorita —su voz era inexpresiva—. Eso ocurrió en el camino al puente de Beker, dice usted. ¿A menos de un kilómetro de la propia casa de los Wainright?

—Precisamente.

—¿No puede usted describir al hombre de ninguna manera?

—No. No era nada más que una sombra y un par de manos.

—¿Alto o bajo? ¿Joven o viejo? ¿Grueso o delgado? ¿Ningún detalle?

—Lo siento —respondió Molly—. Eso es todo cuanto puedo decirles.

—¿Nunca oyó usted...? Sí, tal vez debemos llegar hasta esto. ¿No oyó usted nunca alguna murmuración que vinculara a la señora Wainright con alguien de las cercanías?

Molly meneó negativamente la cabeza.

—No, nunca.

H. M. había permanecido inmóvil durante varios minutos, los ojos cerrados, con una expresión de gargantuesca actitud de los labios.

—Escuche —dijo—. Ya hemos oído hablar bastante sobre la señora Wainright. ¿Podría usted decirnos algo sobre Sullivan? Por ejemplo: ¿podría usted decirnos cuál es su verdadero nombre?

Esta vez consiguió sorprendernos a Craft y a mí tanto como sorprendió a Molly.

—¿Su verdadero nombre? —repitió Molly—. Su verdadero nombre es Barry Sullivan, ¿no es así?

—La ignorancia de esta generación sobre el teatro bastaría para sacarme canas si tuviese pelo —dijo H. M.— ¡Oh, jovencita! ¿Qué pensaría usted de un actor que en nuestros días tuviese la osadía de llamarse David Garrick o Edmund Kean?

—Pensaría que era un nombre de batalla —respondió Molly, muy pensativa.

—Ajá. Y el verdadero Barry Sullivan fue uno de los más conocidos actores románticos del siglo XIX. Fíjese bien: *puede* ser una coincidencia. Es posible que exista realmente una señora Sullivan que llamó a su hermoso hijo Barry. Pero teniendo en cuenta su vinculación con el teatro, el detalle es lo bastante interesante como para merecer una investigación.

H. M. reflexionó.

—Si usted cree que vale la pena averiguarlo —continuó—, podría hacerlo por intermedio del consulado norteamericano en Londres. O quizá por intermedio de la Asociación de Actores. Y, tal vez, hasta por la casa donde trabajaba como vendedor de automóviles.

Craft hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Ya he telegrafiado al Departamento de Investigaciones Criminales —replicó—. Ya le contaré luego—. Con gran sorpresa por mi parte, Craft tenía el rostro, normalmente impasible, de un rojo subido, y no cesaba de carraspear. Ni siquiera parecía interesarse por Barry Sullivan.

—Dígame, señorita. ¿Está usted segura de que fue en el camino al puente de Baker?

Molly abrió los ojos.

—¡Cielos, claro que estoy segura! He vivido aquí toda mi vida.

—¿No le contó nada su padre ayer u hoy?

Molly lo miró extrañada.

—¿Mi padre? —repitió.

—¿No le dijo que fue por la carretera, a poco más de un metro de la entrada al camino del puente de Baker, donde encontró una pistola automática a horas avanzadas de la noche del sábado?

Esta vez fue Craft el que nos sorprendió a todos. H. M. profirió unos términos violentos y obscenos, que soy lo bastante anticuado como para creer que no deben usarse delante de una joven como Molly. Pero ésta apenas si le oyó. Su asombro era tan patente que Craft prosiguió explicando.

—No; es cierto que no dijo nada en casa. Pero... por otra parte, no era de suponer que lo hiciera. No acostumbra ser muy explícito con mamá y conmigo...

—No tenía ninguna razón para suponer que ocurría algo anormal, señorita —hizo notar el superintendente—. Tampoco nosotros supimos hasta las últimas horas de esta mañana que se trataba del arma empleada para ultimar a ambos.

—Papá está furioso —exclamó, sin poder contenerse, Molly.

—¿Furioso? ¿Por qué ha de estarlo?

—Porque detesta verse mezclado en un asunto de esta índole, aunque sea en el carácter de «el hombre que halló el arma» —replicó Molly—. Dice que prácticamente no hay nada que no perjudique a un abogado en su profesión. Y cuando se entere que he estado hablando de la pobre Rita, aun después de muerta...

La acicalada doncella golpeó suavemente la puerta y asomó la cabeza.

—¿Sirvo el té, señorita? —inquirió—. Acaba de llegar el señor.

Steve Grange era —supongo que debía decir *es*, pero dejemos el verbo tal como está— un hombre delgado y fuerte, de unos cincuenta y cinco años. Muy erguido y de paso ágil, era muy dueño de sí, con unos modales secos y formales. Su rostro, de facciones muy marcadas, no era mal parecido; sus cabellos negros, que empezaban a encanecer, contrastaban con su tez pálida; usaba un bigote muy fino, grisáceo; y vestía siempre con tanta pulcritud que lindaba con el dandismo. Entró llevando el periódico vespertino, y Craft le informó, sin rodeos, de las novedades.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío!

Quedó allí en pie, mirándonos fijamente, con la incredulidad reflejada en sus oscuros ojos grises, golpeándose con el periódico doblado la palma de la mano izquierda. Luego se volvió con vivacidad hacia Molly.

—¿Dónde está tu madre, querida?

—En el jardín del fondo. Ella...

—Será conveniente que vayas a hacerle compañía, entonces. Dile a Gladys que no sirva el té todavía.

—Si no tienes inconveniente, papá, preferiría...

—Es mejor que vayas a reunirte con ella, querida. Necesito hablar con los señores.

La cara de Molly no dejó traslucir ninguna rebeldía cuando salió de la habitación. Steve continuó golpeando el periódico con la palma de la mano izquierda; una figura llena de vitalidad y energía, de ojos vivaces e inteligentes. Dio unos pasos en torno a la habitación antes de sentarse resueltamente en un sillón frente a nosotros. Entre sus cejas se marcaba una arruga.

—Es éste un asunto extraño —manifestó. Con su mano huesuda hizo un pequeño ademán hacia afuera—. Desagradable, sin duda. Pero también extraño. Es un milagro que hayan descubierto los cadáveres.

Craft asintió.

—Lo mismo pensé yo, señor. Dadas las corrientes costeras y lo demás. Pero hallamos los cadáveres y el arma. Gracias a usted.

La arruga del entrecejo de Steve se hizo más profunda.

—Sí, francamente —dijo con energía—, si hubiera tenido la menor idea de lo que se trataba, no estoy seguro de que se la hubiera entregado. No será obrar como un buen ciudadano, pero es así.

Sus dedos bien manicurados tamborilearon sobre el brazo acolchado del sillón.

—Dificultades —añadió—. Dificultades y más dificultades para todos, hoy en día.

—Desearía saber, señor, si no podría usted acaso facilitamos algún dato sobre la pistola.

—Vea, superintendente —dijo Steve. Su tono seco ejerció el efecto acostumbrado—. Supongo que no imaginará usted que *yo* estoy mezclado en este asunto.

—No, no, señor. Yo sólo...

—Me alegra saberlo. Me alegra mucho saberlo. —Steve consiguió producir una sonrisa helada—. Recobraron los cadáveres. Bien. Sin ningún arma hubieran continuado creyendo que se trataba de suicidios. Sólo cuando tuvieron en sus manos una pistola con una explosión característica cambiaron de opinión. Si *yo* hubiera tenido alguna intervención en el asesinato de la pareja, ¿cree usted que habría colaborado entregándole el arma?

Craft rió sordamente.

—No, por cierto. Lo que quiero decir es que siendo usted jefe local de la L.

D. V. —así llamábamos entonces a la Guardia Nacional— podría usted haberla visto antes en alguna parte.

—No le sé decir. En todo caso, no puedo identificarla. ¿Reparó usted en que el número de registro fue limado?

—Sí, señor.

—Hablando con franqueza, superintendente, y con las reservas del caso, dudo de que logren rastrear al dueño de esa pistola. En los tiempos de antes, cuando toda persona que adquiría municiones debía exhibir su licencia para portar armas, debía de ser fácil averiguar a quién pertenecía. ¿Pero hoy? ¡Si se venden balas a casi quienquiera que lo desee!

La desaprobación de Steve aumentó. Apoyando los codos sobre los brazos del sillón, unió las puntas de los dedos y entrecerró los ojos. Siempre pensé que esa actitud era un amaneramiento consciente cuyo fin es el de impresionar; pero Steve lo ha empleado durante tantos años que olvida el aire pomposo que le presta.

—He advertido que los oficiales del ejército tienen una deplorable costumbre —dijo—. Cuando concurren a restaurantes, clubes o teatros, muy a menudo se quitan los cinturones con las pistoleras y los cuelgan, a la vista, en los vestuarios o en cualquier parte. Hoy en día los oficiales llevan armas del tipo y calibre que se les antoja. Como no es mayor el número de armas robadas...

—¿Cree usted que pudo ocurrir eso?

—No sé. Sólo le sugiero una idea. —Steve desvió la cabeza ligeramente—. Y, según creo, el señor es el famoso sir Henry Merrivale —añadió en tono amable.

—Ajá —asintió H. M., que tenía la vista clavada con un singular aire de fastidio en la muleta acomodada frente a él.

—Me siento muy honrado por su presencia en mi casa, sir Henry. He oído hablar mucho de usted a un amigo común.

—¡Oh! ¿De quién se trata?

—Lord Blacklock. Cliente mío. —Steve dijo esto no sin un cierto aire de importancia.

—¿El viejo Blackie? —dijo M. H., interesado—. ¿Cómo está?

Steve se arrellanó para una charla íntima sobre la grandeza.

—Temo que su salud no es muy buena. No.

—No lo dudo —convino H. M., adquiriendo un tono más cordial—. Nunca volvió a ser el mismo desde que fue a Nueva York y empezó a beber el alcohol de quemar de las lámparas.

—¿De veras? —dijo Steve, después de una ligera pausa—. No puedo decir que le haya visto... desmejorado por la bebida.

—Es su mujer —nos informó espontáneamente H. M., explicándonos a Craft y a mí—: Es la peor bruja que existe al oeste del canal de Bristol, pero consigue mantener a raya a Blackie.

Steve tenía el aire de lamentar haber traído a colación el tema.

—En todo caso —dijo Steve, valientemente—, lord Blacklock está muy fastidiado con usted.

—¿Blackie está enfadado conmigo? ¿Por qué?

Steve sonrió.

—Según creo, él le invitó a pasar una parte del verano en su residencia de campo, y en vez de eso, según dice, usted prefirió instalarse en compañía de ese individuo... ¿Cómo se llama?

(Steve sabía perfectamente bien cómo se llamaba, aunque hiciera restallar sus dedos indiferentemente, simulando no conocer el nombre.)

—¿Paul Ferrars?

—Eso es —dijo Steve—. El pintor.

—No sé por qué diablos no debía yo visitar a ese joven —replicó H. M.—. Está pintando mi retrato.

En el silencio que se produjo a continuación, una sospecha pareció asaltar a H. M. Acomodando sus anteojos, miró escrutadora y lentamente a todo el grupo, estudiando por turno cada rostro en un concentrado esfuerzo por descubrir alguna señal de regocijo.

—¿Hay aquí alguien —tronó desafiante— que pueda darme una razón por la que no *deba* permitir que pinten mi retrato? ¿Hay alguna razón para que no *deba* tener un retrato? ¿Eh?

(Fácilmente hubiera podido darle una razón de carácter estético, pero parecía más prudente no mencionarla.)

—Ese joven es amigo de mi hija menor —prosiguió H. M.—. Me escribió la carta más insultante que he recibido, y eso que me han llegado muchas. Decía que yo tenía la cara más cómica que había conocido en su vida, incluso durante sus días de estudiante en París, y me preguntaba si no querría venir aquí a fin de que él la conservara para la posteridad. Era tan insultante, señores, que la curiosidad me incitó a venir.

—¿Y se quedó?

—Claro. Tengo que decir esto en su favor: me está haciendo justicia. Es un excelente retrato y pienso adquirirlo. No está terminado porque un cobarde mastín me hizo esto. —H. M. sacó afuera el pie, de debajo del tapiz. —Deseaba posar en pie, y sólo tengo permiso para estar en pie un rato al día. —H. M. resopló y luego añadió, con aire modesto—: Me está pintando como senador romano.

Hasta el superintendente se sobresaltó.

—¿Cómo qué, señor?

—Como senador romano —repitió H. M. Después de mirar con gran recelo a Craft durante unos instantes, nos hizo una demostración incorporándose con inmensa dignidad y echando hacia atrás, por encima del hombro, la punta de una toga imaginaria.

—Comprendo —dijo Steve Grande, sin la menor inflexión en la voz—. El señor Ferrars ha tenido algunos éxitos, según creo.

—No simpatiza usted con él, por lo que veo.

—Sir Henry, temo no conocerle lo suficiente como para que me sea ni simpático ni antipático. Podré ser un anticuado hombre de hogar, pero no me gustan las que solían denominarse costumbres bohemias. Eso es todo.

—¿Cuál es su opinión sobre la señora Wainright?

Steve se levantó del sillón, cruzó la habitación hasta la ventana detrás del piano, alzó una de las cortinas de encaje y miró a la calle. Al pasar, según reparé, se contempló en un espejo de la pared, pues Steve, como la mayoría de nosotros, posee también su dosis de vanidad humana.

—La señora Wainright y yo —respondió— sostuvimos una disputa bastante seria hace más de un año. Cualquiera podrá informarle de ello. Desde entonces no volvimos a hablarnos.

Luego, dando una media vuelta, agregó con tono terminante:

—La razón de esa disputa debe ser mantenida en reserva. La señora Wainright deseaba que yo hiciera algo para ella, en mi calidad de abogado, que a mi juicio era contrario a la ética profesional. Esa es la única explicación que puedo proporcionarles.

En la medida de lo posible me he opuesto a que Molly fuera a su casa. Entiéndame bien: Molly es dueña de sus actos. Se gana su vida y tiene derecho, dentro de ciertos límites, de vivir como le plazca. Pero el círculo de los Wainright y el círculo bohemio no me agradan particularmente. Soy muy cuidadoso acerca de la gente que visita a Molly aquí. Y así se lo he hecho saber a ella.

Al llegar a este punto me sentí llamado a formular una protesta.

—Pero hágame el favor —dije con cierta vehemencia—, ¿qué es lo que usted entiende precisamente por «el círculo de los Wainright?» ¿No dirá usted que jugar al bridge los sábados por la noche es llevar una vida muy bohemia? ¡Diablos, yo mismo lo hago!

Steve sonrió.

—Por «el círculo de los Wainright», doctor Luke, me refería a la propia señora Wainright y a cualquiera de sus jóvenes admiradores masculinos.

El superintendente Craft tosió.

—Justamente, señor, estábamos buscando al hombre del caso. El hombre que su hija vio en compañía de la señora Wainright frente al viejo estudio de piedra del camino al puente de Baker.

La piel se estiró sobre las mejillas y las mandíbulas de Steve, como si la ascética y pronunciada estructura ósea de su cara se hubiera endurecido. Pero habló con un tono suave.

—Molly nunca debió contárselo. Fue una indiscreción, y hasta quizá legalmente inobjetable.

—¿Duda usted de la palabra de su hija?

—De ninguna manera. Mas a veces creo que tiene una imaginación excesiva —Steve se refregó el costado de la quijada—. En cuanto a ese asunto del estudio, tal vez se trate de algún coqueteo más o menos inocente...

—¿Qué condujo a un crimen? —inquirió H. M.

—Señores, permítanme que les diga algo en mi calidad de abogado.

Retornando a su sillón Steve se sentó cómodamente.

—No probarán nunca que existió un hombre en este caso —afirmó, uniendo las manos por las yemas de los dedos—. Les diré algo más. Están ustedes malgastando el tiempo en demostrar que se cometió un crimen. Fue un doble suicidio, y no hay duda de que cualquier jurado de la encuesta del *coroner* (funcionario que investiga los casos de muerte violenta) llegará a este veredicto.

Aunque Craft inició una protesta, Steve impuso silencio levantando la mano. Bajo el fino reborde del bigote de Steve se veía una ligera sonrisa, mas ésta no se extendía hasta los ojos. El rostro era grave, serio y pensativo. Yo hubiera jurado que creía a pie juntillas lo que decía, palabra por palabra.

—Cuanto más reflexiono sobre el asunto, señores, mayor es mi convicción de que se trata de un doble suicidio —manifestó—. ¿Sobre qué pruebas basan la presunción de asesinato? Sobre dos circunstancias. Primera: la ausencia de pólvora incrustada en la mano de una u otra víctima. Segunda: en el hallazgo del arma a una cierta distancia del lugar. ¿Es así?

—Sí, señor, y eso basta para mí.

—Bien, veamos —Steve apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón—. Supongamos un caso hipotético. La señora Wainright y el señor Sullivan deciden suicidarse. Sullivan se provee de una pistola automática. Caminan hasta el borde del acantilado. Sullivan dispara el arma contra ella y luego contra sí mismo. En su mano derecha lleva..., ¿qué? Un guante.

La habitación estaba muy silenciosa; sólo se oía el tic-tac del reloj.

Empecé a decir: «¿Un guante para suicidarse?», pero en el mismo instante que pronuncié estas palabras, acudieron a mi memoria con claridad enervante ciertos casos de la jurisprudencia médica así como de mi propia experiencia personal. Steve Grange prosiguió:

—Recordemos las costumbres de los suicidas. Un suicida adoptará las precauciones más complicadas para no *lastimarse* o para no *hacerse daño*. Si se ahorca, a menudo acolcha la cuerda. Rara vez, o nunca, dispara el balazo a través del ojo, aunque sea éste el procedimiento más seguro. Coloca una almohada en el horno de gas para reposar con comodidad la cabeza.

Ahora bien, en esta particular pistola se producía una explosión o *backfire*, acentuada. Esta explosión significa una lesión dolorosa por la pólvora que se incrusta en la mano, tal vez una quemadura seria. Sullivan debía hacer fuego contra la señora Wainright antes de suicidarse. ¿No era natural..., más aún, no era inevitable... que llevara puesto el guante?

Ni H. M. ni Craft respondieron, aunque pude advertir una expresión de sobresalto en el rostro de este último, que hizo un casi imperceptible movimiento con la cabeza. Steve Grange señaló una pared cubierta de libros en el fondo de la habitación.

—Aquí somos grandes lectores de crímenes —nos dijo con leve tono de disculpa—. De modo que prosigo. ¿No es acaso verdad, superintendente, que

siempre, en los cadáveres arrojados por el mar, gran parte de las ropas, y a veces casi todas, son arrancadas?

Craft gruñó, asintiendo; su ojo de vidrio había adquirido, si eso era posible, un aspecto aún más artificial. Consultó repetidas veces su libreta.

—Es la pura verdad —confesó el superintendente—. He visto uno o dos cadáveres que fueron arrojados enteramente desnudos, a excepción del calzado. Los zapatos nunca se pierden porque el cuero encoge. La señora Wainright y el señor Sullivan estaban vestidos casi por completo, si bien la mayor parte de las prendas estaba hecha jirones. Pero ¿quiere usted decir que lo primero que se perdería sería un guante abierto?

—Eso es precisamente lo que quiero decir.

Al llegar a este punto Steve vaciló, tratando de mordisquear las puntas de su bigotillo.

—Dispénseme —dijo con su tono seco—. Lo que sigue, no me es agradable. Ofenderá a un antiguo amigo mío. Pero es inevitable.

Me miró de frente y dijo, con suavidad:

—Doctor Luke, seamos imparciales. Sus pisadas eran las otras únicas huellas que allí había. Todos sabemos cuánto era su cariño por la señora Wainright. A usted le habría resultado intolerable (¡confiéselo!) la idea de que se supiera que la señora Wainright se había suicidado por no ser capaz de serle fiel a su marido.

La pistola debió de caer en ese diminuto pedazo semicircular de pasto corto al borde del Salto de los Amantes. Mientras estuvo allí tendido cuan largo era, mirando por sobre el reborde, pudo usted alcanzarla con un bastón y atraerla hacia usted. ¡*Tiene* que haberlo hecho! Luego la llevó consigo y la dejó caer en la carretera cuando regresaba a su casa para avisar a la policía.

Steve me dirigió nuevamente una mirada ansiosa, donde se mezclaban la censura y la conmiseración, antes de volverse hacia los otros. Estaba inclinado hacia adelante, las palmas de las manos hacia arriba y la frente surcada de arrugas horizontales en una expresión de disculpa.

—Digan ustedes lo que quieran, señores, ésa es la única explicación posible —manifestó.

(Al oír esto H. M. le miró con un aire muy singular.)

—Es la única que aceptará el jurado del *coroner*. ¿Comprende usted esto? Además, es la verdadera. La nota de la señora Wainright la confirma. Los hechos la confirman. Todos queremos bien al doctor Luke...

Craft gruño.

—...y apreciamos la bondad de sus intenciones. ¡Pero es tan peligroso! —dijo Steve—. ¡Tan injusto! El escándalo y un cúmulo de desagrados, un proceso íntegro y las molestias consiguientes a gente por completo inocente pueden evitarse si el doctor Luke se decide a confesar que incurrió en una mentira piadosa.

Una vez más reinó el silencio. Craft desplegó su larga humanidad y me observó desde arriba. Los tres me miraban de un modo tan significativo y

reflexivo, que era imposible equivocarse.

—¡Pero yo no hice eso! —me oí gritarles.

¿Cómo expresarlo? ¿Cómo explicarles que mi mayor deseo era que así hubiese ocurrido? ¿Que de buena gana hubiera mentido si con ello podía ganarse algo? Pero que se trataba de un caso de asesinato, del asesinato de un ser querido, y que esas cosas deben ser vengadas.

—¿No, señor? —inquirió el superintendente Craft en un tono muy extraño.

—¡No!

—Luke, mi viejo amigo —me reconvino Steve—. Recuerde el estado de su salud.

—¡Al demonio con el estado de mi salud! ¡Ojalá me cayera muerto en este mismo instante! —Steve alzó una mano en señor de protesta— si cuanto he dicho no ha sido la más pura verdad. No quiero perseguir a nadie. No quiero remover escándalos; detesto el escándalo. Pero la verdad es la verdad y no es posible alterarla.

Craft me tocó en el hombro.

—Muy bien, doctor —dijo con un tono de voz amistoso que sonó más ominoso aún—. Si usted lo dice, así es. ¿Qué le parece si vamos a conversar afuera?

—Le aseguro que...

—A menos que el señor Grange tenga algo más que informarnos.

—No, temo que no —Steve se puso en pie—. ¿No desean quedarse a tomar el té?

Cuando rechazamos la invitación fue evidente su alivio.

—Bien, quizá tenga razón. En verdad creo que el doctor debería ir a su casa y acostarse. ¿Cuándo se celebra la encuesta?

—Pasado mañana —respondió Craft—, en Lynton.

—¡Ah! —Steve asintió y consultó el reloj—. Conversaré algunas palabras con el señor Raikes. Es el *coroner*, ¿verdad? Un gran amigo mío. Le pondré al tanto de alguna de nuestras ideas y estoy seguro de que logrará persuadir al jurado de la verdad. Buenas tarde, señores, muy buenas tardes. Me he quitado un gran peso de encima.

Y allí le dejamos, en pie en la puerta del frente, casi garboso, con las manos en los bolsillos, los cabellos asentados por la brisa, mientras nosotros empujábamos a H. M. por el sendero hacia la calle.

IX

—Por quincuagésima y última vez, superintendente, *no* hice eso.

—Pero ya oyó lo que dijo el señor Grange, doctor. Es la única explicación posible.

—Esta mañana opinaba usted que se trataba de asesinato.

—Ah, porque no fui lo bastante listo para dar con esa explicación. ¿Me entiende?

No cabía duda de que la paciencia de Craft se estaba agotando. Él y yo ocupábamos el asiento delantero del gran automóvil policial que marchaba traqueteante por la carretera en dirección a la casa de los Wainright.

Habíamos apilado a H. M. y al sillón de H. M. en la parte posterior del coche, colocando el sillón de costado y a H. M. en el asiento trasero. H. M. tenía los gruesos brazos cruzados sobre su enorme tórax y, con la capota baja, el viento levantaba como cuernos los dos mechones de pelo a cada lado de la calva. Durante dos kilómetros o más no había dicho una palabra. El superintendente Craft hacía el gasto de la conversación.

—Es razonable, ¿no lo comprende? —insistió, dirigiendo la mirada de su ojo sano hacia mí—. No cabe ni una sola objeción. Tenemos aquí tres líneas de pisadas —hizo una demostración en el aire— que van hasta el borde del acantilado.

—¡No suelte el volante!

—Tiene razón. Las de ellos terminan en un pedazo de césped corto de poco más de un metro de ancho; el único césped sobre el borde del acantilado. Las suyas terminan en una especie de borrón donde usted se tiró boca abajo. Las huellas son paralelas, es verdad. Las suyas distan unos dos metros de las de ellos, también es verdad.

—¡Entonces!

—Pero —señaló Craft— ya oyó lo que dijo el señor Grange. Si el arma cayó sobre el césped, usted pudo alargar su brazo con un bastón...

—¿Qué bastón? No uso bastón. Pregúntele a quien quiera. ¿Qué cree usted que soy, un viejo fósil reseco tambaleante al borde de la tumba?

Aquí me pareció oír desde el asiento trasero un claro resuello y bufido de aprobación. Pero Craft estaba ocupado en otros asuntos. Tenía la mirada clavada delante, en el camino.

—A propósito, doctor. Ahora recuerdo —Craft carraspeó—. Cuando nuestro pequeño estuvo tan enfermo el mes de enero pasado, usted fue a verle durante tres semanas casi todas las noches. Y nunca pasó la cuenta. ¿Cuáles eran sus honorarios? Más o menos.

Este cambio de tema, un tanto desconcertante, me dejó perplejo. Era inimaginable algo que me interesara menos.

—Mi buen Craft, ¿cómo diablos quiere que lo sepa? No tengo tiempo para ocuparme de esas cosas. Pregunte a Tom. Tal vez él lo sepa.

—O tal vez no —dijo Craft—. A juzgar por el modo con que anda, es tan distraído y chiflado como usted. También él envía rara vez la cuenta y, cuando lo hace, la mayor parte de las veces la envía a quien no corresponde. Estoy tratando de ser lo más correcto posible con usted.

—Escuche: no necesito dinero.

Craft aferró con más fuerza el volante.

—Quizá no, pero lo que sí necesitará es una buena dosis de ayuda. Esta encuesta..., ya lo sabe, se celebra el miércoles. Y usted debe prestar declaración bajo juramento. ¿Sabe eso también?

—Claro que sí.

—¿Repetirá usted en la encuesta la misma historia que nos contó a nosotros?

—¿Por qué no? ¡Le digo que es la verdad!

—Escuche —dijo Craft—. Casi con seguridad, el jurado llegará a un veredicto de suicidio doble. Él hace fuego sobre ella y luego se suicida. De ser así, estarán obligados a agregar una cláusula adicional diciendo que usted alteró las pruebas. Y en ese caso (¿me entiende usted *ahora*?) tendremos que arrestarle por haber jurado en falso.

Era una hermosa idea, que confieso que no se me había ocurrido hasta entonces.

No estoy ya en una época de la vida en que el ser encerrado por decir verdades constituya un motivo de alegría. Para los jóvenes parece haber algo noble en eso, aunque yo nunca llegué a entender bien el porqué. Como Galileo, estoy dispuesto a arrodillarme y a negar que la Tierra se mueve si con ello se asegura la paz del hogar. Pero ésta era cuestión personal.

—¿Quiere usted decir que no desea arrestar a nadie a quien deba usted dinero? —pregunté.

—Así es —reconoció Craft—. Si se aviniera usted a decir la verdad nos ahorraría un buen número de complicaciones.

—Le prometo decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Craft me contempló con gran recelo. Era evidente que se hallaba un tanto perplejo y en un callejón sin salida, pues, por una parte, sabía que no tengo el hábito de mentir, y por otra ahí estaban los hechos que me contradecían. No le censuro. De haberme hallado en su lugar, tampoco me hubiera creído. Estiró el cuello, dándose vuelta hacia el asiento trasero.

—¿Qué opina *usted*, señor? —preguntó—. Como dijo el señor Grange, es el único modo como pudo ocurrir. —Bien..., le diré —gruñó H. M.—, son justamente esas palabras, «el único modo», las que me hacen desconfiar de todo.

—¿Desconfía usted por ser el único modo posible?

—Sí —respondió H. M. sencillamente—. Me gustaría que Masters le oyera decir eso.

—Pero ¿oyó usted hablar alguna vez de un asesino capaz de flotar en el aire?

—¡Oh hijo mío! Usted no conoce mi historia. He visto a un individuo muerto que, sin embargo, no estaba muerto. He visto a un hombre dejar dos grupos diferentes de impresiones digitales con las mismas manos. He visto a un envenenador echar atropina en un vaso limpio que nadie había tocado —resolló—. En cuanto al asesino que flota en el aire, espero conocerle cualquier día. Justamente completaría mi círculo antes de que el viejo vaya a parar al cajón de los desperdicios.

—¿Qué desperdicios?

—No tiene importancia —respondió, irritado, H. M., y dirigiendo la mirada hacia mí, dijo—: Mire, doctor, partamos de la base, por el momento, de que usted dice la verdad.

—Gracias.

—Cuando usted fue hasta el borde del acantilado la noche del sábado, ¿notó usted que hubiera allí tirada algún arma?

—No.

—Suponiendo que hubiese una, sin embargo, ¿la habría visto usted?

—No sé —los recuerdos surgieron de nuevo, nítidos y dolorosos—. Estaba demasiado trastornado para prestar atención a nada. Mi impresión es que no había allí ningún arma, pero no podría jurarlo.

—Bien, consideremos otra cosa —descruzando los brazos, H. M. señaló a Craft—. Una automática arroja afuera las cápsulas vacías. ¿Encontró la policía alguna cápsula vacía en el lugar?

—No, pero verá usted...

—¡Ya sé, ya sé! Otra lección de criminología elemental. Las cápsulas vacías no caen de la cámara al ser disparada la pistola. Son arrojadas con un golpe seco, en alto y hacia la derecha. Lo más probable es que saltaran al mar. ¿Inspeccionó usted al pie del acantilado?

—No, señor. Cuando fuimos allí la marea estaba alta, a nueve metros, y sabía que los cuerpos habrían sido arrastrados por las aguas. En cuanto a la posibilidad de hallar dos pequeñas cápsulas de latón...

—Pero a pesar de todo, ¿registró usted?

—No, señor —Craft vaciló—. Hablando de criminología elemental, ¿qué opina usted de los Grange?

—La muchacha me gustó mucho. Aunque, por lo general, desconfío de esas jóvenes que se indignan y afirman no tener ningún interés por el sexo opuesto. Por lo común significa que tienen una buena cantidad de interés escondido por ahí. Es un caso análogo a...

H. M. cerró por un instante los ojos. Frunció las comisuras de los labios y, cruzando nuevamente sus gruesos brazos, se echó hacia atrás en el asiento y clavó la vista delante, en el camino. Cuando retomó la palabra, lo hizo con tono más suave.

—Dígame, hijo: ¿No estamos cerca de ese camino al puente de Baker?

Tengo unos deseos locos de echar una mirada a ese estudio donde la señora Wainright tenía sus citas.

Craft quedó sorprendido.

—Queda un poco más adelante —replicó—. Podemos detenernos allí fácilmente, si así lo desea.

—Entonces, sí. Pero tenga en cuenta —dijo H. M. en tono de querella— que no poseo la menor idea de lo que hallaremos ahí o de lo que veremos o haremos. Probablemente, nada. Pero con todo, subsisten los deseos.

El camino al puente de Baker, que corre tortuoso a campo traviesa para unirse al camino principal a Barnstaple por un atajo, es poco más que una senda estrecha. Parte también de él otro camino secundario hacia los yermos de Exmoor. Eran las dieciocho cuando torcimos por ese camino, siguiendo una huella barrosa entre altos rebordes. Los altos y delgados troncos de los árboles, manchados de musgo, se erguían en la suave y brumosa iluminación de la luz del sol que se filtraba. Nos sumergimos en el camino. Algo huyó precipitadamente entre las hojas muertas. Y a unos cincuenta metros más adelante, sobre la tortuosa senda, Craft frenó bruscamente.

—¿Eh? —murmuró.

Bajo la bóveda de los árboles se acercaba en nuestra dirección un hombrecillo de edad. Llevaba un sombrero de alas anchas, un traje gastado y una camisa sucia, ajustada, sin corbata al cuello. Su bigote blanco, poblado y caído, había adquirido parcialmente un color amarillento, como teñido por la nicotina, que hacía que se destacara sobre la piel. A medida que avanzaba trabajosamente, parecía dirigir un larguísimo aunque inaudible discurso a los árboles.

—Un excelente encuentro —dijo Craft—. Ése es Willie Johnson.

—Oh, ¿el jardinero que despidieron los Wainright? Convendrá que le detenga para conversar con él.

Fue innecesario hacerlo. El señor Johnson se paró, nos vio y quedó transfigurado. Luego se aproximó con dignidad, balanceando —como signo de caballero y aun de dandi— un bastón de Malaca. Además, estaba lleno de cerveza. No borracho, sino lleno hasta el tope de cerveza, que parecía fluir por sus venas para desbordarse por los ojos. Estirando su cogote flaco, dirigió la palabra a Craft.

—Tengo que formular una queja —dijo.

Craft era paciente, pero estaba cansado.

—Escuche, Willie. El sargento de Lynton me dice que está harto de sus quejas.

—No de ésta. Se trata —el señor Johnson rebuscó en su mente—, se trata de un hurto. Sí, señor. Hurto. Él lo robó.

—¿Él robó qué?

—Ah —exclamó Johnson, como si ésa fuera la parte más terriblemente siniestra del asunto. Alzó el bastón y trató de darse unos golpecitos en la nariz con él; tentativa infructuosa, cuyo fracaso le fastidió—. Era de un metro y

veinte de largo y él lo robó. Ya verá ese caballero, ya verá.

—¿Quién verá?

—Ese señor Wainright que ha perdido a su señora, una dama como no hay otra. Algunos le compadecen. Pero yo no. Yo digo que él tiene un aire taimado cuando cree que nadie le ve.

—Willie, usted está borracho. Venga a verme cuando no esté achispado. Necesito preguntarle algo.

El señor Johnson protestó con vehemencia que no estaba borracho. Entonces terció H. M.

—Escúcheme. ¿Usted debe de haber vivido en la zona bastante tiempo?

Esto excitó el orgullo local de nuestro informante. Primero declaró haber vivido allí durante veinte años, luego durante treinta y después durante cincuenta.

—¿Conoce usted el estudio situado un poco más adelante en este camino? ¿A quién pertenece?

—Pertenecía al señor Jim Wetherstone —replicó rápidamente Johnson—, que murió hace ocho o diez años. Él se lo dejó a un artista que se suicidó allí, como es costumbre entre ellos.

—Sí, pero ¿a quién pertenece ahora?

—El Estado se quedó con él. ¿Quién viviría ahí, de todos modos? ¿Sin desagües y con un artista que se suicidó y todo? —el señor Johnson escupió sobre el camino—. Costaría cien libras restaurarle, ¿y quién querría vivir ahí, de todos modos?

H. M. rebuscó en los bolsillos algunas monedas como recompensa, pero no halló sino un billete de diez chelines, y se lo entregó para desesperación de Craft y ante el asombro incrédulo de Johnson.

—Diez chelines dan para mucha cerveza, Willie —dijo Craft en tono de advertencia.

—¿Cerveza? —replicó el otro con verdadera dignidad—. Iré al cine (una vez por semana teníamos una función cinematográfica en Lynton). Es una película educativa, sobre los romanos que quemaban a los cristianos en la hoguera y todo eso. Y las muchachas no llevaban ninguna ropa encima —añadió. Estaba tan agradecido, que la cerveza le brotaba por los ojos—. Buenas tardes, señor Craft, y muy buenas tardes a *usted*, señor. Espero que su permanencia en nuestro distrito será prolongada y agradable.

—Tenga cuidado —le gritó Craft al alejarse—. Uno de estos días empezará a ver conejos rosados y entonces será grave —Willie no se dignó darse la vuelta—. Estará bien —dijo el superintendente— cuando se haya secado un poco. Con todo, hubiera preferido que no le diera ese dinero. Estamos ya cerca del estudio.

A unos doscientos metros de la carretera principal se levantaba el estudio. Aunque la senda no es muy frecuentada, yo había pasado frente a la casa en muchas ocasiones, a diversas horas, y siempre su aspecto era bastante lúgubre. Pero nunca me había parecido tan triste como en ese momento, a la luz

amortiguada del crepúsculo.

No la circundaba ninguna cerca. La construcción de piedra, semejante a un granero una vez blanqueada, pero a la sazón de un gris sucio, se levantaba a corta distancia del camino. El techo inclinado, que remataba en un pico, tuvo un tiempo un techado de vidrios, pero quedaban pocos, entre agujeros y astillas, y los que aún subsistían estaban tan sucios que parecían pintados de negro.

Una pesada puerta de dos hojas, casi tan grande como para dar paso a un camión, daba frente al camino. Al costado había una puertecilla con dos peldaños a los que se llegaba desde un sendero cubierto de hierbas. Debía haber sido ahí donde Molly había visto a Rita Wainright con un suéter rojo, los brazos en torno al cuello de un hombre, al oscurecer de un día de primavera.

En el piso de abajo no había ventanas, y las dos del piso superior —por lo menos en los lados que nos eran visibles— estaban tapiadas con tablones. A la derecha, más allá de nosotros, había una sólida chimenea de piedra. Detrás del estudio se alzaban los pinos, de ese verde oscuro que parece negro. Quien tuviera fantasía podía haber creído ver el espectro de Rita que vagaba por allí. Cerca de la puerta de dos hojas, frente al camino, recuerdo que se veía un pequeño grupo de campanillas azules.

Craft aceleró el motor y luego le paró; nos envolvió la cálida y húmeda quietud.

Fue entonces cuando oímos gritar a una mujer.

No eran gritos fuertes. En cierto modo fue eso lo que los hacía más espantosos: por agotamiento físico o por un terror que debilita los nervios, apenas se abrían paso por una garganta reseca. Por cierto que no daban al viejo estudio un aspecto agradable en esa semioscuridad. Era indudable que nacían del dolor y del miedo. Iban acompañados por unos golpes apagados, lejanos y desesperados que, según inferimos, eran dados en una de las ventanas tapiadas del piso superior, la de la izquierda, mirando de frente al estudio.

Tuvimos que dejar atrás a H. M., no obstante sus ruidosas protestas. No había tiempo para moverle. Craft se detuvo sólo el tiempo necesario para sacar una linterna eléctrica del bolsillo de la portezuela del coche.

—La puerta principal —me dijo por encima del hombro— está abierta, me parece.

Y nos dirigimos hacia allá.

La puerta principal, de roble bien curado, estaba abierta. Aunque algún vándalo había colocado aldabas y un candado en la parte exterior, la traba colgaba suelta. Abrimos de par en par la puerta, que estaba a la altura del piso de la casa, y entramos.

El interior era húmedo y mohoso. Merced a la amplia claraboya se veía bastante bien, y la distribución de la casa emergía entre las sombras. Consistía en una habitación grande, el estudio, con una cocina y una despensa en la

parte posterior. Sobre la puerta principal se había construido una especie de galería interior, que hacía las veces de piso para una habitación dentro de la otra. De modo que no existía en realidad un piso superior, sino únicamente esta habitación separada por un tabique y adosada a la pared del frente, que quedaba suspendida sobre nuestras cabezas. Una escalera, en un tiempo pintada de blanco, apoyada en la pared de la derecha, conducía a la puerta cerrada de ese cuarto.

Un débil gemido o lloriqueo partía de allá arriba.

—Ahí es —dijo Craft.

Encendiendo la linterna eléctrica, iluminó en torno antes que corriéramos escaleras arriba. El piso del estudio era de ladrillo, como el de una granja. Sobre la pared de la derecha se destacaba la negra abertura de una gran chimenea. Por el suelo se veían esparcidos algunos trozos de muebles rotos.

—¡Todo va bien! —gritó Craft—. ¡Ya vamos!

La puerta del extremo superior de la escalera estaba cerrada. Pero en la puerta se veía una llave (nueva) colocada en la cerradura. Craft la hizo girar. La puerta se abrió sin un chirrido. Al mismo tiempo oímos un quejido de alarma desde el interior y un crujido en el suelo.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz de mujer.

—No tema —dijo Craft—. No tema, señorita. Soy un oficial de la policía.

Craft dirigió el haz luminoso al interior. La transformación del escenario que se nos ofreció nos hizo parpadear. Merced a la linterna de Craft y a la luz que se filtraba por las rendijas y resquebrajaduras de las ventanas tapiadas se veía que la habitación no sólo estaba amueblada, sino lujosamente amueblada.

Luego el haz de la linterna se desvió, deteniéndose sobre la mujer —mejor dicho, la joven— que trataba de rehuirnos apretándose contra la pared, detrás de un costado de un mueble japonés. El dibujo de laca, dorados y nácar del mueblecillo reflejó nuestra luz. Cuando ésta alcanzó la altura de la cara, la joven se cubrió los ojos con los brazos y gritó.

Todo revelaba en ella la ciudad y no el campo. Sus delicados zapatos de tacones altos, cubiertos de un lodo seco, grisáceo: sus medias de seda, de un tono tostado, llenas de carreras; su vestido verde con rayas blancas, también manchado de lodo. Era muy pequeña —no sobrepasaba al metro y cincuenta de estatura—, pero tenía una de las más hermosas figuras, dentro de un tipo regordete, que he tenido la dicha de ver. La denominación *Venus de bolsillo* cruzó por mi mente, pero la descarté al recordar el estado en que se hallaba.

Lo que la hacía temblar tanto y tan constantemente como si fuera presa de convulsiones no era únicamente el miedo. Era debilidad física. Craft avanzó un paso y ella se retiró más aún. Resguardando los ojos con una mano, trató de observarnos.

—Cálmese —insistió Craft, que también empezaba a sentirse nervioso—. Le digo que soy un oficial de la policía. Está usted enteramente a salvo, ¿me entiende? ¿Quién... quién es usted?

La joven se echó a llorar.

—Soy la señora de Barry Sullivan —respondió.

X

Si esto desconcertó a Craft, no lo dejó traslucir.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted encerrada aquí?

—No lo sé. —Tenía una voz agradable, a la sazón entrecortada por el temblor, con un acento norteamericano—. Desde anoche, tal vez. Por la mañana. ¡Por amor de Dios, sáqueme de aquí!

—Está usted a salvo, señora. Venga con nosotros que no correrá peligro. Apóyese en mi brazo.

Dando la vuelta en torno al mueble, avanzó dos pasos y cayó de bruces. La alcé y la sostuve.

—¿Cuándo fue la última vez que comió? —pregunté.

Trató de recordar.

—Ayer por la mañana. En el tren. ¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Barry?

Craft y yo nos miramos. Sosteniéndola, la llevé y la hice sentar en una otomana repleta de almohadones.

—Todavía no está en condiciones de caminar, superintendente. ¿No es posible conseguir una buena luz aquí?

—Hay lámparas de petróleo —dijo la joven—. Se apagaron. No hay más petróleo.

Sugerí a Craft que lo único que cabía era hacer saltar los tablones de las ventanas. Se opuso firmemente, con un auténtico horror británico a la violación del derecho de propiedad. De modo que, como de costumbre, fui yo el chivo emisario, y tenté forzarlas. Se hizo evidente por qué la joven había sido incapaz de salir sola: la ventana a la que llevé mi ataque estaba tan sólidamente clavada como un ataúd. Por fin logré mi intento subiéndome sobre una silla y dando de puntapiés. El procedimiento fue algo ruidoso; los trozos y fragmentos de madera volaron a distancia. Cuando me asomé, me encontré contemplando desde arriba el rostro de expresión malévola de sir Henry Merrivale. No demostró la menor sorpresa, sino que sentado en el coche, sencillamente me miraba.

—¿Tiene *brandy*? —pregunté.

Aun a tal distancia tuve la impresión de que enrojeció ligeramente. Pero sin decir palabra, echó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un enorme frasco de plata que agitó con lentitud en el aire como un anzuelo. Cuando bajé a buscarle, las señales de un estallido eran tan perceptibles como ondas caloríferas.

—Arriba hay una muchacha con un ataque de nervios y medio muerta de hambre —dije—. Alguien la encerró adentro. Dice ser la esposa de Barry Sullivan.

Desaparecieron todos los signos del estallido.

—¡Santa Bárbara bendita! —murmuró—. ¿Está enterada de...?

—No. Al parecer, no.

H. M. me entregó el frasco.

—Entonces, por amor de Dios, regrese antes de que Craft se lo diga. Dese prisa.

El esfuerzo físico es reputado como perjudicial, pero eso no obstante estuve arriba en pocos instantes. La luz del crepúsculo penetraba en la alhajada habitación por una ventana. La joven estaba todavía sentada en la otomana, con sus ropas manchadas, mientras Craft hacía alarde de una sorprendente delicadeza y tacto. Aunque la joven continuaba estremeciéndose de modo convulsivo, hacía ya tentativas de reírse de esto.

A pesar de la cara demacrada, a pesar de la cabellera revuelta, a pesar de los estragos causados por las lágrimas en los afeites, era una mujer muy bonita. Esa Venus de bolsillo tenía cabellos castaño oscuro peinados en pequeños rizos como, según creo, era la moda de entonces; la boca pequeña y los ojos grises, grandes y brillantes, aunque en esos momentos estaban hinchados y empañados. A pesar de las condiciones en que se hallaba, conseguía conservar en parte ese encanto que acentúa la atracción física. Nuevamente empezó a reír, mostrando una excelente dentadura, al ver el frasco.

—Chico —dijo—, ¡lo bien que me vendría un trago!

Llené hasta el borde el vaso del frasco. Aunque le temblaba la mano, lo vació sin pestañear ni toser, extendiéndomele luego para que le sirviera más.

—No. Es suficiente por el momento.

—Tal vez tenga razón. No quiero achisparme. Lamento ser tan cobarde. ¿Tiene alguien un cigarrillo?

Craft sacó un paquete de cigarrillos y le encendió uno. La mano de la joven temblaba tanto que varias veces erró al llevarle a la boca, pero el *brandy* empezaba a hacer efecto. Lo que más me inquietaba eran sus ojos, vidriosos de terror.

—Dígame —empezó a decir—. ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Eso es lo que esperábamos que nos contara usted —dijo Craft—, señorita... señora...

—Señora Sullivan. Belle Sullivan. Dígame: ¿es usted un policía realmente? ¿No es una mentira?

Craft mostró su tarjeta de identificación.

—¿Y quién es el otro?

—El doctor Croxley, de Lyncombe.

—¡Oh! Un médico. Entonces, está bien. —La mano que sostenía el cigarrillo osciló—. Deseo contarles el más horrible...

—Si prefiere no hablar ahora, señora Sullivan —dije—, tenemos abajo un coche y podremos ir a un lugar más cómodo.

Craft adoptó un aire grave.

—Yo creo, señor, que convendría que la señora hablase ahora.

—Sí. Así creo yo también. —Tembló de nuevo—. Escuche. Mi marido es un individuo llamado Sullivan. Barry Sullivan. No creo que le conozcan.

—He oído hablar de él, señora. Presumo que también usted es de los Estados Unidos.

La joven vaciló.

—Este... no. A decir verdad, nací en Birmingham. Pero como a los clientes les gusta, paso por norteamericana.

—¿Clientes?

—Trabajo como bailarina en el hotel Piccadilly, en Londres.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

La joven era muy franca y no sufría de inhibiciones. Su voz se elevó ligeramente.

—Porque soy tan endemoniadamente celosa que no atiné a razonar —respondió—. Sabía que él tenía una pájara por aquí, pues encontré uno de los sobres con el matasellos de Lyncombe. Pero ni siquiera sé quién es la pájara.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y su temblorosa voz se hizo más firme.

—No vine a pelear. De cualquier modo, no hubiera molestado. Sólo deseaba *ver* a esa pájara, nada más. Quería ver qué tenía ella que yo no tuviese. —Belle Suvillan calló y extendió el vaso con la mano izquierda—. Sírvame otro, ¿quiere? Le prometo que no me echaré a dormir sobre usted ni empezaré a disparatar. Por favor, sírvame otro.

Le serví.

Craft, aunque lo disimulaba bien, se sentía un tanto molesto por esa desenvoltura. Pero yo no. Aunque parezca una falta de principios, me gustaba su modo de ser y me gustaba ella. Vació el segundo vaso.

—Barry partió el viernes por la noche. Al llegar el sábado por la noche me hallaba en un estado de nervios tal que me era imposible quedarme tranquila. De modo que el domingo por la mañana me decidí y tomé el tren. Aun antes de partir, me dije: «Belle, esto es lo más disparatado que se te ha ocurrido en la vida». Quiero decir, una no puede acercarse al primero que le salga al paso en una ciudad y preguntarle: «Discúlpeme, ¿me podría usted indicar cuál es la mujer que se acuesta con mi marido?»

—No, señora. No creo que eso sea posible.

—Además, ni siquiera deseaba que Barry se enterase de mi presencia. Pero ésas son las ideas que le ocurren a una cuando se halla en un estado como el mío.

El viaje hasta aquí fue terrible. Primero descubrí que debía transbordar en Exéter y continuar hasta Barnstaple. Cuando el tren llegó a Barnstaple, me enteré que faltaban todavía más de veinte kilómetros para Lyncombe. No hay tren y el ómnibus no funciona los domingos. Tuve que tomar un coche de alquiler, aunque distaba de sobrarme el dinero.

El chófer del coche me preguntó adónde deseaba ir en Lyncombe. En esa fecha yo estaba maldiciendo a todos los santos por haberme largado. Perdonen mis expresiones; en seguida trataré de hablar como una dama, pero era así

como me sentía. Le dije que me llevara a la taberna más importante y que hiciera el favor de tomar el camino más corto. El chófer dijo que conocía un atajo. Y así fue como pasamos por aquí.

El crepúsculo avanzaba en aquella curiosa habitación. El aire estaba completamente sereno y la voz temblorosa era de un tono agudo penetrante. H. M., sentado afuera en el coche, debía de seguir su relato palabra por palabra.

Belle Sullivan se mordió el labio inferior.

—¿Dice usted que eso ocurrió el domingo al atardecer, señora? —inquirió Craft.

—Sí. Eran las veinte treinta pasadas, pero aún había luz. Vinimos por este camino. El chófer, prácticamente marchaba al paso. Pasamos frente a este estudio y... —sus ojos vagaron en torno—. ¿Conocen esa puerta ancha de dos hojas del piso bajo que da al camino?

—Sí. ¿Entonces?

—La puerta estaba abierta de par en par —nos dijo Belle—. Y el automóvil de Barry estaba adentro. Reconocí el número de la chapa posterior.

Las tupidas cejas de Craft se levantaron.

—¿El *automóvil* del señor Sullivan? —repitió como un eco, con su voz sepulcral—. Por lo que sé, el señor Sullivan nunca tuvo automóvil cuando estuvo por aquí.

—Claro que no. ¿De dónde habría sacado el dinero para tener un coche? Él es vendedor de automóviles. Ese era el modelo que tenía para las demostraciones a los clientes. No le permiten sacarle de Londres para viajes de placer, en especial en época como ésta, cuando de todos modos está a punto de perder el empleo, pues no hay coches que vender. Ver ese automóvil fue lo que me asustó.

Pero pensé: «Donde está el coche de Barry no tardará en estar Barry y, probablemente, también su pájara.» De modo que dije al chófer que me dejara ahí mismo.

Por supuesto, el chófer me creyó loca. Me dijo que hacía años y años que la casa estaba deshabitada y que una vez se degolló aquí un artista. Pero le pagué y le despaché, y luego empecé a rondar por el lugar. Claro está que no estaba al tanto de *esta* parte de la casa. —Con un movimiento de cabeza indicó la habitación—. Todo lo que encontré fue una puerta cerrada al final de la escalera. Y un estudio roñoso con piso de ladrillo. Y el coche de Barry en el estudio.

Hermoso lugar para citas amorosas, ¿no? Esto es, aun sin tomar en cuenta este recargado nido de aquí arriba. Se puede venir hasta acá en un coche. Se le guarda en el estudio como si fuera en un garaje. Luego se cierran las puertas, ¿y quién va a enterarse de que hay alguien adentro?

Lo mismo había estado pensando yo.

—Entonces —dijo Belle— empezó a oscurecer.

Involuntariamente sus grandes y luminosos ojos grises se dirigieron hacia la

ventana. Afuera, las copas de los árboles eran de un verde sombrío. Sacudió su mata de rizos despeinados y descruzó las piernas. El cigarrillo se había apagado; le dejó caer sobre la gruesa alfombra roja.

—No me gusta el campo —dijo—. Me pone los nervios de punta. Me gusta el ruido y que haya gente cerca de mí que pueda acudir si llamo. Todo era de una quietud de muerte aquí. Cada vez era más oscuro. Y se me terminaron los cigarrillos.

Pensé entonces en la apartada que me hallaba de todos y de todo. Sin conocer los caminos y sin saber siquiera adónde dirigirme. Plantada aquí sin escapatoria posible. Luego me puse a pensar en el artista que se suicidó. Entonces es cuando una comienza a imaginar cosas y a pensar en la posibilidad de que haya alguien escondido por algún rincón. Ni siquiera podía encender las luces del coche, y mucho menos utilizarle, porque faltaba la llave de contacto. Me senté en el estribo, y caminé de un lado a otro. Debía de ser ya bastante tarde; en todo caso, la oscuridad era casi completa, cuando oí que se acercaba alguien por el camino.

Craft y yo adoptamos tal aire de atención que, de no haberse hallado tan preocupada, lo hubiera notado.

—Pensé que era Barry, claro está. —Vaciló, mordiéndose el labio inferior —. Y quizá fuera. O, por lo menos...

Craft carraspeó.

—No pudo haber sido el señor Sullivan —dijo—. El *domingo* por la noche con toda seguridad que no.

—¿Por qué no?

—No importa el porqué, señorita —Craft tenía una tendencia a llamarla señorita, tal vez por su apariencia juvenil—. Pero confíe en mi palabra.

—¿Quiere decir con eso que se ha marchado? —preguntó la joven, y su cara bonita se endureció.

—Bien... sí. Continúe.

Belle empezó a decir algo, pero cambió de parecer.

—Primero —continuó—, me sentí muy fastidiada con Barry por asustarme de esa manera. Pero tengo algo de orgullo y no deseaba que me encontrara allí. Pero tampoco quería perderle de vista y quedarme varada aquí. Durante todo el tiempo que caminé de un lado a otro no se me había ocurrido reflexionar sobre lo que haría cuando Barry regresara al automóvil.

Solo podía hacer una cosa. El coche de Barry es, quiero decir, era un Packard, tipo turismo, con un gran asiento auxiliar. Trepé al coche, levanté la tapa del asiento trasero y me metí en el interior, cerrando tras de mí la tapa. Como soy muy bajita —abrió los brazos, invitando a una inspección— resultó fácil. Además, en esos asientos hay dos ventiladores, por lo que se tiene aire en abundancia. Luego llegó él al estudio. Fue entonces —añadió, pasándose el dorso de la mano por la frente— cuando le oí llorar.

Ni Craft ni yo nos movimos.

—Llorar... iba a decir como una criatura. Pero las criaturas no lloran de ese

modo. Era esa clase horrible de sollozos entrecortados, como si estuviera enfermo y no pudiese respirar. Es realmente impresionante oír llorar a un hombre de esa forma. Es algo que traspasa el corazón. Una o dos veces dio un golpe con el puño sobre el costado del coche.

(Alma perdida, alma condenada, quienquiera que fuera.)

Y yo tenía miedo y sentía ganas de llorar también. Pero pensé: «¡Oh, hijo de tal y cual! ¡No llorarías así por mí!», y le odié y me sentí tranquila. Barry es como un chiquillo, sólo tiene veinticinco años; yo tengo veintiocho. No había mucho tiempo para reflexionar. Le oí rondar por el estudio, subir las escaleras y colocar una llave en una puerta. Luego subió al coche, puso el motor en marcha y reculó. Pensé: «¡Válgame Dios, vamos a visitar a la pájara y aquí estoy yo metida en el asiento de atrás!»

Belle calló, esforzándose por reír. El *brandy* había hecho efecto y la mantenía con bastante ánimo, pero distaba de hallarse bien.

—Escuche, señorita. Deseo que me responda con atención. ¿Está usted segura de que fue un hombre a quien oyó? —preguntó Craft sosegadamente.

La expresión de Belle se hizo vagamente perpleja.

Claro. Pensé que era Barry. Naturalmente. —Calló de nuevo. Sus ojos se dilataron—. ¡Aguarde! ¡Oiga! ¿Está usted insinuando que pudo haber sido la pájara?

—Yo sólo...

El susto de la joven creció.

—Si me estoy excediendo, y no soy justa con Barry...

—Por favor, señorita. No fue la *pájara*, si es que el término significa lo que creo. Lo que deseo saber es lo siguiente: usted sólo oyó llorar y caminar a alguien. ¿No oyó, por acaso, hablar a alguien?

—No. Pero sino fue Barry o la pájara, ¿quién pudo haber sido? Dígame: ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Por qué tienen ustedes dos una expresión tan rara?

—Si quiere usted continuar con su relato, señorita, el doctor le servirá otro vaso de *brandy*.

—No, el doctor no hará tal cosa —dije—. Esta joven no está bien. Irá a Lyncombe, donde podamos darle algo de comer y cuidarla.

—Me siento muy bien —insistió Belle. Hizo un puchero, sonrió y colocó el vaso sobre la otomana—. Necesito contarlo. Porque llego ahora a la parte que no comprendo ni puedo comprender.

Como ya dije, el coche reculó y emprendió la marcha. El camino era bastante malo, pero ovillada en el asiento posterior, no sentí demasiado las sacudidas. Sólo pensaba en el aspecto horroroso que presentaría al salir de allí y, en particular, lo que parecería mi sombrero.

Vagamente se tocó la cabeza con la mano.

Luego llegamos a un camino llano por el que marchamos, al parecer, kilómetros y kilómetros. Creo que parte del tiempo fuimos cuesta arriba, pero no estoy segura. Había un pequeño ventilador en el piso a cada lado, pero no llegué a ver nada fuera de la claridad que arrojaba la luna sobre el camino.

Después el coche empezó a dar tumbos nuevamente. También hacía más frío. Sentí la corriente de aire que entraba y me llegaba hasta los tobillos. Luego marchamos cuesta abajo un rato: de eso estoy bastante segura por la forma en que debí sostenerme para no caer. De pronto, bruscamente, sin más ni más, empezamos a dar tumbos y sacudidas en tal forma que pegué con la cabeza contra el costado. Mi sombrero estaba aplastado; el velo quedó completamente torcido; y la piel y el bolso se deslizaron al suelo.

Supe que no íbamos por ningún camino porque se oía el ruido producido por las hierbas secas al rozar contra las ruedas. Había también una niebla fría: se sentía el olor. Seguimos así, mientras yo trataba de sostenerme en el asiento, y deseaba gritar a Barry, cuando...

Bien, el coche aminoró la marcha. Barry, o alguien, maniobró con la palanca de cambios. La portezuela del coche se abrió y yo me pregunté qué estaría haciendo ese tonto: abriendo la portezuela con el coche en marcha. Como un segundo más tarde se cerrara de nuevo, presumí que había recobrado el dominio del coche, pero entonces empezamos a avanzar como a ochenta kilómetros por hora. ¡Zzzzz! Y seguimos adelante, deslizándonos. Pero eso no duró sino un par de segundos, pues nos detuvimos como si algo tratara de hacernos retroceder.

Era como si uno se hallara sobre un colchón de plumas, pero menos firme. Tuve la sensación horripilante de que no había nada debajo de nosotros. Luego escuché unos sonidos: unos ruidos como de burbujas de aire, por todas partes. Parecían humanos, como si seres vivientes intentaran morderle a uno, y distinguí un sonido que era exactamente igual a un eructo. Había también un olor peculiar.

Después el coche empezó a hundirse. El movimiento no era fuerte, pero se lo advertía por una sensación interior. Me incliné para buscar mi bolso en el suelo, no sé por qué, y una especie de masa viscosa penetró por el ventilador, rozándome la mano. Luego se tapó el otro ventilador y me quedé a oscuras. De pronto, el automóvil íntegro empezó a sacudirse y el frente se hundió unos quince centímetros, en tanto que los ruidos continuaban aumentando en intensidad. Y fue entonces cuando comprendí lo que ocurría.

Belle Sullivan se detuvo, enderezó los hombros para no temblar y asió los bordes del diván.

El superintendente Craft inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya comprendo, señorita —dijo lúgubremente—. Las arenas movedizas.

XI

Belle hizo un movimiento afirmativo con la cabeza en respuesta, parpadeando con rapidez.

—Naturalmente, sabía que nos hallábamos cerca de Exmoor. —Tragó saliva—. Y en mi niñez leí *Lorna Doone*, o por lo menos oí hablar de ella. Pero no creí realmente que existieran tales cosas. Que existieran de verdad, quiero decir, fuera de las películas.

Craft dio un bufido.

—Son muy reales, puede usted creerlo —le aseguró—. A menos de conocer bien esas ciénagas, no se acerque a ellas. O, si debe ir, siga a los *ponies* en la ciénaga. Nunca yerran, ¿no es así, doctor?

Asentí con cierta vehemencia. En el transcurso de mi vida profesional he debido familiarizarme con Exmoor, pero hasta hoy me disgustan esos páramos ventosos y sombríos.

—Lo que siguió luego fue lo peor —dijo Belle—, aunque no duró mucho. No sé decirles cómo conseguí abrir el asiento posterior. Al principio creí que Barry había dado vuelta a la manija, dejándome encerrada. Tenía unos calambres tan fuertes como si hubiera pasado por una maratón de baile. Y en el interior de aquel asiento debía de haber menos aire de lo que pensaba, pues cuando logré levantar la tapa y traté de ponerme en pie sobre el asiento de cuero, estaba tan mareada que casi caí por encima del borde, dentro del pantano.

Debía estar algo trastornada. Grité, grité y grité. Pero nadie me respondió. Y no había nadie en el asiento delantero.

¡No me pregunte dónde estaba! Había una niebla blanca y detrás se hallaba la Luna; no se veía ni a tres metros y hacía tanto frío que sentía la transpiración sobre mi piel. Era raro lo que se le ocurre pensar a una en un momento como ése. Estaba furiosa porque no había nadie en el asiento delantero: claro está, él había saltado, dejando que el automóvil se hundiera.

Recuerdo esa masa espesa de la niebla sobre el parabrisas. Recuerdo el aspecto del tapizado, y el reloj, el contador de velocidad y el indicador de la gasolina del tablero, y dos libritos, parecidos a mapas camineros, uno azul y otro verde, metidos en el bolsillo de la portezuela. Pero él se había marchado. Y ahí estaba yo, rodeada por las arenas movedizas, de un color pardusco, horribles, que se extendían como una papilla atrayendo hacia sí todo en la oscuridad. Se movían, ¿me entiende? Se *movían*.

—Calma, señorita. No hay razón para alarmarse ahora.

Belle se cubrió la cara con las manos unos instantes.

—Así, pues, me puse en pie sobre el borde del coche —dijo, hablando a través de las manos— y salté.

Craft estaba pálido.

—Dios Todopoderoso, señorita —dijo—, es usted muy valiente. Se necesita coraje para eso. ¿Y cayó usted en tierra firme?

—Bien —dijo Belle, bajando las manos—, estoy aquí, ¿no es así? ¿No estoy? ¿Qué le parece? No estoy allá, muerta, bajo no sé cuántos metros de arena, con esa masa moviéndose aún encima de mí.

Su labio inferior temblaba cuando sonrió.

—Le diré algo más, también. ¿Conocen ustedes esa vieja historia de que cuando se está a punto de morir se revive la vida íntegra? Bueno, pues no es verdad. Pero le diré lo que sucede. Pensé: «Él no debe de hallarse muy lejos. Tiene que haberme oído gritar. Pero no se mueve y deja que me hunda.»

Y pensé: «Debe de haber sabido que yo estaba en el asiento posterior.» Las colillas de mis cigarrillos estaban sembradas por todo el piso del estudio. Además, me había puesto perfume: un perfume que a él siempre le gustó. «Bien, pensé, éste es un modo de asesinar a la mujer tan bueno como cualquier otro.»

Se produjo un silencio prolongado.

—Cuando salté del automóvil, créanlo o no, vi a Barry en cada uno de los aspectos en que lo he conocido desde que nos casamos. Es bien intencionado, es infantil, es un tonto, es vanidoso por su buena presencia, le gusta el dinero. Lo inmediato que supe fue que había dado en tierra. No sentí la arena, aprisionándome, como esperaba; sentí el suelo firme. Avancé arrastrándome hacia adelante, como se hace al salir del agua, y luego perdí el conocimiento. Cuando le recobré, me encontré encerrada aquí.

Belle alzó un hombro. Su voz era casi indiferente, cuando agregó:

—Lo que ahora me fastidia es que me dejé el bolso, con los polvos y el lápiz de los labios, y el dinero y todo, allá en el coche. También dejé la piel y el sombrero. En fin, eso es todo. Deme otro cigarrillo.

Craft y yo cambiamos una mirada. Antes de que pasara mucho tiempo sería menester informarle de la razón por la cual su marido no podía ser la persona que la había llevado en el coche el domingo por la noche. Un superintendente en extremo embarazado tosió en mi dirección, por decirlo así, al mismo tiempo que sacaba cigarrillos y fósforos. Belle Sullivan fue al fin la que apresuró la decisión.

—Ahora les diré por qué les he castigado con esta tediosa historia. ¿Tiene el cigarrillo?

Craft encendió el fósforo. La brillante llama amarilla se destacó en la oscuridad creciente. Cuando Belle aspiró con avidez —el humo debía marearla y yo deseaba protestar— podía distinguirse el brillo de las lágrimas a la luz del fósforo. Podía verse temblar el suave contorno de la mejilla. Empero, su voz permaneció inalterable y hasta indiferente.

—Descubrí algo más mientras daba ese salto —nos dijo—. No estoy enamorada de Barry. Y eso es la puna verdad.

—Me alegra saberlo, señorita.

—¡Oh! ¿También usted cree que he sido una idiota?

Craft se sentía infeliz.

—Si usted quisiera hablar con el doctor sobre ese asunto, señorita...

—A mi modo de ver —dijo Belle—, yo ya he tenido bastante paciencia. ¿No le parece?

—Bien.

—Usted me dice que no fue Barry el autor de esto. No sé si creerle o no. Ustedes, los dos, se traen algo escondido.

—Señorita...

—Pero no atino a comprender por qué Barry debía hacer algo semejante aunque deseara librarse de mí. Esto es: ese coche vale de setecientas a ochocientas libras. No le pertenecía. Tendrá que reponer el valor a la compañía y no puede. En todo caso, si quería deshacerse de mí, ¿para qué traerme de vuelta y arrojarme aquí mientras estaba inconsciente?

—Precisamente —convino Craft.

—Pero escuche. Si él no fue el autor, ¿qué está haciendo entonces? ¿Por qué no ha venido aquí? ¿Cómo es que permitió que alguien hundiese su coche, entregándole incluso la llave de contacto? Y ahora, según usted me dice, ha regresado a Londres.

—No precisamente a Londres, señorita.

—¡Pero si usted lo dijo!

—No. Yo dije que se había marchado.

—¿Adónde?

Craft se volvió hacia mí y abrió las manos. Era forzoso hacer frente al caso. Era un riesgo, pero si nos negábamos a decírselo, sobrevendría un ataque de nervios y sería peor. Después de considerarlo, recogí el vaso del frasco de la otomana, serví una tercera dosis de *brandy* y se lo entregué. Lo bebió como si apenas reparara en *él*.

—Señora Sullivan, su marido y esa... pájara... —dije.

—¿Sí?

—Temo que nunca la verá a ella, y si le ve a él de nuevo, debe prepararse a sufrir una conmoción.

—Después de suicidarse de un balazo, se atrojaron desde lo alto del acantilado el sábado por la noche —dijo Craft bruscamente—. Ahora están sobre una mesa del depósito de cadáveres Lo lamento, señora Sullivan, pero así es.

Dando media vuelta me dediqué a realizar un estudio prolijo del otro extremo de la habitación. Cada uno de los muebles del cuarto debió de ser trasladado en secreto, en una u otra ocasión. Se advertía la mano de Rita Wainright en el arreglo: el tapiz que cubría el suelo, los cortinados de terciopelo carmesí que podían correrse sobre las ventanas tapiadas para alejar al mundo real de uno imaginario. En un rincón había un adornado biombo plegable y detrás de él —fui a ver— un lavabo, con un jarro, una jofaina y toallas. ¿Sórdido? Sí, sin duda. Pero Rita era Rita.

Lo que inquietaba y absorbía mi pensamiento era lo que haríamos con Belle Sullivan. Era evidente que no había traído consigo equipaje alguno. Molly Grange la acogería con placer, pero la imagen del rostro de Steve surgía oponiéndose al proyecto. No, sería mejor que fuera a mi casa. La señora Harping cuidaría de ella.

Me quedé allí en pie, con esa amarga y oscura tragedia que abatía mi espíritu, deseando que, por lo menos, pudiera beber del frasco que tenía entre las manos.

—Está bien, doctor —observó Belle—. Ya puede darse la vuelta. No tendrá usted que soportar un ataque de nervios.

Nuestra Venus de bolsillo seguía sentada en la otomana, con una pierna recogida y colocada bajo la otra, aspirando profundas bocanadas del cigarrillo. Los ojos grises me miraron con firmeza.

—Deseo hacerle un par de preguntas sobre esa mujer con quien andaba Barry. ¿Era?

—¿Era, qué?

—Una pájara.

—No. Era una canadiense, esposa de un profesor de matemáticas.

—¿Cómo se llamaba?

—Rita Wainright.

—¿Linda?

—Sí.

—¿De alto copete?

—No, particularmente. Del ambiente de un profesional corriente, nada más.

—¿Tenía din...? No, *eso* no interesa si se suicidaron —arguyó Belle, enjugándose los ojos—. ¿Qué edad tenía?

—Treinta y ocho años.

Belle retiró el cigarrillo de la boca.

—¿Treinta y ocho años? —repitió como un eco, incrédulamente. Luego su voz adquirió un repentino tono estridente—: ¿Treinta y ocho? ¡Jesucristo! ¿Estaba loco?

El superintendente Craft pegó un respingo como si le hubieran pinchado con un alfiler. Esta exclamación le impresionó más quizá que todo lo que había oído antes. Había estado contemplando lúgubremente a la joven, listo para expresar un elogio a su fortaleza, y se quedó sin saber qué decir. En Belle Sullivan aquello no parecía ni insensibilidad ni efecto del *brandy*. Era un asombro sincero, que se sobreponía a cualquier otra emoción, ya que conocía tan a fondo a su marido.

—Creo mi deber decirle, señora Sullivan, que ni por un instante he pensado que se suicidaron.

—¡Oh!

—Alguien hizo fuego sobre ambos. Usted probablemente oirá una versión diferente de la policía, pero la verdad es esa. Y ahora no hablaremos más del asunto por el momento. Vendrá usted conmigo a mi casa.

—¡Pero no tengo ropas!

—No importa. Cerca de mi casa vive una joven que se ocupará de eso. Necesita usted comer y necesita dormir. Si se encuentra ahora en condiciones de caminar, descenderemos.

Esta invitación fue apoyada por un violento y prolongado graznido de la bocina del coche, afuera en el camino, que sonó tan bruscamente que Belle dejó escapar un grito involuntario. Me asomé a la ventana. Sir Henry Merrivale, con un rostro de indescriptible malevolencia en la penumbra, estaba inclinado hacia adelante y apretaba con el extremo de la muleta el botón de la bocina.

—Soy un hombre paciente —dijo—, pero está empezándome a caer el rocío sobre la cabeza y tengo razones para sospechar de una incipiente pulmonía en mi dedo. Además, mi carcelero me ha descubierto. Quería despedirme de ustedes.

Teníamos otro visitante. Paul Ferrars descendía en ese momento de un viejísimo Ford parado detrás del coche de la policía. A juzgar por su asombro cuando apareció mi cara en la ventana, debía de haber pensado que H. M. andaba en compañía muy singular.

—Bajaremos en seguida —dije.

Belle no hizo ninguna objeción. Aunque lamento decirlo, su voz estaba desfigurada por un ligero hipo y su andar no era del todo firme. Pero una anestesia mental era probablemente lo más conveniente en esas circunstancias. Mientras Craft cerraba la puerta de la habitación de arriba y guardaba la llave en el bolsillo, yo ayudé a Belle a bajar la escalera.

Cuando salimos del estudio, H. M. y el sillón de ruedas —este último patas arriba— habían sido ya trasladados a la parte posterior del Ford. Fue un golpe de suerte o un acierto de previsión, pues de haber tenido que llevar a H. M. hasta Ridd Farm, hubiéramos debido atravesar por el confín de Exmoor, cosa que no habría resultado nada agradable para Belle Sullivan.

Ferrars, con sus viejos pantalones de franela manchados, estaba apoyado perezosamente contra el costado del Ford, fumando en una pipa de cerezo. Su rostro narigón e inteligente; rematado por unos cabellos rubios que deliberadamente lleva despeinados, tenía una expresión de complacencia, hasta que vio quién nos acompañaba.

—¡Santo Dios! —exclamó, ahogadamente, recogiendo con torpeza la pipa cuando ésta cayó. Con la palma de la otra mano golpeó el costado del coche —. ¡Belle Renfrew!

Belle giró sobre sus talones, ciegamente, y trató de entrar de nuevo en el estudio. Tomándola del brazo la conduje hacia afuera.

—No es nada. Son amigos suyos. No le harán mal.

—¡Belle Renfrew! —repitió Ferrars—. ¿Qué haces por estas partes del mundo? ¿Y qué es lo que han hecho contigo? Después de tantos buenos ratos como hemos pasado juntos...

—No es la señorita Renfrew, señor —anunció el superintendente Craft—.

Es la señora Sullivan. La esposa de Barry Sullivan.

—¡Oh! —dijo Ferrars. Después de un silencio, al mismo tiempo que un ligero rubor cubría sus mejillas, añadió—: Lo lamento.

Después de otra pausa, en extremo confuso, Ferrars subió al Ford, poniéndose al volante.

—Cuando trabajamos en el Piccadilly no usamos los anillos de matrimonio —le informó Belle—. A los clientes no les gusta.

H. M., sentado en el asiento trasero, nos contemplaba con un aire de inusitada gravedad. Con suavidad se dirigió a Belle.

—Señora —dijo con voz opaca—, yo soy el viejo. Tengo fama de poseer tanto tacto como una carga de ladrillos que cae por una claraboya. No es mi intención molestarla en un momento como éste. Pero, por otra parte, tengo el hábito de ayudar a quien lo necesita. Acerca de su relato...

—¿Lo oyó usted acaso?

—Bien..., le diré. Usted hablaba en voz bastante alta, y un inválido puede hacer algo más que estar sentado y pensar.

Al llegar a este punto le entregué el frasco, atornillando el vaso firmemente.

—Si accediera a responderme un par de preguntas antes de que desaparezca el efecto del *brandy* —continuó—, podría sernos de gran ayuda en este embrollo.

—Batry no se suicidó —manifestó Belle—. No hubiera tenido coraje para hacerlo. Y puede preguntarme lo que quiera.

—Muy bien. ¿Cuándo y dónde se casaron ustedes?

—De modo que usted cree que yo mentí sobre el particular, ¿no es así?

—¡No! Demontres, no. Sólo pedía una información.

—Pero yo no solicito nada, gracias —dijo Belle—. El 17 de abril de 1938, en la oficina del Registro de Hampstead, en el Ayuntamiento.

—¿El verdadero nombre de su marido era Barry Sullivan o era su nombre de batalla?

—Era su verdadero nombre.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque... porque era su verdadero nombre. Firma con ese nombre. Recibe las cartas bajo ese nombre. Firma los cheques con ese nombre, cuando se da el caso. ¿Qué más quiere?

H. M. la miró fijamente.

—¿Fue alguna vez a los Estados Unidos, señora?

—No.

—¿Viajó por el extranjero alguna vez?

—No.

—¡Ah! —dijo H. M.—. Ya me lo suponía —y tocando a Ferrars en el hombro con la muleta le dijo—: Vámonos, hijo.

El ruido del motor del Ford interrumpió el silencio del atardecer. Ferrars retrocedió y dio vuelta. Lo último que vimos fue la calva de H. M., una brillante y maligna superficie, cuando se alejaron por la senda.

XII

Estoy escribiendo este relato a mediados de noviembre, mientras un recio viento azota las ventanas y la muerte devasta la nación. En septiembre llegaron los bombardeos a Londres. Hace unas pocas noches, primero con Coventry, luego con Birmingham, empezaron sus ataques a las ciudades del interior. Según dicen, Bristol o Plymouth serán las próximas.

Y se me ocurre pensar también cuánto ha cambiado la vida y cuánto se ha agravado la situación desde la época de la que me ocupo. Hasta el verano de 1940 había una discreta abundancia de todo. El racionamiento de gasolina no era muy severo. Los alimentos, aunque parcialmente racionados, eran, sin embargo, abundantes. Podía invitarse a comer a quienquiera sin pensarlo mucho.

Estas reflexiones me fueron sugeridas por el recuerdo de la noche del lunes de julio, cuando Belle Sullivan vino a instalarse en nuestra casa.

Nos conquistó a todos: a Tom, a la señora Harping y a mí. Era lo que la nueva generación llama *hábil* y sus grandes ojos grises hicieron efecto. La capacidad de Belle para reponerse era asombrosa. Cuando la llevamos a casa, tal como yo había previsto, se presentaron síntomas de un agotamiento nervioso tardío: frío, vómitos, pulso acelerado, aunque tan débil que apenas era perceptible. Sólo pudo comer muy poco.

Mas la señora Harping le dio un baño y la metimos en cama con una bolsa de agua caliente, vistiéndola con un pijama de Tom. A las veintitrés horas, a pesar de que Tom le había dado un sedante para hacerla dormir, Belle estaba sentada en la cama, con aguja e hilo en la mano, remendando un rasgón del vestido que la señora Harping —como siempre, diligentísima— le había cepillado y limpiado.

Tom simpatizó con ella: se mostró más furiosamente pedante e insoportable que de costumbre. Eran ya las veintitrés pasadas, cuando, sentado en mi pieza fumando la única pipa que se me permite al día, les oí hablar a través de la puerta cerrada de la habitación contigua.

—Por amor de Dios, mujer, si quiere hablar como una norteamericana, hágalo bien. No use ese parloteo de las películas. No es lo mismo.

—Váyase al diablo.

—¡Váyase usted al diablo! —gritó mi descortés hijo, cuyos modales de cabecera se caracterizan más por su vigor que por su delicadeza.

—¿Qué tal está mi cabello?

—Horrible.

—¡Déjese de embromar!... Fíjese: hay un desgarrón en el forro del bolsillo de su abrigo. Es usted el hombre más descuidado que he conocido. Se lo compondré.

—Retire sus manos, mujer. No estoy dispuesto a ser mimado y manoseado por esas aves de presa que son las mujeres.

—¿Quién es un ave de presa, horroroso hijo de una tal y cual?

Belle no dijo esto acaloradamente, por supuesto. Era capaz de utilizar los términos más escalofriantes y de hablar con entera franqueza sobre los asuntos más íntimos con un tono de dulce suavidad y hasta de ternura.

—Usted es un ave de presa —dijo Tom—. Todas las mujeres lo son. Es una cuestión glandular. Permítame que vaya abajo a buscar mi atlas anatómico y se lo demostraré.

—¿Una de esas cosas en que parece como si a una la hubieran despellejado? —la voz de Belle tembló—. No, gracias. Prefiero mi propia apariencia exterior —una sombra pareció cernirse sobre ella—. Escuche, doctor Croxley. ¿Conoce usted al superintendente Craft?

—Sí. ¿Qué ocurre con él?

Belle vaciló. Podía imaginármela: el cutis claro y transparente y los rizos castaños, la aguja y el hilo en los dedos, en el hogareño dormitorio que perteneció a mi esposa.

—Dice... que pasado mañana se celebrará una encuesta.

—Acuéstese y duerma —dijo Tom—. Es una orden.

—No, ¡escuche! Dice... que tal vez tenga que presentarme como testigo para identificar a Barry.

—Es verdad; por lo común la identificación se hace por el pariente más cercano.

—¿Significa eso que tendré que mirar a Barry?

—Duerma, le digo.

—¿Tiene un aspecto... muy desagradable?

—No se cae de un acantilado de veinte metros de altura sobre un metro y medio de agua sin recibir algunas heridas. Pero el médico que realizó la autopsia dijo que no eran muchas. Eso se debe a que estaban muertos y fláccidos cuando cayeron. Según él, las heridas peores fueron causadas por el choque contra las rocas cuando les arrastró la corriente.

Al llegar a este punto golpeé con decisión en la pared medianera. Deben existir ciertos límites para los detalles médicos.

—Ahora, duerma —tronó Tom.

—No podré dormir, se lo repito.

Pero se durmió cuando el sedante hizo efecto. Fui yo quien no pudo pegar los ojos. Me revolví en la cama, dándome vueltas, mientras el reloj continuaba marcando las horas y yo seguía viendo el rostro de Rita en cada rincón. Al fin descendí al consultorio, en ropa de noche, y busqué un narcótico suave. Es ésta una costumbre venial entre los médicos, que no es recomendable. Pero cuando desperté era el mediodía de un día de sol, que inyectó nuevas fuerzas en mis venas.

A decir verdad, casi me sentía alegre cuando tomé el baño. Al parecer, el superintendente Craft y H. M. habían estado ya en mi casa a fin de ver a Belle,

y H. M. había llegado a subir las escaleras con ayuda de la muleta. Habían dejado dicho que me reuniera con ellos en casa de Alec Wainright a las quince. Al bajar para un reprensible desayuno tardío, encontré a Molly Grange que salía de la habitación de Belle.

Me había estado preguntando cómo se entendería Molly, tan serena y reservada, con nuestra invitada. Pero una sola mirada bastó para tranquilizarme. Aunque algo ruborizada, Molly me sonrió.

—¿Conoció a la señora Sullivan? ¿Está despierta?

—Despierta y vistiéndose —respondió Molly.

—¿Que le pareció?

—Es muy simpática —el rostro de Molly revelaba su perplejidad—. Pero doctor Luke, ¿no es verdad que usa algunas palabras terribles?

—Ya se acostumbrará.

—Y no cesó de caminar frente a la ventana prácticamente sin nada encima —dijo Molly—. Los parroquianos de *La carroza y los caballos* estaban asomados a las ventanas con los ojos saliéndoseles de las órbitas. Si no tiene usted cuidado, doctor Luke, gozará de muy mala fama en Lyncombe.

—¿A mi edad?

—Acabo de traerle unas medias —prosiguió Molly—. Mi último par de medias de seda. Pero como diría Belle, ¿qué diablos importa? A propósito, no hay que presentársela a papá. Sufriría un ataque.

—¿Por qué deseaba verla la policía?

El rostro de Molly se ensombreció.

—Deseaba saber si tenía alguna fotografía de Barry Sullivan. Dijo que sí. Pero parece que la policía de Londres registró el piso de los Sullivan y no encontró ninguna.

—¿Un actor que carece de fotografías propias?

—Ya sé.

—Pero escuche, Molly —reflexione y añadí—: Debe haber docenas de instantáneas de Sullivan en casa de los Wainright. ¿No recuerda? Rita y él no hacían sino fotografiarse mutuamente.

Justamente. La policía fue allá también. Y parece —Molly apretó los labios —, parece que alguien ha roto deliberadamente todas las fotografías de ambos, por puro rencor. ¿Entiende usted eso, doctor Luke? ¿Puede entender que alguien les odiase tanto que hasta las fotografías debieran ser destruidas?

Nuevamente sentí la presencia de ese espíritu del mal. Siempre recordaré a Molly en ese instante, con los senos agitados por la respiración y el halo de su cabellera rubia iluminada por la luz que entraba por la ventana detrás de ella.

—Alguien les odió lo bastante como para asesinarles, Molly.

Se mostró incrédula.

—¿Todavía cree usted en eso?

—Estoy convencido, y así lo declararé en la encuesta.

—¡Pero no debe hacerlo!

—Lo haré. Y ahora, váyase, mientras voy en busca de mi desayuno.

Pero Molly no se decidía.

—La señora Sullivan —dijo— no carece de amigos en el distrito. Al parecer conoce a Paul Ferrars.

—Eso creo.

—Me informó, sin que viniera al caso, que no hay nadie cuya compañía sea más agradable para achisparse; supongo que quiere decir embriagarse. Muy interesante. Pero no olvide mis palabras, doctor Luke: nuestra amiguita causará buen número de comentarios en este vecindario.

La verdad de esta afirmación se hizo patente cuando salí a tomar aire a la puerta, después del desayuno. Harry Pierce, el tabernero de *La carroza y los caballos,* salió del local con el aire de un emisario mal dispuesto. Harry es un tabernero al estilo antiguo, corpulento y con un reluciente mechón de pelos sobre la frente. Su aliento le precedía a cierta distancia.

—Con perdón, doctor Luke —dijo con tono confidencial—, pero yo y algunos parroquianos desearíamos saber qué es lo que ocurre.

—¿Lo que ocurre, en qué sentido?

—Primero, esos dos desdichados van y se arrojan desde el Salto de los Amantes —dijo Harry—. Ayer, que el Señor nos asista, ese corpulento caballero entra a mansalva en mi taberna como una división motorizada y rompe once jarros de cerveza, una mesa, dos botellones y un cenicero.

—Lo lamento, señor Pierce.

—No es que no pagara generosamente, entiéndame —me aseguró Harry levantando una mano como si prestara juramento—. Pagó y no hay que negarlo. No tengo nada en contra del cabañero. Pero sin ánimo de ofender a nadie, doctor, no es lo que a una persona le gusta que le suceda, cuando justamente está para beberse su primera cerveza del día, ¿no es así?

—Así es, en efecto.

—Intranquiliza a los parroquianos. Luego, esta mañana, aparece una joven señorita, y muy hermosa, no lo niego, que se exhibe casi completamente desnuda en la ventana de su casa.

—¿Espero que esto no habrá intranquilizado a los parroquianos?

—No, pero intranquilizó a mi mujer —dijo Harry confidencialmente, bajando la voz—. Y hay otras señoras que tampoco están satisfechas. Alguien le fue con el cuento al cura de San Marcos y vino a fastidiarnos, y parecía algo desilusionado por llegar demasiado tarde para cantarle unas frescas a la joven. Y, por fin, para colmo, está Willie y ese sujeto Nerón.

—¿Qué sujeto?

—El emperador Nerón, el que tocaba el violín mientras ardía Roma.

—¿Qué sucede con él?

Harry meneó la cabeza con desaliento.

—¡Uy, nunca oyó usted hablar a nadie como a Willie! Alguien le dio ayer diez chelines...

—Sí, ya sé.

—Y allí fue Willie de cabeza al cinematógrafo de Lynton. A la vuelta,

primero en *La corona* y luego en mi local, se empeñó en terminar con los chelines. No sabe hablar de otra cosa que de ese sujeto Nerón. Willie dice que ese Nerón es el bruto más perverso, cruel y mezquino que ha visto en una película. Willie dice que es terrible. Echó cincuenta o cien cristianos a los leones mientras se bebía un jarro de cerveza, según cuenta Willie.

—Sí, pero...

—Habló tanto sobre él que no quise servirle más, pues yo respeto mi oficio. Pero antes se marchó al *Gato Negro* y Joe Williams es lo bastante atolondrado como para venderle fiado una botella de whisky —Harry meneó la cabeza nuevamente con aire desolado—. Calculo que esta mañana estará pasando su borrachera de whisky.

—En su lugar no me preocuparía por él. Ya se repondrá.

—Así lo espero, doctor; así lo espero.

—En cuanto a la joven señora que está en mi casa...

—¿Ah?

Advertí el rápido y viscoso interés en su mirada, y no me gustó.

—Puede usted regresar y decir a su esposa y a las demás señoras, que la joven que vieron es la señora de Barry Sullivan. Ha perdido a su marido, está muy afectada y no le gusta que la espíen. ¿Hará usted el favor de decirles esto?

Harry quedó indeciso.

—Está bien, doctor. Si usted lo dice. Pero no es censurable que se disgustaran. Con la guerra y con todo parece que pesara una maldición sobre nosotros, como quien dice. Algunos nos preguntamos ya qué será lo próximo que ocurrirá.

En mi fuero interno compartía ese pensamiento. Temprano, apenas pasadas las catorce, subí al automóvil y me encaminé a la casa de Alec.

El cielo era de un azul intenso y la campiña, luminosa, nunca había estado más bella. Pero la casa del Salto de los Amantes parecía haber envejecido, tal como su propietario, intensificándose la decrepitud que había notado cuatro noches antes. Las sillas de playa de colores vivos permanecían todavía en el mismo lugar. Según recordaba, Barry Sullivan se había quedado rezagado cuando empezó a llover la noche del sábado, diciendo que las llevaría adentro. Empero, allí estaban.

Detuve el coche en el camino de entrada. Martha, la antigua doncella, me hizo pasar y me acompañó al primer piso. Sobre el entarimado de madera dura los pasos retumbaban en el interior de la casa.

Alec y Rita habían compartido un gran dormitorio en la parte posterior de la casa, con vista al mar, cuando se instalaron allí. Pero en los últimos tiempos Rita había ocupado una habitación separada. Quedó ella con la pieza de atrás, en tanto que Alec se mudó a una habitación enfrente. Mas yo no había recordado esa circunstancia la noche del sábado al llevar a Alec al piso superior, por lo que le había instalado en la habitación de Rita, hacia donde me dirigí ahora.

La señora Grover, la enfermera diurna, estaba de turno en este momento Fue ella quien respondió cuando golpeé la puerta.

—¿Cómo está el señor Wainright, enfermera?

—Ni mejor ni peor, por lo que veo.

—¿Inquieto?

—No mucho. Suele llamarle, a veces.

—¿Permitió usted entrar a algún visitante?

—No, doctor. La señorita Payne y yo hemos permanecido aquí día y noche y, por otra parte, no ha venido nadie a visitarle.

Entré, cerrando la puerta. Aunque las dos grandes ventanas que daban al mar tenían corridas las cortinas blancas de hilo, las ventanas estaban abiertas y las cortinas se agitaron con la corriente de aire que entró por la puerta. La tela para el oscurecimiento había sido ocultada a la vista bajo una pesada cenefa y unos cortinajes de zaraza floreada.

Alec, dormido y respirando entrecortadamente, reposaba en el gran lecho matrimonial de caoba arrimado a la pared de la derecha. Ese curioso olor a enfermedad, tan familiar y, sin embargo, siempre tan molesto, impregnaba la habitación. Alec era el único culpable: a su edad ningún organismo era capaz de soportar una conmoción después de tantos años de debilitamiento por el whisky, pero de nada sirve predicar una vez ocurridos los hechos. Le tomé el pulso y eché una ojeada a la gráfica del respaldo de la cama. A la amortiguada y blanquecina luz que dejaban pasar las cortinas, pude ver que Alec tenía algo en la mano que mantenía contra el pecho, sobre el cobertor.

La mano tenía la piel resquebrajada y brillante, con las venas congestionadas, y seguía el rítmico movimiento del pecho de Alec. El objeto que retenía en la mano —por lo menos, a juzgar por la extremidad superior— era la llave de cabeza cromada, con el lazo del amor perfecto y la palabra «Margarita» grabados. Indudablemente Alec daba un gran valor a esa llave.

—¡Enfermera!

—Sí, doctor.

—Usted ve la llave que tiene en la mano: ¿sabe usted, acaso, por qué le tiene tanto cariño o para qué sirve esa llave?

La señora Grover dudó antes de responder. Se supone que una enfermera no investiga los asuntos privados del paciente, mas era obvio que había investigado sobre ese asunto. Evidentemente llegó a la conclusión de que mi pregunta no encerraba ninguna celada, y se dirigió al tocador, rodeado de espejos por tres lados, y abrió un cajón.

—Me parece, doctor, que es la llave que corresponde a esto —dijo señalando—. Pero claro está, no lo sé con seguridad.

En el interior del cajón, entre un desordenado batiburrillo de objetos personales de Rita, se veía una caja de tamaño regular, al parecer de marfil. Sobre el cierre estaba grabada con letras doradas la palabra «Margarita», y debajo de aquél había un lazo del amor perfecto, de color azul.

—Observe, el dibujo es el mismo —hizo notar la señora Grover.

Alcé la caja, que resultó ser muy pesada. La sacudí, sin que se oyera nada. Al sacarla removí restos del polvo de tocador volcado, haciendo que del cajón se elevase una nubecilla perfumada que tenía la fragancia de una mujer ya desaparecida, que hubiera podido estar a mi lado.

Los efectos de Rita, esas cosas personales tan patéticas una vez desaparecido su dueño, eran características de ella. Había un fino guante de cabritilla, un valioso reloj de pulsera sin cristal ni manecillas, unos tenues pañuelos de color. Había horquillas y rizadores, y tubos de potes vacíos de crema para el rostro, unos cuantos libros de regímenes alimenticios y un pasaporte: todos ellos cubiertos de polvo y sin vida.

Recogí el pasaporte en cuya fotografía se veía a Alec y a Rita con varios años menos. Alec presentaba un aspecto saludable y confiado, con una sonrisa en los labios aun al enfrentar al fotógrafo de pasaportes. Rita tenía un aire ingenuo y pensativo, con un sombrero en forma de campaña. *«El portador viaja acompañado de su esposa, Margarita Dulane Wainright, nacida el 20 de noviembre de 1897 en Montreal, Dominio del Canadá...»*

De modo que Rita había tenido cuarenta y tres años en vez de los treinta y ocho que confesaba. Pero aquello carecía de importancia. Volví a su lugar el pasaporte, coloqué nuevamente la caja de marfil y cerré el cajón.

La señora Grover carraspeó.

—Doctor, dije que no había venido nadie. Pero hace un rato vino una persona a la casa y armó un escándalo terrible hasta que Martha lo echó.

—¿Quién?

—Esa calamidad de Willie Johnson, borracho a más no poder.

(Por entonces la simple mención del nombre de Johnson empezaba a exasperarme.)

—Afirma que el profesor Wainright le robó algo —dijo la señora Grover—. Estaba muy indignado y no quería irse. Después se marchó al cobertizo de las herramientas del jardín, al otro lado del garaje, y creo que allí está todavía, jurando y amenazando. No queríamos llamar a la policía por un asunto de tan poca monta. ¿No podría usted hacer algo al respecto?

—Déjelo por mi cuenta, enfermera. Yo le llamaré al orden.

Descendí las escaleras casi colérico. Crucé el salón donde el retrato de Rita me saludó con su esbozada sonrisa, atravesé el comedor, pasé a la cocina y bajé los peldaños hacia el fondo.

No había llovido desde la noche del sábado. Más allá del césped ralo que formaba lo que podría denominarse el jardín del fondo, se extendía la ancha franja de tierra roja, húmeda y blanda, hasta el Salto de los Amantes. Allí estaban los dibujos geométricos con las diminutas guijas blancas; allí los guijarros que demarcaban el sendero que conducía al Salto de los Amantes; allí las dos series de pisadas, todavía nítidamente marcadas, de los amantes que no habían regresado.

La vista podía seguir a lo largo de la gran curva del acantilado y más allá aún; a la distancia, un barco pesquero de color gris dormitaba sobre el azul

oscuro del agua, sembrado de puntos brillantes bajo la luz del sol. Soplaba una suave brisa desde el mar. Y una voz gritó:

—¡Aquí!

Dando la vuelta por el lado izquierdo de la casa, desde el lugar del cobertizo de las herramientas, próximo a la cancha de tenis, apareció Willie Johnson.

No caminaba de prisa, pero sí con una extraordinaria precaución. Casi se hubiera podido pensar que seguía el rastro de un animal. Llevaba el sombrero de alas anchas calado casi hasta las cejas; por debajo de éste, sus ojos irritados hacían un esfuerzo por ver, concentrando la mirada sobre la línea de la nariz. Del bolsillo del abrigo asomaba el cuello de una botella considerablemente aligerada. A una buena distancia se paró, balanceándose, y con suma atención apuntó hacia mí con el dedo, y habló roncamente:

—He tenido unas pesadillas horribles —dijo el señor Johnson.

—¿De veras?

—Horribles —recalcó, mirando según la línea que indicaba su dedo extendido—. Toda la noche. Alguien tendrá que pagar por esas pesadillas.

—Será usted quien pague por ellas, si no abandona la bebida.

El señor Johnson no se interesaba por este asunto.

—Soñé —dijo— que el emperador Nerón me juzgaba. Estaba fumando un gran habano y hacía pintar a la gente con alquitrán para quemarlas mejor. Con una cara tan terrible como nunca se vio en un hombre; y detrás de él se hallaban los gladiadores con espadas y horquillas. Inclinándose así, me dijo...

Al llegar a este punto el señor Johnson calló a fin de aclarar su enronquecida voz. Había también, al parecer, otro remedio para aquello. Sacando la botella del bolsillo, limpió cuidadosamente el gollete con la manga, midió el contenido con un ojo, observándola al trasluz, y se la llevó a los labios.

Y entonces aconteció algo imprevisto.

XIII

Verdad es que hacía varios segundos que se oía un lejano pero constante po-po-po que hacía pensar en un pequeño vehículo a motor en movimiento. No necesité mirar porque ya sabía de qué se trataba. Debo confesar que me inspiró la misma sensación de aprensión que inspiró al capitán Hook el avance del cocodrilo con el reloj en su interior.

Pero jamás imaginé desastre de tales proporciones.

El invisible vehículo avanzaba resueltamente, acercándose desde el otro lado de la casa. El po-po-po aumentó en intensidad cuando se nos aproximó, al dar vuelta por la esquina de la casa que quedaba a mis espaldas. Apareció algo que, describiendo una amplia y caprichosa curva, tomó rumbo directamente hacia nosotros. Y Willie Johnson, con la botella todavía inclinada sobre los labios, abrió un ojo para observar.

Creo que nunca he visto en un rostro humano una expresión de terror como la que se estampó sobre los rasgos del señor Johnson. En realidad no vi cómo se le ponían los pelos de punta, dado que llevaba sombrero, pero estoy dispuesto a admitir ese fenómeno en su caso. Quedó totalmente paralizado. Un corazón de piedra se hubiera conmovido al verle. Era, a decir verdad, algo tan terrible que giré sobre mis talones para mirar.

El sillón de ruedas que se aproximaba llevaba una figura que era a la par conocida y extraña. Aquel personaje traía sobre la calva lo que más tarde me fue descrito como una corona de laurel. Ésta, firmemente calada, recordaba vagamente al hongo de un antiguo impresor y sus dos extremos se levantaban como cuernos.

Dando vueltas y más vueltas alrededor del corpulento corpachón, como un vendaje mal colocado, se veía una voluminosa vestidura de lana de un blanco inmaculado con un borde de color púrpura oscuro, que le cubría formando múltiples pliegues. Sólo emergía, desnudo, el brazo derecho, decorado, por decirlo así, con unos adornos de latón que relumbraban a la luz del sol. Los pies, apoyados sobre el tablero delantero del sillón, iban calzados con sandalias. El dedo mayor del pie derecho estaba vendado. Sobre su ancha cara, donde los anteojos cabalgaban sobre la punta de la nariz, el personaje lucía una expresión de aterrorizante malignidad; además, fumaba un puro.

Los acontecimientos que siguieron fueron ligeramente caóticos.

El grito inhumano que brotó de Willie Johnson creo que fue oído hasta en el barco pesquero situado en la bahía. Quedó paralizado sólo un instante. Luego, apartando la botella de sus labios, bajó el brazo, lanzó otro grito y arrojó la botella directamente contra la aparición, que se acercaba a él resueltamente a una velocidad de unos treinta kilómetros por hora.

Después de eso, decir que Johnson corrió sería decididamente incorrecto,

pues se movió con tal celeridad que casi la vista se engañaba. Tengo una vaga idea de que en el camino, por algún lugar, tomó una bicicleta. Por lo que pude ver, no se detuvo a subir a ella; por decirlo así, el hombre y la bicicleta se fundieron, transformándose en un ser único, sin un solo segundo de interrupción en la huida.

Pero mi atención estaba concentrada en otro punto. Una botella de whisky medio llena lanzada a la cabeza de uno basta para destruir la compostura hasta del más noble de los romanos.

La botella pasó zumbando junto a la cabeza de sir Henry Merrivale, yendo a caer sobre el superintendente Craft y Paul Ferrars en el momento en que éstos aparecieron corriendo del otro lado de la casa. Ferrars, que llevaba colgado en el brazo un traje de hombre, tropezó con ella.

Al pasar junto a él, H. M. alzó las manos instintivamente para protegerse la cara. La palanca de dirección, librada a su propia suerte, indujo al sillón a dar una amplia curva, y el motor, como animado por un diabólico espíritu, aceleró de pronto, lo que hizo que el sillón avanzara con la firmeza de un tren expreso derecho hacia el borde del acantilado.

—¡Hágalo dar vuelta! —gritaba Ferrars—. ¡Hágalo dar vuelta! Cuidado con el acantilado. Por amor de Dios, cuidado con...

Indudablemente, lo que le salvó la vida a H. M. fue la blandura del suelo y su propio peso. Dos huellas profundas quedaron como rastro de su azaroso y movido paso por la tierra. La muleta voló de sus manos. El motor, después de unos ruidos secos, se paró. El sillón, inclinándose a un costado, se hundió más aún, dio un último avance y luego se detuvo, deliberadamente, sobre el borde mismo del acantilado. A decir verdad, los pies calzados con sandalias de H. M. asomaban sobre el vacío.

Después se produjo un silencio bajo el cálido sol. Fue quebrado por Ferrars, quien cogiendo con cuidado un par de pantalones que llevaba en el brazo, los sostuvo por los tirantes como un látigo, y pegó con ellos violentamente contra el suelo.

—¡Esto es el fin! —exclamó.

—¿Qué está usted haciendo con mis pantalones? —aulló una voz airada que provenía del personaje sentado, muy tieso, sobre el acantilado, de cara al mar —. Tenga cuidado con mis pantalones. No puedo volverme, pero oigo que está usted haciendo algo a mis pantalones. ¿Qué hace usted con mis pantalones?

—Nada en comparación a lo que desearía hacer con usted —respondió Ferrars, tratando dé contenerse—. Escuche, Appius Claudius: si ha resuelto matarse, ¿por qué no agarra un revólver y lo hace sin complicaciones? Yo ya no puedo soportar más estas cosas.

—No se mueva, señor —gritó el superintendente Craft, angustiado—. ¡Haga lo que haga, no se mueva!

—Eso es lo que yo clasificaría como un consejo superfluo, de un tonto de remate —dijo H. M.—. ¿Qué diablos piensa que voy a hacer? ¿Dar dos pasos

adelante y flotar?

—Yo sólo quería...

—¡Arrojar botellas de whisky a la gente! —exclamó la voz airada, con efecto fantasmal, como si llegara del mar—. Apenas asoma uno las narices cuando ya la emprenden contra uno arrojándole botellas de whisky a la cara. No son únicamente los perros los que han perdido el juicio en este lugar; la gente también. ¿Y qué les parece si ustedes dos hacen algo ahora que se terminó la diversión? ¿Piensan dejarme aquí sentado como al rey Canuto, o van a hacerme retroceder?

El superintendente Craft le contempló dubitativamente.

—No sé si nos atreveremos a tirar del sillón, señor.

La figura de la toga llevó ambas manos a la corona de laurel, tirando de ésta hacia abajo y calándosela con mayor firmeza, como quien ajusta el corcho de una botella.

—Desde mi punto de vista —dijo— no hay nada que admire tanto como una vista sobre el mar. Esta es, lo confieso, una hermosa vista. Pero creo que, desgraciadamente, después de las primeras cuarenta y ocho horas habrá perdido en parte sus encantos, ¿y cómo me arreglo si tengo que ir al baño? ¡Caramba! ¿Por qué no pueden tirar del sillón?

Nos acercamos todos al sillón accidentado. H. M. hasta había perdido la palanca de la dirección, que sobresalía directamente frente a él en el mar.

—Bien, señor —dijo Craft—, está hundido casi hasta los ejes en el suelo. No es posible alzarle. Tendremos que atarle y dar un tirón. Pero si damos un tirón, mucho me temo que la sacudida le haga caer a usted al mar—. Craft meditó profundamente y luego dijo ¿No podría usted escurrirse suavemente y salir solo?

—Escurrirme —repitió H. M.—. Magnífico. Una gran ayuda. ¿Qué cree usted que soy: una serpiente? ¿No podrían ustedes dos dejarse de bobadas y pensar algo útil por una vez?

—Después de todo —le consoló Craft— aunque caiga podría ser mucho peor. Ya es casi la hora de la marea y caerá sobre agua.

La nuca de H. M. adquirió un tono purpúreo.

—Le diré qué es lo que podríamos hacer —dijo Ferrars.

Con gran lentitud e infinita precaución, H. M. estiró el cuello y se dio vuelta lo suficiente como para echamos una mirada. En esa oportunidad, la corona de laurel se había inclinado fuertemente sobre una oreja, y el cigarro pendía de una de las comisuras de la boca. La mirada que dirigió a Ferrars estaba preñada de recelos.

A su pesar, los labios de Ferrars temblaron y con dificultad consiguió mantener una cara seria. El viento peinaba sus cabellos claros, y sus ojos verdosos no eran precisamente inocentes. Sosteniendo todavía los pantalones de H. M. por los tirantes, batió contra el suelo perezosamente con ellos.

—Le diré lo que podremos hacer. Con una soga de las de tender la ropa podríamos atarle al sillón —aclaró.

Craft asintió.

—No es una mala idea.

—Podríamos así tirar cuando quisiéramos, sin que forzosamente se cayera.

—Lo que me gusta es lo de *forzosamente* —dijo H. M.—. Es tan tranquilizador. Créanlo o no, y por extraño que les parezca, prefiero nadar sin estar atado a un sillón de ruedas con motor de noventa kilos. Realmente son ustedes capaces de imaginar juegos que pondrían a Robert Houdin en un aprieto.

—No le dejaremos caer —le aseguró Craft—. Si este procedimiento no le gusta, ¿qué se le ocurre a usted?

—No sé —gritó el noble romano, y empezó a golpear con el puño el brazo del sillón—. Sólo les pido que hagan uso de ese sentido común que el Señor dio a los monos y...

—¡*Cuidado, señor*! —gritó Craft, al inclinarse el sillón unos cinco centímetros adelante.

H. M. escupió el cigarro con un excelente impulso que lo hizo elevarse por el aire y caer por encima del borde del acantilado. Luego, estirando el cuello y volviendo la cara otra vez con precaución, reparó en mí.

—Si ése es el doctor Croxley, ¿querrá decir al viejo por qué ese individuo se dedica a lanzarme botellas, eh? Si bien recuerdo, es el mismo sujeto a quien ayer le di diez chelines. Válgame Dios. Uno da diez chelines a un hombre y éste va, compra whisky y vuelve para arrojarle la botella derechamente a la cara. Si eso es gratitud, nunca estuve enterado.

—Johnson debió de pensar que era usted el emperador Nerón.

—¿Pensó que yo era quién?

—Anoche vio una película, ¿*Quo Vadis*? o algo análogo, que se le ha subido a la cabeza. Debe usted confesar que su aspecto era bastante sorprendente cuando apareció al otro lado de la casa.

Con asombro por mi parte, H. M. se ablandó considerablemente.

—Bueno... tal vez existe un cierto parecido —admitió—. Le dije ya, ¿verdad?, que Ferrars estaba pintando mi retrato como senador romano.

—Sí —dijo Ferrars—, y eso es otra cosa. Si conseguimos sacarle de ahí...

—¿*Si* consiguen sacarme de aquí?

—Eso es lo que dije. Si conseguimos sacarle de ahí, debe prometerme que vestirá como cualquier ser humano civilizado. Deberá también abandonar de una vez para siempre ese sillón infernal. De lo contrario le dejaremos ahí metido donde está hasta que se convierta en una estatua.

—¿Cómo, en nombre de Satanás, puedo abandonar el sillón? Soy un inválido.

—Tonterías —replicó Ferrars—. El médico le retiró el entablillado esta mañana y dijo que está usted en condiciones de caminar, siempre que fuera prudente.

H. M. llevó de nuevo las manos con violencia a la corona de laurel.

—Alguna gente podrá opinar que el lugar adecuado para una conversación

ingeniosa y elegante es el borde de un encantador y cómodo acantilado, con las piernas suspendidas en el vacío —observó de pronto—. Tal vez opine usted así. Quizá G. B. Shaw sea de esa opinión. Pero que me ahorquen si yo pienso igual. Sin rodeos, hijo: me siento como en el tercer episodio de *Las aventuras de Paulina*, y eso está minando la moral del viejo. ¿Van ustedes a sacarme de aquí o no?

—¿Promete vestirse?

—¡Está bien! ¡Está bien! Sólo...

—¡*Cuidado, señor*! —gritó Craft.

—Lo que ahora nos hace falta —dijo H. M.— es un pintoresco y espectacular deslizamiento de tierra. Les digo que siento moverse este aparato debajo de mí. Gente capaz de proceder como lo hacen ustedes conmigo son también capaces de envenenar, la leche de un crío y de robarle las monedas a un ciego.

Ferrars meneó la cabeza, como sintiéndose satisfecho. Dio un último golpe contra el suelo con los pantalones de H. M., haciendo saltar unas monedas y un llavero. Después apiló las ropas en el suelo y se dirigió hacia mí.

—Venga, doctor —dijo—. En la cocina debe de haber una soga para tender la ropa.

Aunque Martha no estaba allí, encontramos la soga en una de las alacenas bajas. Aseguramos firmemente el cuerpo de H. M. al respaldo del sillón y después, con extremo cuidado, tiramos y arrastramos a éste, mientras sobre nuestras cabezas se descargaba un chaparrón de vituperios y obscenidades. Hubo un mal momento, cuando el sillón casi se tumbó, pero logramos retirar a H. M. sano y salvo. Cuando le desatamos, todos nos sentimos ligeramente incómodos.

El único tranquilo entonces era el propio noble romano. Majestuosamente se levantó del sillón y, exagerando su cojera, dio unos pasos en derredor. Su figura, con la toga agitada por la brisa, destacándose sobre el horizonte, presentaba un aspecto imponente, ejerciendo un efecto electrizante sobre dos pescadores que pasaban por abajo, en un bote. Hallábase justamente recogiendo sus ropas, después de echar una mirada aviesa a Ferrars, cuando vino Martha por la puerta de atrás.

Creo que nada es capaz de desconcertar a Martha; ni la figura de H. M. logró conmoverla. Pero su voz revelaba un respetuoso temor al repetir el mensaje.

—Llaman por teléfono al superintendente Craft desde Scotland Yard —dijo.

Se produjo un profundo silencio en el acantilado. La piel pareció erizárseme. Hablé entonces, por la simple razón de que no tenía nada que decir.

—¿Han sido reparados los cables, entonces?

—Oh, sí —gruñó H. M.—. Y ahora quizá obtengamos algunos datos sobre el bromista que los cortó. Vamos todos.

Ferrars le entregó la muleta, y nos encaminamos a la casa. Atravesando la

cocina y el comedor, pasamos al salón. Allí, no lejos del aparato de radio, por el que la noche del sábado cuatro personas habían escuchado *Romeo y Julieta*, estaba el teléfono. El sol batía a esa hora sobre el lado opuesto de la casa y la habitación se hallaba escasamente iluminada. Mientras nosotros nos sentábamos —casi diría, nos agachábamos— Craft alcanzó el receptor.

—Sí —dijo—. Al habla. —A través del teléfono se oyeron unos ruidos ahogados de gran regocijo. El ojo sano de Craft se volvió hacia H. M.—. Sí, sí; está aquí en este momento. Sentado junto a mí.

H. M. se incorporó con cierta violencia.

—¿Quién habla? —inquirió.

—El inspector jefe Masters. —Craft cubrió el transmisor del teléfono con la mano—. ¿Tiene algún mensaje para él?

—Sí. Dígale a ese cochino que espero que reviente.

—Sir Henry me encarga que le transmita sus saludos afectuosos, inspector... ¿Cómo? Claro está que no he bebido... Sí, su dedo está mucho mejor... No. No puedo decir que esté divirtiéndose.

—Divirtiéndome —dijo H. M.—. Dos veces en dos días consecutivos casi me matan y la gente pregunta si estoy divirtiéndome. Déjeme hablar a mí con ese tunante.

Craft colocó otra vez la mano sobre el transmisor del teléfono.

—Está usted demasiado excitado, señor —dijo—. Además, ya lo han averiguado.

El teléfono resonó largo rato, si bien no pudimos distinguir ni una palabra. Nadie habló. Ferrars estaba reclinado hacia atrás en un sillón acolchado, cruzadas las piernas enfundadas en los pantalones de franela manchados, las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de un suéter gris. Llevada abierto el cuello de la camisa, lo que permitía ver los movimiento de la nuez de Adán. Los ojos se posaron sobre el retrato de Rita que él mismo había pintado, colgado sobre la chimenea; había piedad en esa mirada, según me pareció, y también pena. Luego cerró los ojos.

La expresión íntegra del superintendente Craft fue tornándose tan fija como el ojo de vidrio. Buscó a tientas en el bolsillo interior, manipulando con la libreta y el lápiz con una mano, en tanto escuchaba. Dejó caer la libreta sobre la mesa del teléfono y escribió con rapidez. Por fin, tomando aliento, agradeció brevemente y colgó el receptor. Su rostro era aún más sepulcralmente sombrío que de costumbre, cuando giró sobre sus talones.

Bien, señor, parece que, al fin y al cabo, tenía usted razón —confesó.

—Claro que tenía razón.

—Y tal vez el doctor tenía razón también —dijo, mirándome a mí.

—¿Razón de qué? —inquirió Ferrars, abriendo los ojos.

—Hable —le instó, impaciente, H. M.—. Vivo en su casa. Le conozco. No charlará.

Craft miró en su libreta.

—¿Ha oído usted hablar de una publicación teatral llamada *Spotlight*? —

preguntó.

—Ya lo creo. Es una especie de pregón para los actores. ¿Qué ocurre con ella?

—No consiguieron dar con una foto de Barry Sullivan por ninguna parte. Pero al fin hallaron una en la oficina de esa revista: una antigua. Esta mañana la llevaron al consulado norteamericano en Grosvenor Square.

Craft observó la punta de su lápiz. Apretó los labios, con gesto de preocupación y malhumor. Sólo después de una prolongada pausa, prosiguió:

—No figura ningún Barry Sullivan en los registros del consulado. Pero cuando vieron la fotografía, una de las empleadas de la sección de pasaportes le reconoció inmediatamente. Allá tenían a más de una fotografía la impresión digital del pulgar; es una nueva medida de tiempo de guerra. De modo que la verificación pudo ser hecha con facilidad.

El verdadero nombre de Barry Sullivan era Jacob McNutt. Nació en Little Rock, Arkansas, en 1915. Tengo todos los detalles. —Craft dio unos golpecitos sobre la libreta. Luego alzó la mirada y dijo—: Tal vez leyeron ustedes hace poco en los diarios que el vapor norteamericano *Washington* atracaría en Galway esta semana.

—Sí —dije—. Alec Wainright mencionó el hecho.

—A fin de trasladar a los ciudadanos norteamericanos y a sus familiares que desearan regresar a los Estados Unidos.

—En efecto.

—Jacob McNutt, alias Barry Sullivan —dijo con lentitud Craft—, así como su mujer, reservaron pasaje para embarcarse en el *Washington* hace ya algún tiempo.

Un vago destello de la verdad, una borrosa visión que poco a poco se tornaba más nítida, se removía en el fondo de mi espíritu.

—¿Su mujer? —repitió Ferrars.

Craft hizo un lento y solemne movimiento afirmativo.

—No conseguimos ninguna fotografía de la señora Wainright —explicó el superintendente—. Pero uno de los caballeros del consulado norteamericano la reconoció por la descripción. La esposa era Rita Wainright. Y él debe saberlo, pues fue quien le otorgó el visado para los Estados Unidos.

Me levanté del asiento, pero volví a sentarme luego.

Llevaba un pasaporte británico a nombre de Rita Dulane McNutt. Al pie figuraba la anotación oficial: «esposa de un ciudadano norteamericano». Tal es la legislación, pues una inglesa que se casa con un norteamericano, según las leyes estadounidenses, no adquiere la nacionalidad del marido. Tiene su propio pasaporte.

—Pero Rita no se casó con Sullivan —protesté.

—Debió de celebrar alguna clase de matrimonio, sin embargo, pues tenía que contar con ese pasaporte —replicó Craft.

—¡Rita tiene un pasaporte! Lo vi arriba en el cajón del tocador.

—Que no le hubiera valido de nada —dijo Craft—, pues como usted sabe,

doctor, este navío fue enviado exclusivamente para los norteamericanos y los miembros de sus familias. Por otra parte, si tenía intención de desaparecer e iniciar una nueva vida, le era forzoso contar con una nueva identidad. De modo que tuvo que proveerse de un pasaporte nuevo con datos falsos.

Fue H. M. quien nos explicó, mientras hacía girar los pulgares.

—Fíjese, doctor —dijo, pacientemente—. Usted vio desarrollarse la intriga bajo sus ojos. Pero nunca se percató de lo que ocurría. Esos dos, Rita Wainright y Barry Sullivan, nunca tuvieron, ni por asomo, la idea de suicidarse. Toda esa historia del doble suicidio fue una farsa, planeada y elaborada con el mayor cuidado y llevada a cabo de un modo que despierta mi admiración. Estaba destinada a engañar no sólo a Alec Wainright, sino también al resto de Inglaterra.

Esa mujer (¿no lo comprende?) juzgó que era esa la única salida. Quería sinceramente a su marido. Le era intolerable la idea de apenarlo. Pero tampoco se resignaba a abandonar a su amigo. Entonces, con su espíritu romántico e imaginativo, concibió un plan que juzgó apropiado para el caso. No se limitaría a fugarse, lisa y llanamente, con Sullivan. Pero si el marido, y con él el resto del mundo, les daban por muertos, a ella y a Sullivan, nadie se preocuparía más.

Una idea encantadora. Característica, por otra parte. Una forma de eludir la responsabilidad. ¿No lo comprende usted todavía?

XIV

—Y si no lo comprende —añadió H. M.—, recapacite.

Maquinalmente buscó el bolsillo donde acostumbraba guardar el estuche de cigarros, pero sólo halló la toga. La contempló con desaliento y luego se olvidó del asunto.

—Rita Wainright fue a verle al consultorio en un estado de sobreexcitación nerviosa, el veintidós de mayo. Deseaba que usted le hiciera un favor. ¿Cuáles fueron las primeras palabras que pronunció? Se las repetiré. Dijo: «He tenido una disputa con mi abogado. Por supuesto, ningún clérigo lo haría. Y yo no conozco ningún juez de paz. Tendrá usted que...». Y luego calló. ¿No es verdad?

No pude menos de asentir.

—Sí. Es verdad.

—Claro. ¿Y para qué es necesario ser recomendado y contar con el testimonio basado en un conocimiento personal de un médico, un abogado, un clérigo o un juez de paz? —continuó H. M.

Fue Ferrars quien respondió, incorporándose en su asiento.

—Para el pasaporte —dijo.

Con penosa nitidez acudió a mi mente el recuerdo de Rita en mi consultorio, con sus uñas escarlata y sus ojos acosados, mirando las esquinas del cielo raso, siempre tropezando y retrocediendo al borde mismo de la confidencia. «Todo es tan confuso», le oí decir. «Si siquiera Alec muriese, o algo por ese estilo...» Y después una rápida y furtiva mirada hacia mí, para observar cuál era mi reacción.

Pero eso no obstante, protesté.

—Es inverosímil, le repito. ¿De qué dinero disponían? Sullivan tenía poco menos que nada y Rita, con seguridad, carecía de dinero.

—Si bien recuerda —gruñó H. M.— usted le formuló a ella la misma pregunta. Y no la inquietó en lo más mínimo. Absolutamente nada. Porque ese problema lo tenía resuelto. ¿No comprende?... ¿Y los brillantes?

Lentamente alzó la vista hasta el retrato de Rita sobre la chimenea. Sólo entonces aparté mi atención de la cara de ese retrato fascinador con su esbozada sonrisa, para recordar que Ferrars la había pintado cubierta de brillantes. Un collar de brillantes al cuello, brazaletes de brillantes en las muñecas. Al desviar la mirada, los brillantes de la tela parecieron centellear con una burlona advertencia.

—Usted mismo recalcó la debilidad del profesor Wainright por cubrirla de brillantes —prosiguió diciendo H. M.—. En breve quedará prohibido sacar joyas del país, pero entre tanto, son valores muy fácilmente realizables.

—Mas Alec Wainright está prácticamente arruinado —dije—. Esos

brillantes deben de ser lo único que le resta. Rita nunca hubiera llevado consigo los brillantes, dejándole a él sin...

—Arruinado —murmuró H. M.—. Ajá. ¿Estaba ella enterada de su ruina?

(La verdad es anonadante.)

—Bien... no. Ahora que pienso en ello, Rita lo ignoraba. Así me lo dijo Alec.

—¿Mantenía él sus asuntos en una estricta reserva?

—Así es.

—¿Y ella seguía creyéndole un hombre acaudalado?

—Sí, supongo que sí.

—Aclaremos esta cuestión, ya que vinimos a ocuparnos de ella —dijo H. M.—. ¿Sabe alguien dónde se guardaban esos brillantes?

—Yo se lo puedo decir —terció Ferrars—. En realidad, ya se lo dije anoche. Rita los guarda, o los guardaba, en todo caso, en su dormitorio, en una gran caja de marfil reforzada de acero por el interior. La caja se abre con una llavecita semejante a una Yale, pero más pequeña, que tiene grabado un lazo del amor perfecto y la palabra *Margarita*.

H. M. me contemplaba, mientras continuaba haciendo girar los pulgares. Su expresión seguía siendo agria.

—El marido adivinó, por supuesto —dijo—. Todas las palabras que usted puso en su boca el sábado por la noche, así lo demuestran: «¡Asesinarme! Ya veo que no conoce usted a mi mujer. No están tramando asesinarme. Pero puedo decirle qué es lo que están proyectando». Sólo que se equivocó ligeramente. No previó esa farsa de los suicidios. Pensó que, simplemente, huirían.

Pues ¿qué es lo que aconteció? Cuando usted regresó y le informó que ambos se habían arrojado desde el Salto de los Amantes, fue como si le hubieran asestado un golpe. Gritó que no lo creía. ¿Y qué hizo luego? Corrió arriba a verificar si estaban las ropas de ella. «Sus vestidos están todavía ahí, dijo cuando bajó, pero...», y mostró entonces la llavecita. Con lo que quería decir, pedazo de bobos, que los brillantes habían desaparecido.

Se produjo un silencio. Ferrars, meneando lentamente la cabeza, mantuvo los ojos clavados sobre la alfombra. Una vez lanzó una mirada al retrato y sus delgadas mejillas se hundieron por la contracción de los músculos.

—¿Quiere usted decir que el señor Wainright les iba a permitir llevarse los brillantes? —inquiría Ferrars.

—Sin duda.

—¿Aunque no le quedara casi dinero?

—Hay gentes así, hijo. —La voz de H. M. parecía pedir disculpas—. Las pruebas demuestran que Alec Wainright era una de esas personas. Pero ¿cabe entonces extrañarse de que esté un tanto cansado, disgustado y harto del mundo?

A medida que el cuadro cobraba vida, a medida que reconocía la verdad de cada uno de los detalles, comprendía la imposibilidad de hacer nuevas

objeciones o de dudar de la versión de H. M. ¿Es acaso posible dudar, aunque se desee, de las pruebas aportadas por un consulado bajo forma de pasaportes y visados?

Pero aun cuando así hubiera acontecido, ¿por qué era necesario maldecir y denigrar el recuerdo de Rita? Como H. M. había insinuado, el asunto era enteramente característico de Rita. Había provocado la desgracia, pero sus intenciones habían sido buenas. Casi había causado la muerte de Alec, pero no había sido ese su propósito. Si era esencial elogiar a Alec, ¿era asimismo esencial censurar a Rita?

—En cuanto a la señora Wainright y a Sullivan, ya advierten ustedes lo que debían hacer —continuó H. M.—. Ella tenía que obtener un nuevo pasaporte y Sullivan debía traer el automóvil desde Londres y ocultarle en el estudio, a fin de poder alejarse sigilosamente, después de realizado el truco.

—¿Alejarse, señor? —inquirió el superintendente Craft.

—Claro. Primero a Liverpool. Después, una vez desembarazados del automóvil, pasarían a Irlanda, dirigiéndose a Galway. Además tuvieron que destruir todas sus fotografías. ¿Por qué? No es difícil adivinarlo. En breve figurarían como víctimas de una tragedia sonada. Los periódicos se pondrían a la caza de fotografías.

—Comprendo —dijo Craft, pensativo, asintiendo—. Tenían que evitar que alguien, por ejemplo un empleado del consulado norteamericano o de la oficina de pasaportes británicos, viese las fotos en los periódicos y exclamase: «¡Hola! Esta no es la señora de Alexander Wainright y el señor Barry Sullivan, sino el señor y la señora McNutt, ahora en alta mar camino de los Estados Unidos.»

H. M. abrió las manos.

—Si quiere usted más pruebas —dijo, dirigiéndose a mí—, le bastará recordar lo sucedido en la noche del sábado.

¿Quién eligió la noche del sábado, que era la noche de salida de la criada? Rita Wainright. ¿Quién hizo que fuera despedido el jardinero Johnson por entrometido? Rita Wainright. ¿Quién se opuso al plan del marido de invitar a un grupo más numeroso, insistiendo en que lucran ustedes cuatro? Rita Wainright.

Por fin, ¿qué hora eligieron esos tórtolos para su dramática representación? Naturalmente, las 21. ¿Y por qué? Porque Alec Wainright es un fanático de los noticiarios. Tan pronto como suena por toda la nación la persuasiva voz de Joseph Macleod o de Alvar Liddell, se torna ciego y sordo a todo lo demás. No sería él quien entorpeciera sus planes cuando abandonaron la habitación. Nadie los entorpecería. El marido estaba demasiado absorto y el invitado demasiado embarazado.

Pero no imaginen que todas las actitudes de Rita eran fingidas. ¡Nada de eso! Todo ese sentimentalismo, todos esos preparativos, fueron para ella casi tan reales como si hubiera tenido la intención de suicidarse. Cuando acarició a su marido, alisándole el cabello, era sincera. Cuando las lágrimas bañaron su

rostro, también era sincera.

En cierto modo, abandonaba esta vida. Se estaba despidiendo de lo que la rodeaba, pues creía estar a punto de cortar definitivamente con su antiguo medio ambiente, sus amigos y sus costumbres. Podrán ustedes juzgarlo como una tonta afectación, si quieren, pero lo fundamental es que ella no lo veía así. ¡Oh, no! Y allá se marcha ella, y en pos de ella, Sullivan, un poco trastornado por la idea de huir con unas cinco o seis mil libras en brillantes.

H. M. bufó y carraspeó. Ferrars, que estaba encendiendo la conocida pipa de cerezo, alzó la vista un instante. La luz del fósforo iluminó sus huesudas muñecas y sus mejillas hundidas al aspirar el humo.

—Quiero preguntarle algo —apagó el fósforo—. Acerca de Barry Sullivan o Jacob McNutt —nuevamente reapareció por un instante su sonrisa cínica bajo su pronunciada nariz—. ¿Estaba realmente enamorado de la mujer o sólo le interesaban los brillantes?

—Bueno..., le diré. No le conocí. Pero a juzgar por las descripciones que de él tenemos, en especial la de su mujer...

—¿Se refiere a Belle?

—Sí. Me atrevería a afirmar que ambos factores entraban en juego. Su conciencia no le impedía hacer lo que no debía, pero sí le impedía gozar. Pero uno puede seguir sus actos en la noche del sábado. Salieron de esta habitación y luego...

—Sí, señor. ¿Y entonces? —inquirió suavemente el superintendente Craft.

—¡No sé! —rugió H. M.—. No tengo ni la menor sospecha. El viejo está completamente atascado.

Era esto, evidentemente, lo que le fastidiaba. Inmerso, en su toga de bordes purpúreos, completamente olvidado de su dedo, caminó de un lado al otro frente a la chimenea. Se quitó la corona de laurel, la observó con disgusto y la dejó sobre el aparato de radio. Luego dijo:

—Ahora hagan el favor de escuchar. He aquí lo que sabemos. *Entre las 21 y 21,30, Rita Wainright y Barry Sullivan caminaron hasta el Salto de los Amantes. Allí desaparecieron. Pero ni saltaron ni tenían la intención de saltar*.

Craft asintió, aunque su expresión denotaba sus dudas.

—Hay dos explicaciones posibles —prosiguió, vehemente, H. M.—: a) O ellos descendieron de algún modo por la pared del acantilado, o b) regresaron de algún modo a la casa, prontos para la fuga en el automóvil de Sullivan.

Craft se enderezó con un movimiento brusco. Ferrars me lanzó una mirada inquisidora, retirando la pipa de los labios, pero sólo pude responderle encogiéndome de hombros.

—¡Un momento! —rogó el superintendente—. En ese caso, ¿en qué queda la suposición de que los asesinatos fueron cometidos al borde del acantilado?

H. M. hizo una mueca.

—¡Oh! Pero ¿no pensará usted todavía que los asesinatos fueron cometidos al borde del acantilado?

—Sí, ésa es la suposición que tomé como base.

—Pues es una suposición equivocada.

Craft estuvo tan próximo a un estallido como la intensa melancolía de su cara se lo permitía. Golpeó la libreta con la punta del lápiz.

—Me gustaría oír algunas pruebas, señor.

—Muy bien. Trataremos de dárselas.

H. M., sosteniendo la toga como si fuera una carga de sábanas, se dirigió a mí:

—Doctor, usted estaba aquí sentado con el profesor Wainright. La puerta posterior de la casa estaba abierta. Sólo les separaba del exterior la puerta batiente de la cocina —señaló— con esa rendija en la parte inferior por la que se colaba la comente de aire. ¿Es así?

—Sí.

—Si la pareja hubiera sido asesinada al borde del acantilado, se habrían hecho dos disparos con esa *browning* de calibre 32. ¿Oyó usted algún disparo?

Recapacité.

—No. Pero eso no sería forzosamente raro, ni valdría como prueba. El lugar es bastante ventoso. Cuando el viento sopla en dirección contraria, el sonido es...

—Pero el viento no soplaba en dirección contraria, ¡caramba! Usted mismo recalcó varias veces la circunstancia de que el viento soplaba directamente sobre su cara cuando salió. Hasta le llegó a sentir aquí, dentro —y los ojillos penetrantes y desconcertantes de H. M. se clavaron en mí—. ¿Cómo fue que no se oyeron los sonidos de los disparos? ¡Ah, y si alguien empieza a decir tonterías sobre silenciadores, me retiro!

Se produjo un largo silencio. Craft golpeaba su libreta con la punta del lápiz.

—¿Cuál es su opinión, señor?

—Ésta —replicó H. M. con desagradable seriedad—. Esos dos tórtolos creyeron contar con un método a toda prueba de demostrar que se habían suicidado; y, en efecto, así es. Salieron y pusieron en ejecución su plan. Probablemente no les llevó mucho tiempo. Luego se hubieran alejado de acá, de este distrito, dirigiéndose al coche para huir. Posiblemente habrían desaparecido pocos minutos después de las 21, pero el asesino les sorprendió. Descerrajó el arma sobre ellos a quemarropa y arrojó los cadáveres al mar.

—Hum —dijo Craft.

—No es la conducta del asesino la que nos intriga, hasta hacernos pensar en un truco de magia. El asesino es un individuo bastante lógico. Tenemos, por ejemplo, lo que hizo a la noche siguiente, el domingo. Tenía que librarse del coche de Sullivan, a fin de que nadie sospechara un manejo turbio por parte de los enamorados y que todo pasara por un caso de doble suicidio. Así, pues, condujo el automóvil a Exmoor, hundiéndolo en las ciénagas. ¿No recuerdan que Belle Sullivan vio «dos libritos como mapas camineros, uno azul y otro verde, metidos en el bolsillo de la portezuela»?

—Sí, señor.

—No eran mapas. Eran los pasaportes. Uno inglés, azul, y otro norteamericano, verde. Pero como Belle Sullivan nunca ha viajado por el extranjero, no cayó en la cuenta.

H. M. resolló. Echando una punta de la toga sobre un hombro, nos lanzó una desafiadora mirada, sentándose nuevamente. Su aire seguía siendo tan grave como siempre.

—Permítanme que les repita —insistió—. No es el plan del asesino el que nos desarma por su ingeniosidad. Nos encontramos aquí con una situación anómala. Lo que nos interesa conocer es el plan de las *víctimas*.

Ferrars golpeó la boquilla de la pipa contra los dientes.

—¿Se refiere usted al hecho de que se marcharon y no regresaron?

—Claro, hijo, esto lo tiene a mal traer al viejo. Hace un minuto dijo que: a) descendieron por la pared del acantilado, o b) regresaron sin dejar rastro. Ya sé. ¡Ya sé! —y con un enérgico ademán hizo callar a Craft cuando éste intentó protestar—. Las dos explicaciones son absolutamente inverosímiles.

—¿Está usted seguro de eso?

—Completamente. Ni una mosca lograría descender o ascender por la superficie pelada de ese acantilado. En cuanto a las pisadas...

El superintendente Craft intervino con tono terminante.

—Y *yo* repito —manifestó— que esas pisadas son auténticas. La señora Wainright y el señor Sullivan fueron hasta el borde y no regresaron. Eso es lo que *yo* digo.

—De acuerdo —dijo H. M.

—Pero escuchen —protestó Ferrars, y habló desde atrás de una nube de humo, con un brillo en sus ojos que tanto podía deberse a un malicioso regocijo como a un sincero deseo de ayudar—. ¿Advierten ustedes que esta aclaración les deja en una situación peor que la de antes?

—Por mi parte, sí —replicó secamente Craft.

—Antes sólo tenían un asesino capaz de caminar sobre el suelo blando, sin dejar huellas; ahora tienen, en cambio, dos cuerpos capaces de elevarse en el aire por levitación. O peor aún: tienen un hombre y una mujer capaces de caminar hasta el Salto de los Amantes, desvanecerse allí como burbujas de jabón y reaparecer más tarde en otro lugar...

—¡Cállese! —dijo Craft.

Ferrars apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón y dejó escapar un anillo de humo. Desde donde yo estaba distinguía los tendones de su cuello y el brillo de los ojos bajo los párpados entrecerrados. Descansando el codo en el brazo del sillón, trazó lentamente una circunferencia en el aire con la pipa.

—Esto me intriga —comentó.

—Gracias —dijo H. M.—. Espero que le resultemos entretenidos.

—Lo digo seriamente —la pipa describió otra circunferencia—. ¿Quiere usted decir que nosotros, esta reunión de inteligencias, no somos capaces de resolver el problema planteado por Rita Wainright y Barry Sullivan? Con todo

el respeto debido, no eran por cierto unos genios.

El superintendente Craft cavilaba en un rincón, cruzado de brazos; hubiera podido adivinar lo que pasaba por su mente en esos momentos, pero despertó para formular una pregunta.

—¿Conoció usted íntimamente a ambos, señor Ferrars?

—Conocí bastante a Rita, sí —los párpados de Ferrars se levantaron y miró el retrato; llevó la pipa a los labios y aspiró pensativamente—. A Sullivan apenas le conocí. Le encontré una o dos veces. Me produjo la impresión de ser un estúpido, buen mozo y sin maldad. ¿Cómo una muchacha como Molly Grange pudo tener que ver algo con él?...

Las facciones de Ferrars parecieron acentuarse, y su rostro terminó en una expresión de cinismo al morder la boquilla de la pipa.

—Pero poseía un talento —continuó diciendo el pintor— que la gente de esa clase suele tener. Era extraordinariamente hábil en acertijos.

—¡Eso es! —exclamé.

Todos se volvieron a mirarme.

—Eso es, ¿qué? —inquirió receloso H. M.

—He tratado de recordar cuándo y dónde había oído hablar de acertijos en relación con Rita y Barry. Fue el propio Alec. Cuando me invitó a su casa para la famosa noche del sábado, dijo que tanto Rita como Sullivan gustaban de los acertijos y que tal vez haríamos algunos.

—Al parecer, el profesor Wainright fue un profeta —dijo Ferrars, con una sonrisa irónica—. Y cumplió con su palabra como un caballero.

—¿Él debe de ser un as en acertijos, supongo? —dijo H. M.

—Sí, era muy hábil antes de que comenzara a decaer. Pero su especialidad eran esos acertijos matemáticos que me aburren soberanamente. Ya los conocerá usted. Aparece uno de esos individuos ingeniosos y latosos que le dice a uno: «Tengo un cierto número de gallinas en mi gallinero. Si tuviese el doble de gallinas de las que tenía ayer, y tres veces y media tantas gallinas como tenía mi tía Matilde el jueves, ¿cuántas gallinas tengo hoy?» Y uno se siente impulsado a responderle: «Por amor de Dios, George, no compliques la vida. Tú ya sabes cuántas gallinas tienes, ¿no es verdad?»

Ferrars lanzó otra bocanada de humo, perezosamente.

—Pero éste no es un acertijo del tipo matemático. Éste requiere imaginación. Lo que el no muy inteligente Sullivan concibió, nosotros deberíamos ser capaces de resolver por el sencillo procedimiento del examen de los rastros.

—Sencillo —gimió H. M.—. ¡Oh señor! ¡La inconsciencia de la juventud! ¡Sencillo!

—Me atengo a lo dicho. Nuestro buen señor Sullivan —Ferrars arrugó la nariz— no me vencerá. Propongo que dilucidemos su misterio. Si el maestro confiesa hallarse en un aprieto —hizo una seña con la cabeza en dirección de H. M.—, probaré yo mi suerte. ¿Qué opina usted, superintendente?

Craft seguía cavilando. Su rostro se suavizó al alzar la mirada. Pero

continuó con los brazos cruzados, como armándose de valor.

—Bien, señores —dijo—, les diré lisa y llanamente lo que pienso. Todavía no estoy convencido de que se trate de asesinatos.

XV

Se produjo entonces una pequeña explosión. Aunque tanto H. M. como yo protestamos, Craft permaneció impertérrito. Alzó la mano para imponer silencio.

—¿Cuáles son los hechos concretos? —preguntó—. Admito que sir Henry ha demostrado que la pareja *tuvo la intención* de huir a los Estados Unidos.

—Gracias, hijo. Muy agradecido.

—Pero ahora está empeñado en trastrocar el caso íntegro, afirmando que no fueron asesinados al borde del acantilado. ¿Dónde, entonces, si no?

—¿Cómo puedo saberlo? —aulló H. M.—. Tal vez en ese burdel privado del estudio. Tal vez en una de las cavernas de la costa. Este individuo —añadió, señalando a Ferrars con un movimiento de la cabeza— está en favor de las cavernas.

—¿Llama usted pruebas a eso, señor?

—Quizá, no. Pero...

—Pero lo que necesito son pruebas —hizo notar el superintendente, no sin razón—. Y a mi juicio, las pruebas concretas del caso no han cambiado desde ayer.

—¿Quiere decir que opina aún que se suicidaron?

—Bien, ¿qué cambio ha habido? Supongamos que tuvieron intención de huir.

—¿No dudará usted de eso?

—Aguarde. He estado reflexionando sobre una pregunta que le formulé ayer. Dije: «¿Quién habría de asesinarles si tenían intención de suicidarse?» Y usted respondió que eso carecía de importancia, que podían haber tenido la intención, pero faltarles el valor.

—¿Y bien?

—Supongamos que sucedió a la inversa —sugirió Craft—. Decididos a huir con los brillantes del marido, trazan todos los planes. Pero en el último momento, a la señora Wainright, que es a todas luces el espíritu animador de todo esto, le falta el coraje de llevarlo a cabo. El doctor Croxley nos ha hablado, y usted lo ha admitido, del cariño que la señora profesaba a su esposo. No conoceré mucho las mujeres, pero ese «¡Preferiría estar muerta!» me suena a sincero.

—Ajá, ¿y después?

Craft apretó los brazos cruzados.

—Cambia entonces de idea. Lleva a Sullivan hasta el acantilado. Dispara un balazo contra él y luego se suicida. Más tarde, el doctor Croxley, que no soporta la idea de que el nombre de la señora sea vinculado a un suicidio en esas circunstancias, retira el arma del borde del acantilado y la aleja del lugar.

Tal como lo reconstruimos ayer.

Nuevamente volvíamos a lo mismo. Juzgué inútil renovar mis protestas, pero esta vez me pareció tener de mi lado a H. M.

—Hay un pequeño detalle con el que lamento molestarle —dijo, con voz retumbante—. Sólo mi perversidad innata me impulsa a traerlo a colación. Alguien condujo el automóvil de Sullivan a Exmoor el domingo por la noche, hundiéndole en las ciénagas. ¿Ha olvidado usted eso?

La ligera sonrisa de Craft no alcanzó a su ojo artificial.

—No, señor, no lo he olvidado. Pero hay aquí una persona que nos confesó ayer que estaba familiarizado con ese paraje, y que sabría dónde desembarazarse del automóvil con precisión, lo que la mayor parte de nosotros ignora. Dispénseme, doctor, pero ¿qué hizo usted la noche del domingo?

Aunque cueste creerlo, tardé varios segundos antes de comprender lo que ese hombre quería dar a entender. Tal vez sea yo obtuso, pero la idea era tan descabellada que, sencillamente, no me cabía en el cerebro. Sólo cuando todos volvieron los ojos hacia mí y Ferrars se echó a reír, entendí. Sin duda Ferrars había sido puesto al tanto de todos los detalles por H. M.

—La verdad sea dicha, doctor Luke —dijo Ferrars, levantándose para golpear la pipa contra el marco de la chimenea—, *yo* podría creerle. Es cabalmente el tipo de quijotada que sería usted capaz de hacer.

Sin duda debí de ofrecer un aspecto muy particular, pues H. M. intervino apresuradamente.

—¡No se excite, doctor! No olvide su corazón.

—Es la pura verdad, sin embargo —declaró Ferrars—. Podría imaginármele muy bien saliendo en medio de la noche a hacer algo para proteger el buen nombre de una dama, para destruir las pruebas de que pensaba fugarse con Sullivan.

Temo que por unos instantes perdí la razón. Luego dije:

—Sea lo que fuere, no dan crédito a mis palabras. Pero ¿es acaso imaginable que quienquiera que posea un sentido de humanidad, un sentido de cualquier especie, hubiera abandonado a la señora Sullivan, gritando en aquel automóvil, mientras éste se hundía en las arenas?

—¿Sufrió algún daño la señora? —preguntó Craft—. No me parece recordar.

—Ni yo tampoco —convino Ferrars.

Comprendí que sólo le movía la picardía, pero eso no obstante insistía en su propósito. Nuevamente asomó una sonrisa bajo su pronunciada nariz.

—Hasta diría que Belle —añadió— fue tratada con todo cariño. Yo mismo no lo hubiera hecho mejor.

—Lo cierto es que fue rescatada —continuó Craft—, aunque uno pensaría que un asesino la habría abandonado en la niebla sobre la ciénaga, sin cuidarse de si moría o se resfriaba. Cuando despertó se halló en esa habitación sobre el estudio. ¿Qué opina usted, sir Henry?

H. M. no parecía escucharle. Inclinado hacia adelante en el sillón, el codo en la rodilla y el mentón en el puño, de no haber sido por los anteojos, hacía recordar, no tanto a Nerón como a Marco Tulio Cicerón reflexionando sobre alguna tonante pieza oratoria a pronunciar en el Senado.

—Se encontró de regreso en el estudio —murmuró incoherente; frunció las comisuras de los labios—. Se encontró de regreso en el estudio... ¡oh, caramba!

Después despertó. Hizo unos ademanes agitados y corrió hacia arriba los anteojos sobre la nariz.

—Dispénsenme —añadió—. El viejo estaba ensimismado. ¿En qué otros manejos turbios ha andado el doctor?

—No afirmo nada. Ni siquiera di a entender algo —mintió Craft—. Me limito a preguntarle dónde estuvo el domingo por la noche.

—Señor, ¡estaba en mi casa!

—Muy bien. ¿A qué hora se acostó, doctor?

—Muy temprano. Antes de las nueve. Decían que la noche anterior me había excedido.

—¿Vio usted a alguien después de esa hora?

—Bien..., no. No se debía turbar mi reposo.

—¿De modo que no podría probar que se hallaba en su casa si fuera necesario?

Me llevé la mano al cuello de la camisa.

—Ahora les diré cómo aconteció —Craft habló con gran seriedad, descruzando los brazos y señalándome con el lápiz—. He tratado de ser razonable, pero no me queda otra alternativa. Alguien retiró la pistola del lugar donde se suicidaron y alguien hizo desaparecer el automóvil. Todo a fin de proteger a la señora Wainright. Se lo advierto, doctor, se verá usted en un aprieto muy serio mañana por la mañana en la encuesta. Y seré yo el causante.

Dirigiéndose a H. M., agregó:

—¿No comprende usted, señor, que lo que yo necesito son pruebas? ¡Deme alguna prueba de que esa pareja no se suicidó! Según usted, descubrieron un medio de flotar en el aire o de caminar sin dejar rastros...

—Y aún lo mantengo.

—Entonces, ¿cómo lo hicieron?

H. M. contuvo el aliento.

—¿Sabe usted? —dijo de improviso—. Yo ya la he bautizado.

—¿Ha bautizado a quién, señor?

—A esta clase de situaciones. La llamo la disimulada y espantosa malicia de las cosas. Y en cuanto al embrollo en que nos vemos —H. M. miró agriamente en mi dirección—, puede usted agradecérselo a ese persuasivo abogado amigo suyo, el señor Steve Grange. Son muy pocos los capaces de envenenarle el espíritu a un policía, pero él es insuperable.

—Por mi parte, sir Henry, opino que es el único que ha hablado con sensatez —objetó Craft—. Y tiene mucha influencia con el *coroner*.

—No lo dudo. O mucho me equivoco, o al toque de queda el doctor Croxley estará entre rejas. De ahí que sea necesario estudiar y reflexionar sobre el caso.

Dilatando el pecho con una profunda inspiración, H. M. nos miró fieramente como un noble luchador romano antes de entrar en la arena.

—No queda otro remedio —añadió—. Tengo que descubrir un modo de realizar el truco de la levitación.

—Con mi eficaz ayuda —dijo Ferrars—. Y voy a sugerirle algo. En realidad creo poder resolvérselo ahora mismo.

—¿Usted? —dijo H. M., con un desdén enorme, como si su joven amigo hubiera sido un gusano dotado de la palabra.

—No sea tan engreído. No es usted la única persona de este mundo que goza con los misterios.

—No. Pero yo estaba pensando en su particular tipo de diversiones. Con Belle Renfrew Sullivan o...

Con sorpresa por mi parte, Ferrars enrojeció. Aunque trató de apoyarse perezosamente en el sillón, golpeando los dientes con la boquilla de la pipa vacía, era visible una curiosa rigidez de sus músculos.

—Mi querido Cómodo, nunca hubo nada entre Belle y yo —dijo—. Debo de haber bebido de más anoche, charlando tonterías al calor del hogar. Y escuche: preferiría que no dijera nada de esto a Molly Grange.

—¿Ajá?

—Un capricho.

—No lo entiendo —dijo H. M.—. A veces habla como el cínico más acabado y hastiado de la vida. Otras como un jovenzuelo recién salido de Eton en vacaciones.

—Por lo que recuerdo, estaba tratando de resolver su acertijo —dijo Ferrars, manteniéndose cortés—. Decía usted que la pareja de marras no pudo trepar por la pared del acantilado.

—En efecto.

—No, pero ¿no pudieron descender con paracaídas? —H. M. le contempló gravemente.

—No diga tonterías, hijo. Detesto las necedades. Además —dijo refregándose la nariz—, ya lo pensé yo.

—¿Es una tontería? —preguntó Ferrars con voz suave—. ¿Es? Hemos tenido oportunidad de ver cosas asombrosas con los paracaídas en los últimos tiempos. No estoy seguro de si es posible que el paracaídas se abra lo suficiente como para que le sostenga a uno en un descenso relativamente corto de 20 metros. Pero ¿por qué es imposible?

—¡Porque lo digo yo! —tronó H. M., golpeándose el pecho—. Existiría una posibilidad remota para un paracaidista entrenado, con un paracaídas especial y una gran experiencia en los aterrizajes sobre un terreno más o menos llano. Pero ¿qué posibilidad pudieron tener esos dos, sin experiencia y, por lo que sabemos, sin paracaídas para saltar sobre las rocas una noche oscura y

ventosa? No, hijo, imposible.

—Entonces, ¿cómo diablos lo hicieron?

—Eso es lo que averiguaremos. Vengan.

—No, si va usted con esas ropas.

—¿Qué hay de malo en ellas, eh? Usted quiso pintarme con esta indumentaria, aunque sospecho vehementemente que era su modo de ser chistoso. Y si así fue...

—Están muy bien dentro de mi estudio. Pero no quiero que ande usted luciéndose con ellas por toda la comarca. Demonios, ¿qué diría el viejo Grange si se enterara que tengo un invitado que se exhibe vestido como un antiguo romano?

—Conque esa es la razón, ¿eh?

Ferrars se limitó a señalarle el traje.

Veinte minutos más tarde estábamos contemplando las postreras pisadas sobre la tierra de Rita Wainright y Barry Sullivan a la pálida luz de las últimas horas de la tarde.

Las huellas quedaban enmarcadas en el sendero bordeado por las pequeñas guijas pintadas de blanco. Era su misma simplicidad lo que las tornaba tan desesperantes. El superintendente Craft se hallaba en pie, junto a mí, pasándose la mano por el mentón, con el aire de indulgencia de quien tiene los triunfos en la mano. Ferrars, vencido, estaba sentado en los peldaños de la puerta trasera de la casa. H. M., mucho menos ofensivo a la vista en su indumentaria normal, excepto una zapatilla de fieltro, se inclinaba cuanto su abdomen le permitía para examinar los rastros.

—¿Y, señor? —inquirió Craft, con un tono socarrón de regocijo.

H. M. levantó la cabeza.

—A veces me hace recordar usted tanto a Masters que me produce bascas. ¡Santa Bárbara bendita! Estas pisadas son perfectamente auténticas. No hay ninguna trampa en ellas.

—Eso es lo que estoy repitiendo desde hace rato.

H. M. apoyó los puños en las caderas.

—¿Reparó usted que los dedos han dejado una depresión mayor? —preguntó—. ¿Cómo si hubieran corrido?

—Sí. Ya notamos eso. Fueron corriendo, como se deduce del largo de los pasos. Pero no muy ligero. Podría decirse, con paso apresurado —respondió Craft con un tono seco.

H. M. meneó la cabeza tristemente.

—Dígame, ¿tiene inconveniente en que camine sobre ellas? Advierto que es el único lugar de esta franja de tierra que no ha sido pisoteado.

—Adelante, camine cuanto quiera. Como ya le dije, en la comisaría tenemos los moldes de yeso.

H. M. empezó a recorrer el sendero. Aunque no había vuelto a llover desde la noche del sábado, sus pisadas se hundían profundamente. Con grandes precauciones con su dedo lesionado, fue renqueando hasta el Salto de los

Amantes. Al llegar ahí, pisando sobre el pequeño semicírculo de césped corto y aplastado, deliberadamente miró hacia abajo. Esa visión me revolvió el estómago, aun a la distancia a que me encontraba. Una cabeza firme para las alturas es admirable y, según parecía, H. M. se hallaba muy cómodo.

—¿Descubrió algo? —le gritó Craft.

H. M. dio media vuelta, las manos en jarras, destacándose contra el horizonte. Su vista se dirigió primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, recorriendo el resto de la franja de tierra, a la sazón sembrada de múltiples pisadas, incluso las nuestras y la huella del sillón de ruedas. Miró largo rato los dibujos geométricos de las guijas blancas. Después, el viento nos trajo su voz sonora.

—¡Hola!

—¿Sí, señor?

H. M. señaló con su manaza.

—Este lugar era mantenido muy aseado y bien apisonado antes de que la gente lo pisoteara de arriba abajo; los guijarros esos, como si Euclides hubiera estado jugando a orillas del mar, y el sendero bordeado por las guijas. ¿Podrían haber sido utilizados para una treta?

—¿Quiere usted decir que tal vez caminaron sobre ellas? Haga la prueba y verá.

H. M. probó, delicadamente, con el tacón de su pie derecho: las guijas se hundieron en la tierra. Tampoco eso era posible.

—Pero, dígame, ¿no tiene alguna razón de ser?

—Aquí no crece nada —explicó Craft—. Están de adorno. Además —añadió con una sonrisa sepulcral— se las ve en la oscuridad.

Una expresión de profundo asombro se pintó sobre la cara de H. M. Meneando aún la cabeza, caminó pesadamente de regreso por el sendero de un metro veinte de ancho. Nuevamente se detuvo otra vez para examinar las pisadas.

—Es curioso —dijo— cómo ambos mantuvieron el paso a la par en su carrera. Casi como si... —calló, dándose un masaje en el mentón, y no prosiguió.

—Bueno, vamos —la brusca sequedad del tono de voz de Craft me sobresaltó—. No perdamos más tiempo. ¿Por qué no es usted razonable, doctor Croxley, y confiesa haber retirado la pistola de allí?; así podemos marcharnos a casa para la merienda.

—Está usted cometiendo un error grave, hijo —dijo H. M. sosegadamente.

—Muy bien, señor —repuso Craft con voz cavernosa—. Cometo un error. Quedemos en eso hasta mañana por la mañana en la encuesta. ¿Está de acuerdo?

—¡Pero hombre, escuche! ¡Ese asunto de los suicidios no es sino una engañifa! Usted mismo nos relató los complicados planes de ambos para la fuga. Luego, repentinamente, mientras escuchan *Romeo y Julieta*, cambian de idea y parten para los cielos. Si así fuera, ¿de dónde sacaron, de buenas a

primeras, esa pistola que nadie ha sido capaz de identificar?

Craft meneó negativamente la cabeza.

—Yo no digo que hayan hecho eso, sir Henry.

—¿Qué dice usted entonces?

—A mi juicio pensaron primero en fugarse, tal como lo reconstruyó usted. Pero antes de que llegara el momento, quizá varios días antes, la señora Wainright cambió de opinión. Persuadió a Sullivan de que se suicidara con ella. Al escuchar *Romeo y Julieta* recibieron el impulso decisivo, cumpliendo entonces sus propósitos. Recuerde: no hay ningún indicio de que llevaran ropa. Ni una maleta, ni un bolso, nada. Y si pensaban huir deberían haber tenido el equipaje pronto.

(Esto, tuve que confesármelo, era razonable.)

H. M. quedó con la vista fija en el vacío unos instantes, y luego hizo chasquear los dedos.

—¡Los brillantes! —masculló—. Casi olvidaba los brillantes.

—¿Qué ocurre con ellos?

—Los brillantes que se llevaron.

—Pero es que ignoramos si se llevaron los brillantes. Eso no es sino una deducción suya. No hemos registrado aún la famosa caja de marfil, porque la enfermera no nos permitió entrar. Por consiguiente...

H. M. le interrumpió.

—Pero si los brillantes han desaparecido o si han sido sustituidos por imitaciones, ¿no es una prueba irrefutable de que tenían intención de marcharse? Rita Wainright no hubiera desaparecido con varios miles de libras en joyas si pensaba suicidarse.

Craft meditó sobre este razonamiento.

—Sí, señor. Eso es bastante razonable. Claro está, a menos que los hubiera vendido antes.

—Será conveniente que vayamos al dormitorio, doctor —me dijo H. M.—. Esto es, siempre que sea posible conseguir entrar.

—Sí, es posible.

Al fin surgía una esperanza. Nadie comprendía mejor que yo que mi situación era a la par difícil y peligrosa. Craft no estaba, precisamente, predispuesto a mi favor, sino resuelto a llevar las cosas adelante. Y si hacían hincapié en esa acusación de haberme apropiado de un valioso automóvil a fin de hundirle en las arenas movedizas de Exmoor, no veía cómo podría defenderme. El carácter grotesco de la acusación me atemorizaba y encolerizaba, como si me hubieran acusado de haber saqueado un banco o de haber hecho saltar un puente con dinamita. Pero no por eso dejaba de ser grave.

Cuando entramos en la casa, aunque me avergüence confesarlo, hubo un momento en que los ojos se me llenaron de lágrimas de indignación.

Expliqué el caso a la señora Grover, la enfermera diurna, quien con gesto de desaprobación se hizo a un lado cuando penetramos. Alec dormía aún. La

habitación estaba en la penumbra, y a la luz opaca de las cortinas los muebles proyectaban sus contornos en sombras.

H. M. cruzó la habitación y retiró con suavidad la llavecita de la mano exánime de Alec.

—¡Por favor! —dijo la señora Grover.

Su voz sonó áspera y demasiado fuerte. Ferrars, que acechaba desde fuera, negándose a entrar, se limitó a señalar el tocador. Craft se acercó a una de las ventanas, levantando la cortinilla. Abriendo el cajón del tocador, H. M. alzó la pesada caja de marfil e insertó en su cerradura la llave grabada.

Cuando levantó la tapa, vimos que la caja estaba revestida primero por una capa de acero y luego con terciopelo azul oscuro. En el interior se apilaban una serie de estuches: estuches oblongos, estuches redondos, estuches cuadrados y estuches ovales; todos del mismo terciopelo azul, forrados con raso blanco por dentro. Conté dieciséis estuches, mientras H. M. los colocaba sobre el tocador. Sólo uno de ellos estaba vacío. El de un brazalete. Las únicas piedras que allí se veían eran brillantes.

—Imitaciones —masculló H. M., a medida que los montoncillos y curvas de las centelleantes piedras formaron una pila relumbrante. Rápidamente abrió una caja tras otra, arrojándolas luego a un lado—. Imi...

Pero no terminó la palabra. En vez de eso apoyó las manos un instante sobre el tocador, como buscando un sostén para su propio peso. Recogiendo uno de los estuches (recuerdo que contenía un pendiente), caminó renqueando hasta la luz de la ventana.

Allí lo examinó, ajustándose firmemente los anteojos, con un gesto agrio en las comisuras de los labios. Recuerdo el mar de un azul pizarra detrás de él, el horizonte rojo y el brillo cambiante entre sus dedos. Observó uno por uno los objetos con minuciosidad agresiva, acercándolos por turno a la ventana. Cuando hubo terminado y cerrado los ojos como para descansarlos, su cara adquirió una expresión de inexpresiva impasibilidad.

Podía haber sido de piedra.

—¿Bien? —inquirí.

—Un ligero error de cálculo —su voz carecía de inflexiones—. No son imitaciones. Son brillantes verdaderos.

En el lecho, Alec Wainright abrió los ojos. Aunque es difícil afirmarlo, me pareció que sonreía.

Y detrás de nosotros, el superintendente Craft reía a carcajadas por lo bajo.

XVI

Molly Grange y Belle Sullivan se hallaban frente al portón cuando regresé a Lyncombe. Formaban un cuadro atrayente. Molly era más alta que Belle y tal vez menos desarrollada en lo que Tom hubiera denominado campanudamente las regiones mamarias y glúteas. Los ojos grises de Belle estaban acentuados con un fino trazo de lápiz negro, su boca era de un rojo oscuro y sus rizos castaños brillaban, en tanto que Molly carecía de todo esto. Sin embargo, a pesar de los encantos de nuestra visitante, Molly seguía y seguirá siendo mi favorita.

En vez de conducirle al garaje, dejé el automóvil frente a la puerta y me apeé en la semioscuridad. Fue Molly la que me habló.

—Doctor Luke, ¿dónde ha estado usted? Tiene el aire de estar rendido de cansancio.

—Afuera, en casa de los Wainright. Me siento bien.

—¿Se hace usted cargo de que es la segunda vez en dos días que falta a la merienda? Tom está furioso.

—Pues dejaremos que esté furioso, querida.

—Es usted el padre pródigo, ni más ni menos —dijo Belle, que fumaba un cigarrillo, embadurnando el extremo con el lápiz de los labios—. ¿Quiénes fueron con usted? ¿Ese individuo gordo del sillón de ruedas? ¿El que me llamó mentirosa cuando dije que era casada?

—Sí. Y el superintendente Craft y Paul Ferrars.

Los ojos azules de Molly se entrecerraron.

—¿En qué anda sir Henry, doctor?

—Para decirles la verdad, andaba como un senador romano.

Ambas jóvenes me contemplaron fijamente, con lenta comprensión. Luego, mirándose mutuamente, hablaron al mismo tiempo.

—El emperador Nerón —dijeron.

—¿También ustedes han oído hablar de él?

—¿Sí hemos oído? —repitió Belle—. ¡Jesucristo bendito! —y rápidamente aspiró otra bocanada del cigarrillo antes de retirarlo de la boca para hacer un excitado ademán—. ¿Acaso hemos oído hablar de otra cosa?

—Se trata de Harry Pierce y de ese hombre, Willie Johnson —me explicó Molly.

—Y yo lo presencié todo —agregó Belle.

—¡Johnson! ¿Dónde está ahora?

—Le apresaron.

—¿Qué?

—Está entre rejas —dijo Belle impaciente—. Le arrestaron.

—No puedo decir que me sorprende, precisamente. Pero...

—¡Chico, si hubiese visto lo que sucedió! —exclamó Belle—. Yo estaba aquí junto al portón, como ahora, hablando con ese hombre, Pierce. Cruzó hasta aquí unas seis veces. No eran más de las 14,20; todavía no era hora de cerrar la taberna.

Ese Pierce estaba justamente diciendo: «Y espero, señora, que se habrá terminado este reinado del terror en el pueblo», cuando alcé los ojos y vi a un individuo en bicicleta que venía como si el diablo le corriera. ¡Volaba!

Pierce abrió tamaños ojos, corrió a la mitad del camino y agitando los brazos, gritó a voz en cuello: «Usted no entra en mi casa, Willie Johnson, usted no entra en mi casa.» Y supongo que eso asustó al sujeto de la bicicleta, porque resbaló, dio una vuelta íntegra y fue, con bicicleta y todo, derecho al interior de la taberna de Pierce.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez —replicó Molly—. Fue el estruendo más terrible que se puede imaginar. Mucho peor que ayer.

—Pero ésa no fue la peor parte —me aseguró Belle—. Apareció el policía y apareció todo el mundo. Contó, esto es, Johnson contó entonces una historia que oímos con claridad desde aquí, a través de la calle.

—¿Sobre el emperador Nerón?

—Precisamente. Dijo que ayer encontró al emperador Nerón en el camino del puente de Baker y que le dio un billete de diez chelines. Luego, como él, esto es, Johnson, era un miserable pecador, gastó el dinero en bebidas, y hoy el emperador Nerón le persiguió sentado en un trono volante con alas. Por supuesto, creyeron que estaba borracho perdido y le pusieron entre rejas. Pero ahora no estoy tan segura.

En cuanto a Molly, parecía dudar de todo.

—También estuvo aquí papá —dijo espontáneamente—. Tenía que visitar un cliente en Lynmouth. Le pregunté si podría intervenir en favor de Johnson y me dio una sorpresa.

—¿Cómo?

—Dijo que sí —replicó ingenuamente Molly—. O, por lo menos, que trataría de hacerlo.

—Vengan al jardín del fondo las dos —dije—. Necesito hablar con ustedes. Hay novedades.

Advirtieron sin duda que se trataba de algo grave. Hasta tuve la impresión de que Molly había estado esperando que hablase.

—También nosotros tenemos novedades —dijo.

Una vez en el jardín nos dirigimos a los sillones de mimbre debajo del manzano, y las invité a sentarse mientras me preguntaba cómo iniciaría la conversación.

—¿Se siente usted bien?

—Oh, magníficamente— respondió Belle con rostro inexpresivo. Dejó caer el cigarrillo al suelo y le aplastó. Era imposible reconocer a la aterrorizada joven de veinticuatro horas antes en esa mujercita elegante, pulcramente

calzada y trajeada con su vestido verde.

—Me han dicho —continuó diciendo— que tendré que quedarme para la identificación del cadáver de Barry en la encuesta de mañana. Probablemente he perdido mi empleo en el Piccadilly, pero ¿qué demonios importa? Convencí a un simpático gerente de banco de Lynton que me pagara un cheque, de modo que todo anda a las mil maravillas.

—¿La han tratado bien?

—Magníficamente— sonrió a Molly—. También los humilles se han mostrado muy atentos. Dicen que necesito distraerme y todos me han invitado. Uno quiere que vaya hasta el Valle de las Rocas; otro, hasta Dartmeet, que no sé qué es. Otro me ha propuesto visitar las cavernas de los acantilados. Creo que me gustaría dar un paseo en bote y ver esas cavernas.

—Mi querida Belle —exclamó Molly—, esas cavernas están situadas a una gran altura sobre la pared del acantilado. No se las puede alcanzar por mar sino cuando la marea está alta, a las dieciséis o a la una de la madrugada. No debe hacerlo. La gente murmuraría.

—¿De veras? ¿Qué diablos importa?

—Se lo digo seriamente.

—En todo caso —replicó Belle—. La persona que me invitó fue su padre, de modo que estaré bien cuidada.

—¿*Mi* padre?

—Sí, claro —Belle sonrió de nuevo, pero amistosamente, sin sombra de ironía—. Niña, mi oficio es calar a los hombres. ¿No ha adivinado usted por el modo con que se viste que le gusta ser un galante caballero con las damas? No me interprete mal. En el fondo es una persona correcta. Pero si le gusta hacer de sir Galahad a su edad, ¿qué mal hay en ello?

Molly cruzó los brazos; por el rítmico movimiento de éstos se notaba su respiración. Sus ojos azules se desviaron, estudiando a Belle en una rápida mirada: luego volvieron a clavarse en la punta de los zapatos.

—¿Cuál es su opinión, en su calidad de conocedora, de Ferrars? —preguntó.

—¿Paul? Es una excelente persona —respondió sin vacilar Belle—, tan sensible que todo le afecta, y después piensa que debe mostrarse desagradable. Debería oírle cuando tiene unos ocho o diez whiskys adentro. Recita poesías románticas y todo.

—No lo dudo.

—Pero no soy gran cosa como conocedora —Belle arrugó la nariz—. En cierto modo soy capaz de calar a los hombres, pero soy un fracaso rotundo cuando se trata de elegirlos para mí.

No era posible demorarlo más.

—Señora Sullivan. Acerca de su difunto marido...

Belle encogió los hombros.

—Por amor de Dios, doctor, no hable de ese modo. No le llame mi difunto marido. Me pone carne de gallina; suena como sacado de la Biblia de la familia. Llámelo simplemente Barry.

—Pero justamente ahí reside el problema. No se llamaba ni Barry ni Sullivan. Mañana se enterará usted de todo, cuando ventilen el asunto en la encuesta, de modo que será más conveniente que se lo diga yo.

Aunque todavía el cielo estaba iluminado por un resplandor, después del crepúsculo, el jardín se había tornado sombrío. Belle desvió ligeramente la cabeza de mí, manteniéndola firme en esa posición. Su cuerpo estaba rígido, como si se hallara a punto de levantarse y echar a correr.

—Entonces el viejo acertó, al fin y al cabo —dijo.

—El viejo, como usted le llama, tiene la costumbre de acertar. Dígame una cosa: sus sentimientos ¿son los mismos que ayer... acerca de no estar enamorada de su marido?

—Será mejor que me vaya —observó Molly, poniéndose en pie.

—No, ¡no se vaya! —exclamó vehemente Belle.

Dando media vuelta extendió a Molly la mano, que ésta tomó en la suya. Quedaron así, una de verde, otra de gris, una sentada, otra en pie, destacándose sobre el fondo coloreado del jardín crepuscular.

—Todo lo que digo —continuó diciendo Belle—, y prácticamente todo lo que pienso, puede ser oído por el mundo entero. No se marche.

—Está bien, Belle.

—En cuanto a mi enamoramiento por ese buen mozo —dijo, dirigiéndose a mí—, sigue en pie lo que manifesté ayer, y más aún. Naturalmente, lamento que haya muerto. Pero en lo que se refiere a estar enamorada de él..., quiero decir, de una manera que uno querría clavar los dientes en la almohada y gritar... —Belle miró a Molly—. Usted es lo que llaman una buena muchacha, Molly. No entenderá esto.

—Quizá, no —convino Molly. Sus ojos parecían contemplar a Belle de un modo curioso.

—Puede usted descartarlo, doctor —afirmó Belle resueltamente—. No soy yo quien llevará crespones de viuda. Mi corazón está íntegro y libre, y sólo tengo veintiocho años.

No pude menos de dar un suspiro de alivio.

—El verdadero nombre de su marido era Jacob Me Nutt. Tenía planeado fugarse con la señora Wainright. Pensaban embarcarse en el *Washington*, que atracará en Galway dentro de esta semana.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Belle, después de un silencio prolongado, mientras sus ojos se dilataban. Se dio una palmada en la rodilla con la mano derecha—. ¿No le dije que no tendría el coraje de suicidarse? —añadiendo luego—: La señora de Jacob McNutt. ¡Oh, Dios mío! —y se echó a reír.

—Usted nunca vio su pasaporte o su certificado de registro de extranjeros, evidentemente. Si no viajó por el exterior, no había ninguna razón para que los viera.

—¡Aguarde un instante!

—¿Sí?

Belle se cubrió los ojos con la mano.

—Estaba acordándome de ese barco. Hablábamos sobre él. Barry dijo: «Queridita, me gustaría llevarte a los Estados Unidos y sacarte de aquí, pero es que no tenemos el dinero necesario.» Supongo que la pájara tendría el dinero. Pero ¿cómo pensó embarcarse en ese vapor, siendo inglesa y sin estar casada con él?

—Consiguió el pasaporte con datos falsos. Algún profesional le extendió el certificado...

—¡La maleta! —exclamó Molly en voz baja, pero con tal énfasis que ambos nos volvimos a mirarla.

—Lo que nos está usted contando no me causa ninguna sorpresa, doctor Luke —declaró Molly—. Ya le dije que tenía novedades para usted. Es el comentario del pueblo. Esta mañana unos pescadores recogieron en la red un objeto pesado que resultó ser una maleta, una maleta de cuero gris, que contenía ropas de mujer. No he visto las prendas, pero creo haber adivinado a quién pertenecían.

(Parte del equipaje que faltaba. Deseé ardientemente que las noticias no tardasen en llegar a oídos de Craft; aunque, aferrado a su idea, sería difícil disuadirle.)

—¿Dónde la hallaron, Molly?

—No lo sé con precisión. A cerca de un kilómetro de distancia de la casa de los Wainright, sin embargo.

Un kilómetro...

—Pero ¡un momento! —repitió Belle. Hizo unos ademanes complicados como danzarina de un templo, retirando su mano de la de Molly—. Todavía no comprendo cómo se las compuso la pájara. ¿No necesitaba la partida de nacimiento?

—Sí. Usó una copia de su partida de nacimiento canadiense, afirmando no haber sido casada antes. Pero el certificado escrito por el profesional tenía que ser auténtico, en caso de que verificasen su veracidad.

—¿Quién le extendió ese certificado?

Esa era la parte delicada.

—A decir verdad, querida, ahora sostienen que fui yo.

Ambas jóvenes quedaron con la vista clavada en mí.

—Es algo complicado. Willie Johnson no es el único que irá a parar, como dice usted, entre rejas. Yo soy el próximo candidato.

—¡Doctor Luke, sonríe usted! —exclamó Molly—. No le creo ni una palabra.

—Querida, es lo que los novelistas califican como una sonrisa torcida. A menos que esta noche ocurra un milagro, en la encuesta de mañana se producirá un escándalo mayúsculo: por eso deseaba prevenirles de antemano.

—¿Un escándalo? ¿Por qué?

—Sir Henry Merrivale y yo sostenemos que Rita y Sullivan fueron asesinados cuando se hallaban a punto de fugarse. Pero no disponemos ni de una sola carta que valga. En cambio Craft tiene todos los triunfos. Según él, la

pareja desistió de la idea de huir, y cuenta en su apoyo con el hecho irrefutable de que no se llevaron los brillantes, únicos valores a su alcance. Afirma, basándose en pruebas hasta ahora incontrovertibles, que se suicidaron. Además, sostiene que yo retiré la pistola e hice desaparecer el automóvil a fin de eliminar lo que él denomina, románticamente, el estigma del suicidio.

—Pero usted no hizo eso, doctor Luke. ¿O sí? —dijo Molly, en pie, muy erguida.

—¿También usted, Molly? Claro que no —afirmé, y les hice una narración sucinta de los hechos.

—Oiga —dijo Belle, encendiendo nerviosamente otro cigarrillo y retirándolo de los labios con un amplio ademán—, ¿no sostendrán que fue usted quien casi me ahogó en las arenas movedizas el domingo por la noche?

—Sí.

—En mi vida oí disparate igual —exclamó nuestra Venus de bolsillo—. ¡Pero si aquel individuo lloraba a mares! ¡Le oí! ¡Lloraba con toda su alma!

—Desgraciadamente, a mi edad los nervios se debilitan y no siempre es posible dominarlos. Hoy, cuando me acusaron, me sentí tan trastornado que me subieron las lágrimas a los ojos y...

Belle apretó las mandíbulas.

—Deje que yo aparezca en esa silla de los testigos, hija de una tal y cual —declaró, otorgando a la silla una personalidad poco frecuente en ella—. Les cantaré una o dos frescas que les pondrán los pelos de punta.

—Querida, eso es justamente lo que temo. Deseaba hacerle esa advertencia: trate de vigilar sus expresiones frente al *coroner*. Es un escocés presbiteriano, amigo del padre de Molly, y se supone que usted es una viuda desolada. No busque complicaciones innecesarias.

—Mas ¿qué hará usted, doctor Luke? —preguntó Molly, cuyo rostro se arreboló.

—Diré la verdad. Si no les gusta, probablemente la señora Sullivan podrá indicarles el camino a seguir.

—¡Pero no debe hacer usted eso! Le acusarán por falso testimonio, con seguridad. Después de todo, ¿qué importancia tiene? ¿No ha sido ya bastante horrible este asunto? ¿Por qué no dice lo que el superintendente Craft desea que declare? —Molly giró bruscamente sobre sí misma, dirigiéndose a Belle —: ¿No está usted de acuerdo, Belle?

—Oh, no tengo ningún reparo contra las mentiras —declaró, magnánima—. Con el mayor placer diré mentiras al por mayor. No. Lo que me indigna es que una buena persona como el doctor Croxley tenga que jurar que dejó hundirse a una muchacha en las arenas movedizas sin siquiera mover un dedo para salvarla.

Como ya dije antes, Molly ha heredado buena parte del sentido práctico de su padre.

—Pero ¿no comprende? —insistió, apretando los puños—. No *tiene* que

decir que hundió el coche. Admito que eso sería inconveniente porque era un automóvil costoso, al menos así oí decir, y por consiguiente, en el mejor de los casos se vería obligado a reembolsar el valor. La policía no puede *probar* que el doctor hundió el coche. Pero sí puede probar que fue el único que pudo haber retirado la pistola. Basta que confiese esto: con un veredicto de doble suicidio Craft quedará satisfecho.

Era evidente que Belle quedó profundamente impresionada por el detalle del automóvil.

—Es verdad —admitió, y fumó con furia mientras meditaba sobre el asunto—. ¡Escuche —dijo al fin—, tengo una idea!

—¿Cuál?

—¿Qué les parece si digo que vi al individuo que hundió al automóvil, y que no era el doctor Croxley?

Molly meditó la proposición.

—¿Cómo le describiría?

—Bien: supóngase que digo que era un hombre bajito con un sombrero hongo. O con patillas, o algo por el estilo. Nada definido, pero suficiente como para demostrar que no era el doctor. Yo soy la viuda desolada. Con seguridad me creerán.

—Podría servir —Molly, pensativa, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Podría servir.

Aunque es peligroso generalizar, distaba de ser ésa la primera vez en mi vida en que tenía ocasión de observar la absoluta incapacidad de la mujer para decir la verdad, cuando ésta es inconveniente. No hay en ello ninguna intención maliciosa, sino que, sencillamente, para el sexo femenino, la verdad carece de importancia. La verdad es relativa; la verdad es fluida. La verdad es algo que se mide según las necesidades afectivas.

—Les agradezco a ambas las buenas intenciones, pero no es factible. ¿No me comprenden?

—No —respondió Belle.

—Rita Wainright fue asesinada. Deliberada y arteramente asesinada. Buscaré hasta dar con el autor, aunque tenga que pasar el resto de mi vida en... en...

—¿Entre rejas?

—Eso es, entre rejas. ¿No siente usted lo mismo con respecto a su marido?

Esto le hizo perder algo de su aplomo.

—Claro, deseo que apresen al individuo. ¡Claro que sí! Pero quiso la suerte que mi marido fuese un cobarde, timador... —Belle se contuvo; le asomaron lágrimas de rabia a los ojos—. Bien mirado, ninguno de los dos era una alhaja. Me apena verle a usted jugarse tanto por esa pájara, eso es todo.

—Y sigo creyendo que no es usted prudente, doctor Luke —insistió Molly, con esa suave y persuasiva sonrisa suya—. No es como si le pidiéramos que hiciera algo deshonesto. ¿Por qué no conversa con mi padre? En este momento se acerca por el sendero.

Me sentía tan enfermo y abatido, que ni siquiera volví la cabeza.

Steve Grange, tan inmaculado como siempre, con un traje azul cruzado, elegante sin ser llamativo, se nos reunió bajo el manzano. Con grave galantería se quitó el sombrero ante Belle, quien instantáneamente, y en una forma un tanto repulsiva, adoptó una actitud de timidez y recato. En un tono amistoso se dirigió a Molly.

—Querida, temo que cogerás un resfriado sentada aquí afuera cuando casi ha oscurecido. Además, tu madre te necesitará. ¿No será mejor que te marches?

—Pero es que debes hablar con el doctor.

—¿Con el doctor Luke? ¿Por qué?

—Piensa declarar en la encuesta de mañana que Rita Wainright fue asesinada. Y la policía no quiere creerlo, ¿Qué importancia tiene, aunque sea la verdad?

Steve me miró.

—Debemos siempre decir la verdad, Molly —sentenció con gravedad, pero con aire distraído—. La verdad es la única conducta sólida, sana y perdurable. ¿No te he repetido siempre esto?

—Bien...

—¿No es así?

—Sí, siempre dijiste que tú decías la verdad.

Steve la miró con vivacidad, pero no ahondó en el asunto. Acariciando su fino bigote se dirigió a mí con una especie de jovialidad seca y forzada.

—Mas hemos de asegurarnos siempre que conocemos cuál es la verdad, sin limitarnos a confiar en lo que creemos que es la verdad. ¿Qué le preocupa a usted, doctor Luke?

—Steve —dije, y según recuerdo entrecrucé las manos y, poniéndolas con el dorso hacia arriba, contemplé los artejos que son de un tamaño mayor que el normal—; si me veo en dificultades con la autoridad mañana, como es probable que suceda, me convendría reunir el máximo de datos posibles.

Sus ojos me miraron con extrañeza.

—¿Qué es esa tontería sobre las dificultades con la autoridad?

—Es muy largo de contar. Molly le explicará. Entretanto, como ya le digo, deseo agotar todas las fuentes posibles de información sobre Rita Wainright. ¿Querría usted decirme algo que deseo conocer ardientemente?

—Sin duda, siempre que no implique la violación de un secreto profesional.

Molly había vuelto a sentarse y Steve, olvidado de sus precauciones contra la humedad, se sentó sobre el brazo del sillón que ocupaba su hija. Se sentó con gran cuidado, muy erguido y prestando suma atención a mis palabras. Yo continuaba contemplando mis manos y esos infernales artejos desproporcionados y los dedos hinchados, mientras buscaba desesperadamente una clave que me permitiera descifrar ese misterio antes de que llegara la encuesta.

—Bien —dije, encorvando la espalda y esforzándome por estimular mi

cerebro—. ¿Querría usted decirme cuál fue la causa de su disputa con Rita? Quiero decir, cuando ella le pidió que hiciera algo en contra de la ética profesional...

XVII

Steve se echó a reír. Fue un sonido familiar y agradable en esa tranquilidad.

—¡Luke, amigo mío! ¿No pensará usted que aquello estaba vinculado con este asunto?

—No. Pero, por ejemplo, ¿le pidió ella que le extendiera un certificado para un pasaporte?

Steve pareció sorprenderse, dentro de lo posible en él.

—No, con seguridad. Además, ¿qué hay en contra de la ética en eso?

—A su nombre de soltera, quiero decir. Como Margarita Dulane.

Molly intervino entonces.

—Pero eso no concuerda tampoco, doctor Luke —protestó—. ¿No recuerda? Rita y papá disputaron antes de que ella conociera a Barry Sullivan. Lo tengo presente porque fue el día de la declaración de la guerra. Barry y yo encontramos a usted y a los Wainright aquí afuera, en la calle...

El recuerdo volvió a mi memoria.

—Y yo vacilé en presentarles a Barry, porque estaba enterada de que había habido un altercado. No es posible que Rita necesitara un pasaporte falso ya en esa época.

Soy un desmemoriado. Claro está, así era, y yo mismo lo he hecho constar en este relato, mas en ese momento me cogía a cualquier tabla de salvación posible. Steve se mostró muy regocijado cuando le expliqué, pero su regocijo decayó cuando llegué al fin de la historia. Seguía atusándose sin cesar el bigote y acariciándose su pálida mejilla, mientras las sombras avanzaban en el jardín.

—Me opongo terminantemente —dijo, articulando las palabras con cuidado, las mandíbulas apretadas— a que un viejo amigo mío preste declaración en la forma que tiene usted intención de hacerlo. Recuérdelo: ya le advertí ayer los peligros que encerraba.

—¡Caramba, Steve! ¿Es que nadie desea que Rita sea tratada como se merece?

Steve golpeó la palma de la mano izquierda con un dedo.

—Si esta versión es íntegramente auténtica, de ser así, repito, considero que esa mujer ha recibido su merecido. (Tenlo en cuenta, Molly.) Premeditadamente estuvo a punto de abandonar a su marido, destrozando los cimientos de un hogar. Merecía cualquier castigo que la Providencia le impusiera.

—Steve, los dos tenemos bastante edad como para dejarnos de tonterías, aunque sean en beneficio de los hijos. No es posible cambiar la naturaleza humana con sermones; de lo contrario, los clérigos ya habrían hecho una limpieza completa hace diez siglos.

—Pero subsiste el hecho de que rehuyó sus responsabilidades y destruyó una familia —replicó—. Hasta Johnson confiesa...

—A propósito, ¿qué ocurre con Johnson? —terció Molly.

Aunque Steve se sintió irritado y molesto por la interrupción, no anonadó a Molly.

—A Johnson se le está pasando el efecto del alcohol, y se muestra sumamente arrepentido. Dice que perdona a todos todas las ofensas —Steve expresó con una ruidosa respiración que él no perdonaba nada a Johnson—. Dice que hasta perdona al profesor Wainright por el rodillo que, según afirma, le robó el profesor. Deberá presentarse ante el juez por la mañana y será multado con diez chelines. No puedo hacer nada por él.

—Dejemos a Johnson. ¿Puede acaso ahora creer realmente que ambos se suicidaron?

—Lo importante, mi amigo, es lo que puede probarse —replicó Steve, blandamente—. La policía puede *probar* que se trata de suicidios. Desde el punto de vista legal...

—¡No me interesa el aspecto legal!

—¡Oh, no! Nunca diga eso. Es una locura. Lo fundamental es que la pareja no se llevó los brillantes. Por consiguiente, no tenían intención de huir.

—¿Y la maleta recogida por los pescadores? Esa maleta que contenía ropas de mujer.

—¿Eran de Rita? Es el punto principal y el único —replicó Steve—. Si no puede probarse que pertenecían a Rita, pueden ser de cualquiera. Y le diré algo más —Steve trató de examinar sus uñas en la semioscuridad—. Si Rita tuvo la intención de huir para iniciar una nueva vida, habría tomado buen cuidado de no tener ningún objeto o prenda marcado con sus iniciales «R. W.», ni con ninguna otra marca. Además, serán todas prendas nuevas, que nadie podrá reconocer. De modo que tengo casi la convicción de que no será nunca posible probar que eran de ella.

Puse la cabeza entre las manos.

—He dicho *Rita* —añadió Steve—, aunque, claro está, debí decir *la señora Wainright*.

—Pero ¿no desea contarme por qué riñeron ustedes?

Steve vaciló.

—Bien. Sinceramente, no. Quizá no me importe. A decir verdad, me pidió que le vendiera algunos brillantes. Me negué y sostuvimos un cambio de palabras.

—¿Por qué se negó?

La voz de Steve sonó en la oscuridad con un tono de fastidio.

—En primer término, no soy un agente de compra y venta. En segundo término, brillantes regalados en esas condiciones son considerados, según la ética legal, como propiedad en común de marido y mujer, al modo de una cuenta bancaria conjunta. Le manifesté que podía ocuparme de esa negociación si recibía instrucciones pertinentes de parte del profesor

Wainright, así como las de ella. Aunque lamento decirlo, tuvo un acceso de cólera. Me prohibió tan siquiera mencionar el asunto a su marido. Una cosa trajo la otra y...

Steve encogió sus elegantes hombros.

Pero ¿eso ocurrió antes de que conociera a Sullivan?

—Mucho antes. Presumo que el señor Wainright debía de pasarle una cantidad algo escasa para sus gastos personales —y como poniendo punto final y subrayando la historia, Steve se dio unas palmaditas en las rodillas y poniéndose en pie dijo, dirigiéndose a Molly—: Jovencita, será conveniente que nos marchemos. Pero quiero advertirle, Luke: nada de indiscreciones mañana en presencia del *coroner*.

Así, pues, nos encaminamos por el sendero bordeado por las altas espuelas de caballero azules y flanqueado por piedras pintadas de blanco, a fin de hacerlas visibles durante los oscurecimientos. Belle y yo nos dirigimos a la puerta trasera, pero de pronto ella corrió adelantándose. Aunque Molly y Steve siguieron hacia el frente, Molly regresó para un último párrafo.

No había llegado aún la hora del oscurecimiento, y por las ventanas sin cortinas del fregadero se volcaba una fuerte luz. Adentro, la señora Harping preparaba la comida. La luz de las ventanas iluminaba con claridad a Molly, destacando el color de sus ojos azules, tan brillantes como los de Belle, y los hermosos dientes que dejaban ver sus labios entreabiertos.

—Doctor Luke, habló usted esta tarde sobre la naturaleza humana.

—¿Sí?

—Si la naturaleza humana le impulsara a hacer algo a lo que, sin embargo, se oponen su educación y sus costumbres, ¿lo haría usted?

—¿Es algo que pesaría luego sobre su conciencia?

—¡No!

—Entonces, mi consejo sería: hágalo.

—Gracias. Creo que lo haré —dijo Molly. Luego echó a correr.

Aquella noche la comida fue bastante sombría. No comuniqué a Tom cuáles eran mis planes para el día siguiente porque se hubiera encolerizado, y como aun así recibí un sermón por haber faltado a la merienda, puse sobre aviso a Belle para que tampoco ella dijera nada.

No sé si he dejado traslucir que me siento muy orgulloso de mi hijo, ya que esas cosas no se dicen y aun el escribirlas es de mal gusto. Tom había estado trabajando por diez hombres durante aquellos días, en vez de por cinco, y su aspecto lo denotaba, por lo que le sermoneé a mi vez. Empero, Tom estaba entusiasmado con un interesante, aunque no mortal, caso de envenenamiento por ácido fénico en Elm Hill. Me entregué, pues, a mis propios pensamientos, mientras Tom le hacía una prolija descripción a Belle, con la firme convicción de que el tema la apasionaba.

—Lo primero que se ha de hacer —recuerdo que dijo, al tiempo que se servía del pastel de carne y riñones—, es un lavado de estómago con agua tibia.

—¡Oh Tom!

—Sí. En el agua del lavado se disuelve un poco de sulfato de magnesia, o si se prefiere, puede usarse agua de cal azucarada...

—En lo que a mí respecta —dijo Belle— debo decir que uso siempre agua de cal. Pero no se deje usted influir por ello.

—A fin de que los fenoles se combinen, formando un sulfoéter inofensivo; pero... óigame, mujer, no creo que sepa usted ni jota de todo esto.

—¡Qué sentido del humor tiene usted! ¿Por qué no se calla?

(Pero, eso no obstante, Belle seguía observándome.)

¿Cómo probar que Rita y Sullivan habían sido asesinados? ¿Cómo en nombre de Dios probarlo antes de las diez de la mañana del día siguiente?

—Pero ¡no comes nada!

—No tengo apetito, Tom.

—¡Pero tienes que comer! Estos días comes menos que si estuvieras a régimen o en la cárcel.

—¡Déjele en paz, Tom!

¿Cómo demostrar eso? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

—Si no se oponen, creo que no aguardaré al postre. Dispénsenme.

Levantándome, me fui de la mesa. Al cerrar la puerta del comedor, tuve una breve visión de ambos: Tom, grande, con los ojos hundidos, y Belle con sus rizos relucientes y sus uñas recién pintadas de rojo, bajo el globo de mosaico que hace treinta años cuelga sobre la mesa.

La señora Harping salió de la cocina para reconvenirme, y creo que le respondí malhumorado. Me dirigí al salón. Conectando el receptor de radio, escuché un deprimente boletín e interrumpí la transmisión. Aquello encaminó mis pensamientos hacia Alec, recluido en *Mon Repos*.

Después apagué la luz del vestíbulo, abrí la puerta del frente y eché un vistazo afuera. Sobre el pueblo sumido en la oscuridad brillaba la luna, reflejándose en las ventanas. Desde el otro lado de la calle me llegaban los ruidos ahogados de alegría que partían de *La carroza y los caballos*. Alguien caminaba por la calle, con ese sonido hueco que producen los pasos en la noche, silbando *Sobre el arco iris*. Todos silbábamos *Sobre el arco iris* ese verano, tal vez el más trágico de nuestra historia.

Reparé que había dejado mi coche en la calle, pero no tuve ganas de entrarle. Ni deseaba compañía ni podía soportarla. Me retiré a mi dormitorio, cerré la puerta y encendí la luz.

Allí estaban los objetos familiares: el viejo sillón Morris y la fotografía de Laura, la madre de Tom, sobre la cama. Tom y Belle habían hecho funcionar el aparato de radio, en la planta baja, y por una maldición, en la B. B. C. ejecutaban *Si tú fueras la única muchacha del mundo*.

Estaban también las estanterías de los libros preferidos, que esa noche no toqué. Desvistiéndome, me puse el pijama, las pantuflas y mi bata.

—Luke Croxley —dijo una voz en mi interior—, esta situación es descabellada. Es tan intolerable que es menester resolverla.

—¡Oh! ¿Y cómo he de resolverla?

—Debes reconstruir lo sucedido —dijo la voz— basándote en las pruebas de que dispones, y averiguar de qué medio se valieron Rita y Sullivan para desaparecer como burbujas de jabón del borde del acantilado, y cómo fueron asesinados.

—Pero ¿qué probabilidades tengo de lograrlo si el propio sir Henry Merrivale confiesa su incapacidad?

—Lo que interesa no es averiguar si eres o no capaz de hacerlo —dijo la voz —. Es necesario que el problema sea resuelto. Comienza por considerar los hechos comprobados...

Me senté en el sillón Morris, cargué la única pipa que me estaba permitida al día y fumé. Cuando se terminó, deliberadamente cargué y encendí otra. Esto me proporcionó una sensación de culpabilidad, pero asimismo una reconfortante sensación de libertad e iniciativa.

Tom subió ruidosamente, cuando era un poco más de las veintitrés, para irse a la cama. Me sentí intranquilo temiendo que se percatara de la cantidad de humo en la habitación, pero se limitó a darme las buenas noches a través de la puerta, al pasar. Unos pocos minutos más tarde, Belle golpeó la puerta y entró con una taza humeante en un platillo.

—Doctor —dijo, señalando la taza—, le he preparado una taza de cacao caliente. ¿Me promete que lo tomará antes de acostarse?

—Sí, si usted lo desea.

—Sí, pero ¿me promete tomarlo antes de que se enfríe? —insistió Belle—. Usted dijo que sí, pero ¿lo hará?

—Lo prometo.

Cruzó la habitación para depositar la taza sobre la mesilla junto a mi sillón.

—Escuche, doctor —la boca roja se frunció—. Esta tarde me sentía llena de bríos y ánimos de pelea, pero no conviene. Las cartas están contra usted. ¿Por qué no desiste? Declare mañana lo que ellos quieren.

—Por favor, váyase a la cama.

—Sinceramente, si tuviera alguna probabilidad contra las circunstancias...

—Vaya a la cama, ¡por favor!

—Está bien, me callo. A propósito, acerca de Molly Grange.

—¿Qué sucede con ella?

—Presumo que habrá usted notado que está ciega y locamente enamorada de Paul Ferrars.

—Sí, creo haberlo notado. Vaya a la cama.

Belle me miró con curiosidad.

—Bueno, espero que tenga mejor suerte con sus enamorados que la tuve yo con el mío. Buenas noches.

La despedí con un ademán y se marchó como si todavía deseara decir algo más. Era ella la que necesitaba consuelo, no hay duda; empero mi infernal egoísmo hizo que apenas le respondiera con unos gruñidos. Una vez que se hubo marchado, me arrepentí, pero era demasiado tarde ya.

Y, como es de imaginar, dejé enfriar el cacao. Encendí otra pipa y dejé que las pruebas desfilaran ante mi vista como sobre una pantalla cinematográfica, mientras el reloj continuaba marcando las horas en la quietud de la noche.

Comenzando con la casa del acantilado y el sendero iluminado que conducía hasta el Salto de los Amantes, dejé vagar mis recuerdos por caminos y valles, acantilados y mares y cavernas de la región, hasta Exmoor y el camino del puente de Baker, regresando luego con un conjunto de hechos y personas a la casa del acantilado. Pensé en aquellas misteriosas pisadas, cerrando los ojos para verlas, primero en una noche lluviosa, y luego una tarde radiante. Pensé en Alec, en Rita, en Sullivan, en Ferrars, en Molly, en Steve, en Johnson, en Belle...

Aun cuando uno explicara muchos de los sucesos ocurridos en *Mon Repos* el sábado por la noche, otros quedaban en pie sin ser siquiera tocados por la reconstrucción hecha por H. M. esa tarde. Ciertos hechos no sólo permanecían inexplicables, sino que carecían de sentido.

Por ejemplo, los cables de teléfono cortados y los tanques de gasolina vacíos. ¿Qué había impulsado al asesino a hacer eso?

Debían formar parte del plan, a menos de ser obra realmente de Johnson. H. M. mismo había hecho hincapié sobre el particular el día anterior. Nada era demostrado. Nada se había ganado. No era posible que persiguieran el fin de impedir el descubrimiento del crimen. Para un extraño hubiese implicado un riesgo peligroso deslizarse al interior de la casa para cortar los cables y volver a ponerlos nuevamente en la caja. El interrumpir las comunicaciones con el mundo exterior sólo hubiera impedido la llegada de la policía hasta que...

Afuera, en el vestíbulo, el reloj marcó las 0,30.

Tuve que depositar mi pipa con cuidado en el cenicero de vidrio, porque mi mano temblaba violentamente.

Comprendí cuál era la explicación total.

XVIII

Y una vez en posesión del indicio esencial, todo era de una simplicidad impresionante.

Estaba en pie en la habitación llena de humo. El corazón me latía fuertemente. Mas no es ése un síntoma cardiaco: casi siempre esos latidos fuertes se deben al estómago.

Sabía ya dónde debía buscar. A menos que el asesino hubiera sido extraordinariamente cuidadoso, sería tal vez posible reunir las pruebas necesarias esa misma noche. Pero ¿era prudente, o tan siquiera posible, ir esa noche?

Si alguien de la casa me sorprendía en mi escapada, me haría acreedor a un sermón de Tom que duraría una quincena. Pero ¿por qué no? La mayor dificultad para salir de una casa sin ser oído es poner en marcha el automóvil. Pero mi coche no estaba en el garaje; estaba estacionado frente al portón. Podría bajar por High Street, aprovechando la pendiente, y luego dar vuelta y encaminarme a mi destino.

Cuando rápidamente me vestí de nuevo, danzaba ante mis ojos la imagen del rostro de Paul Ferrars, y oía a Ferrars diciendo que podía muy bien imaginarse al doctor Luke saliendo en medio de la noche por una quijotada. Indudablemente, conocían mi carácter mejor que yo. Pero era menester hacerlo.

Había terminado ya de vestirme, a excepción de los zapatos, y metido una linterna eléctrica en el bolsillo, cuando reparé en la taza de cacao olvidada sobre la mesa. Estaba helado, pero una promesa es una promesa. Tragué el contenido casi de un sorbo, apagué la luz y abrí la puerta.

El obstáculo mayor era bajar las escaleras sin ser oído. Pero conocía cada una de las tablas que crujían en la casa: las había estudiado años antes cuando, al regreso de alguna llamada nocturna, me esforzaba por entrar sin despertar a Laura. Un reloj dejaba oír su tic-tac asmático en el vestíbulo. Con los zapatos en la mano, bajé de puntillas, y sólo una vez crujió una tabla. Estaba ya junto a la puerta de salida cuando me asaltó una idea: un testigo.

Tenía que contar con un testigo para lo que esperaba descubrir, de lo contrario, quizá, no me creerían, aun cuando lo hallase. Así, pues, caminé de regreso de puntillas hasta el dormitorio y, suavemente, abrí la puerta. No era necesario encender la luz. El consultorio, nueve pasos de ancho; junto a la pared opuesta, el rimero de libros con los volúmenes encuadernados en vaqueta y la calavera arriba. Paralelamente a éste, cuatro pasos adelante..., el escritorio... el sillón... sentarse... alcanzar el teléfono. Y pedí el número de Ferrars en Ridd Farm.

Un telefonista somnoliento llamó largo rato. Oí el doble y fantasmal

zumbido que sonaba insistente en la oscuridad, allá lejos, en Exmoor. Luego se oyó una respuesta.

—Hola. ¿A quién diablos se le ocurre despertar a la gente a semejante hora de la noche?

—¿Es usted, sir Henry?

Se produjo un silencio prolongado.

—Lamento molestarlo, pero es tan importante que no me quedaba otra alternativa. Ya la tengo.

La voz se agudizó.

—¿Qué tiene?

—La solución. Sé cómo fue hecho.

Otra pausa.

—Bien... —dijo la voz—. Me he estado preguntando si lo resolvería.

—¿Quiere decir que también usted lo solucionó? —H. M. se mostraba extrañamente evasivo—. Entonces, escuche: ¿Le sería posible encontrarse conmigo en el punto donde se unen la carretera y el camino del puente de Baker?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Mañana sería tal vez demasiado tarde. Sé que es un trastorno para usted, pero quizá logremos reunir las pruebas necesarias para demostrar el crimen. Sir Henry, sé con precisión dónde fueron cometidos esos asesinatos.

Había otra circunstancia curiosa. La oscuridad era tan profunda que ni siquiera distinguí el teléfono. Esas tinieblas, inexplicablemente, parecían ser como algodones que me rodearan la cabeza, y hasta amortiguaban la vocecilla del otro extremo de la línea.

—¡No puedo! —murmuró la voz, que llegaba lejana—. He caminado todo el día con mi dedo enfermo.

—Haga que Ferrars le lleve en el coche.

—Ferrars no está aquí.

—¿No está ahí? ¿A medianoche? ¿Dónde está?

—No sé. Salió, llevándose el automóvil.

—Entonces, venga en su sillón de ruedas. ¡Venga de cualquier forma! ¡Venga!

Yo susurraba junto al teléfono con una urgencia desesperada, pero mi voz sonaba distante a mis propios oídos. La capa aisladora de algodones se tornaba cada vez más espesa; sentía en el cuero cabelludo un cosquilleo que se extendía hasta el tímpano.

—No se lo pediría —añadí— si no fuera porque significa evitar que se cometa un error judicial. ¿Vendrá?

—Soy un chiflado. Está bien. En la carretera y el camino del puente de Baker. ¿A qué hora?

—Cuanto antes, mejor.

Cuando colgué el receptor, disponiéndome a levantarme, sucedieron dos

cosas.

Una raya vertical de una luz mortecina apareció en la pared frente a mí. La puerta a mis espaldas se abría lentamente y alguien había encendido una lámpara en el pasillo. La amortiguada luz amarilla aumentó y se extendió a medida que abrían la puerta. Sobre la pared opuesta apareció la sombra de una persona, en donde estaba el rimero de libros con la calavera arriba. Tuve la impresión, podría decir la impresión disparatada, de que la cabeza de la sombra coincidía exactamente con la calavera frente a mí, haciéndola desaparecer.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Qué está usted haciendo? —susurró la voz de Belle Sullivan.

Entonces, al ponerme en pie, me invadió un mareo y la cabeza me dio vueltas. Fue apenas un instante, pero durante un segundo me sentí tambalear sobre los tacones, a punto de caer.

—¡No haga ruido! —recuerdo que susurré.

Me aferré al respaldo del sillón del escritorio, que crujió ligeramente, y el mareo pasó. Sólo subsistió esa sensación de tener la cabeza envuelta en algodones y una sequedad en la boca.

—¿Qué sucede, doctor? ¿Por qué está usted vestido?

Belle vestía un par de pijamas de Tom, a rayas azules y blancas, que le iban muy grandes, aunque estuvieran recogidos varios centímetros en los puños y los bordes del pantalón. Calzaba un par de pantuflas mías. Recuerdo el contorno de su figura y la luz mortecina que iluminaba el gastado linóleo pardo del suelo.

—Voy a salir —contesté, en un murmullo—. Tengo que salir.

—¿Por qué?

—No importa el porqué. Y por favor, no hable en voz alta.

—¡Doctor, no puede usted salir! —la voz susurrante se convirtió casi en un lloro—. ¿Bebió usted el cacao?

—Sí.

—Contenía un somnífero —dijo Belle.

Tan poderosa es la sugestión, tan fuerte el efecto de unas simples palabras, que tuve la impresión de que los contornos de los brillantes rizos castaños oscilaban.

—Tom me lo dio a mí, pero pensé que usted lo necesitaba más que yo y le eché en la taza de cacao para que descansara usted bien. En estos momentos debería estar usted durmiendo como una criatura.

Me tomé el pulso: era indudable que era más lento.

—¿Qué era y qué cantidad? —pregunté.

—¡No sé! Era una cápsula roja.

—¿Una cápsula?

—Sí.

Seconal, probablemente. Me apoyé firmemente en el respaldo del sillón del escritorio y me enderecé.

Dentro de ciertos límites, la voluntad humana puede luchar contra un somnífero. Así lo comprobamos en los casos de enfermos nerviosos que padecen de la manía de insomnio. Y como yo había tomado el remedio sólo unos minutos antes, éste no haría totalmente efecto, invadiéndome y apoderándose de mi espíritu, hasta haber pasado un cierto tiempo. Mas el pensar que tal vez la victoria me sería arrebatada, me indignaba hasta producirme un verdadero malestar físico.

—A pesar de todo, saldré.

—¡Doctor, no le dejaré!

Sin duda mi expresión la asustó, porque retrocedió. Al pasar junto a ella, le di unas palmaditas en el hombro para tranquilizarla; sentía un cierto vacío en la cabeza y una debilidad en las rodillas, pero conservaba una razonable lucidez.

El aire nocturno era frío y agradable. Subí al coche, le hice deslizarse cuesta abajo en sentido opuesto y luego puse en marcha el motor. Después di vuelta y subí la pendiente, y una vez fuera de las casas oscuras que bordeaban High Street, corrí esa noche a una velocidad que espero no igualar nunca más.

Lo peor era que yo no conocía al asesino. Me enfermaba pensar con qué facilidad habíamos sido engañados por alguien que conocíamos y con quien simpatizábamos.

La luna era redonda, brillante y de un tono muy claro: lo que luego se denominó luna de bombarderos. Al pasar por una curva más allá de Shire Oak sentí que me invadía una sensación de *irrealidad*, la sensación de volar a través del tiempo y del espacio, de hallarme a solas con la luna y las filas de setos. Velozmente, me adelanté a un coche que me pareció vagamente familiar, que marchaba a unos 80 kilómetros por hora. Sólo aquí con...

¡Cuidado!

Un árbol surgió frente a mí. Oí, remotos, el ruido sordo del barquinazo del coche y el estridente chirrido de los frenos. Luego, otra vez me vi en el camino, volando nuevamente.

Las tinieblas avanzan. La inconsciencia se aproximaba. Firme.

Frente a mí estaba la entrada al camino del puente de Baker, que torcía a la derecha. Frené y me detuve.

H. M. no estaba. Mal podía haber llegado allí en ese tiempo, pero no atiné a pensarlo. Me apeé del coche, animado y sostenido por una fuerza misteriosa que me producía la sensación de flotar, muy agradable, salvo el cosquilleo en el cuero cabelludo y en las yemas de los dedos.

Además, no cesaba de hablar conmigo mismo, como un borracho. Cuanta idea atravesaba por mi cabeza debía ser expresada por mis labios. H. M. no estaba. No podía esperarle. No podía esperar.

«No importa», recuerdo que dije en voz alta. Parecía ser fundamental convencer a un invisible oyente. «Carece de importancia. Me seguirá.»

Ni por un momento se me ocurrió pensar que era imposible que me siguiera. Cuando dije: «donde se unen la carretera y el camino del puente de Baker»,

debió de pensar que me refería al viejo estudio, testigo de tantos horrores y angustias.

Pero yo no iba allí.

En vez de torcer a la derecha, tomé a la izquierda y crucé la carretera en dirección al mar. Entre la carretera y los acantilados que corren paralelos a ella se extiende una vasta franja de tierra inculta y desolada. Cubierta de colinas y cerros, se ven algunos escasos árboles achaparrados, permanentemente doblados por los fuertes vientos. Mientras avanzaba dificultosamente por las colinas, recuerdo que, al igual de un clérigo errante del siglo XVII, rogué en alta voz porque mi espíritu no fuera arrastrado en ese profundo y negro remolino antes de llegar al túnel que conducía a la *Guarida de los piratas*.

Las cavernas a lo largo de nuestra costa nunca fueron, pese a la creencia popular contraria, refugios de contrabandistas. Éstos se hallan en Cornualles o en la costa sur de Devon. En los siglos XVIII y XIX hubiera sido difícil para un contrabandista proveniente de Francia alcanzar la costa norte de Devon. Las cavernas son fenómenos naturales que forman a modo de panales en esos acantilados y han sido bautizadas con nombres pintorescos: *Agujeros de la linterna oscura, Infierno, Caverna de los vientos, Guarida de los piratas*.

Y la caverna llamada *Guarida de los piratas* era la que a mí me interesaba.

Su entrada, por el lado de tierra, la constituía un túnel que descendía en suave pendiente hasta unos doce metros de profundidad. La otra entrada, en la pared externa del acantilado, se hallaba a unos nueve metros, o más, sobre las rocas de abajo. La caverna distaba bien unos 800 metros de la casa de los Wainright, a lo largo de la línea de la costa.

Por encima del hombro arrojé una nublada mirada sobre la vasta extensión iluminada por la luna, donde nada se movía. En la distancia estaba mi automóvil; se veía también la carretera y el camino al puente de Baker. Después emprendía el descenso.

El principio fue una pesadilla. En ese lugar es necesario arrastrarse por lo que se asemeja a la falda de una sierra, dar vuelta y descender tres peldaños de madera que las autoridades han colocado en beneficio de los visitantes. Aunque tenía conmigo la linterna eléctrica, su luz era débil.

La entrada dista unos cien metros del borde del acantilado. Pasados los peldaños de madera se puede caminar por el túnel, siempre que se mantenga la cabeza gacha.

Esto era lo peor, verme obligado a mantener inclinada la cabeza y sentir las negras oleadas que se arrojaban sobre mi mente. Una vez caí de bruces, pero no quebré la linterna, y el dolor de las manos laceradas me ayudó a conservar mi lucidez. En el túnel el aire era muy puro, aunque impregnado de olor a tierra húmeda; el desnivel del suelo hacía que se tropezara y resbalara sobre la arena, pero podía apoyarme con una mano sobre la pared mojada.

Luego me azotó la cara una fuerte brisa salada, que soplaba en la oscuridad. Hasta distinguía el débil ruido de las olas. Debía de ser cerca de la una de la

mañana: la marea estaba alta sobre la pared del acantilado.

Avancé diez pasos más y me encontré en la *Guarida de los piratas*.

El boquete que daba sobre el mar presentaba el aspecto de un arco de contornos irregulares, de un blanco azulado por la luz luna. Más allá se agitaban las sombrías y oscuras aguas del mar, que reflejaban la luz de mi linterna. Era un lugar frío y de una humedad penetrante. Más o menos circular, con húmedas paredes listadas y llenas de huecos, la *Guarida de los piratas* tenía unos cuatro metros y medio de diámetro por tres de altura. Una formación rocosa en la pared, que vagamente hacía recordar a una calavera con dos huesos cruzados, le había ganado su nombre.

La luz de mi linterna estaba debilitándose. Iluminé en torno y no vi nada.

Nada.

El ruido sordo del agua, repetido por el eco que resonaba ahuecado en las ásperas paredes; la formación rocosa de la calavera y los huesos con las iniciales grabadas de los visitantes; el sebo derretido de las velas en el irregular piso de piedra, sobre el que mis pasos raspaban la arena: nada más.

«Pero ¡tiene que haber algo!», gritó una voz que sentí vibrar en mis oídos por el eco. «¡Tiene que haber algo!»

No podría resistir mucho más. Lo comprendí a pesar de la sensación de lejanía que se había apoderado de mí. La calavera y los huesos se tornaron borrosos; la luz de la linterna, mortecina. Todo cuanto hallé fue el cabo de una vela metido en un nicho de la pared, al abrigo de la brisa que soplaba directamente al interior.

Traté de encender la vela, y por fin lo conseguí con la quinta cerilla. Mi vista nublada hacía que la llama de la vela se multiplicara, moviéndose una alrededor de la otra en lenta procesión. La calavera y los huesos, en cambio, se hicieron más nítidos, transformándose en una verdadera cabeza de muerto.

«Una pistola automática —repetía la voz junto a mi oído— arroja las cápsulas en alto y hacia la derecha. Una pistola automática, arroja las cápsulas en alto y hacia la derecha.»

Metí la linterna en el bolsillo, clamé en voz alta por que me fuera concedida la fuerza suficiente como para conservar mi lucidez cinco minutos más, y empecé a tantear —como un insecto ciego— las paredes. Los rebordes, hoyos y resquicios parecían interminables.

Aquella remota probabilidad no era muy alentadora. Mis dedos trepaban, hurgaban y rebuscaban, fracasando en la búsqueda. Cuando al fin di con aquel diminuto objeto metálico, alojado en el interior de un surco en la roca, donde había sido lanzado por el disparo de una bala de calibre 32, rodó lejos de mí. Tuve que darle caza, rebuscando frenético a lo largo de la hendidura, hasta lograr apoderarme de él.

Sosteniéndolo encerrado entre mis dos manos, como quien mantiene apresado un insecto capturado, retrocedí trastabillando, alejándome de la pared. Cerré un ojo y con un esfuerzo de voluntad observé el objeto en mis manos, luchando contra el mareo.

Era la cápsula de latón de una bala de calibre 32.

Pero eso no fue todo. Un vago recuerdo de otra superficie rozada al pasar, otra clase de sensación momentánea de mis dedos, me impulsó a acercarme a la pared de nuevo. Y esta vez saqué a los tirones —eran tan difíciles de arrancar como hierbas— dos objetos que, sin esperanza, había pensado descubrir. Habían sido metidos en el fondo de una grieta. Eran pruebas de culpabilidad. La cápsula vacía estaba a buen recaudo en el bolsillo de mi chaleco. Retrocedí aún más, llevando en cada mano unos de esos dos nuevos hallazgos.

Dos trajes de baño.

Para mejor precisión, uno era un par de pantalones de baño de hombre, de color azul oscuro, con un cinturón blanco y una hebilla de metal. El otro era un traje de baño de mujer, de un verde claro, que la mitad de Lyncombe podía reconocer. Ambos estaban sucios, ennegrecidos y todavía mojados.

—Ya lo tenemos, H. M. —dije en voz alta—. Ahora tenemos cogido a ese asesino, tan seguro como que vivo.

Detrás de mí, al abrigo del túnel, alguien hizo un disparo.

En el primer instante no reconocí la explosión como un disparo. Pero el ruido peculiar de la bala al rebotar sobre la roca —ese desagradable ruido metálico semejante al restallido de un látigo de metal o al que produce la cuerda de un piano al saltar— es reconocido por quienquiera que alguna vez se haya encontrado bajo el fuego.

Mientras en la caverna retumbaban los ecos, sobre el rostro de la calavera tallada en la pared apareció una muesca blanca, y la luz de la vela se apagó.

Supongo que debí de estar agradecido a esta circunstancia. Pero no recuerdo haber reflexionado sobre ningún detalle, ni siquiera haber sentido nada de particular. Sosteniendo contra mi pecho los dos trajes de baño, apretándolos contra mí como si fueran mis más preciados bienes, avancé un par de pasos sobre el escabroso piso y caí.

Estaba oscuro, excepto la luz de la luna, que entraba de lleno por la abertura de la caverna sobre el mar. Rumorosas y batientes, las olas negras manchadas de trazos grises llegaban hasta unos 50 centímetros por debajo de la entrada de la caverna.

Cuando el remolino se apoderó al fin de mí, me aferré con ambas manos a mi lucidez. Traté de rodar sobre mí mismo, pero el piso estaba mojado y resbaladizo. Hice un violento esfuerzo de voluntad en tanto que aquel mundo de tinieblas giraba en torno; apenas conseguí ponerme sobre un costado y sacar la linterna del bolsillo. Aunque estaba por completo indefenso e impotente —como un hombre desangrado— tuve fuerza suficiente como para apretar el botón de la linterna.

El haz luminoso, tan deslumbrador para mis ojos en ese momento como si fuera el de un reflector, se agitó locamente en torno hasta que logré enfocarlo sobre la entrada del túnel.

Había alguien en pie allí.

XIX

Un viejo sillón Morris y el borde de una cortina de encaje iluminada por el sol fueron las dos cosas que surgieron primero.

No acerté a reconocer el sillón, ni tampoco mi propio dormitorio con vistas al jardín del fondo, hasta después de haber transcurrido un rato desde que abrí los ojos. Me sentí renovado, enteramente descansado y en paz. El lecho debajo de mí parecía ser de plumones. Luego vi el rostro de sir Henry Merrivale, que me observaba.

—Buenos días, doctor —dijo sin más con voz indiferente.

Mientras me incorporaba apoyándome sobre un codo, H. M. arrastró una silla y se sentó con gesto hosco junto a mi cama. Llevaba un bastón sobre el que descansó las manos entrelazadas, dando un bufido.

—Este sueño prolongado y tranquilo —continuó diciendo— le ha sentado muy bien. Belle Sullivan le hizo un gran servicio, mayor de lo que ella imaginaba, cuando echó el somnífero en su cacao.

Al oír esto, los recuerdos, completos, volvieron a mí.

—¡Uy! ¡No se le ocurra levantarse! —dijo H. M., en tono de advertencia—. Quédese sentado cómodamente hasta que le traigan algo para comer.

—¿Cómo llegué aquí?

—Yo le traje.

—¿Es esta mañana, verdad? La encuesta. ¿A qué hora es la encuesta?

—¡Ay, doctor! —dijo H. M. con aire abatido—. La encuesta se celebró ya hace horas.

Las ventanas estaban abiertas; el aire era sereno. Se oían cloquear las gallinas en el gallinero de la casa vecina. Apoyado sobre el codo, me pregunté si sería posible que alguna vez el Señor me concediera un poco de suerte y no añadiera la última gota de amargura a cuanto he emprendido.

—Nuestro amigo Craft —prosiguió H. M.— dice que, después de todo, fue una suerte que no se hallara usted en condiciones de declarar. Se hubiera encontrado en un apuro serio. Lo sabe usted tan bien como yo.

—¿Cuál fue el veredicto de la encuesta?

—Doble suicidio en momentos de enajenación mental de ambos.

Me senté en la cama, apilando los almohadones a mi espalda.

—Sir Henry, ¿dónde están las ropas que llevaba puestas anoche?

Hizo una seña con su cabezota, sin quitarme los ojos de encima.

—Están colocadas sobre esa silla. ¿Por qué?

—Si me hiciera el favor de registrar el bolsillo interior del chaleco, sabrá por qué.

—No hay nada en ningún bolsillo, doctor —respondió H. M.—. Ya miramos.

Después de un ligero golpe a la puerta, Molly Grange asomó la cabeza. Llevaba un delantal casero y tenía un aire radiante. Detrás de ella surgió el rostro afligido de Belle Sullivan.

—¿Está pronto el doctor para el desayuno? —preguntó Molly.

—Ajá —respondió H. M.—. Convendrá que se le traiga a la cama.

Molly me observó en silencio durante un momento, con las manos en jarras.

—Ya nos dio sustos antes —dijo al fin—, pero creo que nunca uno como el de anoche. Con todo, me parece que aplazaré el sermón para otro momento.

Y salió de la habitación, cerrando con firmeza la puerta. Me sentía tan impotente, vencido y humillado a cada paso, que me fue posible considerar con calma la situación.

—Bien, Craft se salió con la suya —dije—. Consiguió el veredicto que deseaba y no debe quebrarse la cabeza por lo que nosotros hagamos. Y es lamentable. Porque yo sé cuál es la verdadera explicación de todo, y no es la explicación de Craft.

H. M. sacó un cigarro y le hizo girar entre los dedos.

—¿Está usted seguro de conocer la verdadera explicación?

—Anoche, a la una, se lo hubiera podido probar. Ahora...

—En la mayoría de los casos —masculló H. M., al tiempo que encendía una cerilla, frotándola contra los fondillos del pantalón y la acercaba al nauseabundo cigarro—, es el viejo quien al fin se sienta y explica a los bobos dónde se equivocaron. Procedamos hoy a la inversa.

—¿A la inversa?

—Usted me explicará a mí —dijo H. M.—. ¿Sabe también quién es el asesino?

—Sí.

—Bien..., oigamos. Si un individuo como Masters enloqueciera y me desafiara, perdería la paciencia. Pero podemos comparar nuestras deducciones. ¿Es alguien de quien hayamos sospechado?

Frente a mí surgió la imagen de un determinado rostro.

—No es, por cierto, nadie de quien yo hubiera sospechado a primera vista —le respondí—. Pero eso no quita que sea un asesino desalmado, y no logro comprender cómo nos dejamos engañar por alguien que conocíamos y con quien simpatizábamos.

Nuevamente se oyó un golpe en la puerta. Esta vez fue Paul Ferrars quien entró.

—Me alegra verle bueno de nuevo, doctor —dijo. Era la primera vez que le veía usar corbata—. Molly me dijo que estaba usted despierto. Si se siente en condiciones, todos deseamos saber qué le ocurrió a usted.

H. M. se volvió a arrojarle una rápida mirada.

—Siéntese, hijo —dijo secamente—. El doctor Croxley nos dirá al punto quién cometió los asesinatos y cómo.

Ferrars quedó unos instantes en pie, inmóvil, con la mano en la corbata. Arrugó la frente y lanzó una mirada de duda a H. M. Éste se limitó a hacer

una seña con el cigarro. Ferrars se sentó en mi sillón Morris, al que hizo girar. Junto a él se hallaban mi taza de cacao y mi pipa. Sonriente y recién afeitado, Ferrars mantuvo sus ojos sobre mi rostro mientras yo hablaba.

—Anoche estaba aquí sentado, luchando con las pruebas. Las tenía todas frente a mí, como un conjunto de pruebas presentadas en la sala del tribunal. Pero era imposible correlacionarlas, hasta que recordé los cables del teléfono cortados y los depósitos de gasolina vaciados. ¿Quién era el autor de eso y cuál la razón?

—¿Y...? —me instó H. M., retirando el cigarro de la boca.

Cerré los ojos para ver de nuevo, nítido, el cuadro, y luego continué hablando.

—El sábado por la noche, cuando empezó a llover, Barry Sullivan se empeñó, y así lo hizo notar, en guardar unas sillas de playa que se hallaban afuera bajo la lluvia. Nos envió a Rita y a mí delante, a la casa, mientras él se quedaba rezagado para realizar ese menester. Pero no guardó las sillas. Ayer, cuando fui a *Mon Repos*, las vi todavía en el jardín. Pero, por otra parte, Sullivan se ocupó de algo, porque regresó a la casa limpiándose las manos con un pañuelo. Tengo la certeza de que lo que hizo fue vaciar los depósitos de gasolina de los coches.

Ferrars se enderezó en su asiento.

—¿*Sullivan* hizo eso? —inquirió.

—Sí. Así como él y Rita fueron quienes cortaron los cables del teléfono. ¿Y por qué lo hicieron? A fin de que Alec Wainright o yo nos viéramos obligados a caminar hasta Lyncombe, o más allá aún, para avisar a la policía. Tanto Alec como yo caminamos muy despacio. Yo, por razones obvias, y Alec porque tiene endurecidas las coyunturas. Ninguno de los dos podía recorrer esos seis kilómetros en mucho menos de dos horas. Una vez en Lyncombe, era menester avisar a la policía, situada más lejos aún. La policía tenía que reunir la gente necesaria y trasladarse hasta *Mon Repos*. Por diversas razones —entre ellas el desmayo de Alec y mi tardanza—, cuando la policía llegó allá, era la una de la mañana.

H. M. seguía fumando, inexpresivo. La frente de Ferrars estaba surcada por arrugas de perplejidad.

—Pero mi antigua objeción subsiste —protestó—. Dejarlos a ustedes incomunicados en la casa, no impediría que llegara la policía.

—No —dije, elevando la voz—. Pero impedía que llegara allá antes de la marea alta.

Esa vez no oí entrar a Molly Grange, tal era mi afiebrada concentración. Con un sobresalto, vi de pronto a Molly en pie a mi lado, sosteniendo una bandeja con el desayuno. Detrás de ella se hallaba Belle. Maquinalmente tomé la bandeja, aunque en mi vida me había sentido con menos apetito, y la coloqué sobre mis rodillas.

Ambas habían escuchado lo que se hablaba. No se retiraron de la habitación, sino que permanecieron allí en pie, muy calladas, sin decir palabra.

—A las 21,30 de la noche del sábado, cuando fui hasta el Salto de los Amantes y descubrí que al parecer la pareja se había arrojado desde allí, la marea había cambiado. Las aguas empezaban a crecer. Le hice notar aquello a Alec, cuando preguntó si la policía no haría un registro al pie del acantilado. Ahora bien, ¿hasta qué altura del acantilado llegan las aguas durante la marea alta? —miré a H. M.—. Usted lo sabe, sir Henry, porque Craft lo mencionó el lunes cuando nos dirigíamos en el automóvil al estudio —miré a Belle—. Y también usted lo sabe, porque Molly lo mencionó en la conversación sobre una posible visita a las cavernas yendo por mar. Durante la marea alta, las aguas llegan hasta nueve metros de altura sobre la pared del acantilado. Verdad es que el acantilado tiene veinte metros de altura. Pero a la hora de la marea alta, o a una hora aproximada, esa distancia no es excesiva para dos expertos nadadores que saben zambullirse, como sabemos que lo eran Rita Wainright y Barry Sullivan.

En el dormitorio reinaba un silencio absoluto.

Ferrars abrió la boca, pero la cerró de nuevo. H. M. continuaba fumando. Belle miraba fijamente hacia afuera por la ventana. Molly, que se había sentado al pie de la cama, interrumpió esa inmensa quietud con una palabra.

—Pero...

—Volvamos —dije— a mis propias aventuras a las veintiuna treinta. Descubrí que, según parecía, Rita y Sullivan se habían arrojado por el acantilado. Me sentí trastornado y fuertemente conmovido. Tanto Alec como yo nos hubiéramos sentido trastornados y muy conmovidos: ésa fue la razón de que se nos eligiera como testigos.

Como ya dije a sir Henry, estaba demasiado trastornado en esos momentos para prestar especial atención a algo. Todo lo que vi fueron unas huellas, en una noche nublada, con ayuda de una linterna medio cubierta. No soy un criminólogo. Pero sí observé un detalle al pasar —a decir verdad, tuve cuidado de hacerlo constar en esta narración—: unas pisadas avanzaban firmemente, en tanto que las otras quedaban rezagadas, con pasos más lentos o más cortos.

Pero ayer, cuando observamos las pisadas a la luz del día, sir Henry hizo notar varias peculiaridades en esas pisadas. Las huellas eran más profundas en la parte correspondiente a los dedos, como si hubieran marchado de prisa o casi corriendo. Y en una y otra huella las pisadas iban a la par, con pasos parejos, uno junto a otro.

Eso fue lo que despertó mi memoria subconsciente.

El plan íntegro descansaba sobre un efecto. Un efecto que debía inducir a todos a pensar que las pisadas que yo vi a las veintiuna treinta eran las mismas que fueron objeto de un examen cuidadoso por la policía a la una de la madrugada.

Nuevamente reinó el silencio.

Molly Grange ni siquiera *hizo* notar que mi tostada, el café y el tocino se enfriaban. Sentada al pie de la cama, con una mano sobre el pecho y los ojos

muy abiertos, tenía un aire casi furtivo.

—¡El libro de acertijos! —exclamó.

Y luego, como sorprendidos todos volvieran las cabezas hacia ella, prosiguió explicando.

—Yo le dije al doctor Luke que tal vez nos sería útil un libro de acertijos que tengo en casa. En dicho libro dos personas se arrojan, al parecer, desde un acantilado. Una de ellas no hace sino caminar hasta el borde con sus zapatos, luego calza los de la otra persona y camina hacia atrás. Rita y Barry Sullivan hubieran podido hacerlo porque hay allí un pedazo de césped donde cambiar de calzado al borde del acantilado. Pero sir Henry dijo que no venía al caso...

Sus ojos se desviaron hacia H. M., que continuaba lanzando nubes de humo sin cambiar de expresión.

—Sí —dije—. Así fue como prepararon las primeras huellas. Las destinadas a engañarme únicamente a mí. Claro está, sabían que no bastaban para la policía.

Ferrars, erguido en el sillón, movió el dorso de la mano lentamente frente a sus ojos, como probando su vista. Podía ver cómo se movía convulsivamente su nuez de Adán.

—Bien podría ser ésa la explicación de las primeras huellas —dijo—, pero ¿cómo se arreglaron para dejar las segundas huellas?

—Eso era lo más duro de perdonar a Rita. Sin embargo, permítanme que repita una vez más que la guiaron las mejores intenciones.

—Ambos aguardaron, probablemente muy cerca, hasta que salí a observar las huellas falsas. Se aseguraron de que uno de nosotros acudiría, dejando abierta la puerta trasera. El candidato lógico era yo. Alec se hallaría medio atontado por el whisky a esa hora, y era menester que existiera un testigo sobrio a quien la policía diese crédito.

Vi las huellas y creí en ellas. Regresé a la casa sintiéndome... bastante mal. Pero eso no importa.

—¿Todavía piensa defender a esa mujer? —gritó Belle Sullivan.

Molly se sintió molesta, y las hice callar a ambas.

—Luego se encaminaron, sin prisa, por el campo abierto hasta una caverna llamada *Guarida de los piratas.* Todos ustedes la conocen. En ella tenían las maletas: todo estaba pronto. Allí se quitaron las ropas, vistieron los trajes de baño y regresaron. La casa está situada a seis kilómetros de cualquier otra vivienda humana; con tal de mantenerse fuera de la carretera, nadie los vería. Ambos iban calzados.

Aguardaron hasta que las aguas subieron lo suficiente. El suelo, en la parte posterior de la casa, es siempre tan blando como arena, y más aún aquella noche, mojado como estaba por la lluvia caída. Así, pues, sencillamente, caminaron hasta el Salto de los Amantes empujando un... ¿es menester que lo explique? ¿Qué empujaron delante de ellos?

Molly Grange se llevó las manos a la frente.

—*Un rodillo* —dijo ahogadamente.

De nuevo pesó sobre nosotros un inmenso silencio. En las ventanas el sol avanzaba, cobrando fuerzas; sentía un calor desagradable ya, bajo el cobertor extendido.

—El mismo rodillo que Willie Johnson afirma que le robó el señor Wainright —insistió Molly.

Asentí.

—Sir Henry reparó ayer —dije—, que toda la extensión de tierra estaba Usa, muy lisa. Eso, claro está, significaba que se había pasado el rodillo, aunque fui lo bastante torpe como para que no se me ocurriera pensar en ello antes.

Por lo tanto, ambos caminaron por el sendero. Un rodillo de hierro de unos doscientos kilos destruiría y borraría fácilmente las primeras huellas falsas. Así, pues, sencillamente, caminaron detrás del rodillo, dejando entonces unas huellas auténticas, en las que no había ninguna tramoya. Se comprende así por qué la parte correspondiente a los dedos de las pisadas eran más profundas; no fue porque hubieran corrido, sino porque empujaron un objeto pesado. Se comprende asimismo por qué el largo de los pasos era exactamente igual en ambos...; tenían que ser iguales.

El rodillo no dejaría ninguna huella, dado que el sendero estaba bordeado de guijas. El rodillo medía un metro veinte de ancho. Ahora recuerdo: Johnson nos lo dijo cuando le encontramos el lunes, lleno de cerveza, en el camino del puente de Baker, sólo que él usó la palabra *largo* en vez de *ancho*. El sendero tenía, como ya sabemos, un metro veinte de ancho. Sólo tuvieron que cuidar que el rodillo se mantuviese entre las líneas de guijas, sin desviarse sobre ellas, hundiéndolas en el suelo.

—Pero ¿podían ver lo suficiente como para hacer eso? —preguntó Ferrars, cuya nuez seguía moviéndose de modo agitado—. ¿De noche?

—Fácilmente. El cielo se había despejado a esa hora, como le dije a Molly el lunes. Y si usted recuerda bien, las guijas están pintadas de un blanco intenso... que es el color usado como guía durante los oscurecimientos más completos. El mismo Craft señaló alegremente lo bien que se las veía en la oscuridad.

Belle, que seguía mirando fijamente por la ventana, encendió un cigarrillo. El sol debía de cegarla.

—Me pregunto quién imaginó esa treta —dijo, con rencor—, ¿Barry o la pájara?

Molly hizo un rápido ademán descartando el punto.

—¿Y después? —inquirió.

Llegaba la parte más desagradable.

—El procedimiento seguido, querida, fue muy sencillo. Cuando estuvieron junto al borde del Salto de los Amantes, empujaron el rodillo, haciéndole caer. Craft confesó no haber registrado al pie del acantilado.

Rita y Sullivan se zambulleron o saltaron, como les convino, en las aguas profundas. Sólo les restaba nadar junto a los acantilados hasta llegar al

boquete correspondiente a la *Guarida de los piratas*. Con la marea alta, las aguas casi tocan el borde de esa abertura. Si nadaron antes de la hora de la marea alta, quizá dejaron una cuerda colgando.

Y si desearon asegurarse de dar con el lugar, también había una solución fácil: bastaba dejar una vela encendida. Yo mismo encontré una anoche, en un nicho, donde se hallaba al resguardo de las corrientes de aire, y su llama haría brillar el agua, sin arrojar mucha luz sobre el mar.

Treparon a la *Guarida de los piratas*, se quitaron los trajes de baño y se vistieron de nuevo. Era sencillo: estaba tan bien preparado como un truco de magia; nadie sospecharía jamás. En pocos minutos se hallarían en camino, con las maletas, hacia el viejo estudio en busca del automóvil de Sullivan. Sólo hubo una cosa que no tomaron en cuenta en sus cálculos: al asesino.

Era un ambiente normal, un día de semana de sol brillante, con los pollos que cloqueaban en el gallinero, pero al mismo tiempo era grotescamente anormal. Tres rostros, el de Molly, el de Belle y el de Ferrars, estaban vueltos hacia mí. Quise tomar un sorbo de café tibio, pero me temblaba la mano y tuve que dejar la taza.

Pensaba en aquella caverna, la *Guarida de los piratas,* el sábado por la noche. La débil luz de la vela que ardía en el nicho. Rita y Sullivan vistiéndose de prisa, con la conciencia culpable, y Rita llorando por abandonar su hogar. Y luego alguien que se deslizaba por el túnel desde la otra entrada, pálido y contraído el rostro, pronto a hacer fuego sobre ellos a quemarropa, sin darles tiempo a levantar una mano.

—Oiga —dijo Belle con voz ronca.

Aplastando su cigarrillo en la jabonera del lavabo, tosió, expeliendo el humo, y se deslizó dando la vuelta en torno a la cama.

Después —pensaba yo, absorto— todo habría sido fácil. Nada más que hacer rodar los cadáveres hasta el mar y dejar caer tras ellos las maletas. Si habían recibido tan pocas lesiones a causa de la caída, como advirtió el médico de la autopsia, no era porque se hallaran muertos cuando cayeron desde arriba, sino porque no habían caído desde ninguna altura. Había sido la corriente la que, al golpear sus cuerpos exánimes contra las rocas, los había magullado hasta tomarles casi irreconocibles.

Me cubrí los ojos con las manos.

—¿Dice usted que sabe quién fue el que mató a Barry y a la pájara?

—Así creo.

Se oía la silbante respiración de Molly Grange: apenas se veía que respirara. Estaba a medias en pie, con una rodilla apoyada sobre la cama.

—¿No será alguien que conozcamos? —preguntó Molly.

—¿Cómo podría ser de otro modo, querida?

—¿Alguno de... nosotros?

Sentía una irreprimible palpitación en mi garganta.

—Depende de lo que entienda por *nosotros*, Molly.

—¿Bien? —preguntó Ferrars—. Eso nos toca bastante de cerca. Somos todo

oídos. ¿Quién los mató?

Retiré mis manos de los ojos.

—Perdóneme, Ferrars —dije—, pero creo que fue *usted*.

Se produjo un silencio.

Odiaba al hombre y me era imposible evitar odiarle. El saber disimular podrá ser, en cierto modo, algo admirable, pero en ese asunto ya habíamos tenido demasiadas muestras de ese arte.

A juzgar por su apariencia podía haberse creído ver en él a un hombre presa del mayor desconcierto. Muy lentamente, Ferrars se levantó de mi sillón Morris. Una mecha de cabellos rubios le caía sobre la frente, a la manera del Führer.

—¿Yo? —exclamó con voz ahogada, y haciendo una complicada pantomima señaló su pecho—. ¿Yo? —Luego dejó escapar su aliento diciendo—: En nombre de Dios, ¿por qué?

Tampoco yo me sentía muy bien. Volqué la taza de café y Belle tuvo que acercarse y retirar la bandeja.

—¿Por qué? —continuaba gritando Ferrars.

—Usted era lo bastante amigo de Rita —dije— como para pintar su retrato con una expresión en el rostro que nadie vio, excepto quizá Sullivan. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ferrars tragó saliva. Su mirada se desvió un instante hacia Molly, que permanecía en pie, como traspasada.

—Comprendo lo que quiere decir, sí. Yo..., yo la pinté tal como la vi. Después de..., sí, y todo lo demás. Pero eso no significa forzosamente nada.

—A más de no ser ningún anacoreta, vive usted en Exmoor y sabría perfectamente dónde hundir el automóvil. Además, es digno de tomarse en cuenta la gentileza con que trató a la señora Sullivan cuando se desmayó después de haber saltado del automóvil el domingo. Usted conocía a la señora Sullivan y le tenía cariño. Pero hay también algo más.

—¡Señor de los infiernos —exclamó Ferrars, pasándose la mano por la frente—, sí que es un lindo modo de presentarse frente a la única mujer!...»

—Cuando nosotros acompañamos a la señora Sullivan a la salida del viejo estudio el lunes al atardecer, usted la vio y dijo: «¡Belle Renfrew!» Pero no fue eso lo único. Usted golpeó con la mano abierta el costado del automóvil.

—¿Y bien? ¿Qué mal hay en eso?

—La señora Sullivan acababa de contarnos que el asesino, el hombre angustiado, el hombre que la había llevado a las arenas movedizas la noche anterior, había caminado por el estudio golpeando con su mano el costado del Packard. A mi juicio eso fue lo que hizo que ella, al verle a usted, diera media vuelta y corriese ciegamente hacia el estudio. Aunque conscientemente no le reconociera y no le haya reconocido como el mismo hombre.

Los ojos de Belle giraron lentamente. Ferrars levantó la mano como para golpear contra algo nuevamente, pero quedó con la vista clavada en ella, dejándola luego caer inerte.

—Haga lo que quiera, pero por favor, no me psicoanalice —imploró—. No puedo soportarlo. La situación es demasiado seria. ¿Tiene usted alguna prueba de todos esos disparates?

—Desgraciadamente, no. Usted se cuidó de ello.

—¿Yo me cuidé de ello? ¿Cómo?

—Si me hubiera dejado conservar una cápsula vacía y dos trajes de baño que encontré anoche en la *Guarida de los piratas*, dispondría de las pruebas que exigía el superintendente Craft. Pero ¿qué puedo exhibir ahora? Supongo que debería estarle agradecido por no haber hecho fuego contra mí, pero no es precisamente gratitud el sentimiento que me anima hacia el hombre que asesinó a Rita Wainright. Fue usted el del revólver, ¿no es así?

Ferrars dio un paso adelante.

—Un segundo —dijo con vivacidad—. Dijo usted anoche. ¿Anoche a qué hora?

—Exactamente a la una de la madrugada, para ser preciso. Usted estaba fuera de casa con el automóvil, si se recuerda, a las cero treinta.

Molly, todavía en pie con una rodilla apoyada en la cama, retiró la pierna. Ira contenida, incredulidad, perplejidad y también quizá celos habían estado presentes en su expresión en mayor o menor grado; en pocos segundos su rostro había evidenciado más emociones que las que yo había observado en ella en toda su vida. Hice entonces el relato completo.

—Pero Paul no pudo hallarse cerca de la *Guarida de los piratas* a la una de la madrugada —exclamó Molly—. Paul estaba...

—Un momento —terció una voz serena.

Por increíble que parezca, nos habíamos olvidado por completo de sir Henry Merrivale. Durante la movida escena no había dicho ni una palabra. Estaba sentado a poca distancia de mi lecho, con las manazas entrelazadas sobre el puño del bastón. El cigarro se había consumido hasta menos de un centímetro de los labios. Bizqueando le miró para ver si todavía estaba encendido; advirtiendo que se hallaba apagado, le sacó de la boca y le tiró en el cenicero. Luego, respirando fuertemente, se puso en pie.

—Doctor, debo felicitarle —dijo.

—Gracias.

—Es una reconstrucción excelente, ¡caramba! —prosiguió diciendo H. M. —. Es clara, sencilla y bien hilada. Las dos series de pisadas, el rodillo, el milagro que no es tan milagro. Me gusta. En cierto modo es una pena —se pasó las manos sobre la enorme calva, mirando por encima de los anteojos— que sea enteramente falsa.

Ferrars no se sentó en el sillón, sino que cayó sobre él.

Como yo ya estaba sentado, no podía ocurrirme algo análogo en la cama. Pero ahora sé cuál es la sensación que se experimenta cuando el orden del universo es destrozado de un modo más acabado que por la guerra.

—Verá —continuó, con tono contrito—, yo también llegué a esa conclusión. Anoche hice registrar el pie del acantilado a la hora de la marea

baja por una serie de individuos con botas de goma, y no se encontró ningún rodillo.

—¡Pero tiene que estar ahí! Tal vez fue...

—¿Retirado? ¿Por un hombre? ¡Oh, no! ¿Doscientos kilos de hierro entre las rocas irregulares, cubiertas por las aguas?

Traté de que la razón no me abandonara.

H. M. se refregó el costado de la nariz, mirando con fijeza a Ferrars.

—Y otra cosa, doctor. Tenga mucho cuidado con esa reconstrucción suya, en especial dada la intervención que da en ella a este muchacho. Para ayer por la noche, en todo caso, tiene una coartada tan sólida como el rodillo.

Belle miró en torno, desconcertada.

—¿Estamos enloqueciendo? —inquirió—. Hubiera jurado que el doctor estaba en lo cierto. Todo tenía el aire de ser la exacta verdad. Los hechos concordaban en tal forma que, ni aun queriendo, era posible dudar. Si así no ocurrió, ¿cómo, entonces, en nombre de Cristo?

H. M. la miró con gran intensidad largo rato. Luego su cara se tomó inexpresiva. Parecía preocupado, cansado y envejecido.

—No sé —dijo—. Al parecer tenemos que partir otra vez desde el comienzo y reflexionar largo rato.

Nuevamente se refregó la nariz.

—Supongo —añadió— que al fin el viejo ha sido vencido. En Londres, como tal vez sepa usted, dicen que ya no sirvo. Estoy pasado de moda, soy un viejo fósil y no sé cómo encarar los problemas. Presumo que tienen razón. En todo caso, me marcho. Me iré a *La carroza y los caballos* a hundirme en un jarro de cerveza.

—Pero, ¡dígame! —le grité, cuando se marchaba—. ¿Cómo supo que me hallaba en aquella caverna, ya que dice que fue usted el que me encontró?

Se detuvo indeciso en el vano de la puerta, pero ni se volvió ni me respondió. Apoyándose en el bastón, salió pesadamente al corredor. Más tarde, la señora Harping contó que había pasado junto a ella con un gesto tan feroz y maligno que dejó caer el plumero ahogando un grito. Todo cuanto puedo decir es que le oí bajar las escaleras despacio, a tropezones— y según tuve la impresión, como a ciegas— hasta llegar a la puerta de calle.

POSDATA Y EPÍLOGO

por PAUL FERRRARS, R. A.[2]

Termina aquí el manuscrito redactado por el doctor Luke Croxley. No finaliza como su autor pensó que terminaría, pero se le puede añadir la conclusión como un complemento aparte.

El doctor Croxley falleció el veinticinco de noviembre de 1940, durante la noche del primer gran bombardeo aéreo a Bristol. Murió en circunstancias dignas de él, mientras realizaba una operación de urgencia en un edificio en llamas, con entera despreocupación por su propia vida, después de haber trabajado desesperadamente durante siete horas en medio de aquel infierno comprendido entre Castle Street y Wine Street.

No pretendo discurrir sobre la ironía que encierra esta historia. Pero sí debo hacerla conocer. El manuscrito fue redactado a fin de demostrar que Rita Wainright y Barry Sullivan no se suicidaron, sino que fueron asesinados, tal como sostuvo el doctor Croxley hasta el fin.

Por consiguiente, fue una felicidad que no llegara a enterarse nunca que el asesino de ambos, el asesino que persiguió con tan paciente empeño, era su propio hijo Tom.

XX

Puede decirse que este asunto concluyó en mi estudio en Ridd Farm, en Exmoor, una frígida y brumosa noche a principios de febrero de 1941.

Molly y yo —Molly es la señora de Paul Ferrars desde julio —habíamos preparado un enorme fuego en la chimenea de piedra, cuyo tamaño es suficiente como para dar paso a un automóvil pequeño. Los troncos ardientes lanzaban una luz rojiza hasta los pardos cabríos y el techo de vidrio ennegrecido por las cortinas del oscurecimiento.

Molly estaba sentada sobre las piernas cruzadas, en la alfombra navajo, de colores vivos, frente al fuego. En el lado opuesto me hallaba sentado yo fumando mi pipa, según la más típica tradición doméstica. Y sobre un canapé cubierto de almohadones, frente al hogar, estaba H. M., el maestro en persona, llegado de Londres para el fin de semana para enterarnos de la verdad.

Y la sorpresa provocada perduraba todavía.

—¡Tom! —exclamaba Molly—. ¡Tom! ¡Tom! ¡Tom!

—Entonces, ¿la reconstrucción del doctor Luke era acertada, después de todo? —dije yo—. Fue precisamente tal como él indicó como se cometieron los asesinatos. Sólo que...

H. M. tenía sobre sus rodillas el manuscrito del doctor Luke. Alzándole, buscó en las páginas de una escritura fina y pulcra; las mismas que el lector acaba de leer impresas.

—Fíjense —continuó diciendo H. M., depositando el manuscrito sobre el canapé— está todo aquí. El mismo doctor dice, con entera inocencia, que uno puede hallarse demasiado cerca de un hombre para verle. Si eso era aplicable a Alec Wainright, era aún más cierto en cuanto se refería a su propio hijo.

Lo interesante del caso es la forma en que escribe sobre su hijo. Observen con cuidado. En este manuscrito, Tom aparece constantemente. Nos enteramos de lo que dijo. Nos enteramos de lo que hizo. Podemos formarnos un juicio bastante claro de cuál era su modo de ser, que de ninguna manera era lo que el buen doctor creía.

El doctor Luke nunca consideró a Tom como uno de los personajes de la historia. Tom estaba ahí, sencillamente, como un adorno preciado del moblaje de la casa, al que sólo se le menciona porque es menester dejar constancia de todos los detalles. Nunca observa a Tom. Nunca le entiende, ni se le ocurre pensar que sea necesario entenderle.

En la primera visión que tenemos de Tom, éste cierra con violencia su maletín y pronuncia un vehemente sermón contra los insensatos que son lo bastante indiscretos como para convertirse en el tema de conversación a causa de sus amores. En la última visión que de él tenemos, Tom está sentado con «los ojos hundidos», bajo la luz del comedor, agotado por las emociones y al límite de su resistencia. Y el buen doctor lo atribuye al exceso de trabajo, reprendiéndole paternalmente.

Ni por acaso imaginó que compartía su casa con un hombre robusto, lleno de represiones, tan locamente enamorado de Rita Wainright que perdió el juicio por entero y asesinó a Rita y a su amante al enterarse que pensaban huir. Pero si ustedes observan, verán cómo todo se encamina hacia la inevitable tragedia.

H. M. dio unos golpecitos sobre el manuscrito.

Pero por otra parte —añadió apologéticamente— es bien comprensible. Imagino que si ustedes o yo escribiéramos un relato donde figurara un miembro de nuestra propia familia, lo haríamos exactamente del mismo modo que lo hizo el buen doctor.

Los leños encendidos chisporroteaban, mas eso no obstante, Molly tembló con un escalofrío.

—¿Qué le hizo pensar en Tom? —preguntó.

—¡Oh! ¿No comprendió usted ya el martes por la tarde que el único culpable posible de ese endemoniado caso era Tom Croxley? Aquello fue el detalle final y decisivo —H. M. miró hacia mí—. ¿Usted lo comprendió, verdad?

—No, ciertamente que no.

—Lo que deseo saber es qué le hizo pensar en él —insistió Molly.

—En realidad —respondió H. M., mirándola por encima de los anteojos—, creo que fue usted.

—¿Yo?

—Ajá. El lunes, después que Craft, el doctor Luke y yo nos marchamos de su casa luego de hablar con usted y con su padre, cuando íbamos en el coche por la carretera, Craft me preguntó qué opinión me merecía usted. Dije que excelente...

—Gracias.

—Aunque en general desconfiaba de las muchachas que afirman no tener interés por el sexo opuesto. Por lo común, significa que tienen una buena dosis de interés escondido.

—¡Condenado! ¡Maldito!

Las mejillas de Molly adquirieron un tono rojo tan subido como algunas partes de la alfombra navajo. A pesar de la fama de reír cínicamente que el manuscrito del doctor Luke me ha dado —y que todavía me escuece—, me permití una modesta sonrisa irónica. Pero a pesar de eso, Molly vino a sentarse sobre mis rodillas y yo la besé en público, lo que, en la señora Ferrars, prácticamente, equivale a un licencioso desenfreno.

—¡Dejen de arrullarse! —bromeó H. M., haciendo retroceder con su aliento una ráfaga de humo de la chimenea—. Fueron los arrullos los que condujeron a ese pobre diablo a esa situación.

—Perdón —dijo Molly—. Continúe.

—Bien. Entonces recordé al joven que cuidaba mi dedo, Tom Croxley. Ahí teníamos, en el otro sexo, otro ejemplo de una persona que ante mí, y también ante usted, alardeaba de su menosprecio por la mujer. Afectaba ser un

verdadero trapense. Las mujeres eran rapaces e interesadas. Las mujeres eran esto y aquello. Él era un solterón por naturaleza, y que nadie fuera a olvidarlo. No pude menos de preguntarme si acaso tales declaraciones no eran exageradas.

Al fin y al cabo, era el médico de Rita Wainright. Alguien debía de haberle extendido ese certificado para el pasaporte, si el doctor Luke no lo había hecho. ¿Por qué, por ejemplo, estaba tan trastornada Rita el veintidós de mayo cuando insistió en ver al doctor Luke, alegando que necesitaba un sedante, y en realidad para obtener el certificado para un pasaporte? ¿Por qué? El propio doctor Luke le preguntó por qué no recurría a Tom, y ella no supo dar ninguna razón apropiada. ¿Sería tal vez porque, si no osaba requerirle del doctor Luke, se vería obligada a pedírselo a Tom? Y si así era...

—¡Oh Dios!

—Una pequeña parte del cuadro comenzaba a surgir, pues algunas palabras de la conversación sostenida por el doctor con Alec Wainright la noche de los asesinatos, no me gustaba nada.

Rita juró al doctor Luke en el consultorio de éste, que nunca había sido infiel a su marido. Hasta se mostró demasiado dulce e inocente sobre el particular. A su vez, el doctor se lo dijo a Alec Wainright. Y Alec se *echó a reír*. «Pero, claro está —dijo Alec—, es comprensible por qué no se lo quiso decir.» Para el desconcertado doctor esto no significó absolutamente nada, pero para mi desagradable y desconfiado espíritu tenía un gran significado. ¿No serían amantes Tom y Rita?

Luego, el martes por la mañana, tropezamos con la explicación de un detalle que me había tenido sobre ascuas desde el comienzo.

Al llegar a este punto, H. M. calló bruscamente.

Su rostro adquirió una expresión absorta y ensimismada, como si cavilara sobre algo. Parecía murmurar para sus adentros. Diciendo algo entre dientes que sonó como una disculpa, buscó en el bolsillo interior y sacó un sobre en el que empezó a escribir con el cabo de un lápiz.

Su voz era hueca y fantasmal, como si saboreara las palabras.

—Rothbury. Rowfant —dijo. Ladeó la cabeza para contemplar mejor el escrito—. Hum. ¿Roxburgh? ¿Royston? ¿Rugeley? El envenenador Palmer vivía en Rugeley. Ajá.

Le miramos con ojos atónitos.

Molly era demasiado cortés para formular un comentario, y yo estaba demasiado sorprendido. Pensativamente, H. M. volvió a guardar el sobre en el bolsillo con un bufido.

—El detalle que me preocupaba desde el comienzo —prosiguió, con gesto feroz— era el siguiente. Ese asesino, quienquiera que fuera, y cualquiera fuera el modo con que había llevado a cabo sus propósitos, tenía un crimen prácticamente perfecto. Primero, las probabilidades son de cinco contra uno que los cadáveres sean arrastrados a alta mar, donde nunca más se les halla. Segundo, aunque se les hallara, la situación no cambiaría sensiblemente de no

encontrarse nunca el arma homicida.

Entonces, ¿por qué, por qué, ese idiota, había tirado la pistola de calibre treinta y dos en una carretera pública? Aquello me tenía malo. Era simplemente insensato, desde cualquier punto de vista. La única explicación razonable parecía ser que el asesino ni había tenido intenciones de arrojarla allí ni había podido impedirlo: en otras palabras, que la había perdido.

El martes por la mañana Craft y yo fuimos a visitar a Belle Sullivan al domicilio del doctor Luke, donde la joven acababa de pasar su primera noche de estancia en la casa. Nuestro objeto era interrogarla sobre las fotografías de Barry Sullivan, pero incidentalmente, y al pasar, nos enteramos de un detalle que me puso los pelos de punta. Tom Croxley tenía un agujero en el forro del bolsillo del abrigo; la joven deseaba componérselo.

Molly se irguió con tal brusquedad que, sentada como estaba sobre mis rodillas, casi se quemó la mejilla al dar contra la cabeza de la pipa.

—Consta en el manuscrito —dijo H. M.—. El buen doctor nos lo cuenta con entera fidelidad e inocencia, le narramos la conversación de ambos la noche anterior.

Pero a mí me quitó el habla. Era otro indicio que concordaba con ese pobre individuo enloquecido y ciego que había cometido esos asesinatos y lloraba como una criatura junto al automóvil de su víctima. Luego, sólo un poco más tarde, surgió el indicio que puso el punto final al asunto.

Todo mi caso se basaba en la presunción de que Rita y Barry pensaban fugarse a los Estados Unidos llevándose los brillantes de Alec Wainright. El caso íntegro giraba en torno a los brillantes. Fuimos entonces al dormitorio y abrimos el joyero de marfil. Allí estaban las centelleantes piedras, y no era posible negarlo. Confieso que por un momento aquello me dejó abrumado.

—Por mi parte, todavía no entiendo lo que ocurrió con los brillantes —dije—. Fueron los que inclinaron la balanza en la encuesta. La gente de la zona sigue convencida de que se suicidaron. Si los brillantes estaban ahí...

—¡Oh hijo! —exclamó H. M.—. ¿No comprende que si los brillantes estaban allí era porque alguien los reintegró a su lugar? —e inclinándose hacia adelante añadió—: Dígame. ¿Y Alec Wainright? ¿No dijo nada sobre eso?

Molly clavó la vista en el suelo.

—El profesor Wainright se marchó del lugar. Nunca dijo una palabra. De todos modos, su único amigo era el doctor Luke... Él..., creo que logró sobreponerse a la tragedia, pero no a la guerra.

—En aquella celebérrima noche del sábado, no bien el doctor Luke descubrió las pisadas, Alec subió apresuradamente al piso superior a comprobar si los trajes de Rita y los brillantes estaban allí. ¿Recuerdan? —La frente de H. M. se arrugó horrorosamente—. Encontró los vestidos, pero cuando abrió la caja no halló los brillantes. Por eso bajó con la llavecita, y aquí viene la curiosa y significativa aventura de esa llave.

Cuando Wainright se desmayó, el doctor Luke, distraídamente, guardó la llave en su bolsillo, marchándose con ella. Cuando a la mañana siguiente

reparó en ella, ya recuerdan lo que hizo. Se la dio a...

—Tom —completó Molly—. Él mismo me lo dijo.

—A Tom, precisamente, pidiéndole que se la devolviera a Alec. Lo que Tom hizo, pues nosotros hallamos la llave en la mano de Alec. No es esto lo más curioso y extraño.

¿Cuáles eran las condiciones en *Mon Repos*? Dos enfermeras, una de día y otra de noche, permanecían constantemente al lado de Alec Wainright a partir de la madrugada del domingo. Tom Croxley devolvió la llave el domingo por la mañana, cuando ya estaba la enfermera.

Si alguien, el asesino, había reintegrado aquellos brillantes, debía de haberlo hecho entre la mañana del domingo y las últimas horas de la tarde del martes. ¿Quién podía haberlo hecho? Surge aquí una circunstancia muy significativa, aunque a primera vista perturbadora, en la declaración de las enfermeras. Éstas afirmaron que *nadie, absolutamente nadie*, había penetrado en la habitación del enfermo, ni de día ni de noche. ¡Caramba! ¿No lo sabíamos acaso Craft y yo? Ni siquiera permitían entrar a la policía.

Pero cuando las enfermeras dicen *nadie*, por supuesto no incluyen al médico de cabecera, pues, como sabemos por el doctor Luke, Tom Croxley había estado visitando dos veces al día a Alec. Si nadie, fuera del doctor, había entrado en esa habitación, debía ser éste el que había reintegrado los brillantes.

¿No es sencillo?

Y nada más fácil. ¿Cuál es la única ocasión en que una enfermera se atreverá a abandonar a su paciente por cualquier tiempo, en un estado como el que se hallaba Alec Wainright? Sólo cuando el médico le ordene salir para hacerla buscar algo, quedándose él de guardia.

Tom Croxley sabía que Alec Wainright estaba arruinado, y que poco o nada era lo que había salvado. ¿Cómo? Porque el doctor Luke se lo había contado, según consta en el manuscrito, después de la conversación que mantuvo con Alec la mañana del sábado, cuando quedaron convenidos para la reunión de la noche.

Tom apreciaba a Alec, y además sentía profundos remordimientos. Tom no era ningún monstruo de maldad: era tan sólo un individuo de temperamento violento, de treinta y cinco años de edad, que había perdido el juicio por Rita Wainright. No era interesado, como tampoco lo era su padre: no se cuidaba ni poco ni mucho del dinero; el superintendente Craft les puede contar. Las cinco o seis mil libras que valían los brillantes retirados del equipaje de la pareja, cuando los asesinó en la *Guarida de los piratas*, no le atraían.

Tampoco tenía sentido arrojarlos al mar con el resto del equipaje, ya que el marido los necesitaba. De modo, pues, que los devolvió. A menos que me equivoque, no fueron llevados en los estuches de terciopelo: Rita, probablemente, los llevó sueltos. Tom no tuvo sino que echárselos al bolsillo, enviar la enfermera fuera de la habitación, abrir la caja de marfil con la llavecita que estaba ahí y acomodarlos en sus respectivos estuches. Fin.

Pero ¿comprenden ahora por qué dije que Tom Croxley era el único culpable posible? Pues era el único, según las pruebas, que podía haber reintegrado los brillantes. ¿Tienen alguna objeción que hacer?

No teníamos ninguna.

Molly se puso en pie nuevamente y se trasladó al otro lado de la chimenea, sentándose en el suelo sobre las piernas cruzadas. El fuego ardía con altas llamaradas, como una columna flameante y crepitadora que daba al rostro de Molly un tono rosado y la obligaba a resguardarse los ojos con la mano, e iluminaba todos los rincones del viejo estudio.

H. M. murmuraba estólidamente.

—St. Ives, Saltash, Scarborough, Scunthorpe, Sedgemoor, Southend, Sutton Coldfield... La joven Ashford fue ahogada allí...

No pude ya contenerme y tuve que expresar mi protesta por esas palabras sin sentido.

—Dígame, maestro —empecé a decir; mas no me dio oportunidad de proseguir.

—Ahora estarán ustedes en condiciones de completar los detalles— dijo con una mirada torva que nos llamó a silencio a ambos—. El misterioso amigo de Rita, quien solía encontrarse con ella a hurtadillas en el estudio del camino del puente de Baker, era Tom Croxley.

Fue él quien usted casi vio —dijo H. M. mirando a Molly— aquella tarde de abril, cuando Rita se marchó del estudio en su automóvil. ¿Cómo describió usted su aspecto después del incidente? —recogiendo el manuscrito, dio vuelta a las hojas—. ¡Ajá!... «Como si se sintiera destrozada y desesperada, con una expresión de mártir, como si distara de haber pasado un rato agradable».

Y claro está que no. Tom no era ningún galán. Belle Sullivan lo llamó un horroroso hijo de una tal y cual; pero supongo que Rita se entendió bastante bien con él hasta que llegó el gran amor: Barry Sullivan.

Para Rita aquello fue motivo para sentirse dolorida y martirizada, y Tom hubo de contemplar cómo crecía el amor de Rita por Sullivan sin que pudiera hacer nada. El clímax de la historia llegó a fines de mayo, cuando Rita acudió a Tom, quien estaba desesperado por su pasión, y se entregó a merced de éste al explicarle que necesitaba un certificado para el pasaporte a fin de huir con Sullivan.

Aquello colmó la medida.

No habría sido difícil para Tom lograr que Rita le pusiera al corriente de sus planes. ¿No comprenden que una mujer como Rita Wainright, voluble, romántica y sin sentido de la realidad, habría sido muy fácil de engañar en cierto modo? Si Tom le dijo, más o menos, algo análogo a esto: «Sí, queridita, renuncio a ti en favor de un hombre mejor que yo, y que Dios te bendiga», habrá sido justamente lo que Rita esperaba de él.

—Sí —dijo Molly lacónicamente, apretando los labios.

—Era el modo con que su marido la había tratado siempre —continuó H. M.

—. Como la trató hasta el fin. Sus ojos se habrán llenado de lágrimas de gratitud, y habrá besado a Tom castamente, con una alabanza a su nobleza de alma. Pero Tom no era noble. ¡Oh, no! No era sino un hombre, humano y algo fuera de sí.

Se enteró detalladamente del plan del rodillo, y del día, lugar y hora en que pensaban ponerlo en práctica. ¿Por qué no? Era el amigo que se sacrificaba. Y en la zona no despertaría ninguna sospecha si el doctor Tom se hallaba fuera de su casa a altas horas de la noche: un médico rural es justamente quien más a menudo debe salir de noche.

La noche del sábado, no es posible precisar la hora, pero debió de ser antes de la una de la madrugaba, Tom fue hasta el camino del puente de Baker y estacionó allí el coche. Caminó luego hasta la entrada del túnel que conduce a la *Guarida de los piratas*, y recorrió el túnel, con una pistola robada en la mano que llevaba a la espalda. Iba a despedirse.

Encontró a la pareja acabando de vestirse después de quitarse los trajes de baño. Rita y Sullivan no tenían razón para desconfiar. Estaban llenos de ánimos e impacientes por comenzar una nueva vida. Tom tenía calzado un guante para protegerse de la explosión de la pistola. Quizá estuviera algo pálido, pero no habría de verse a la luz de la vela. Caminó directamente hacia Rita y le disparó un balazo sobre el corazón, a quemarropa. Sullivan, que debía de estar demasiado paralizado para hacer el menor movimiento, sintió, a su vez, apoyarse el arma sobre su pecho.

H. M. cayó. En la imaginación oí el eco de los disparos.

—Tom hizo rodar los cadáveres al mar. Tras ellos fueron las maletas con su contenido, excepto los brillantes y los pasaportes. Las ropas sin marcas carecían de importancia, pero los pasaportes eran peligrosos. Llevó éstos consigo. Pero olvidó los trajes de baño, ocultados por Rita y Sullivan en una grieta de las paredes, y no logró encontrar uno de los casquillos de las balas. Guardando entonces la pistola en el bolsillo, regresó al automóvil.

—Pero ¿por qué llevó consigo la pistola? —le interrumpí—. ¿Por qué no la arrojó al mar?

H. M. me observó por encima de los anteojos.

—¡Hijo! Tenía que suponerse que Rita y Sullivan se habían suicidado al borde del Salto de los Amantes, en caso de que los cadáveres fueran descubiertos, ¿no es así?

—En efecto.

—Pero una automática de acero tiene la desagradable costumbre de no flotar. De echarla al mar debía hacerlo en un punto próximo al Salto de los Amantes y no a un kilómetro de distancia. Ahí fue donde el destino le jugó una mala pasada, que selló su suerte. Esa misma noche, probablemente al subir al automóvil, la pistola se deslizó del bolsillo y cayó. Y él estaba tan nervioso y trastornado que ni llegó a percatarse.

H. M. sacó un cigarro y le dio vuelta entre los dedos.

—Bien... Lo que restaba era hacer desaparecer el automóvil de Sullivan.

Pero no se atrevió a llevarlo a cabo esa noche, pues los caminos no tardarían en llenarse de policías, y tampoco le convenía permanecer ausente de su casa durante mucho tiempo.

Ignoraba que Rita y Sullivan hubiesen dejado las puertas del estudio abiertas de par en par, con el automóvil expuesto a la vista de todos. Al día siguiente acertó a pasar Belle Sullivan, furiosa, y se detuvo. Cuando Tom fue por la noche a retirar el coche, presa ya de tales remordimientos que poco le faltó para enloquecer, se produjo el incidente de las arenas movedizas.

Sin duda Tom había dejado su propio automóvil cerca del lugar de las ciénagas que pensaba utilizar, y fue a pie en busca del de Sullivan. Debió de quedar petrificado cuando vio surgir una muchacha gritando del asiento auxiliar.

Dicho sea de paso, todos hablaron a más y mejor acerca de quiénes conocían Exmoor y los lugares apropiados para hacer desaparecer un automóvil. Craft estaba obcecado con el doctor Luke, y éste, jovenzuelo, con usted. Pero al parecer nadie atinó a pensar que si el padre conocía al dedillo Exmoor a causa de su trabajo, lo mismo debía de acontecerle al hijo.

Belle Sullivan saltó y perdió el conocimiento. Tom no sabía qué hacer. Su conciencia le hostigaba, abrumándole. No deseaba correr más riesgos. Como todo había ocurrido en la oscuridad, la joven no le reconocería aun cuando le volviera a ver.

Pero ¿qué hacer con ella? No podía pretender que la había *encontrado*, ahí, sin aclarar cómo había acertado a pasar por ese lugar, apartado del camino, despertando tal vez así una considerable curiosidad acerca de las razones de su presencia allí. Así, pues, cargándola en su propio coche, la condujo al estudio. La instaló en la habitación de arriba, de la que conservaba una llave de sus visitas anteriores, donde, por lo menos, la joven contaba con un lecho donde reposar. La encerró, convencido de que ella tendría el buen juicio de hacer saltar la llave de la cerradura, recogiéndola después del umbral, cuando la despertara.

Pero Belle no lo hizo así. También ella perdió la cabeza.

Debió de haberle producido otro buen sobresalto cuando, al día siguiente, vio reaparecer la misma joven como huésped de su casa.

El doctor Luke nos hace un interesante y ciego relato del incidente. «Tom —dice— simpatizó con ella. Se mostró más furiosamente pedante e insoportable de lo habitual». ¿Pedante? ¿Insoportable? Estaba asustado. Escuchen el tono de su voz. Vean cómo ese mismo individuo, que se complace en contar los detalles de una autopsia mientras merienda pan con mantequilla, retrocede, sin embargo, incapaz de hablar cuando Belle Sullivan saca a colación las heridas de Rita Wainright.

A Tom sólo le faltaba realizar otra visita a la *Guarida de los piratas* para averiguar qué había ocurrido con la cápsula. Para entonces —permítanme que lo repita— había sobrepasado ya la fase de los meros remordimientos y, en cambio, le atenazaba un considerable temor por su propio pellejo.

Primero, habían encontrado los cadáveres; segundo, habían encontrado la pistola; tercero, la policía sospechaba algún manejo turbio. De haberse dejado olvidado algo comprometedor en la caverna, quizá sería descubierto.

Pero le fue imposible ir el lunes por la noche. ¿Por qué? Porque tenían una invitada, Belle Sullivan, que les retuvo despiertos hasta tarde. Aunque obligaron a dormir a la joven con un sedante, el padre estaba inquieto y permaneció desvelado la mayor parte de la noche. Tom no pudo salir. De modo que tuvo que hacerlo el martes por la noche, la víspera de la encuesta.

De dónde sacó Tom una segunda arma, no sé decirlo. Me atrevería a suponer que se había provisto de varias, a fin de elegir la destinada para su propósito principal; y, como dice el padre de Molly, hoy en día abundan por todos lados. Esa noche, cuando fue a la *Guarida de los piratas*, Tom estaba desesperado y resuelto a todo.

Molly estiró la falda sobre la rodilla y exclamó en tono de protesta:

—Pero con seguridad, Tom Croxley no habría hecho fuego contra su propio padre.

—¡Ja, ja, ja! —rió H. M., con una risa ahogada que revelaba una alegría tan siniestra que hubiera espantado a una criatura—. Pero es que Tom no tenía la menor idea de que era su padre.

Si el padre no entendía al hijo, tampoco el hijo entendía al padre. Sucede en las mejores familias, según dicen. Para el doctor Tom, el doctor Luke era un viejo achacoso que sólo servía para tomar el sol apaciblemente y ser sermoneado cuando se negaba a comer la papilla —el rostro de H. M. adquirió una expresión feroz—. De cuantos Tom no esperaba encontrar, en especial en una caverna a la una de la madrugada, el primero era su padre.

A distancia, sólo vio, a la débil luz de la vela, la espalda curvada de un hombre que sostenía un traje de baño en cada mano. Ya había sospechado, con razón, que había alguien allí, pues había visto un coche estacionado en el camino, si bien no se aproximó lo bastante como para reconocer el número de la patente.

—¿Y entonces?

—Tom perdió la cabeza. Hizo dos disparos a ciegas, sin dar en el blanco. Pero el hombre cayó, sin embargo, como pudo ver a la luz de la luna que entraba por la abertura sobre el mar.

—Ahora —añadió H. M. con énfasis y dignidad—, volveremos a mí.

Hacía ya rato que jugaba con el cigarro entre los dedos. Al llegar a este punto condescendió a llevársele a la boca, indicando que deseaba lumbre. Retiré entonces una rama encendida, tal vez algo grande, del fuego y se la acerqué cortésmente a la cara.

Fue una imprudencia, pues reveló un estallido de cólera, y H. M. inquirió con tono airado si acaso creía ser yo un domador de leones y manifestó su sospecha de que debía ser mi costumbre encender el fuego de la cocina con bombas incendiarias. Por fin, Molly logró apaciguarle.

—El martes por la tarde, cuando encontramos los brillantes de vuelta en su

caja, el asunto estaba resuelto —dijo, una vez persuadido a proseguir—. Tom Croxley era el autor. Ya no cabía duda alguna.

Hasta entonces no había tenido certeza absoluta. Y aún no lograba explicarme el truco de la levitación de Rita y Sullivan. Pero cuando al atardecer fuimos a pagar la multa de Willie Johnson por adelantado, después de todo, ¿quién podía censurar al pobre diablo que la majestad de mi apariencia le indujera a confundirme con Nerón?, me enteré de la existencia del rodillo. Con eso quedó completa la reconstrucción.

No bromeo, hijo. Tuve miedo.

De nuevo me sentí abrumado, por esa terrible malicia de las cosas. Ahí estaba el padre, un hombre excelente como pocos, empeñado y obcecado en resolver el problema. Y si llegaba a solucionarlo, el asesino resultaría ser ese hijo, del cual la simple mención de su nombre hacía que el doctor Luke no cupiese en sí de orgullo.

No crean, ¡caramba!, que me impulsaba ninguna razón de simpatía humana. Desconozco lo que es eso —afirmó, terminante, H. M., inclinándose hacia adelante y mirándonos fijamente a ambos a los ojos—. Pero juzgué que era una buena idea sobornar a la tripulación de un pesquero: *a*) trasladar ese rodillo a una respetable distancia del pie del acantilado, y *b*), guardar silencio sobre el particular. Supongo que seré extorsionado hasta el fin de mi vida.

Esperaba que el doctor no acertaría a dar con la solución; es decir, con el procedimiento empleado. Pero le logró. Lo supe al punto, cuando me telefoneó a medianoche.

Lo peor era que ustedes dos andaban arrullándose en el automóvil hasta las tres de la mañana...

Molly sonrió plácidamente.

—Maestro —dije—, hacía varios e interminables meses que trataba de convencer a esta muchacha que dejase a un lado a su padre y a sus principios. Quería que uniese su suerte con un bohemio rebelde como yo, que permanece despierto casi siempre hasta la medianoche. ¿Y sabe usted quién obró el milagro, finalmente?

—Bah —dijo Molly.

—Belle Sullivan y la filosofía de Belle Sullivan. Por primera vez esta muchacha contempló su casa, diciendo: ¿qué diablos importa? Sé de oídas que Belle tiene ahora un amor y le deseo que sea muy feliz. Fue ella la que obró el milagro.

Molly sonrió nuevamente, con placidez.

—Tonterías —afirmó—. Le pregunté al doctor Luke si estaría bien y él me dijo que sí, de modo que lo hice. Papá está horriblemente fastidiado. Pero —añadió— ¿qué diablos importa? De no haber sido por el doctor Luke...

H. M. habló pausadamente.

—Ya le dije que era una tragedia. No podía ser otra cosa. Pero habría sido una tragedia peor si Tom Croxley hubiese herido a su padre cuando hizo esos disparos a ciegas en la caverna.

Ustedes me habían dejado anclado aquí, malditos sean. Me fue imposible sacarle de la cabeza al doctor su idea cuando decidió investigar. Naturalmente, yo bien sospechaba dónde pensaba ir. Como ya le dije a usted, a Craft y al doctor, usted me había hablado de las cavernas desde mi llegada a este lugar. La *Guarida de los piratas* parecía reunir las condiciones necesarias.

Mi sillón de ruedas quedó inutilizado desde que ustedes trataron de tirarme desde el acantilado y estropearon el motor. De modo que caminé, a pesar del dedo. Caminé y, cuando llegué allí...

¿Comprenden lo que había sucedido, verdad? Tom se deslizó fuera de la casa antes que su padre. Croxley padre, corriendo como un loco por la carretera a fin de llegar a la *Guarida de los piratas* antes de que el somnífero hiciera efecto, pasó junto a su hijo, sin reconocerle, como tampoco Tom vio a su padre.

Cuando Tom hizo los disparos, aquella forma frente a él, ese *alguien* cayó. El doctor Luke logró sacar una linterna eléctrica. El haz luminoso vaciló en torno hasta iluminar el rostro, antes de caer definitivamente por efecto del somnífero.

Y cuando yo llegué allí, un buen rato después, encontré a Tom sentado a la salida del túnel en un estado de demencia. La luna brillante lo bañaba con su luz; tenía la cabeza entre las manos. Tom pensaba haber dado muerte a su padre.

H. M. aspiró varias bocanadas de humo del cigarro, aunque no pareciera que le gustaba. Carraspeó.

Retornó a la caverna conmigo. El doctor Luke no tenía ni un rasguño; únicamente se hallaba bajo el efecto de la droga. Tom y yo no hablamos gran cosa. No dije que sabía, pero él comprendió que yo estaba enterado de la verdad. Le indiqué que me ayudara a trasladar a su padre hasta el automóvil del doctor Luke, y que luego se diese prisa por retomar a su casa, entrar sin ser visto y que nunca supiera nadie que él había estado fuera esa noche.

—Pero Tom hizo desaparecer la cápsula vacía y los dos trajes de baño —sugirió Molly.

—A decir verdad, no —respondió H. M. con un bufido—. Yo los hice desaparecer. Los trajes de baño los eché al mar, la moralidad de Devon se hubiera ofendido terriblemente si eran arrojados en otra parte, y la cápsula, que encontré en el bolsillo de su chaleco, la guardé.

Lo llevé a su casa, y el resto ya lo conocen ustedes. Él nunca llegó a ver realmente la figura del hombre que le disparó; estaba a punto de perder el conocimiento. Y después, jamás pudo demostrar, a Dios gracias, que aquellos dos habían sido asesinados.

Se produjo un largo e incómodo silencio, mientras todos pensábamos en un tema sin atrevernos a abordarle.

—Estará usted enterado, por supuesto... —empezó a decir Molly.

—De las circunstancias en que ocurrió la muerte del doctor Luke —dije.

—En Bristol...

—Ajá —dijo H. M.; tenía los ojos clavados en el suelo y parecía estar removiendo los dedos dentro de los zapatos—. Realmente, creo que tengo cierta pena.

—Se hallaba allí por el día —dijo Molly con voz clara—. Visitando a un amigo. No tenía por qué quedarse. No tenía ninguna obligación de quedarse.

Por lo que a mí respecta, no fui capaz de mirarlos.

—Tom —dije— se alistó una semana después de la muerte de su padre. Claro está, nunca adivinamos... —callé—. Tom está en Libia ahora.

H. M. meneó la cabeza.

—No, hijo; no está. Vi la *Gazette*. Por eso vine. A Tomás L. Croxley le fue concedida la *Victoria Cross* póstuma, la mayor condecoración con que se premia el valor.

Después de una pausa añadió:

—Eran de buena cepa en esa familia, aunque uno de ellos fuera un asesino.

Nuevamente se produjo un largo silencio.

—Paul se marcha el próximo mes —dijo al fin Molly.

—¡Oh, ah! ¿Qué arma?

—Artillería de campo, maestro. Estoy harto de estas tareas de *camouflage*. Y Molly, por supuesto, con su práctica de mecanografía...

—Todos vamos a alguna parte —dijo Molly—. Tal vez no sepamos adónde, ni cómo, pero vamos. ¿Adónde va usted, H. M.?

H. M. tiró el cigarro al fuego. Repantigándose, jugó con los pulgares sobre el vientre y frunció las comisuras de los labios.

—¿Yo? —dijo con melancolía—. ¡Oh, yo sólo voy a la Cámara de los Lores!

Tras una pausa retomó la palabra con voz reflexiva.

—Thunton, Ticklebury, Tweed —dijo—, Tattersall, Throttlebottom, Twist.

—Escuche, maestro. Si va usted a la Cámara de los Lores, mis felicitaciones...

—¿Felicitaciones? —rugió H. M.—. Hace años que esos bandidos tratan de conseguir eliminarme de la actividad. Y ahora lo han logrado esos traidores. En la próxima lista de honores me enviarán a la Cámara de los Lores.

—Pero —dije—, ¿qué significa ese recitado de estaciones ferroviarias a que se ha dedicado la mitad de la velada?

H. M. meneó lentamente la cabeza.

—Debo pensar en un nombre —explicó, con tono de fastidio—. He de indicarles el nombre que *deseo*... ¡puf!..., a fin de que me extiendan el título. ¿Le gusta alguno de ellos?

—Lord Ticklebury —repitió Molly—. No, ése no me gustaría.

—Tampoco a mí —dijo H. M.—. Estoy tratando de dar con alguno que no me haga retorcer de dolor. Deme el candelero. Me voy a retirar.

Le entregué el candelero, encendiendo la vela en una forma menos espectacular que con la rama encendida. La luz de la vela iluminó de lleno su

rostro. Parecía preso de alguna curiosa emoción que no lográbamos descifrar.

—¡Pero aguarden! —rugió, de pronto. Me señaló con un dedo malévolo—. ¡Todavía seré de alguna utilidad para este país! ¡Aguarde y verá!

Luego tosió y nos miró escrutadora y recelosamente, alejando la vela de su cara. Todavía le oímos farfullar nombres cuando pesadamente se alejó por el vestíbulo en dirección a su aposento.

V.1 mayo 2014

Fb2 editado por Sagitario

notes

Notas

[1] Funcionario que investiga los casos de muerte violenta. [*N. de los E]*

[2] [R]oyal [A]cademy, de la Real Academia, académico. [*N. de los E*.]